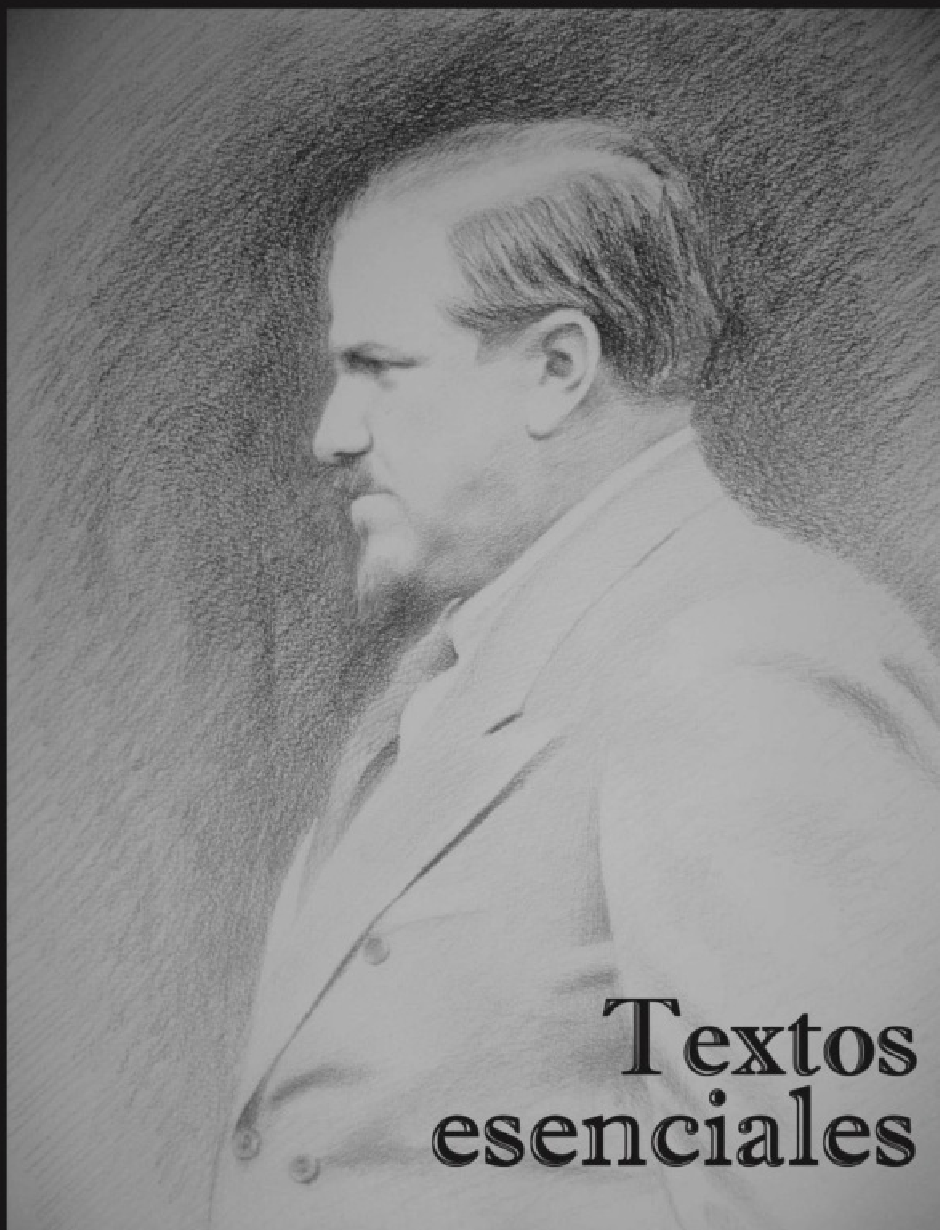
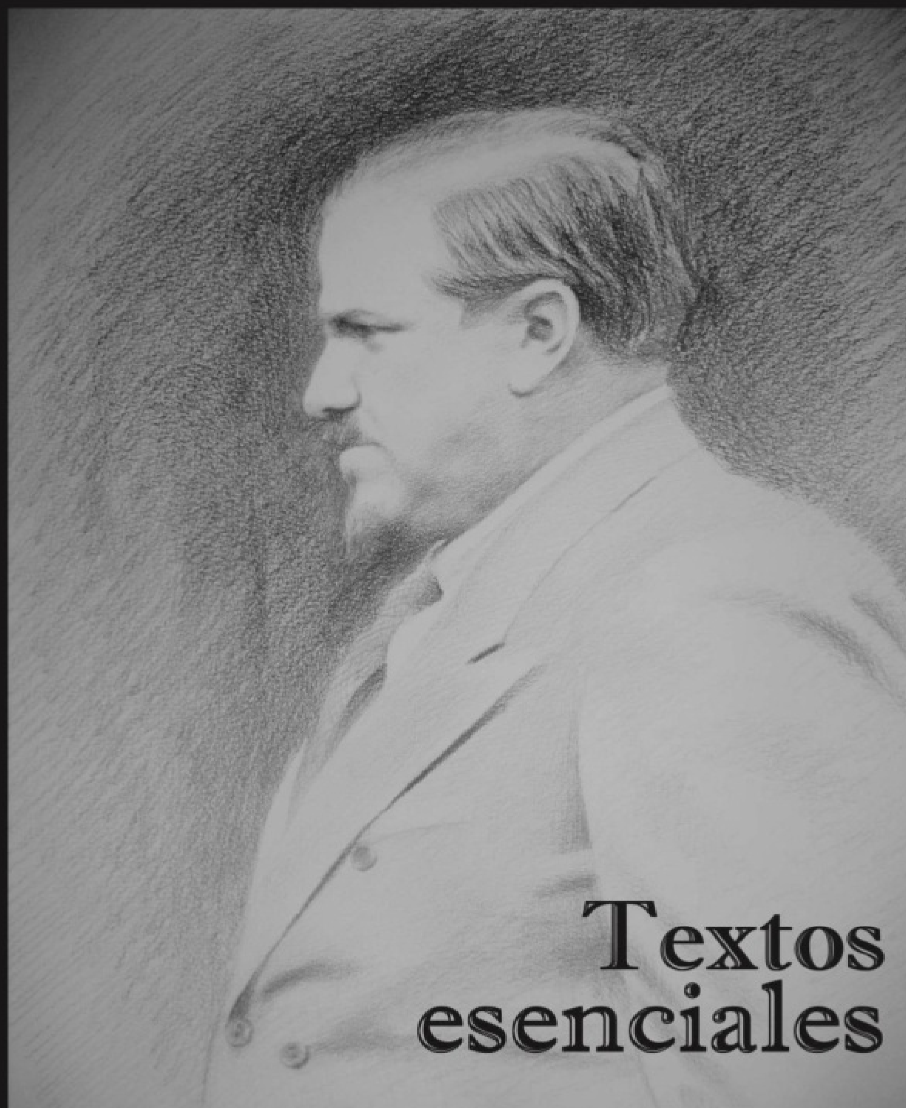
Gamaliel Churata



Editorial
KOREKHENKE

Gamaliel Churata



Editorial
KOREKHENKE

1

Gamaliel Churata: Textos esenciales

Marzo, 2014 . Recopilación y edición: Wilmer Kutipa Luque

E-mail: skepsis_21@hotmail.com

Facebook: Wilmer Skepsis

Portada: Dibujo de Rosmery Mamani a partir de una fotografía de Gamaliel Churata del archivo de Pedro Pineda Aragón.

Editorial Korekhenke

Tacna - Perú

2

PR ESENTACIÓN

Gamaliel Churata (es decir, Arturo Peralta Miranda, 1897-1969) fue esencialmente un periodista, a temprana edad se ejercitó en el oficio, alentado por su maestro José Antonio Encinas, como cajista y redactor; a esta etapa embrionaria corresponde su primer alias: Juan Cajal, o Juan el cajista. Años después, ya desterrado del Perú, inicia su largo periplo por Bolivia como periodista, atrás quedaba el Juan Cajal adolescente, había adoptado su seudónimo definitivo: Gamaliel Churata, con el que pasó a la posteridad. El ejercicio del diarismo le otorgó la agilidad y la soltura en la expresión, ello sumado a su vasta cultura y a una gran capacidad de síntesis, caracterizaron su singular estilo. Como escritor se diría de Churata lo mismo que él escribiera sobre Unamuno: que pertenece a la categoría de los escritores que escriben pensando y no de los que piensan para escribir. Su autodidactismo le permitió ocuparse de los más variados tópicos. En Bolivia ejerció cátedra de periodismo, se ganó el aprecio y la admiración de sus colegas, tanto de los afines a su pensamiento como también de sus enemigos; y a pesar de su influencia siempre mantuvo incólume su integridad moral, jamás claudicó en su empeño de luchar por los desfavorecidos, siempre presto a esgrimir su pluma contra la tiranía del

poder. Al comentar los textos que integran el presente compilado es inevitable aludir a su oficio de periodista, ya que la casi totalidad de ellos fueron escritos en medio del tráfago incesante que supone dicha labor; algunos de estos escritos fueron redactados como simples notas editoriales, otros bajo el seudónimo: El Hombre de la Calle, quizás el nominativo que mejor define su perfil de intelectual comprometido con la causa social y su vocación de periodista beligerante.

Tanto escribió Churata que hizo decir a un escritor de la talla de Fernando Diez de Medina que existían más de seis mil artículos desperdigados en la prensa boliviana de la primera mitad del siglo XX. Hoy, dadas las investigaciones últimas, esa afirmación resulta desmesurada. Es verdad que escribió muchísimos artículos pero de ninguna manera se acercan a dicha cifra. Quien esto escribe ha logrado recopilar, en labor de años, una respetable cantidad de textos, que a lo mucho llegarían al medio millar. Evidentemente se hace necesario publicarlos, y en esa tarea nos hallamos.

La presente edición de los textos esenciales constituirá, sin duda, el punto de partida para quienes se atrevan a incursionar en el complejo universo churatiano cuya cima se perfila clarividente en “El Pez de Oro” y “Resurrección de los Muertos”, dos de sus libros publicados a la fecha y que conforman lo que el mismo Churata ha denominado: La epopeya del hombre-animal. La lectura de estos textos esenciales permitirá, además, a los interesados aproximarse al pensamiento político, estético y filosófico de Gamaliel Churata, con toda seguridad una de las aventuras más ambiciosas que escritor alguno haya emprendido en América.

Quiero dejar constancia de infinito agradecimiento a mis camaradas: Arturo Vilchis en México, Aldo Medinaceli en Bolivia, Meritxell Hernando en Brasil, Mauro Mamani en Lima y Henry Esteba en Puno, en quienes pervive el espíritu del maestro. Y a los hijos de Gamaliel Churata, Amaratt y Estrella, quienes hicieron posible la presente publicación.

Wilmer Skepsis

EL INDIO

Para ti, Enrique Encinas, ya que nos hermanan los

ideales.

Con una forma odiosa, donde se personifica el crimen, o cuanto de abominable puede forjarse la mente humana, en gobernadores, tenientes gobernadores y alcaldes, tiene su asiento, el más odioso linaje del señor feudal, allá……donde gime el indio agonizante, sin que nosotros logremos apercibirnos que mientras el jolgorio inunda nuestras ciudades, él, sufriendo el azote de sus amos –aquellas equivocaciones de la naturaleza– consume los últimos restos de su virilidad, pues si ya están hartos de haberle succionado la sangre, falta sólo que se engullan el cuerpo…… Andar con contemporizaciones, llenarnos de indiferencia, ¡estigma de estupidez mental! y

lo que es peor, demostración de ferocidad, alejamiento de sentimientos de humanidad; prueba casi evidente es de que las neuronas se hallan putrefactas, todo nuestro léxico podría consumirse y no habríamos hallado el nombre que nos corresponde, a nosotros que nos satisfacemos repitiendo con voz melodramática ¡¡SOMOS LIBRES!! Cuando el eco de las montañas andinas nos ha de repetir: NO SOIS LIBRES, y en vano tratáis de dar vuelo a vuestros ideales, comprended que todo ideal podrá justificar sólo cuando haya desaparecido la coyunda………. No fue ni es el destino del indio morir aniquilado por la *Mita*; bastémonos ya de la presencia de esos ridículos sayones de la libertad individual, y una vez más convenzámonos de que todo lo que presenciamos con la estupidez de Cacasenos, y juzgamos con sonrisa de benditos, son bufonadas de estos muchos señores, en la acepción ridícula de la palabra, que pretenden, o se hacen ilusión, en sus testas de roedores, de edificar una nueva monarquía, en la que ellos, por relación consanguínea ocuparían los sillones reales, aunque en el orden biológico resulten unos paquidermos………….

Esto, que juzgarán muchos como vana fraseología, encierra en sí, mucho de verdad, porque no es preciso que en todos los casos tengamos la realidad para convencernos, de las opiniones; este absolutismo, mandonismo sin la consiguiente protesta oportuna de los espíritus conscientes, a la postre habrá de encerrarnos sin que nada logremos nosotros; lo ha dicho ya un pensador de nuestro siglo: “La democracia de la joven América –refiriéndose a la del Sud– sólo puede hasta la fecha descubrir su valor hipotético”; una escritora, orgullo de las letras nacionales, dice: “Sólo es ideal la democracia”. Porque donde pierde su valor intrínseco el derecho individual, comienza el absolutismo como forma de

gobierno, y éste reina patético y en forma descarada, en aquellas silentes soledades, donde solo, sólo hemos escuchado el lamento del padre de nuestra civilización: EL INDIO, sumido de muchos siglos a esta parte en el oscurantismo de su pobreza y bajo el yugo de sus verdugos, herencia digna de sus conquistadores.

Empero hoy que encasquetándonos el yelmo de la justicia, radicamos nuestras energías en bien de la emancipación del indio, nos proponemos llevar AVANTE nuestra obra, aunque en el paso nos asalte la furia de señores, que nunca descuidaron de afilar sus colmillos de chacales……………

Nos escribe un amigo indígena: "Estamos convencidos que para nosotros el alcanzar justicia es una ilusión, una esperanza solamente; le ruego que nuestras quejas sean ante la vindicta

____

En *La voz del obrero.* Año 1, Nº 6, Puno, 14 de febrero de 1915. [Firma: Arturo Peralta] Este texto de adolescencia ya anuncia el espíritu beligerante de Gamaliel Churata, seudónimo que adoptó definitivamente a inicios de los años 20 dejando atrás el de "Juan Cajal". En su larga estadía en Bolivia usó seudónimos al paso como "El Sargento Yujra", "El Gringo Gramajo" y –sobre todo – "El Hombre de la Calle", con éste último firmó muchas de sus columnas periodísticas.

pública, por medio del periódico, tan duras e implacables como el azote de nuestros amos"……… Este que tal escribe, es nada menos que José Antonio Calamullo Jarro, más agrega:…… "hace que me encuentro proscrito de mi hogar, desde el 15 de Abril de 1914, por cuya consecuencia sufre mi desdichada familia, –y termina– por manos indirectas las autoridades tratan de ahuyentarme, a nombre de la comunidad"…….

El periodismo, si hemos de ser imparciales, por error de unos cuantos que manchan el blanco de su objetivo sirviendo de voceros para predicar la ignominia en cambio de la bolsa, ha llegado a una época de descrédito, merced a la cual no se le registra, como en otros lugares del orbe, en artículo de segunda necesidad, sin embargo, alentados por la fe en el porvenir, pensamos de que cualquier protesta elevada en el altar de la sinceridad hallará eco y repercutirá

con la sonoridad con que anuncian las campanas la presencia del siniestro.

En tal virtud, aunque una RECUA DE CRITICADORES nos llene de desplantes, con lo más sincero que existe en el alma pensamos, a fuerza de batalladores indomables, en limpiar una senda por la cual pasará esa generación de altivos que duermen el sueño de Sansón y donde serán exotismos odiosos usanzas de monarquías antimorales hasta el fondo.

Trasladamos ahora a las autoridades, que ellas inviertan su celo en obras de mayor interés y provecho para la patria, ya que ella necesita más que palacios, conciencias.

La criminalidad es la norma, hoy, de aquellos, que para desgracia del indio, son sarcásticamente sus gobernantes.

5

MANUEL GONZÁLEZ PRADA

I.– En la intacta virginidad de una mole salvaje, con cinceles vigorosos y pantélicos, habría que cincelarse el epitafio de este cíclico argonauta. Escribir su epitafio! Para uno de los hijos de Leda; para aquél que precisó a su ponderación venusta la tonalidad de la palabra, parece profanación. Él poseyó un pensamiento vertiginoso, como chispazo taladrante; él hizo de la palabra, cláusula de mármol: él es signo de olímpica exaltación. Y si es fuerza humanizar al pensador o al poeta, digno elogio de él serán las voces de la muchedumbre aullante, del nepotismo palúdico, de la mariconería sarnosa. Porque, entiendo, que nada es más digno del crítico que la cosa criticada. Por eso, de pie sobre la colina más elevada del plano, con las manos extendidas al horizonte, expresando el ansia de un porvenir a que la fortaleza de nuestros músculos nos da derecho, desnudos, en apostura primitiva, digamos su *miserere*, pero, con los temblores de una anunciación, de suerte que sobre el cielo azul se perfile nuestro continente como una nueva *tehoria*…porque el muerto, héroe fue en las arenas del circo del ideal y de la razón. Su vida como su obra se pueden fundir en un versículo de evangelio: “Llegado el Maestro a tierra virgen, encontró a González Prada; y González Prada era más fuerte que él”. Su verba iluminará y fortalecerá todo un continente joven. Cuando él visita, despiertan las energías. El prestigio de su voz es digno de haber sido templado en fuego de tempestades; su palabra es un macizo venusto. El que no le oyera estará muerto por los siglos de los siglos…

Médula es la suya formada por Cíclopes y Danaidas. En Hipocrene le ungieron las aguas sagradas. Fue Pantélico como un verso de Homero; fogoso como un discurso de Mirabeu. No fue Dios; de serlo, la vida sería Bella como un Verso digno de Él. Por eso ha muerto solo… y era el suyo, el continente de una montaña de mármol, incrustada con los oros del Nuevo Sol.

II.– Aunque ha sido y es costumbre de la crítica, aquilatar la acción de la literatura de Prada, circunscribiéndole al territorio peruano, hoy, más lógico y justo parece juzgarle a través del lente americano. Para probarlo, basta una somera revisión de las historias de nuestras naciones y se verá que su labor, a pesar de haber sido inspirada en cuestiones peruanas, tiene eficacia para cualesquiera de estas democracias. En efecto, el morbo del politiquerismo rutinario, la abyección doctrinaria y el nepotismo, son enfermedades endémicas de nuestro continente; y toda la labor de Prada ha sido encaminada a decapitar ese vestiglo. Lo ha logrado? No. Pero, las pequeñas reacciones que hoy se operen, las poderosas que es lógico esperar se operan, hacen prever que el suyo es el verbo purista y humano que higienizará los ambientes políticos de América. Por dos razones puede esperarse: 1º, porque las enfermedades de los organismos políticos no se curan con teorías más o menos reguladas en pautas académicas, porque son cuestiones en que interviene la conciencia popular. 2º, porque Prada fabrica el esqueleto del Estado, a base de Justicia y Sinceridad, normas, platónicas hoy, que encausan las reacciones de los pueblos.

Las páginas de este púgil talabarte del pensamiento, son leídas en cualesquiera de las naciones sur–americanas, con entusiasmo familiar, y es que para cada una de ellas, encierra sabias enseñanzas y cauterios oportunos y necesarios. No creo que haya pueblo libre que, oyendo uno de sus discursos, esculpidos en pórfido, no sienta revivir el fuego del patriotismo, justicia y sinceridad, en su más alto grado de temperatura, y acabe por reconocer que esas páginas han sido inspiradas en sus propios dolores, teniendo a la vista sus más urgentes necesidades. Tan grande y libre es este pensador, que su estilo no ha sido superado. El *magíster* gramático y el oscuro obrero, aprenden en él. Es porque Prada no escribió para cenáculo alguno. No hay en su prosa la adiposidad cargante del adjetivo de algunos diplomáticos, que se precian de pensar alto… su estilo, para unos, es la lí – ______________________

En *Gesta Bárbara. “Homenaje al 10 de noviembre de 1810”*. Nº III. Potosí–Bolivia, diciembre de 1918. [Firma: Juan Cajal]

nea helénica; para todos, un vaso de agua tónica, que no se bebe impunemente.

III.– El Perú no ha tenido un tirano: no le ha merecido o no ha podido producirle. Mediocridades anónimas, soldados cretinos, abogados sin prestigio, eso han sido sus dirigentes. Todo convenía a la formación de una idea: QUE EL PERÚ DESAPARECERÍA DEL MAPA! Yo tengo el capricho de creer que González Prada le ha salvado. Pero, su acción ha sido diferente. Su constante tiranía han sido sus libros. Cada artículo suyo: un rugido del león, que desde la montaña amenaza clavar sus garras en el vientre de una sociedad enferma.

Se ha pensado y dicho que de haber gobernado González Prada, el Perú se hallaría en etapa de fecunda reacción. No piensan que González Prada en el poder, hombre de ideas, no hubiese trocado la pluma por el sable; y esos tiempos, y aún los actuales, reclaman imperiosamente el sable ciego que cercene tanta cabeza de histriones. Mejor, sin duda, ha sido su apostolado de ideas. "Páginas libres" y "Horas de lucha", a la larga, producirán el renacimiento peruano, esto, si las juventudes que se alimentan del ideal, siguen el magno ejemplo de este paladín, maestro de sinceridad y de ene rgía.

Aun hoy como ayer, en el Perú (y en muchas naciones americanas) todo está por hacerse. Es decir, que el problema es de acción. Si se ha hablado mucho, se ha hecho poco; pues, después de Prada, el escritor que ha ejercido, o ejerce, de vapuleador de ideas e instituciones, es Federico More. Fuera de él, con excepciones de valor casi nulo, todos han hablado como Madonas cristianas o jovenzuelos maricones. Si tal vez para hallar la razón a la abulia de los peruanos, habría que culparse a algunos escritores tibios, que, o le tuvieron tributario de un pasado vergonzoso en la época colonial, o le emborracharon con perfumes de un harem, donde, la más incongruente mescolanza, oficiaba el fraile con la adúltera al lado; el soldado luchaba en los claustros conventuales. No se le ha dado siquiera la visión del Tahuantinsuyo libre y conquistador. Se le ha hecho amar la crápula del Coloniaje: desde su arte enclenque, hasta su sociedad leprosa. Pero, un optimismo sano y consciente, menos patrioterismo de baratija, un cenáculo de rebeldes que oficien el evangelio de Prada; y he ahí que el Perú se salvará e impondrá sus valores. Es necesaria, para una luminosa reacción, que la tiranía del evangelio pradiano sea un

hecho. Su acción es lenta, sí, pero es más eficaz. Desarma y construye, elimina y

purifica.

El grano ha sido echado, en suelo nuevo y joven. Lluvia nueva es necesaria para que fructifique: ya no la sangre. El combate pradiano ha sido de ideas, y el ATLETA ha combatido solo. Épocas de mengua han sido las suyas; no hubo una cabeza rebelde a su saldo. Le dejaron solo y las mil alimañas de la Desesperanza y la Estupidez quisieron ahogarle; pero, era tan grande que apenas pudieron zumbar alrededor de sus tacones… ¿Hoy? Un HOY tiene algo de un MAÑANA: lo más seguro es el Porvenir para los fuertes. Persigámosle con la unción que él, aun levantándonos de la tumba…

IV.– Brillantes son las páginas de González Prada cuando vapulea la molicie de los peruanos mientras los de Tarapacá, Tacna y Arica respiran el oxígeno nada tónico de la esclavitud. En los momentos actuales no se puede hablar del problema sin tener a la vista el libro de

More. Él ha dado solución al problema con la independencia de un diplomático del siglo XXII. Espíritu altamente matemático [aunque parezca hipérbole], el autor de LOS DEBERES DE CHILE, etc., con pasmosa intuición política, ha planteado la solución dentro de las normas novísimas y tal vez lógicas.

Yo, desde la cumbre donde habitan las ideas puras, daría la mano a More, pero me quedo con Prada. Pienso que las naciones no son únicamente entidades geográficas, sino, también, sentimentales. Con More, hoy o mañana, debe descuajeringarse el mapa de América, porque es ilógico… Pero, para corregirle es tarde. Gran parte de las naciones americanas ya tiene la consciencia de su territorio, porque derramaron sangre por él. Es decir, que el párvulo integral de la

nacionalidad, ya palpita, y el raciocinio geográfico, se hace imposible a base cientificista. Porque, feliz o desgraciadamente, un girón de trapo viejo, muchas veces o siempre, constituye el orgullo o consciencia de la nacionalidad. Y este es el punto virtual o central del problema. Manzini decía a los italianos que Dios había demarcado los límites de Italia; así la naturaleza lo manifestaba. Sin el deísmo del padre de la unidad italiana, More piensa lo mismo: las naciones se demarcan por los accidentes naturales.

Ha habido ignorancia o error en los que distribuyeron las tierras de América.

Toda reforma es ya tardía; verdad que puede ser ilógico e injusto, pero es necesario para una paz honrosa.

Creo que More es un gran literato, porque amamanta un egoísmo de piedra, recalcitrante. El no admite comparaciones; él es superior a todos. Y esto es inevitable en todo orden. Cuando se igualan las fuerzas, tiene que producirse la lucha. Bolivia es fuerte, el Perú también lo es, Chile (representativo del Celestinaje mañoso en la política de Sur–América) es muy fuerte, pero, las victorias fáciles del 79, pueden bien no renovarse. Mientras tanto, así el problema se solucione en la cancillería de las naciones, el Litoral continuará siendo boliviano; Tarapacá, peruano: para todo peruano y boliviano bien nacido. Es que esta es ya cuestión moral, y estas cuestiones sólo tienen una solución lógica advocando las escenas caballerescas de los tiempos heroicos…

V.– “Páginas libres”, es el libro céntrico de la literatura peruana. De no haber sido escrito, ni una sola personalidad se hubiera definido. La decisiva popularidad de Chocano, hubiese impuesto su adjetivo y si a esto se agrega la influencia lugoniana en las presentes épocas, raro compuesto híbrido serían los representativos de la literatura peruana. Prada les puso el libertinaje en el espíritu: prueba, las nuevas huestes poéticas en el Perú. Su labor fue más serena y consciente que la de Marinetti en Italia. Es decir, que hay épocas en las que los genios pudieron crear y se redujeron a desasnar; y Prada sólo hizo eso.

Después, la fuerza volitiva de raza ha tenido magníficas manifestaciones. La Primer a: Federico Guillermo More, el espíritu más libérrimo de la juventud peruana.

More ha dicho que Prada, escritor, no es peruano; pero *debe* ser peruano: es necesario que sea. Fombona en un extenso estudio sobre esta personalidad literaria, no dice lo que el ya harto nombrado More: –Prada ha enseñado a escribir. ¿En el Perú? No. En la América toda. Y si no ha enseñado, enseñará. Ningún escritor americano, ni el mismísimo autor de “Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes”, ha poseído el estilo gallardo y acerado del autor de “Páginas libres”. En lengua castellana, González Prada es el más formidable estilista, pese, en su tumba, a Valera y a los demás señorones del clasicismo. Por eso la Academia, que abomina todo lo bueno, como decía no sé qué crítico español, jamás soñó con nombrarle su correspondiente.

Su grande cultura literaria no es para juzgada por un muchacho ignorante, así

ponga todo el caudal de sus entusiasmos y conocimientos: s.e.u.o., que todo puede la grafomanía.

Descubro yo que el autor de “Exóticas” si es poeta de poco vuelo, siempre es estilista y pensador.

Pero, entre otras cosas, es a sus breves poesías a quienes se debe la parsimonia en el uso de preposiciones, conjunciones y sobre todo del adjetivo, que en la América es una epidemia: la *adjetivomanía.*

Regalo de precisión objetiva y concisión sintáxica, es este verso que puede ser motivo para una oda zorrillan a:

Decirte, querría mi pena

mas dudo, me arredro y callo.

¿Cuándo los más famosos coplistas españoles burilaron esta miniatura?:

8

Quien hoy el odio provoca,

no aguarde siempre dureza,

que amor, constancia y firmeza

ablandan pechos de roca…

Aunque el adverbio HOY, sólo parece llenar una función métrica. Este otro, donde el adjetivo se muestra en todo su valor colorista: *Tuyo es el blondo, undívago cabello*

tuya la frente de marfil nevado.

Y este otro, donde el ritmo relieva sabiamente la imagen:

Era la noche: en lóbrega laguna

agonizaba el resplandor del Cirio…

Espíritu virtualmente helénico, en todas las joyerías de sus versos, deja adivinar al artista consciente de su obra. Lejos de él los arrebatos cuasi histéricos de los románticos. Quién sabe si Prada, poeta, es un Cellini pensador; porque alejándose de la combinaciones métricas, que son toda la novedad que ofrecen sus composiciones, sólo queda un adarme de oro en el crisol: la idea, única, central; esta es una de las particularidades de Prada: la de ser homogéneo, cosa imposible de encontrarse en la moderna lírica de América.

Pero, de todas maneras, él es el representante cualitativo de la literatura actual peruana. Su obra ya produce el renacimiento. Se han escrito páginas de robusta literatura. More, que siente el sensualismo por la línea, tiende sobre suelo americano una red de paralelas de acero, que hace pensar en aquella aguja que cosiera montes de Chocano; Valdelomar, que pica todos los granos como gallina harta de merienda, es uno de los más inteligentes escritores jóvenes; Eguren, Ureta, Gibson, van a la zaga con More y Valdelomar.

VI.– Su muerte debió ser como la de un Dios griego y en sus labios debió dibujarse la serenidad de Sócrates.

Sobre su tumba no flores ni versos: agua, agua limpia y fresca; puede que la exaltación divina haga nacer de su cráneo pujante el símbolo en un árbol vertical…

9

LA CANDIDATURA DE FRANCISCO CHUQUIWANQA AYULO Y SU SIGNIFICACIÓN EN EL CRITERIO DE LA JUVENTUD

Por la voluntad impetuosa de la juventud de Puno, he aquí en la arena de las luchas eleccionarias a Francisco Chuquiwanqa Ayulo: noble luchador que ha impreso el sello de su idealismo robusto sobre la parda nulidad de nuestros hombres públicos que, en el naufragio de orientaciones por el que la patria atraviesa, no tienen, siquiera, la sana locura de enarbolar el estandarte de algún optimismo que sea, muy bien, quijotada sonora.

Los tránsfugas del *zoo* palaciego, los eternamente sumisos a la pitanza indecorosa, los que tienen por orgullo el estigma de la Celestina y en los que es

timbre de progénita altivez doblar el espinazo como el musulmán, caída la tarde, han debido ruborizarse cuando la juventud – juventud: miembro sano–, lejos de fijar sus miradas en lo que ellos llaman pomposamente sus prestigios y que muchas veces se reducen a severas bufonadas, ha ido a arrancar de su hermético silencio y su serena paz a un hombre humilde que tiene la altiva consciencia de su obra y traerlo a la brecha donde hace tanta falta por su fuerza moral y telúrica.

No pretendemos con esto engatusar la credulidad popular; venimos a desterrar su abulia, precisamente a decirle que en este *maremágnum* de hombres y de orientaciones, bien vale que fije su atención en la figura de este honrado obrero, de este enorme delictuoso de la justicia que, pese a la hipócrita salamandra que roe las entrañas de "El Siglo" –lamentable fósil que es vergüenza de Puno–, encarna todo un ciclo de renovaciones redentoras. Y por eso, porque se trata de un hombre cuya vida evangélica es marco de ejemplarizador apostolado es que, a voz en cuello, a *tutti voce* , pedimos al pueblo un momento de observación, un instante de auscultación, seguros de que en ese elemental acto de consciencia se finca el triunfo de la justicia.

Sí; porque el triunfo de hombres como Chuquiwanqa Ayulo no se fabrica en corrillos áulicos: lo impone la voluntad del pueblo y la respetan los llamados a obedecerle si tienen aprecio de su propia dignidad, si han medido la trascendencia del papel que desempeñan.

La juventud ha obrado en perfecto derecho; ha respondido a elemental necesidad, a imperativo ineludible, uniendo la iniciación de su vida política al prestigio latente de ese nombre que representa novísimas corrientes de ideas y cuya vida misma es límpido espejo, evangelio viviente para los pueblos que aún tienen sesos para pensar alto y músculos para matar pisando… No se oculta a quien, avezado a repugnar los turiferarios gestos de la canalla dominadora,

---

En *PACHACUTEJJ*. Año 1, N° 2, Puno, 1 de marzo de 1919. [Firma: Juan Cajal]. El primer número de febrero de 1919 contiene una breve presentación firmada por Juan Cajal:

OTEANDO EL AMBIENTE

Correspondiendo al ciclo evolutivo del momento actual, concordantes con los anhelos de una juventud revolucionaria surje *Pachacutejj*, acaso para dar nueva

vida a los pueblos moribundos

bajo la loza sepulcral de absurdos prejuicios, nuevo ser a aquellos andrajosos que ataviados con los harapos políticos, sociales i religiosos, viven mendigando los mendrugos de groseras simulaciones, de cunderías propiciadas por un ambiente estrecho donde no quisieran verse por sino algunos borregos de San Juan, rumiando siempre el mismo pasto intelectual de antaño, trasnochado i reseco por las heladas del tiempo, u ovejas fácilmente trasquilables.

Surje *Pachacutejj* en esta hoja simbólica, buscando para su pueblo los esplendores de su padre el Sol. En su soplo vivificador que quisiera encontrar fuerzas de huracán, no trae sino la simiente de ideales, de ensueños melioristas, de renovaciones hondas i radicales. No nace porque lo haya enjendrado intereses políticos. No viene para las loas electorales. No es paladín de mentiras i candideces. Se alza *Pachacutejj* con vuelo hacia las cumbres blanquecinas de los Andes, para elevarse al cielo azul de la Sierra. Pedirá de *Inti* días de luz, días de tormenta, días de lluvia, para fecundizar esta tierra.

ha de oponerse al valiente reto de la juventud, a los tenebrosos manejos de la política de zambra; que se ha de pretender burlar el mandato popular con las manipulaciones que estilan los taumaturgos electorales, y que éste mismo gesto de tónica altivez ha de servir para que candidatos linces, muy aptos en el agiotismo, exploten la situación… Pero, a todos ellos tócanos advertirles que la juventud de hoy está resuelta a imponer la justicia sobre el armatoste de las usuales prácticas políticas con la firme resolución con que incineraría un cadáver putrefacto.

Nuestra voz hoy no puede ser de lenitivo; debe ser de clarinada y nuestra actitud debe encaminarse a la acción. La práctica histórica nos ha enseñado que los problemas sólo se resuelven con hombres capaces de dar cuerpo a las ideas. El hartazgo teórico ya ha producido más de una indigestión. Es preciso que la reacción se inicie a base de hechos y que tengamos el valor ideal de aceptar, antes que un hermoso discurso, un hecho, aunque sea modesto…

Por eso, Francisco Chuquiwanqa Ayulo, el altivo aborigen que tiene la delicadeza artística de revivir en su continente la franca pulcritud de un inca sabio y cuyos briosos gestos de luchador aún deben hacer enrojecer las

descarnadas mejillas de muchos hotentotes de la civilización, es, para la juventud serrana, el prototipo del hombre.

Su labor no es apreciada entre nosotros –nosotros sólo apreciamos lo exótico– pero los cenáculos de libre pensadores de Italia e Inglaterra, más de una vez han hecho resonar su claro nombre. Y con justicia, pues Chuquiwanqa puede ser considerado en el Perú, ya muerto el glorioso Prada, el único hombre vertical. ¡Vertical!

Como epifonema de este escrito, proclamemos la esperanza de que la voz de la juventud se escuchará y que la demagogia anónima dejará de seguir emborrachando la consciencia popular con sus predilectos elementos de combate: el alcohol y el oscurantismo.

Honradez y patriotismo nos impone la justicia en estos momentos de expectación interna y externa. Tengamos la honradez de luchar porque el pueblo ejercite libremente sus facultades ciudadanas y orientemos nuestra labor con criterio patriótico. Pensemos que de un momento a otro puede turbarse la paz internacional y entonces necesitaremos en el Congreso hombres en cuya probidad pueda descansar la suerte de la Patria. Nuestros hombres son ya, con relativa relación, conocidos. Sabemos cuáles venderán la patria en el momento álgido. Debemos comenzar por repudiarlos.

Mientras tanto, integremos la nacionalidad, aprendamos un concepto científico de lo que significa ella y luchemos por el inmediato progreso de la región con la seguridad de que así lograremos una nacionalidad potente; porque es absurdo buscar un cuerpo robusto donde se agitan miembros raquíticos.

Y en este instante moral, el pedazo de serranía altiva, que es la contextura psíquica de nuestra voluntad, está encarnado en Chuquiwanqa. Tengamos también el valor de hacerla triunfar. Nuestro bochorno ya va a durar un siglo, un siglo que debe pesarnos como un siglo de vergüenza. Y a los llamados a cristalizar el mandato del pueblo elector recordémosle la oración de Plinio el Joven delante de Trajano Augusto: “La justicia está con el Pueblo. Monarca sabio: ajusta tu obra a su querer”.

11

VERSÍCULOS DE GERMINACIÓN

Desde Pitágoras hasta el más humilde y menos capaz de los hombres que aprendieron la ciencia de los números, aceptan que una cifra es modo convencional de fijar los límites de lo absoluto para hacerlo asequible a nuestra comprensión. Un número o la sucesión de números, separados por guiones, representan la sinopsis que Pitágoras ofrece de su concepto filosófico de la vida. Recordemos también que junto a una política aristocrática y la irresistible afición por los deportes, el Maestro (el maestro Pitágoras; nadie lo ha reconocido hasta ahora) cultivaba el encanto geométrico y la geometría del encanto. Es decir, la música. Hay, pues, un nexo que une sólida y armoniosamente, estas maneras diferentes de apreciar la fenomenalidad cósmica. Es un ritmo preciso el que da la mano al geómetra y al danzante. Por ello tal vez David, el buen amador, ofrecía ante el tabernáculo de Dios el incienso de sus actitudes plásticas, risueñas en la luz de esos lejanos días vaporosos. Euclides para mí sintió tanto como Beethoven, la angustia celeste de medir en un gesto la extensión maravillosa de la vida, maravillosa extensión cuyo punto de convergencia es el dolor generatriz del espíritu, el ansía que sentía Protágoras, que jamás deseó el pobre Prometeo, héroe civil, tan digno de veneración como Mahoma, pero que no alcanza la proporción rítmica, es decir musical, que alcanzaron el divino Gothama y Cristo. Aquel punto mágico de que se desprende la sucesión de puntos, separados por vacíos, es el origen verdadero de la ciencia, vale decir de la música que es la única ciencia que yo comprenda y que no tenga pedanterías y que no engañe.

Decir que la música es la ciencia que no engaña ni se engaña, es profundizar algo más de lo que parece la penetración humana. Además, esta conclusión vendría a llenar el ciclo ideológico que Cristo no llenó arrollado por las politiquerías de su pueblo. Completa en cierta manera su credo esperanzado. Hace como que llena el cáliz de la superación en el monte de la duda, que no de los olivos.

Y así la musicografía erótica, ¡cuán diverso sentido suscita! Yo debo a un amigo – Antonio Palomero– momentos intensos y extensos. Él me hizo conocer la Danza Grotesca de Grieg. ¡Qué baño de alegría y de luz hay allí! Con qué pujanza germinativa se desconectan las ideas para dar una impresión de fuerza alegre. Sangre sempiterna, fluido icoroso inmortal, circula en esos ritmos macizamente eslabonados, como articulaciones, por ritmos sanos y vigorosos. Cada esguince es un salto, cerebro inclusive, una invitación gimnástica, grito todopoderoso, apremio vital que despierta el deseo de completarse. ¡Sólo ebrio he sentido semejante anhelo de poseer!

Tal fue en mí la “danza grotesca”. En mi yo elemental producto del momento, hijo del instante, cría de la sugerencia, parto de un punto del tiempo. Yo, nuevo, sin asimilaciones, sin herencias. Yo animalesco, sin cultura, tocado sólo del ansía del camino, loco de una locura parecida a la sugestión de los callados senderos que se pierden en las cimas y que no se sabe si alcanzan una altura mayor a la altura de las cimas; si trepan en el espacio hacia la posesión de una manera del esfuerzo, si alargan tentáculos o aprehenden lo infinito. Yo sólo sé de la música, sentirla y masticarla y digerirla. He ahí por qué entendí el lenguaje de Grieg, de pronto, sencillamente, sin esfuerzo. Y eso se explica, desde que Grieg me hablaba en un lenguaje simple, natural mío… Habla llena de sabor de berros y de polvos alegres en el campo soleado. Mejor fuera decir así: habla hedionda a olores de macho cabrío, a olores de axila, perfume de sexo. Habla varonil, junto a la fresca agua del hoyo, con tibieza caliente en la sangre, paz en los ojos, y el quid de Dios agarrado al pelvis. Palabra buena, del salmista. ¿Ritmo sin ojos?

¡La paz es la primera condición para hartarse del ritmo, por más que proceda de una emoción épica, guerreadora, sólo pacíficamente, en la sabia inconsciencia del ritmo, se ha de adi –

En *Nervios.* Año 1, N° 1, Puno, 15 de noviembre de 1923. [Firma: Gamaliel Churata]. Fue reproducido en *Kosko*, N° 1, Cusco, 19 de mayo de 1924.

vinar el secreto magnífico.

Ritmos francos, por eso, elocuentes, pues saltan y retozan como bestezuelas sobre el césped en armoniosas actitudes ricas de sensualidad. Invitación al connubio; temblor de mamas y azezamientos recónditos, que principian entibiando la atmósfera en largos mecánicos movimientos y se licuan con el espasmo de la generación. El espíritu, de pie, mira todo esto. Los sones se extenúan o regocijan. Hay un largo piar que no se sabe si es piar del espíritu, –ave rica en cantos– o son las formas de la naturaleza antropomorfizada que van sembrando estados de consciencia o, lo que es lo mismo, que van animando el oculto y dormido ritmo de mundos que se ocultaban. Una meditación vuelta a meditar y siempre meditable es la vida puesta en música. De allí saca Grieg los

elementos de sus ritmos potentes. Pero no sólo transmite sensaciones místicas, también hay una actividad muscular desorbitada que es a veces como el desfile de payasos hirientes o de locos estúpidos, con bocas anchas y colmillos disformes. Bajo la indecisión de frentes huidas, algo imbécil parece dar una emoción de infinito.

¿Cabe mayor intensidad? Después he advertido en el paso grotesco del jayán, ritmos de Grieg. El paso del jayán entonces tuvo para mí un sentido complejo y alto. Aprendí que bien podía ser que una fuerza necesaria de producirse, acordara esa sinfonía entre elementos de la tierra, del aire y del hombre: Imaginé que los astros no caminaban de otra manera ni su paso por los lejanos espacios tenía trascendencia mayor. Entendí lo profundo y bello de la concepción de Pitágoras, el profundo maestro. Establecí que ninguna fuerza traspasa, así sea fuerza cósmica, los límites de su concepto. Me expliqué el porqué de su ocultismo; y víle frente a los elegidos marcando puntos exactos, discretamente espaciados, para dar una idea de la estupenda música del universo. ¿Cuántas bellezas en cuajo había en los puntos que se alargaban con rítmicas trepidaciones? ¿Llegará el día que veamos al discípulo dilecto explicar el sistema de Dios sin más elementos que los sones de la flauta de Pan?

Ya sabemos que Orpheo conmovió bosques y montañas y su dolor llegó a interesar las entrañas de la Estigia. Y no tenía otro instrumento que una flauta. El animador, el que vive, Dios, ¿no es acaso un fuerte pastor de astros, flautista de maravillosa flauta?

13

PANTIGOSO

Hace buenos tiempos que Manuel Domingo Pantigoso, a su pasada por esta tierra metafísica, tuvo la oportunidad de aplicar su gran poder de simpatía a lo que yo hube llamado el ultraorbicismo en la vida. Desde entonces a su marcha triunfal (Puno–Montevideo), se ha presentado como un representante suyo, es decir: del “ultraorbicismo”.

¿El ultraorbicismo?

Voy a intentar ahora una explicación, y no su faz integral, que ello puede no bien caber en reducidas palabras, por más que el ultraorbicismo literario, pongamos el

caso, sea una tendencia hacia la "síntesis". Pictóricamente el ultraorbicismo es una realización lograda y viviente en la estética de Pantigoso. Posee el primitivismo como tendencia innata, por la propensión a dibujar poco, y aun lo poco que dibuja haciéndolo en "ingenuo". A ese primitivismo en la técnica agrega luego, es decir, pronto, la complejidad de la concepción.

Es bastante con lo dicho.

Pantigoso arrastra temas "duros" y los resuelve alegremente, o sea, infantilmente. No se vincula a los cubistas, dadaístas, primitivistas… es algo más que ellos. A los últimos lo acerca la "inocencia" del trato, pero asimismo lo separa lo arduo de los propósitos.

En el Museo Municipal (Sección Pinacoteca) hay una cabeza de indio firmada por tal pintor ultraórbico. Muchos de sus viejos admiradores creyeron ver en este trabajo una regresión, un improgreso. Y era que en tal obra, Pantigoso intenta la realización, con un método infantil, de un problema antropológico, difícil y complicado. Para mí, tal ensayo supera toda expectativa, por cuanto a una expresión arcana (antropológica) vieja, de una vejez emergente de telúr icas reacciones, se aúna la desaforada técnica simplista del pintor entusiasmado, o sea del nerviosismo artístico. El color se concentra. Nada de delicuescencias. Hace piedra. No hiela. Petrifica.

El elemento musical en la obra de Pantigoso es parte imprescindible al juzgarle. De nacer en Alemania habríase formado músico en vez de pintor. No obstante, siendo pintor, musicaliza en la forma más grave y alta. A lo Beethoven. Sin discursos. Con hechos.

En *Puno lírico*, 28 de julio de 1925. [Firma: Gamaliel Churata]. Fue reproducido por Manuel Pantigoso en "El ultraorbicismo en el pensamiento de Gamaliel Churata" (Ediciones Universidad Ricardo Palma. Lima, 1999).

14

CARTA DE GAMALIEL CHURATA A JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI
Puno, 27 de Noviembre de 1926

Querido compañero

Carlos Mariátegui:

No tiene U. que agradecerme por la colaboración que presto a “Amauta” y “Minerva”. Cuando los hombres se reúnen con fines humanos, la colaboración es obligatoria y entonces el agradecimiento sobra.

Desde los primeros años declaré mi credo revolucionario. Cuando U. probablemente se nutría de selecta literatura, lo que sin duda le ha procurado esa admirable pureza y agilidad de su expresión, yo vomitaba (siempre sólo podré hacer eso) toda la dinamita que la esclavitud del indio producía en mis nervios. A los quince años desafiaba a duelo a un gamonal, a causa de los indios, y a los diecisiete me encarcelaban a causa de haber insultado el gobierno de Benavides. Soy, pues, orgánicamente, un vanguardista (en verdad que la palabra también me ha cansado) y mi colaboración a su labor obedece a eso, como a eso obedecerá la que preste cuando el momento de la liquidación haya llegado. Vuelvo a decírselo. No tiene nada que agradecerme.

Amauta y las publicaciones Minerva se venden en varios puestos, el principal en la librería Nueva. Esos señores perciben el premio que Uds. fijaron. De manera que puede U. tener la seguridad de que mi actividad será completa y alegre para colaborar con U. la obra que se propon e (sólo conozco su espíritu; su programa no, aunque huelga conocido aquél) y porque me doy cuenta de su importancia.

Ahora venga el Gamonal de las orejas. Su juicio me agrada. Tenía que venir así. Yo soy también blanco de conciencia y gusto de las palabras escuetas. Ha acertado U. y no podría ser de otra manera, puesto que es U. un hombre de corazón y un crítico perspicaz y bien documentado. Precisamente me proponía no llegar al relato al hacer un panfleto: El Gamonal, según entiendo, es una composición donde no escasea la vida expresada por una bestia de nervio sensible.

No; nunca tuve la idea de enviarle eso para la publicidad. Conozco las concesiones que una revista tiene que hacer, para subsistir. Y buscaba su opinión, ésta ha llegado limpia y ventilada , además certísima y me basta, querido compañero. Y gracias le sean dadas por este consejo y los que todavía pueda darme en el curso de nuestra ingenua actividad de escribientes.

Le ruego decir al señor Gerente mis recados respecto a pedidos de libros que le hice, y recomendarle me envíe algunos catálogos de obras nuevas que tengo unas diez librejas para comprar libros. Deseo la Revista de Occidente, una colección y una suscripción para el año que se avecina.

Le abrazo cordialmente, compañero Mariátegui. Este movimiento cordial que nos une, tiene entre tantas ventajas, la de aproximar a los hombres, rompiendo las distancias que inventó la cortesía burguesa. Suyo

Churata .

Tan pronto como pueda voy a arañarme algo para Amauta.

Sin compromiso de publicidad, le remitiré pronto algunos trabajos de muchachos de acá, por si los juzgue de interés. Sobre todo de orden sociológico.

Sabogal me devolvió TOJJRAS. Cuánto lamento que su amable solicitud haya llegado tardía. Otro abrazo.

Le ruego dar El Gamonal a Magda, quien deseo que lo conozca.

En *José Carlos Mariátegui. Correspondencia (1915-1930)*, edición de Antonio Melis. Lima, 1984 . 15

SEPTENARIO

Desde el oreb o séase la torre eiffel esta vez CESAR A. VALLEJO el admirable poeta de "trilce" conecta hacia perú por medio de la revista de clemente palma su trompa de pastor caldeo para irradiar nó las sabrosas y ágiles informaciones parisinas a que ha acostumbrado al público limeño sino la versión de un nuevo apocalipsis ajustando pleito por plagio y robo a la generación literaria de indoamérica llamada vanguardista sirviéndose para esto de SIETE LOGOS que sintetizan las características de la actual literatura del continente con las fuentes de que procede

a saber

1.- Nueva ortografía. Supresión de signos puntuativos y de mayúsculas.- Postulado europeo, desde el futurismo hace veinte años, hasta el dadaísmo de 1920.

2.- Nueva caligrafía del poema. Facultad de escribir de arriba para abajo como los tibetanos, en círculo o al sesgo, como los escolares de kindergarten; facultad, en fin, de escribir en cualquier dirección, según sea el objeto o emoción que se quiera sugerir gráficamente en cada caso. - Postulado europeo, desde San Juan de la Cruz y los benedictinos del siglo XV, hasta Apollinaire y Beau duin.

3.- Nuevos asuntos. Al claro de luna sucede el radiograma.- Postulado europeo, en Marinetti como en el sinoptismo poliplano.

4.- Nueva máquina para hacer imágenes. Sustitución de la alquimia comparativa y estática, que fue el nudo gordiano de la metáfora anterior, por la farmacia aproximativa y dinámica de lo que se llama *“rapport”* en la poesía *d’aprés guerre*.- Postulado europeo, desde Mallarmé, hace cuarenta años, hasta el superrealismo de 1924.

5.- Nuevas imágenes. Advenimiento del poleaje inestable y causíatico de los términos metafóricos, según leyes que están sistemáticamente en oposición con los términos estéticos de la naturaleza.- Postulado europeo, desde el precursor Lautréamont, hace cincuenta años, hasta el cubismo de 1914.

6.- Nueva conciencia cosmogónica de la vida. El horizonte y la distancia adquieren insólito significado, a causa de las facilidades de comunicación y movimiento que proporciona el progreso científico e industrial.- Postulado europeo desde los trenes estelares de Laforgue y la fraternidad universal de Hugo, hasta Romain Rolland y Blais Cendrars.

7.- Nuevo sentimiento político y económico. El espíritu democrático y burgués cede la plaza al espíritu comunista integral.- Postulado europeo, desde Tolstoi, hace cincuenta años, hasta la revolución superrealista de nuestros días.

la estrechez de estas páginas no permite explicar las objeciones q’suscita el *J’ACOUSSE* neogalo –su contenido es muy interesante por lo demás para no merecer el honor del anfiteatro – este boletín entrega en sus varios aspectos las severas conclusiones del poeta aunque se priva de insertar todo el artículo que las conduce –en él afirma vallejo q’ nunca fue más falsa y sin carácter la

literatura de américa que con la poesía plebeya y por lo tanto antiestética y maloliente de esta ______________________

En *Boletín Titikaka*, Nº 10, Puno, mayo de 1927. [Firma: Gamaliel Churata]. Se ha respetado la libre puntuación y la singular ortografía de acuerdo al texto original.

hora– aseverando además que nuestra decantada originalidad no existe que si maples borges y neruda están calcados de tres poetas de francia que nombra la conclusión huelga

poco más que agregar

vallejo juzga con criterio historicista primitivo formulando objeciones que circunvalan la periferia pero cuando se le ofrece oportunidad de ahondar en el organismo del movimiento se decide por una solución empírica –no es de otra manera explicable su posición respecto de la verdadera etiología de nuestra descastada vanguardia

lo otro aquello de lo analógico y genealógico no sé hasta dónde deba tomarse en cuenta ocurre con este método lo mismo que con los silogismos de los discutidores coloniales q' tanto se prestaban para atacar como para lo contrario –relativamente al caso presente hago notar q' v allejo concede demasiada importancia al documento sin ocuparse del fenómeno –pero aún v i s t o el panorama de esta manera resulta incompleto y descentrado porque antes que apollinaire está simmias el alejandrino y antes que mallarmé y el superrealismo salomón y joel en lit eratura israelita y anterior a tolstoi es el comunismo agrario de los inkas etcétera lo de nunca acabar

TEMPESTAD EN LOS ANDES

He aquí un libro sonoro por su vasta percusión y de combate por su actitud agresiva –en él se habla de migraciones de cultura y de la reviviscencia del apu cultural –se examina la raíz intelectual del andinismo y se establece la existencia de un nuevo ciclo de humanidad –nada se dice en cambio de formas meramente

inkaicas de esa cultura puesto que se refiere a fenómenos geológicos, lo que ya establece una aceptación previa del "imperio de la naturaleza" –este libro de Valcárcel viene tras de otros –tembloroso por su ambiente cíclico: "La vida inkaica"; rico, de original interpretación: "Del ayllu al imperio", viene tras ellos y los concreta –la actividad rectilínea de un joven profesor enriquecida por el más pulcro esteticismo hace síntesis y se trueca en fórmula en esta Tempestad en los Andes; no encontramos ya al catedrático erudito ni al poeta teogónico que conocíamos, se fragua un nuevo tipo de hombre, acaso el poeta y el organizador se unen para darle forma de vaticinio y de compendio económico, una penetrante visualidad abarca el más estupendo teatro cuando extrae de sus observaciones la evidencia de una tempestad que fermenta en los andes, los documentos de su arquitectura son simples y están a la vista, los ha visto principalmente en Puno – el indio profesor, el karabotas, el indio apóstol, el revolucionario, el obrerista, etc.– y eso no es literatura ni producto de una imaginación fácilmente impresionable, esa tempestad puede constatarse a poco de seriedad en la atingencia; el indio evangelista o más propiamente el estado social evangelista de la indiada kolla no es literatura ni tampoco fruto de acción ajena al dinamismo indígena, el indio evangelista es obra de un indio – MANUEL CAMACHO–, obra de su perspicacia y de su tenacidad, Camacho, el indio apóstol sostuvo por largos años (1905-1910) con su peculio y esfuerzo una escuela de la que fue maestro y auxiliar preparando diez profesores indígenas que luego echó como semilla en las dilatadas pampas de kota y pallalla kollakachi y viluyo; y entonces, comprendiendo –¡comprendiendo!– que el sacerdote es un elemento negativo para el progreso del indio (en esta época y en aquella) invitó a los adventistas a llevar su obra a esa región, el milagro adventista de Chucuito es fruto de un indio apostólico, ¡Camacho!, la simiente ha fructificado y no son ya diez los profesores, acaso sean ya doscientos; el primer automóvil-correo que se conoce en la región no lo trae un gringo ni siquiera un misti, lo trae un indio, JANKO, veamos estos párrafos de una carta de Carlos Pacho –evangelista, desde luego – dirigida a su hermano laborista en Lima:

"Con orgullo hice saber a usted del progresivo hermano Eustaquio Chamba Sosa en Argentina (Chamba es estudiante de enfermería en una universidad de esa República) Según opiniones que tengo nuestro país surgerá más alto en la escala del progreso, como acabo indicar en el ejemplote un joven estudioso, intelectual, moralmente; a fin de que usted no deje estudiar sin necesidad de maestro es decir en unánime con su señora. Les recomiendo escribir diariamente sequiera un troso de las lecturas siempre haciendo análisis del texto

y corrigiendo los errores que hay, así ustedes aprenderá de un modo práctico y agradable a escrebir el castellano lo digo por experiencia propia y para provecho de ustedes, ojalá sea seguido me indicación”.

Carlos Pacho está empeñado en optar título de normalista y en el empeño lucha con su deficiencia del castellano y con lo inadecuado de la enseñanza; que esa manera de expresarse no revele un estado de ánimo tempestuoso lo negará el necio o el gamonalista; Inocencio Mamani estrenará TUQUYPAJ MUNASQAN, linda comedia en keshwa, y ese acontecimiento por ser de un indio de donde procede y de un indio de 18 años parece sobradamente indicador, pero Tuquypaj munasqan es la segunda de sus obras teatrales –a los catorce años escribía la primera SAPAN CHURI– ¡Como estos casos mil! Cuando desde hace siglos se repite que el indio es un degradado incapaz que no soporta ni menos canaliza la civilización y se ve lo que muestra Valcár – ______________________

En *Boletín Titikaka*, Nº 18, Puno, enero de 1928. [Firma: Gamaliel Churata]

cel y lo poco que he mostrado ¿Qué deberá pensarse?

¡La competencia está declarada! Se encuentran frente a frente dos seculares poderes andinos –el gamonalismo y el indianismo–, el indianismo es plebeyo y distributivo, el gamonalismo latifundista y aristocrático, ambas literaturas pueden verificarse fácilmente, ambas economías son notoriamente disímiles –célula de una es la hacienda donde el indio es esclavo y se bestializa, la de la otra el ayllu donde es libre y parece hombre–, el gamonalismo es nubiano y conservador, el indigenismo indoamericano y libertario.

TEMPESTAD EN LOS ANDES es, pues, un libro indianista y está llamado a injertarse en la conciencia del pueblo, haría falta traducirlo al keshwa –Chukiwanka con el fervor que le es característico alguna vez me habló de tan bella y tentadora empresa–, en keshwa de tolvanera castellanista se trocará por virtud de sus párrafos tallantes y nutritivos en la tempestad irremediable –en alud–, en la justicia necesaria e imprescindible que nos libre de la burguesía ignorante y desmemoriada que tiene al Tawantinsuyo por las orejas.

POSIBILIDAD VERNACULAR EN LA PINTURA DE JOSÉ MALANCA

En la interferencia de cultos y disciplinas estéticas que presenta hoy el continente indoamericano, hácese cada vez más respetable un movimiento que podríamos denominar con certeza "plebeyo", y el cual nos está revelando la riqueza étnica de los países del nuevo mundo y su actividad política. Esa tendencia se hace cada vez más caracterizable en la escuela mexicana de pintura, pero tiene en los demás pueblos, representativos que permiten establecer un paralelismo neto.

¿Es o no esta tendencia un producto nuestro, es decir americano, reviviscencia del nódulo vegetal, retorno al paleolítico, o nace de la ideología de la postguerra, y es, por tanto, simple sincronismo histórico? ¿Al retornar a lo azteca o tiawanaqu concuerda este movimiento, o mejor, los refleja, el similar de Rusia, proletario, o el expresionista de Alemania? Porque es fuerza i nferir que tendencia de valorizar lo plebeyo, tanto viene de la revolución social como de simples exigencias estéticas… Entre nosotros se produce, cronológicamente, con los resultados de la guerra, o mejor se articula, puesto que el ensayo de las escuelas libres de pintura del citado país, comprueba que la "raza" encuentra en esta tendencia el medio nativo de su expresión, y que esa expresión sintoniza de manera sorprendente con el arqueológico maya o nazca.

¿Debemos, pues, aferrarnos al nativismo que en nosotros es revulsión de una época, o aceptamos que nuestro arte actual sea un aspecto fragmentario del panorama?

Es fuerza proponerse tales preguntas cuando se tiene delante un artista intuitivo empeñado en revelar la belleza de nuestro mundo, sin obedecer a cánones prefijos. Y entonces nos atenemos a un criterio simplista y le juzgamos con ordinaria importancia, o le concedemos la trascenden - talidad histórica que viene a ser el único matiz que nos diferenciaría en la agitación estética del mundo.

José Malanca, de raíz europea, nacido en Argentina, es un pintor cuya formación le pone al margen de toda calificación académica. Con recursos imaginativos poderosos, pudo, obedeciendo a su entronque occidental, dar uno de los muchos pintores cosmopolitas que han nacido ocasionalmente en América; pero prefirió –y hasta creo que en la elección obró más el instinto que el cálculo– la incursión a lo americano… Pero, ¿y qué es, a fin de cuentas, lo americano? Desde su

estudio de Florencia él sentía la nostalgia del Cusco… ¡Kosko! Sentía la nostalgia de lo cusqueño, él, que no conocía la capital de los Inkas, que apenas había entrevisto, como a través de una celosía árabe, –porque tanto podía ser árabe la celosía o kechua-aymara para quien no tenía idea instructiva de lo cusqueño– había entrevisto la fascinación de lo vernáculo indoamericano. Pintando un ombú de la pampa argentina, cierta vez se le humedecieron los ojos, y desde ese momento comprendió que había algo más que el demonio estético en su vocación; había el reclamo telúrico, había la inquietud cinegética, la memoria astral o la solicitud de la caverna. Es decir, en él se despertaba un nuevo hombre viniendo del ancestro. ¿A cuántos bellos y exigentes resbaladeros, nos llevaría la génesis indoamericana de Malanca, que es, ya digo, de raíz europea, por sus genitores, y cuya ambientación artística se desarrolla en país donde lo vernáculo es sólo lo criollo? Porque he aquí que Malanca, a lo que descubro, no sólo es un pintor que busca lo pintoresco y cuarterón, sino que sus mejores realizaciones lo determinan estrictamente un artista histórico. Las fotografías a que acompañan estas líneas, no dan, por desgracia, una idea de su obra. No obstante, en "Capilla aymara" se puede confutar dos elementos primordiales de es tética precolombina: lo sintético y lo ingenuo. El dibujo está denunciando la simplicidad del procedimiento, la consignación sumaria de los cuerpos. Los planos no tienden, es verdad, a la ruptura de la perspectiva; se desenvuelven metódicamente, pero en su propia simplicidad descubren la diferenciación geométrica de uno y otro. Lo estrictamente tiawanaqu, rompe con la

———————————

En *Amauta*. *A*ño III, núm. 19. Lima, noviembre – diciembre de 1928. [Firma: Gamaliel Churata]

perspectiva, y se reduce a la indicación llana de los bultos (los bultos, en arte tiawanaqu, son ideografías cosmológicas encerradas en concepciones planisféricas). Es de suma importancia anotar que los mejores cuadros de Malanca –mejores para explicar su procedencia vernácula – persisten en la simpleza y en la ingenuidad. (No siempre lo ingenuo puede ser simple; el caso de la Molle, en España, es muy característico de lo barroco actualizado, pudiera decirse revertido). El cuadro denominado: "La Kantuta", cuyo empaste hace necesario pensar en una embriología japonesa, es definitivamente prueba de estos elementos aborígenes. Otro tanto "Labriegos del altiplano", donde ya es mucho más ostensible la impresión de simplicidad constructiva reducida a pródromo geométrico.

Estoy seguro que Malanca no ha pensado todavía en un arte francamente indoamericano, histórico. Sus cuadros salen de su paleta por entusiasmo panteísta; pero hay tal tónica influencia de la naturaleza sobre su imaginación, que ellos vienen a ser, hasta hoy, los más logrados aciertos de un paisajismo nuestro. Es de esperarse, sí, que la gradual penetración que él realiza en lo indígena andino, lo lleve a establecer diferenciaciones en beneficio de su propia originalidad.

No es de mi incumbencia escribir ahora sobre sus lienzos coloniales, o neoindios, que así denomina a la cultura postespañola, el escritor cuzqueño Uriel García, y tampoco me lo he propuesto. Me interesa el aspecto vernacular de sus labores, y la intuitiva clarividencia con que ha logrado acampar, históricamente, en el paisaje del Titikaka.

Pero hay otro aspecto rico en intensidad que hace de su espíritu uno de los más vibrátiles de las nuevas generaciones indoamericanas. Es el aspecto revolucionario, izquierdista, social; a él, pues, se dedican estas rápidas consideraciones sobre nuestro fenómeno izquierdista.

Yo he preguntado muchas veces a Malanca, el porqué de su incomprensión de lo azteca revolucionario. Él ha contestado que sí admira, y mucho, a Diego Rivera, no le pasa otro tanto con sus seguidores, porque dan la impresión de estar formados sobre un patrón común.

De Picasso a Diego de Rivera, hay seguramente, un nexo técnico; pero no relación ideológica. Mientras el primero cultiva lo arcaico, estético y, si se quiere, lo estático. Diego Rivera anima en lo arcaico una fuerza popular. Esta es la razón porque si Juan Gris y Picasso ofrecen diferencias, no pasa lo mismo entre Orozco y Rivera. Orozco y Rivera son los artistas de una revolución, y en lo estético propugnan la valorización de la gleba. Así, los chicos mexicanos frutos de esa revolución y sus predecesores andan por caminos parecidos y se sirven de recursos afines. En literatura y pintura, como en música, si se opera hoy un fenómeno revolucionario, etimológicamente revolucionario, que merezca atención filosófica, es ese: la trasvaluación de la excelencia, de que habló Nietzsche. Las minorías expanden cada vez mayormente su radio, es decir dejan de ser minorías, de suerte que lo plebeyo medieval, informe y palingenésico, se convierte en lo plebeyo superado. Lo plebeyo superado, quizá es, en su polifacético mensaje, la verdad revolucionaria de esta época. A un arte multitudinario, plebeísta, tiene que concurrir el comunismo económico y el

retorno al mito, al tabú, es decir a la prehistoria. Se arguye, por ello mismo, que una cultura de este género, implica el retroceso de la civilización. Es que la civilización, lo que así se ha llamado en el acto capitalista, no miraba en el hombre una fuerza que debía, obedeciendo al ritmo de la vida, cribar su herencia espeluncal para llegar al estado angélico de que hablara San Agustín. En este arte de populacho, no vio el prejuicio burgués, sino delicuescencia, sin fijarse que indica, precisamente, concentración humana al servicio de la perfección.

Yo obedezco, implícitamente, a esa fuerza de las mesnadas indígenas, cuando establezco, no por secuencia universitaria –si en mí esto puede pasar– sino por instinto, el derecho de todos al banquete! No hace mucho nuestro gran poeta César Vallejo, nos dio el albazo de estar mistificando la esencia del arte, por el mimetismo con que obedecíamos a lo snob europeo. Habló, entonces, con tanta superficialidad como amenidad, de este arte vanguardista de Indoamérica, retal de desperdicios, y, al último, eco, decía, de lo colonial y primitivo. Él no advirtió, que el arte y la vida

de este sorpresivo momento se han dado una voltereta de que apenas son ligerísimo anuncio los payasos de Picasso.

Ligero anuncio, porque a lo que se va ahora –y de esto entiende la estética indoamericana – es a reunir la vida allí donde la dejó ahorcada la muerte… por eso, un dibujo tiawanaqu, un ariwallo inkaiko o una talla directa de los toltecas, tienen para nosotros el valor integral de una síntesis endogénica.

CARTA DE GAMALIEL CHURATA A JOSÉ VARALLANOS

Puno, 19 de setiembre de 1929 . Al querido Varallanos:

Me constriñe el más sincerísimo sentimiento de solidaridad al escribirle estas breves líneas para hacerle llegar nuestro dolor por la ausencia de Adalberto. Me temo que vaya usted a hacerle epinicio necrológico; ni tema que nadie le haga hoy en el Perú. Casualmente las generaciones actuales se distinguen por la vaguedad y su futilidad mental, donde no entra ni la vida ni la muerte… Ya me entiende. Pero es triste saber que la generación que no tiene aptitud para

sobrecogerse pávida ante lo estupendo, es generación incapaz de crear ni de subvertir. También me entiende usted.

La muerte de su hermano nos sobrecoge. Le estimábamos más que por su obra, que no conocíamos, por referencias de ella y por ciertas actitudes suyas reveladoras de un temperamento ágil y de una mentalidad acuciosa. Vea usted. Acaso cuando Adalberto transponía los límites de la materia organizada, o ya los había traspuesto, estando por tanto en directa comunicación mental conmigo, me dispuse yo a buscar, sin razón aparente o sin causa propia que a ello me obligara, una colaboración que nos enviara hace dos años aproximadamente y que no publicamos por descuido.

Corregía yo las pruebas del artículo dicho, cuando una carta de Arequipa me hacía saber esa muerte y la de Lora.

¡Quiá! Esto es siempre una inquietante gimnasia que acabará por suprimir nuestra carnatura y dar amplio brote al muñón de las alas. Ya sabe. Lo acompaño en llorar –ya largué la palabreja a que tanto horror tienen algunos maricones– a Adalberto, y crea que todos los muchachos Titikaka sienten muy hondo esa desaparición.

José: ¿Por qué decir que no tengo aprecio por sus poemas? Eso no es verdad. Lo que alguna vez le parlé fue una sintetización mayor, muy tiwanaqu o nazca, desde luego, que es como decir: una profundización del estilo daría en usted al poeta racial que su obra anuncia y ciertos aspectos denuncia. Nunca que no la apreciara. Si “Boletín” no se ha ocupado aún de su libro no es culpa mía sino de Alejandro, que anda más perezoso que una onza, pues es él el encargado de redactar esa sección y, como lo habrá comprobado, buen tiempo no le da la gana de trabajar. Por lo demás él lo estima sobremanera, acaso sin los reparos que yo le formulo.

¡Hombre!, ¡hombre! Usted también se voltea al consonante o sonsonante que los mugrones de un Góngora putrefacto nos están retrotrayendo cuando había ganas de parir cosa propia, con acento de viento libre, pampero. A mi juicio, no, querido José: dejarse de cojudeces oportuna - mente revela más instinto estético y mayor superrealismo. Usted tiene aliento de serranía vegetal, no de parque inglés. Hay siempre un kilómetro entre el pasto de invernadero al pacu-pacu picante y tóxico. Vuélvase a su canto hondo, sexual, atropellado, a su gruñido, a su flauta andina, a su caracola de hombre de cordillera o de valle silencioso y

místico que eso, al menos, es suyo, enteramente suyo, acorde con el salvajismo auténtico de su poesía. Deje a los niños bien las frituras de hotel. Cuando le inviten a cenar en alguna capilla irreverente, póngase un coturno de lindas plu -

———————————————

En *El ultraorbicismo en el pensamiento de Gamaliel Churata* por Manuel Pantigoso (Edición de la Universidad Ricardo Palma. Lima, 1999).

23

mas salvajes y saque a relucir los runtus. ¿No le parece? Es un deber de serranía.

He recibido ABC. Gracias.

Salúdeme a Velarde, ¿es el de Arequipa? A Jorge Nuñez Valdivia. A todos.

Mándeme cosas inéditas de Adalberto y suyas. De otros compañeros, ídem.

Ya sabe, el grupo "Titikaka" lo considera suyo, enteramente. No hubo antes oportunidad de dec írselo.

De corazón, su camarada.

Gamaliel Churata. 2 4

CARTA DE GAMALIEL CHURATA A JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI
Puno, 24 de Abril de 1929 .

Querido compañero Mariátegui:

Debe usted estar extrañando mi silencio de tantos días. Pero es que la Vida, así, con mayúscula, sigue atacando mis izquierdas revolucionarias y se ha propuesto dejarme limpio el camino de todos los seres que eran mi legado de alegría. Ayer fue Teófano Churata, le siguió muy luego Qemensa Churata, mis hijos, y el 12 de abril a las cinco treintinueve minutos de la madrugada, Brunilda mi compañera, chiquilla que con quince años floridos vino desde Chile a pagar mi tributo a la tierra. Fácil es que piense que tanto golpe si me ha endurecido el cuero me ha puesto también muy dolorida el alma.

Esta la razón porque no di inmediata respuesta a su cariñosa carta, y porque, sobre todo, no he cumplido con pagar lo que debo. Entre nosotros cabe la confidencia y la anécdota. Estamos hechos para la lucha humana, y podemos, por tanto, regalarnos el secreto de las lágrimas y de las llagas. Crea, no obstante, que aunque con tanto retardo, voy a cumplir proletariamente con mi deber. Y ya le tengo dicho con esto todo.

Me cogió la muerte de mi mujer escribiendo un artículo, que por desgracia me salió excesivo, referente a una afirmación de Basadre en “Variedades”: “El Vanguardismo que acaso vive sus últimas horas”. Se lo enviaré muy luego para “Amauta” y usted lo publicará si le parece bueno.

Cuando tenga tiempo ensayaré tejer un estudio de lo que yo creo más fundamental en Eguren, esto es: su indianidad. El tema es temerario; pero así me agrada. Desde las primeras lecturas que gocé de este poeta, y ya ello corre para más de quince años, siempre lo sentí andino, por sobre la apabullante razón de su costeñismo. Claro que me robustezco en la presunción, y me halago pensando que podría decir mucho en ese sentido.

“Amauta” siempre inmejorable. ¡Cómo pudiera yo ayudarlo pronto! Pero, tenga paciencia. Acaso muy pronto me encuentre en posesión de algunos centavos, y entonces le probaré

que mis protestas de fraternidad son sinceras. ¡Acaso, pronto!

Le abrazo con sumo cariño y le reitero el afecto y la adhesión.

Churata .

Saludos a los compañeros.

En *José Carlos Mariátegui. Correspondencia (1915-1930)*, edición de Antonio Melis. Lima, 1984 . 25

LA LIQUIDACIÓN DEL GAMONALISMO Y EL DEBER DE LA JUVENTUD

El señor Director de VOZ DEL PUEBLO ha tenido la bondad –que agradezco– de visitarme en ORKOPATA. La presencia de este joven periodista, suscita en mí, por una especie de sincronismo político, la inquietud de la generación joven, que, frente a los problemas del país, se reconoce responsable del porvenir. Este fenómeno de superstición espiritual no es patrimonio exclusivo de los pueblos embrionarios de la América indígena, los cuales en razón misma de su génesis colonial siéntense obligados a una palingenesia de tan singulares elementos que no sólo les han hecho perder su punto de gravitación, sino que en ellos la gravitación viene a ser, casualmente, una de las primeras conquistas por realizar, talmente los demás pueblos del mundo que perdieron el epicentro, y de los cuales se alza una voz interrogativa que escruta, como tentáculo, por el sentido, por la dirección, por el camino de la cultura humana.

Esta palabra de trascendente calidad puede concretarse para nosotros en una frase, acaso tremenda, pero necesaria e imperativa.

¿Qué deber nos impone el desarrollo de la historia en estos momentos cuando ha trepidado el organismo institucional y hay los síntomas de que una nueva época se gesta, un nuevo período se realiza?

Cuando esas juventudes que reclaman la voz y el mandamiento directores están localizadas en Sur-américa, en el Perú y en Puno, yo me siento obligado a pensar que ningún deber más inmediato a ellas, ningún postulado más cercano y promisor que afrontar el estudio de los fenómenos sociales, y de encarar con valentía una solución económica, puesto que la experiencia revela de manera indiscutible que en el fondo de todo fenómeno social se encuentran factores económicos, como en todo devenir existe una economía vital.

Para esclarecer el punto, basta, a mi juicio, un balance somero de nuestra evolución histór ica.

Los Inkas fueron violentamente segregados de su clima histórico por una invasión de hombres negativos a su ritmo. Estos hombres representaban el Medio-evo occidental en su triple aspecto de proceso social, religioso y económico. La Edad Media, impresiona por su gigantesco sentido ecuménico y por una especie de elefantiásis del clero; pero mientras la Europa del siglo XVI liquidaba la edad antigua para desembocar en el amanecer del Renacimiento, había pueblos de elevada cultura –el Inka y el Azteca– que desconocían los principios de la exterior civilización y vivían de conformidad con la doctrina del

Prehistórico, siendo pueblos agrícolas y organizaciones patriarcales. No obstante, estos núcleos acusaban gérmenes de evolución expansiva, precisamente en Sur-américa, cuando una guerra interior habría dado origen al primer movimiento renovador. En tal estado sobreviene el cataclismo fisiológico, que dice Neblinov, y el feto de la cultura indígena del continente americano es arrancado violentamente para injertar en su lugar un ser ajeno en todo a las condiciones maternales del nuevo mundo. Entonces los regímenes de comunismo agrario y de sencillo panteísmo ritual son reemplazados por los regímenes de la encomienda (el latifundio) y del despotismo católico-romano. A la concepción jurídica del gobierno del ayllu continúa el complicado mecanismo de la autoridad ibérica con mil estadios y providencias. El indio está lejos de su Emperador y la tierra no produce sino en la medida que se lo impone su nuevo propietario. Ha perdido el don del fruto; la Pachamama se convierte así en la causa de su prolongada esclavitud de muchos siglos. Olvida sus hábitos de moralidad, de trabajo y sus virtudes intelectuales y teogónicas, para convertirse en el animal cuya suerte discute el mundo occidental en las Cortes de España, y que si ampara no logra modificar siquiera. Con esto, es natural, la América pierde su sentido etnológico, su punto de gravitación, y cae, dando tumbos, de

---

En *Voz del pueblo*, N° 2, Puno, marzo de 1930. [Firma: Gamaliel Churata]. El director de este periódico fue Lizandro Luna, autor de “El puma indomable”, biografía de Pedro Vilcapaza.

brazo en brazo, de cuantas esperanzas le ofrece Europa.

Sin embargo, es preciso anotar que la base andina de la economía sigue siendo agraria, y, por tanto, indígena. Tres millones de trabajadores indios determinan un estado social indígena, en cuanto a la utilidad, pero no en cuanto al beneficio. Si una agricultura de tipo netamente español - colonial, explota hoy a esos tres millones de hombres, sin mover un capital mayor diez veces a esos tres millones de braceros, es de suponer que su economía es feudalista, y de sistemas embrionarios; estando, por lo mismo, en condiciones desventajosas para inducir síntoma alguno de cultura. Porque es preciso tener en cuenta que la tierra laborada en forma intensiva y dentro de métodos racionales y acordes al medio físico y al ambiente moral, no sólo está destinada a producir la riqueza, es decir la utilidad, sino a suscitar, germinar la cultura, es decir el beneficio. Cuando se

piensa que el Imperio Inkásico era fuerte de diez millones de habitantes, no se puede concebir cómo España y la República diezmaron siete millones de hombres, sino se atribuye al régimen del latifundio que privó al hombre del usufructo de su trabajo relegándolo, poco a poco, de los territorios labrantíos a las cumbres yermas donde con un esfuerzo mayor se lograba un producto mínimo.

Por tanto, me parece que el deber de los jóvenes de Azángaro que animan este periódico, si están, como creo, inspirados en un ideal de superación –la superación implica la liquidación del pasado– y tienen el valor y la seriedad suficientes para aceptar el imperativo de la época, deben luchar, tenaz y permanentemente, por la desaparición del gamonalismo en todas sus formas y, sobre todo, en su forma económica. No hay sin esto rehabilitación posible del indio; es signo de un delirio mental creer que el indio se rehabilita con leyes proteccionistas o con Patronatos que integran precisamente sus viejos explotadores, ni que haya su situación de mejorar porque hagamos más o menos románticas declaraciones en su favor. No. El indio y la cultura de los Andes se rehabilitarán, cuando el indio vuelva al libre usufructo de la tierra, cuando en vez de una flaca y miserable generación de hombres expoliados, nuestras praderas se llenen de hombres vigorosos y libres, en quienes la tierra cumpla el sentido del Achachila; es decir: en quienes la tierra sea un camino al cielo; pero la tierra arrastra a la concepción de la belleza, la justicia, el amor, esos tres pináculos de la cultura, sólo cuando el hombre que la rotura y la violenta con celo y presteza de macho se juzga libre, se siente dueño y es en verdad dueño libre de su propio trabajo, como es dueño de su libertad y de su cielo.

No hay esperanza para esta República, desarticulada y simiesca, sin que las generaciones de hoy, las que actúan, comprendan que nuestro problema básico es el agrario, y que éste no se soluciona si no se acaba para siempre con el gamonalismo, en todas sus formas, pero sobre todo en su forma económica, y se devuelve la tierra a quienes saben trabajarla y la trabajan hace tantos siglos, naciendo sobre ella y muriendo oscuramente sobre ella, en una trágica visión a cuyo lado las alucinaciones de Poe o del Dante son apenas lugares comunes de la retórica fantasista.

La orden del día, por tanto, de nuestra generación, no puede ser sino ésta:

LA TIERRA PARA LOS INDIOS.

LA BATALLA DE LAS PALABRAS

“Gamaliel Churata, escritor puneño, es, por su forma y por su sensibilidad, uno de nuestros más originales hombres de letras. Serranista férvido, andinista hondo, realiza la norma que, para todos los escritores, si anhelan ser grandes, fijó Bernard Shaw: “Si quieres ser universal, escribe a propó - sito de tu aldea”. Gamaliel Churata ha lanzado sobre Puno, sobre su Puno, los grandes reflectores de su imaginación. La nacionalización de nuestra literatura, tiene en Gamaliel Churata a uno de sus mejores ejecutantes. En su prosa y en su verso, en su mente y en su corazón, Gamaliel Churata es peruanísimo. Cuando lo leemos, nos parece estar bebiendo agua fresca bajada de los Andes. Y que la bebemos, con rústica y devota elegancia, en copa que nuestras manos forman. Este artículo que, inédito, nos envía Gamaliel Churata, es como una profesión de fe del escritor y “La Revista Semanal” considera que, al publicarlo, realiza acto de intenso peruanismo.”

Me parece que la contienda por llegar a la expresión propia en literatura, es un estado general que sólo alcanzaría plenitud entre nosotros después de la guerra de la Independencia, y, de manera singular, en tiempos cuando los países de la Conquista colmaron diez veces su decenio. Y aún así, si los escritores de entonces hubieron de enfrentarse con un pesado lastre hispánico, los de hoy vénse atajados por un obstáculo acaso mayor: la cultura europea. Pero, si hay quienes aceptan, que la vida sea un proceso centrípeto, no entienden cómo se pueda revolucionar cien años de cultura grecolatina, para reemplazarla con los silabeos indigenistas. Poseemos ya mentalidades forjadas con prejuicio sabio, y esa sabiduría, claro, les importa mucho, mucho más que sentirse holgados dentro del vestido y ubicarse con génesis en el paisaje. Tanto es así que en la Argentina se ha dado una voz de alarma contra la tiranía del Indio. En el Perú no escasearían quienes la repitieran. Jorge Mañach nos confiesa desde Cuba su ecuánime captación de esta verdad.

Sin embargo, esta verdad es inconclusa: la literatura del continente, en sus aspectos más serios, se reclama de una porción decisiva de espíritu terrígena. En mi ensayo: “Episodio vanguardista de Indoamérica”, examino este tópico. Lo mejor de la literatura argentina para un balance riguroso, no será, por cierto, “La gloria de don Ramiro”, sino el “Martín Fierro”. En uno, acaso, se patenticen cuantos factores españoles influyeron en nuestra hechura; pero, en el otro

emergen los indios –el indio– y la naturaleza, en esa larga y puntual sabiduría agraria que tan valioso hace al poema de Hernández. Cabe preguntar: ¿el tiempo justificará al autor del poema o a Larreta? Un consenso implícito dio la primacía a aquél sobre éste. Mientras el “Martín Fierro” tiró una gozosa empollada, yendo a germinar en mentalidades vanguardistas y porveniristas como la de Guiraldes, de Ramiro, el calavera, no se ha creado reedición alguna, a menos que por tal se estime algunas novelas de ambiente íbero o de reconstrucción colonial que aparecen esporádi - camente en Chile, en Uruguay o Perú. Al contrario, su autor *rumbeó* a la Pampa, aunque sólo para extraer un muñeco! Pero la oposición es más nítida si frente a Hernández colocamos a Echevarría.

En *La revista semanal*. Año IV, N°147. Lima, 26 de junio de 1930.

En ambas la intención es nacionalista. Aquél la extrae de su peripecia europea; éste de su peripecia revolucionaria y pampina. Pero, como es justo, cuando en Hernández se evidencia vernáculo el instrumento verbal, en Echevarría, a pesar de su romanticismo, bien que romanticismo francés, quiere conservarse limpia y llena de esplendor la lengua de Castilla… Hoy hacen cosa igual, con análogo sentido, Lugones y otros castizantes. Chocano –que resolvió la ubicuidad hispano - americana– vive en sus mariquitas y marqueses astigmáticos. Ellos asienten que el espíritu de una literatura está en el contenido; no en el instrumento. Se ignora, en verdad, hasta donde eso puede ser constatable. Lo que mira una observación imparcial es que el poema de Hernández, trasladado al castellano de Echevarría, queda sólo en una traducción del original indoamericano, como resultan tradiciones del americanismo las obras que se hacen con tal objeto.

No salta el porfión vivo y señero de nuestro espíritu sino allí donde el saber de la palabra viene empapado de vida. La palabra es gran riqueza. Y para nosotros, ya que no un idioma íntegro, la palabra de nuestro aymara lo es todo. Dando vueltas alrededor de un caballo, dice Unamuno, un *llokallo* cantaba: ¡este es un caballo!, ¡este es un caballo! Señálase allí un síntoma de espíritu lírico. Para la concepción de numerosos críticos, la lírica se reduce a esto. El proceso es neto. El Jehová no procede de manera diferente al *llokallo*. Se reduce a enumerar. He ahí el momento lírico de la creación mosaica, su grandeza: ¡este se llamará un hombre! Y el hombre, hélo aquí. No tiene mayor encanto el Génesis sino por la tarea del

bautizo. Conviene, por tanto, que las cosas se llamen de sus propios nombres en una literatura, para que ésta resulte la expresión de un momento biológico y de un caso geográfico y que, por tanto, desempeñe un papel vivo en la cultura. Si escindimos los detalles, nos ocurrirá encontrar en el gongorismo uno a modo e xpresivo de personalidad o atribuiremos al surrealismo el valor del *samkaña* aymara, que no tiene, y ha de estar más cerca de nuestra motivación estética con su séquito de *kamakes, sachasachas* y *pakos,* que la brillante inocencia angélica de aquél. Por universalizarnos, nosotros cuasi licuados, no licuaremos aún más la tesitura indígena. Hay muchas cosas vivas en nosotros. O mejor; hay muchas cosas muertas. Esto gustará al genio de los occidentalistas. Muertos están dentro de nosotros el pasado aborigen y su porvenir. Este pasado y este porvenir determinan nuestro presente inconfuso. Los muertos mandan, dijo Marx. Hay muchas cosas muertas en nosotros, que tenemos que vivir por fuerza. Tenemos que vivir, en primer lugar, al indio. No le excluimos de una plumada. Así cuando comprendamos el sentido encantador y providente del *muruña*, nos ufanaremos de este nombre aymara, porque no se le podrá traducir al ruso. Ni al ruso! Nuestras palabras como nuestros productos naturales, conducirán nuestra cultura.

¿Existe, pues, una nueva enfermedad americana? Sí, como el siglo XVI hubo un mundo que descubrir: el indigenismo. Esta enfermedad, y la sífilis, pueden columbrar un vasto dominio, y tienen, por tanto, quienes se hacen responsables de la salubridad europeizante, que op onerle algunos diques y preventivos asépticos. González Lanuza, selecto poeta argentino, y Abelardo Solís, mentalidad recia y seria, han dado con la clave, esta vez sí "aparencial", del fenómeno. Ambos lo atribuyen a la moda. En una conferencia de Atawalpa Rodríguez, dicha en Arequipa, y publicada en ese simpático diario que es "Noticias" se proponía a los artistas novatos de Arequipa, y algunos nonatos aún, la reacción contra el menjurge indigenista, sentando que lo indígena no sale a la palabra, sino que fermenta en el hondo laboratorio sicológico –hondón le llama el autor del Sentimiento trágico–. La palabrita suena desde hace algunos años.

A estas alturas se impone una revisión circunstanciada de los modos y los canales que de ordinario adopta nuestro problema de expresión, porque él, seguramente, tiene grave trascendencia como el económico, y además resulta de un visaje racial y de otro de retórica pura.

Me parece que Ortega y Gasset sugiere, comentando a Hegel, que nuestro caso como cultura es un dislate pluscuamperfecto, ya que no cabe este corolario en

quienes, como nosotros, no alcanzan la plenitud histórica sino del préstamo que trajo Europa con sus carabelas y demás adminículos. No era necesario acudir al método dialéctico para llegar a esa conclusión. Antenor

29

Orrego la declaró en uno de sus activos parlamentos publicados en “Amauta”. Por nuestra parte arribamos a este resultado cuando, albores de 1926, se iniciaba en el Titikaka ese momento “curioso” de la literatura peruana, que dio origen a la vasta y compleja indiofilia estética que hoy se encauza en formas definitorias. Sostuvimos, a la sazón, que nuestra ascendencia como cultura estaba en directa conexión con la prehistoria, y que esta realidad siglo XX tenía, fatal y obligatoriamente, que soportar la herencia espeluncal. Espeluncal no ha sido, es verdad, pero sí bastante genética para conservar un largo sabor de garra y resobo paleolítico. Nuestro Manko Inka, así, no fue un panurgo con muchas ideas generales para sentar cátedra de civilización, sino un hermoso ejemplar de fauna, que construyó, por imperio del suelo, eso: nuestra cultura. De allí arranca el aymará rudo y profundo y el ídolo de andesita, fuerte y placeroso tipo de libre creación artística. Allí se origina también nuestro keshwa. Nuestro tejido maravilloso nace entonces. El dibujo nazca, tan elevado y sutil como el tiwanaqu, data de él. Y es desde entonces que permanecen, porque si Europa condujo sus formas a la libre América, no pudo matar el espíritu de las nuestras, y a la postre ese espíritu quiere manifestarse, expresarse. Claro que hay hombres entre nosotros para quienes mentar la *mechachuwa* equivale a mentar a la madre… No querrían oír otras palabras sino las cabales hispanas, mejor si resuman al Arcipreste o Villaroel. Una anécdota: el poeta Guillermo Mercado de regreso de la altipampa, fundó en Arequipa un “ayllu” con el objeto de unir a los artistas arequipeños en solidaria labor vernácula e, implícitamente, para ENCHULLARLOS. Invitó a muchos escritores de épocas y sectores diferentes, y entre ellos al señor Juan Manuel Polar, el cual, enviándole un ejemplar de su novela “Don Quixote en Yanquilandia”, firmó la circular y agregó con mayúsculas, al estilo vanguardista: “NO ACEPTO”. Gerchunoff adopta hace algunos años postura semejante. Para él esos trastos y tretas de líneas quebradas, esos zoomorfos y fitomorfos, son manifestaciones tétricas que no concursan con un espíritu moderno, alado, fino, como propio hijo de la quintaesencia parisina. Para ellos resulta de una gravísima dureza decir *wiswi*, por aquello que está sucio, cuando hay tantos equivalentes españoles o franceses para expresarlo. Y ello es verdad. Lo grave está en que para el indio – todos somos indios– no está sucio sino lo que está *wiswi* !

La moda es una manifestación de cualidad acaecida por razones de población y producción. Sobre todo en América. Es muy claro que si la economía de la Sierra no fuera indígena sería ya largo el tiempo que el peruano oprimido por la tiranía indígena se libertara. Pero, ocurre que la riqueza actual del Perú es indígena: población, ganadería, agricultura. Sólo el industrialismo no lo sería en cierto modo. Países de base agropecuaria tendrán que verse obligados por muchos años a soportar el influjo del indio, o a canalizarlo. Parece que, con sorprendente prudencia, va ocurriendo lo último. Si la producción y población pueden determinar una moda, el ambiente y la naturaleza producen la capacidad dramática de su expresión, y entonces los medios de que se vale resultan intransferibles. Ahora bien. Esto no implica la resurrección del Inka ni la revalorización del inkario en su arqueológica semblanza pretérita, pero sí la imposición de aquellos valores indígenas que tuvieron a virtud de pasar indemnes a través de la prueba histórica que implica la Conquista. De esta manera, por ejemplo, del Inka no tomaremos los holocaustos sangrientos – hasta tanto los estudiemos con bastante profundidad– porque, probado está, los dioses perdieron el gusto de la sangre. Pero sí trataremos de adecuar el sistema comunario del trabajo, yendo, si sólo ello fuera posible por ahora, al establecimiento de la pequeña propiedad agraria dentro del régimen del ayllu, lo cual, de sí mismo trae incluida la liquidación del latifundio que es el sarcoma de la riqueza en el Perú. De la riqueza sobre todo tomada en su acepción demótica. Y con esta misma razón insistiremos en extraer de la música andina aquellos valores que puedan suscitar un sentido de raza. En cuanto al hecho que nos ocupa, no importa en esta pugna la elevación súbita de los idiomas vernáculos a categorías, pues bien sabemos que aquello es nulo de antemano. Lo que busca el indigenismo sería más pretencioso, más grave, más llevadero. Sería imprimir al castellano el espíritu del vernáculo. Es indígena el poeta que así canta:

30

Tú lo estás sabiendo, Juanacha…

Preferiría, por caso, del hombre, a la definición mística, la que fluye de la filosofía indígena. Para el indio el hombre es sólo la tierra que se anima: *¡Jallpakamaska!* Trocaría un luengo soliloquio sobre términos de psicología para explicar los actos fallidos, por esta llanísima palabra: *lajla*, que determina, en aymara, según una bien refrendada inspección, aquel tipo de hombre –el entusiasta hispano americano que estudian Arguedas, Vasconcelos– cuya

volición no llega al hecho.

La ternura que nace de la poética indoamericana viene directamente del idioma rural. Confútese en los verdaderos poetas indigenistas, y ya no indigenistas entonces, sino indígenas, cómo el arrogante español de la Conquista conduce una suave linfa que no tiene más antecedentes que la prosa de Garcilaso, inka.

En Orko-pata eres más alegre

llegas encendiendo las luces del alba

y el charango se pone a chillar (Versos del autor de "Ande") *Un incendio de sol tras de las perkas*

Se sustantiva la visión, adquiere personería, tiene ubicuidad emocional, y se colora. Emilio Vásquez, un poeta aymara que viene presto, fuerte poeta, por cierto, canta:

Kenachito wailluri de los luceros

phusa de orégano tierno

(Kenachito: pájaro; Wailluri: querido; Phusa: zampoña)

Ignoro si en oídos no habituados a percibir la eufonía aymara producirá lo que en los míos, la música de arroyuelo y de *cherekeña* que circula en estos versos. Es de lo más sutil y amable. De lo más piadoso y dulce.

Del mismo poeta:

Mamita, tu mensaje del Ande…

El nominativo es lindo. El indio llama mamita a la virgen María y a la Luna. El poeta lo aplica ahora a la joven amiga que se fue. *Mamacha* cusqueño… el diminutivo pertenece al genio del aymara.

En vano el sol te busca sobre Orko-pata esquilado

si techaste tu nueva musiña de chilliwas.

Cobra carácter extraño y es al mismo tiempo sensación de misteriosa belleza la que dan, en su profunda poesía racial, los poetas que desde el Titikaka se propusieron la veracidad del canto. Y, siendo veraces, resultaron indios!

31

ELOGIO DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

José Carlos Mariátegui es el escritor peruano que ejemplariza mejor el estado caótico de nuestra organización como República. La misma evolución de su cultura revela que la instrucción no es un privilegio de los pobres. A los catorce años —dice— entré de alcanza-rejones a un periódico. Y ya el año diecinueve trabajaba en el diarismo. Es un autodidacto. Un antiuniversitario. Pero se matricula en la Universidad de Lima con el sólo interés de seguir un curso de latín de un agustino erudito. La importancia de su autodidaxia se mide por la variedad de sus conocimientos y la consistencia de ellos. De su banco de inválido lo querían llevar a la cátedra las juventudes libres del Perú que descubrieron en ese hombre sin colegio al profesor, al maestro innatos. Desde los primeros días de su vida es un batallador contra la penuria económica y la falta de medios para organizar la sabiduría. Está constantemente excitado por el deseo de abarcar nuevos límites a su cultura; posee la inquietud cervical que lleva, arrastra, más propiamente, a la concentración del panorama humano. Este es el signo más frecuente del educado por sí mismo: quererlo aprisionar todo en un haz. En una especie de ataujía revelará su entusiasmo hervoroso por toda disciplina, y querrá, como un bárbaro primitivo, levantar su tienda de pieles de reno o de puma, sobre el destrozo del mundo extraño sobre el cual se levanta. Hablan en su espíritu los potentes gruñidos del pitecantropo que lleva todo hombre en la cartera. Y entonces, de poder, desenvuelta su capacidad de acción, será, para la historia, como el mar revuelto que protesta en las rocas. La universidad da, casualmente, el tono sedante, y sitúa el ímpetu dentro de las normas lógicas, atenúa y por fin tamiza al hombre. Crea la civilización. Cosa bien pobre desde luego, si antes no es cultura. La cultura, no obstante, es obra de ese hombre sin trabas, de ese hombre instintivo que revela el soma de la tierra, licor tremendo. Mariátegui se comporta así. En una de sus cartas me decía que debíamos rumbar al cataclismo. Y cómo me gozaba yo trémulo de saber así a José Carlos. Su temperamento de escritor, con todo, es de aquellos que devuelven en ternura el ácido y la tragedia de la vida. De sus largas horas de proletario, de niño proletario, obligado a pensar cuando sólo tenía 12 años, le

viene su estilo de gracia alada, de severidad y serenidad experimentadas, de pureza de agua, de agua de manantial para ser bebida por menesterosos y pudientes. Así se hizo, al fin, “indispensable”, como le han dicho en la Argentina voces de humana cordialidad. Además del escritor, tan alto como el hombre, un avezado crítico de su país reconoce que Mariátegui, “sin jactancias, se propuso realizar —y lo consiguió— la estatura del hombre libre”. Cómo no. Ya lo era desde que la sabiduría en él fue un ejercicio de conquista personal, una rebelión en contra de su propia fatalidad. La América indígena, que es la nueva y futura América, esperaba recibir el mensaje de la vanguardia peruana de labios de Mariátegui. Eso quiere decir que ninguna voz nuestra obtuvo tanta representación espiritual en el mundo. Y de su prensa políglota sale un rumor, cada vez más reciente, que da la medida de cuánto se apreciaba, se evaluaba, a este hombre nuestro cuyo organismo miserable era, apenas, un mínimo pebetero para el incendio trascendental que venía a suscitar.

Pero no se honra el júbilo de la primavera con las cenizas de la tribulación; y de este hombre de alma matinal, no se traza un epicedio. Declina en aquel estado que los místicos llaman de santidad. La muerte, entonces, para él, lejos de ser la reversión en el sentido de Bruno, es como la parénquima del trigo presto para la siembra, entraña terquedad de vida. Él realiza entre nosotros las dimensiones del escritor nativo, y, por tanto, del maestro —todo escritor debe ser un maestro — del periodista innato, del registrador de ideas, al cual, en fuerza de madurez histórica, el país concede sentido de conductor, le hace su vehículo más organizado y completo de agitación. En su libro “Escena Contemporánea” se ve esta oscura obra del instinto de un pueblo. Es el fruto de

---

En *Amauta*, N° 32. Lima, agosto-setiembre de 1930. [Firma: Gamaliel Churata]. También fue reproducido en “Antología y valoración” (Ediciones Instituto de Cultura Puneña. Lima, 1971) .

aquella llamada por él y Sanín Cano: la obligada atención europea del espíritu moderno, funciona para esta interpretación, como la contracción de los nervios, a través del esqueleto, en el momento que precede al salto... Todo el registro del intelectual se tonifica en el viaje por la escena del mundo contemporáneo, para arribar a la cristalización del estadista y el apóstol que da origen a “Siete Ensayos” de nuestra realidad. Su tarea de escritor aparece vinculada a su acción

de caudillo, y por lo tanto, son indivisibles, siendo este el secreto práctico de su perduración, de la vibración de su genio en las generaciones actuales del Continente. "Solo subsiste —decía—el escritor con prole, el suscitador, el precursor". Son condiciones ampliamente satisfechas por su obra. Los escritores bizantinos mueren con frecuencia junto a sus libros, y a veces, después de ellos. En el Perú sólo Prada y Mariátegui cancelaron su deuda en sus discípulos. Vencieron la limitación del tiempo en la inquietud de los jóvenes.

De Alvaro Yunque es esta cláusula de sabor proletario:

Por el alma de América — borrada

y analfabeta—otro hombre nos ha dado el Perú.

Un hombre se llama González Prada .

El otro hombre eres tú.

Ambos cumplieron con infundir ánimo inquieto a su tiempo estático; o este tiempo sintió por obra de ellos la gravidez del vientre fecundo. Uno dentro del liberalismo, cuya extrema izquierda es el radicalismo; el otro dentro del socialismo, cuya extrema izquierda es el comunismo. Es decir, en la obra de ambos, estilistas definitivos: lírico, analítico en el otro, se contienen los extremos de nuestra expresión, de nuestra realidad. Además, si, como resulta, Mariátegui

pertenece a la familia intelectual de Prada, en **él** se completa el revolucionario que había chafado en el maestro.

Podrá superarse su obra de escritor en integridad panorámica; repetirse la manida objeción de su falta de conocimiento visual de los problemas peruanos, particularmente de los que afectan a la tierra en los Andes. Habrá quienes señalen lagunas en su interpretación; pero no se le podrá negar vivacidad, limpieza, intuición para enfocar y resolver nuestro caso. Resulta un nomenclator certero, agudo, creador. Su pluma comunica una vitalidad llena de admirable salud. No hay parecido entre nosotros a su estilo, a veces saturado de un ambiente de marea plena, constantemente risueño, de una saltarina agilidad de ola y de atleta. No revela ningún propósito didáctico; pero es profundo e inquisitivo; tampoco sugiere la abotargada prosopopeya de los adobadores de incunables. Sus libros, estéticamente, parecen el fruto de un hallazgo en la

soltura desprevenida de la charla militante y fervorosa. Sin embargo, entre nosotros, se han escrito pocos libros con más audacia polémica que “Siete Ensayos”, menos aún tan universalmente literarios. Por lo demás, la historia del libro entre nosotros es singular; junto al extenso desarrollo de Vigil, y a su erudición más abundante que profunda, tenemos el libro cincelado, fragmentario, de Prada, o el agua chirle de cualquier ergotizante. A la edad bibliográfica de “7 Ensayos” pertenecen los libros más serios y fundamentales de nuestra literatura. De la inquietud que revelan: “Iniciación de la República”, de Basadre; “Ante el problema agrario peruano”, de Solís; “Monografía de Puno”, de Romero; “Historia de la Literatura del Perú”, de Luis Alberto Sánchez, puede decirse que es la de mayor sentido constructivo y definitorio suscitada por generación alguna, sobre todo si se considera que nuestras revoluciones —Emancipación y República— son primordialmente episodios sin génesis ideológica nativa. Y si este conjunto de germinática exultación puede ser clasificado como síntoma o período en la historia de las letras peruanas, se comprenderá cuánta razón tiene Sánchez cuando reclama para la generación actual la compañía de Mariátegui, contrariamente a More que lo ubica en la “generación infortunada”, o sea la generación colónida. Esa generación era de estetas; esta es generación de agonistas, se abre casualmente con hombres de

la edad del maestro caído. “Mariátegui, a la bella libélula apodan aquí chupajeringa”, le decía ciertamente consternado por la plebeya ofensa el dandy y gran poeta que fue Abraham Valdelomar, al joven y laborioso Mariátegui. Y el corifeo adolescente instábale a escribir el alegato en favor de la humildosa charchasúa. Dentro de este refinamiento declamatorio, ninguna voz — tal vez sólo una— acusa no ya sentimiento multitudinario, siquiera sexuada varonía. Con la actual generación muy diversa. Antes que el condumio decadentista es posible el arrebato profético. Es verdad que nuestro concepto del Inkario, en lo estético, no es el de Valdelomar, como en lo sociológico, no es el de Aguirre Morales, los dos colónidas de mayor personalidad, de más sentido nacionalista, de cultura más seria, de obra más valiosa y medular. Concedido que este momento peruano esté fuertemente influenciado de indigenismo, tenemos que reconocerle, llanamente, las características de una biología nacional en presuroso devenir. Lejos del proteccionismo de los intelectuales católico-coloniales; lejos del malthusianismo de los aristócrata-jerarquizantes; lejos de la demagogia criolla, en este movimiento cabe holgadamente el marxismo de Mariátegui; la interpretación histórica de Valcárcel, lo que es más, una solución de continuidad

inspirada en su enseñanza; y la transformación étnica que propugna Uriel García, en que es factor operante el complejo telúrico, pues, como es de rigor, estos dispositivos concurren a la formación de una entidad revolucionaria dentro de formas nacionales. Ello es tan cierto, que si Mariátegui no

conoció de **visu** el ayllu, a causa de este ritmo, se le reconocen la proximación de juicio, excelencia de deducción, lo radical y definitivamente acertado de la actitud... Y es que, al mismo tiempo, si

un conocimiento directo suele dar la clave de un problema, porque la realidad atesore en su misma virtualidad objetiva el secreto de su íntima virtualidad, hay, en los hombres de acción, un factor que suple su carencia: la capacidad del fervor, que bien podría traducirse como un instinto del hecho. Mariátegui tenía capacidad de místico —aunque parezca paradojal—fervor de creyente. Y hombre con doctrina y fe definidas, puede no ser un espectáculo mental, pero es una actitud severa.

El crítico constatará en su obra la metódica y progresiva aplicación del materialismo histórico a nuestros problemas. Junto a este aserto hay que indicar otra condición valiosa de su personalidad de maestro: la sana, racional, artística cualidad de imponer a los pensamientos el marco vivo, exacto, preciso que les corresponde, de donde resulta que si sus especulaciones admiran por la densidad del contenido, halagan, suscitan por la nobleza y serenidad de la f orma: una expresión cabal en una medida exacta.

Vale decir, una expresión propia, adecuada, en el ser es la mitad del ser. Por algo el **fiat lux** es la metáfora más útil que inventó el dios de Adán... En la medida de los hechos se encuentran

palabras precisas. De esta aptitud eurítmica al hedonismo literario hay, seguramente, mucha distancia. Tan bien escribía Mariátegui, tan personal y dinámico era su estilo que hubo peruano capaz de rememorar a D’Anunzzio con motivo de su muerte. Una admiración, no acusa, rigurosamente, una analogía. El señor Heysen atribuye a la gramática de José Carlos Mariátegui aristocracia, y aristocracia nietzscheana, d’annunziana sosteniendo que el suyo no podía ser un arte proletario. No extraña esta actitud en un aprista. Parece que el aprismo tiene una doble personalidad: elevada, grandílocua, para el claustro; y grosera, baja, para el trabajador...

Por proletarismo ha de entenderse la función de equilibrio de una clase, nunca la perennidad de su depresión. Para el concepto grotesco que señalo, proletario sería un arte inferior, porque así como el artista supedita su limitación, su encaje depreciado, obra de la burguesía, deja de ser proletario. Este se conecta cercanamente con unas afirmaciones de Haya de la Torre, respecto también de Mariátegui. Haya aboga por el imperio de la Universidad, contra los inválidos y los autodidactos, afirmando que no pueden conducir una revolución. Los hombres sanos, fuertes, y rubios, para el caso, salidos de una Universidad, son los indicados. A esta petulancia universitaria hay que oponer el severo universitarismo de Mariátegui. Pero Mariátegui es un antiuniversitario, un anticuerpo para la enfermedad del universitarismo de privilegio. Casualmente

revela la disciplina que Haya atribuye a la función del claustro. Y es que la disciplina es ya una personal riqueza del hombre. Claro que la Universidad la instaura, pero no la comunica. La Universidad en función disciplinaria automatiza la brillante mediocridad del profesionalismo, pero el conductor, el hombre signo, es ya fruto de un proceso extraño, ajeno a la Universidad. ¿Lenin habría realizado la obra que realizó de no haber mediado la Universidad? Todo lo niega. Nuestros temperamentos intelectuales: Prada, More, Eguren, Chocano, Orrego, Gibson, se producen fuera de la Universidad. Y fuera de la Universidad se forma Mariátegui. El pobre no alcanza a las universidades entre nosotros: el pobre y el libre. Si alguna vez se revelara la dantesca tortura que en el Perú cuesta la sabiduría... De Puno, lugar de curiosa celebridad por sus muchachos hábiles, sólo los gamonales llegan a la Universidad. El pobre que pretende dar una profesión a su vástago, de hecho acepta la hambruna. En este sentido es significativa la vida de Telésforo Catacora, zapatero de oficio, como el suscrito, dueño de la mejor mentalidad de su generación y de un riguroso empeño. Pues bien; abandonado de todo apoyo, trabaja en el taller mientras hace su media; y luego que la acaba, viaja a Arequipa donde estudia letras. Pero él desea algo más vivo que la escuela tomista de Arequipa. Viaja a Lima. El clima y la alimentación deficiente, lo revientan. Este Telésforo Catacora fundó, por los años de 1902, una “Escuela de Perfección” de la misma técnica de las universidades populares. Allí, entonces ya, se enseñaba con sentido social.

¿Quién que discurra sin prejuicio no le encontrará aquellos valores de entelequia que le hacen digno de compañeros en la gloria y la significación con hombres símbolos de la América? Lugones, al trazar su exaltación lo compara con

Sarmiento. Y tiene muchos puntos de analogía. Otros a Vasconcelos e Ingenieros. Sí, en “7 Ensayos” tenemos que ver los peruanos la claridad brillante y la profunda seriedad de Alberdi. Esta requisitoria vale para el Perú, lo que “Bases” para Argentina. Con diversos matices se beneficia el pensador vanguardista sobre el pensador demoliberal. En vano sus impugnadores, generalmente inconsecuentes, acusan su obra de retórica. Le llamaron pastor de poetillas vanguardistas. Qué ceguedad. Sobre todo en quienes tenían la obligación de ver fijo. Ninguna obra más proficua en la acción, más seria en la disciplina, más pedagógica en los métodos. Al rendir “Amauta”, primera revista peruana que hace prosélitos en el extranjero, concentró una generación de hombres cuya educación era sobre todo económica. Es decir, práctica. Esta generación de hombres, la generación de la agonía, tiene como símbolo al trabajador de Vitarte y al indio emancipado y beligerante. Ni en acepción el universitario, ni

especialmente el **doctor**, son ni pueden ser depositarios del mensaje de Mariátegui. Un sector más completo e integral, en su generación finca la vivencia y supervivencia de ese cúmulo de doctrina

plebeya que partiendo del ayllu y de la fábrica, rumba perentoria, obligadamente al cataclismo político que tanta falta le hace a este país de mínimos presumidos, de burguesistas que no han edificado ni sustentado un burgo de estilo generoso, o de capitalistas que se quedan en nuestros pobres, en nuestros inofensivos gamonales. Y esta sería aquella parte máscula de la acción de Mariátegui, si no fuera la del intelectual específicamente limeño que sabe superarse en beneficio de la nacionalidad, y socava con piqueta bravía, el colonialismo de la Capital, acusándolo gravemente, mientras insinúa el destino del Kosko de ser en un nuevo período de nuestra historia la capital de un Perú orgánico. El, con algunos intelectuales costeños, sostiene que el Perú no es el Perú de ese estrecho balcón de la Costa, donde se adunó la población criolla o anti-indígena, sino el Ande, mitológico y cruzado de caminos, donde son posibles, con expresión nacional, la multitud y la tragedia, de suerte que nuestros problemas resultan siempre como sintomatologías problemas del Ande, porque el Ande es lo sustantivo del Perú, lo básico. He aquí cómo aparece ahora solemne y llena de austeridad la actitud de este hombre veraz y consecuente hasta el sacrificio. Y cómo en su obra y en la de algunos compañeros de su generación, insurge una Lima que está lejos

de importar limeñismo **a outrance**, porque es, casualmente, rebelión de la consciencia del país contra la perennidad de lo que Luis Alberto Sánchez llama

el perricholismo. De esta manera hubo

una conmovedora belleza proletaria en la multitud de obreros sindicalizados que llevó su ataúd en 35

hombros a través de la virreinal ciudad, donde, hace apenas más de un siglo, un ajetreo de calesas era síntoma de que una nueva desvergüenza se había perpetrado contra el honor de doncellas de valimento o de damas con más sevicia para el negro y el indio que recato en el amor de ellos. Pero, con fatalismo indígena, no extraño a una interpretación materialista del fatum, debemos creer en la utilidad de esta muerte, porque es destino del hombre que vivió para la angustia paridora y creadora de la justicia popular, sufrir en la pobreza de morir por ella para renacer en sus contemporáneos en la forma de una fogarada de esperanza.

La vida tiene instinto de flecha, decía José Carlos.

Estaba en lo justo. Un hombre flecha ha sido este hombre de amanecer. Las palabras en sus grúas tuvieron el valor de los hechos que no pudo realizar, y adquieren por ello, la gracia pascual y germinativa de un coito; porque, inmóvil, se multiplicó; inválido, superó al deportista inocuo; canijo, era de una belleza de triunfador, y hasta su propia carreta de mutilado se impregnaba de una filosofía de acción. Cuando lo arrastraba por las calles de Lima, me refería Malanca, su presencia prestaba iluso fervor dinámico a las multitudes que veían en él al héroe y al sacerdote . Tenía una garra presta a la acometida honda, definitoria, que morosamente gustaba de aguzar en el mollejón de Sorel, contra el prurito de los militantes que suponen el triunfo de la revolución como un problema ortopédico. Hay que tener la honradez radical de reconocer que en el cuerpo misérrimo de José Carlos se cobijó la más generosa capacidad indoamericana para el preludio beethoveniano y la esperanza popular. Importa decir que en su valentía y en su amargura ha nacido una nueva conciencia para el Perú. No excede, por tanto, afirmar, que sobre el sepulcro del compañero no cae el silencio de la muerte, sino florece el Porvenir.

36

GÉNESIS DEL TEATRO INDÍGENA DE SURAMÉRICA

Para el grupo “PUKARA”. Hacia el año 1924 se inició en el TITIKAKA cierta

actividad teatral patrocinada por un

joven indio que no contaba entonces más de dieciocho años y poseía un ágil temperamento de dramaturgo. Su primera comedia, fruto de la niñez, estaba destinada a representaciones escolares; y ya entonces el joven escritor hacía demostración de una auténtica inquietud en forma que evidenciaba nítidos contornos de escritor, es decir de analista. En este caso de autoanalista. Su comedia refería la dolorosa historia de un niño indígena abandonado –de un waichu– "Sapan Churi", y por cierto que el incipiente dramaturgo demostraba conocer los secretos de la técnica dramática en sus más prístinas formas, porque a través de "Sapan Churi" recorría una intensísima emoción estética de los más delicados caracteres. "Sapan Churi" era, sin embargo, la propia historia del autor... Mas ocurre que si el sorprendente autor de esta comedia infantil escrita en lo que él ha llamado, después NEOKESHWA, era en realidad un huérfano acogido por famil ia indígena de Mañazo, ignoraba yo que él lo supiera, supuesto sus padres adoptivos resultaban algo de lo más noble y bondadoso del AYLLU, la revelación de la tragedia correspondía a la revelación de un fuerte espíritu de indignidad. Desde entonces el autor de "Sapan Churi" caminó a mi lado y pude asistir al progresivo desarrollo de su personalidad de escritor. El niño de aquellos años es hoy un trabajador de los vapores del Titikaka, un poeta, un dramaturgo, de aquellos sustantivos valores que confieren sentido a la indianidad flagrante que tiene su sede en Puno. El nombre del escritor indio es Inocencio Mamani.

Inocencio Mamani no es ya un desconocido ni una simple estación pintoresca de nuestro episodio intelectual. Es una realidad sintomática a que asistimos anhelosos de su captación definitiva. Su nombre desbordó los linderos aldeanos hace algún tiempo. En la Argentina, México, Rusia, Francia se tomó nota del hecho singular y de su trascendencia; su ejemplo ha cundido y está dando origen a un casi general movimiento popular de este orden al que no resulta ajeno —seguramente—el teatro al aire libre de México que el gobierno de Calles introdujo en ese país con fines pedagógicos agrarios, además de que tampoco le serán extraños los posteriores intentos de teatro vernacular cometidos en el sur del Perú. Bastaría señalar tres nombres de valor propio: Eustaquio Rodríguez Aweranqa, Carlos Larriva, Víctor Masías. Aweranqa es además de actor de suma inteligencia, poeta de tiernísima inspiración. "La Gaceta Literaria" de Madrid en algunas oportunidades ha ofrecido sus poemas. Larriva y Masías escriben en AYMARA y QESHWA resueltos a ejecutar un plan de reivindicación indianista.

Si prescindimos del aspecto étnico que este hecho importa, cuando tratamos de autores estrictamente indígenas y adoptamos un criterio social para juzgarlos, al reconocer su carácter sintomático, se nos imponen dos realidades evidentes: 1°.– que el Teatro indígena es una posibilidad de desasimiento para lo adventicio de nuestro PATHOS psíquico y por tanto de posesión de una autarquía mantenida en el complexo económico; y 2°.– que este teatro tomado como elemento de agitación popular deviene organización de cultura.

Las lenguas AYMARA y QESHWA supeditáronse al español por el gobierno de la economía hispana y ésta gobernaba también los términos de la catequesis católica, habiendo sido postergadas, pese al esfuerzo de los jesuitas de Juli, a la calidad deficiente en que hoy las encontramos. Nuestros escritores teatrales indígenas al revalorizar la lengua no en manera alguna para conferirle categoría sino para ambientarla en la actual ideología, social y beligerante, obedecen a las mismas leyes de la dialéctica que determinan la agitación del proletariado mundial; ______________________

En *Pukara*. No se cuenta con el dato exacto de esta publicación, es probable que sea de 1930. [Firma: Gamaliel Churata]

de tal manera que el actor obedece entre nosotros a un concepto de unidad —y es esto sobre todo la cultura— asistido por la reacción integral del campesino andino, lo que importa, estrictamente, un primer intento de autodeterminación.

Afortunadamente, o fatalmente, para ser determinista, este caso del Titikaka se constata con el mismo sentido e idéntica emoción en Potosí.

La instructiva y cálida confidencia de Carlos Medinaceli me hacía conocer há días el nombre de un joven trabajador de Potosí autor de comedias proletarias en qeshwa. Ese nombre es el del peluquero Luis Zárate Araujo y bastará el título de una de sus obras para descubrir la índole de su percepción estética: “El Indio, la Hacienda y el Cuartel” se titula una de sus comedias. No es preciso hacer demasiado esfuerzo para descubrir en él la ideología que le inspiró: “El Maestro Rural” de Diego de Rivera o “Estudiantes de la Universidad Proletaria de Ukrania” de Phojweck, lienzos de pintura socialista. La posición de Zárate Araujo es de beligerancia, sobre todo por tratarse de un obrero. En ese intento dramático el escritor empírico exhibe el sentido revolucionario de su juicio y la

simpleza con que está decidido a resolverlo. La temática de este teatro indica que las masas indias, o neo–indias, como quiere Uriel García, las masas económicas, como sería de rigor, despiertan al concepto y localización de sus problemas, es decir, revelan consciencia de su problematismo, aportan al esclarecimiento de nuestro conflicto social el concurso de su discernimiento y se definen como el problema por excelencia en Suramérica. No basta ello, sin embargo, para creer en la existencia de un teatro indígena en los Andes. El teatro es aquel de los géneros literarios más directamente vinculados al concepto de comunidad. Podría asegurar que en dramática no existe el soliloquio mental, no existe el problema sino en cuanto deviene multitud. El teatro socialista, el teatro del sexto sentido, de la subyacencia, es un paréntesis mágico generado por aquel estado de diáspora ideológica que poseyó al pensamiento contemporáneo antes de la guerra; teatro que viene de la solidaridad con la masa. Resulta de afirmación y de conquis ta. Cuando entre nosotros se realice la perfecta unidad entre motivación estética y motivación social; cuando en el indio veamos no sólo al EKEKO para las monerías vanguardistas quintaesenciadas, sino al creador de nuestro Cosmos, por lo mismo que es el sustentador de nuestra economía, estos signos del amanecer andino habrán adquirido el prestigio de un Génesis.

Conducir este mensaje es el deber.

CROAD, SAPOS!

En mi retiro de ORKO–PATA, donde disfrutaba un día de vacaciones, me informa un camarada (Juan Catacora) que el diario El Eco en su edición última, refiriéndose a inquietudes del estudiantado carolino, frente a injusticias de que quiere hacérsele víctima, las atribuye a la inspiración del profesor Palacios y de “un empleado de la Municipalidad”. Desde luego ese empleado de la Municipalidad es el suscrito.

Al suscrito no le llama la atención que el diario mencionado dé las informaciones cuya síntesis se le transmite.

Hace muchos años que el periodismo en Puno está convertido en el arte de mejorar la producción de la necedad; y que hoy diga del profesor Palacios y del suscrito una tontería más no aumentará sus kilates. Juan Lanas es personaje digno de cátedra en este pueblo infortunado. Juan Lanas ocuparía puestos que

ocupan tantos discípulos suyos sin su originalidad y su tuétano. Pero que Juan Lanas sea el santo patrono de nuestro periodismo desarticulado y vacuo no es suficiente razón para que se impida el libre tránsito de las personas y se armen esas cuadrillas de forajidos que a vuelta de cualquier esquina están dispuestas al mordisco. No. No tiene derecho de exhibir en la cima del ridículo a un pueblo que no tuvo más pecado que su absentismo, su perpetua actitud expectante. No tienen derecho de predicar este monótono sermón de sus virtudes teologales cuando el mundo sabe que el periodismo puneño atraviesa aquel estado de desorganización que González Prada señaló en memorable metáfora: DONDE SE PONE EL DEDO BROTA EL PUS.

Pero yo no publico este boletín para escribir una página de historia natural dedicada a la más curiosa orden de batracios que haya Dios producido. Yo escribo este boletín dedicado a los estudiantes, y precisamente a los estudiantes carolinos, a los trabajadores, precisamente a los trabajadores socialistas. Y lo escribo para ratificarlos en su profesión ideológica, en su actitud mental, en su unidad de cultura frente a la oclocracia del cieno que se levanta en su contra valiéndose de las armas miserables de la delación y la farsa! Escribo este boletín para que el periodismo tenga un argumento a su soplonería endémica y pueda, por tanto, acusarme hoy de “comunista” como ayer me delató de “antileguiísta”. Así, acaso, cuando el Socialismo haya tomado el poder, no podrá denunciarme de sacristán. Y aún lo veremos, porque estos periodistas moluscos mellaron la lengua en la masa pudenda de Leguía y hoy le arañan la costilla tras de la escala de Jacob que lleva a los graneros de Israel.

Mi pluma y mi palabra están limpias del pecado fiscal.

Doce años al servicio de la cultura de Puno desde la Biblioteca Pública que es el hogar espiritual de este pueblo y de donde ha salido una generación de artistas, de escritores y de hombres de lucha que lo prestigian, me da el derecho de desafiar el chillido indiscreto. Doce años de trabajo, en los cuales no he pedido nada para mí y lo he dado todo para los demás, me estimulan a través del episodio negro de nuestro pueblo y me agilizan las energías para seguir el duelo hasta el último! Ya me sé la enfermedad moral que padece Puno. Ya me sé qué sarcoma le infesta! Veo, en la realidad viva, quiénes son los “depositarios” de su agonía. Tengo pues la obligación de proseguir en mi actitud de cultura. Es propio de toda vida dedicada al ideal, la cosecha del odio. Pero ¿qué importa ello si finalmente hemos salvado la conciencia de una generación? Si aún hay hombres que sienten renacer en sí mismos el sentimiento de humanidad, la dignidad

varonil en esta parda población de borregos adiestrados por el látigo del domador de once años. ¿Qué importa? ¿Me amenazan? Ah, lo sé! ¡Se me ataca al estómago! El órgano director en la fisiología de trabuqueros es el estómago. ¡Necios! Ignoran que no sólo de pan vive el hombre…

______________ ________

Folleto publicado el 24 de setiembre de 1930 en Puno. [Firma: Gamaliel Churata]

39

El socialismo es una doctrina del estado que establece el equilibrio de las fuerzas vitales de un país coordinando los intereses de los productores. Dentro del socialismo cabe la expresión del individualismo más categórico y, desde luego, el capitalismo se desenvuelve con holgura. ¿Qué pretenden estos periodistas enemigos de los principios cuando, ejerciendo su papel de delatores, me acusan de socialista? Señores periodistas: no hay que detestar los principios; lo que hay que detestar es la ignorancia y la vileza. Dos hombres como Manzanilla y Villarán sostienen, en declaraciones rotundas, que no hay remedio para el país sin la organización de partidos con principios, de partidos doctrinales y, en Puno, ciudad de prestigio intelectual conquistado no precisamente por este periodismo chistoso, se avientan moscas contra el socialismo… Liquidados los partidos, han dicho esos políticos, debemos ir al socialismo! Pero es que los hombres que delatan creen asustarnos con esto; como pretendían asustarnos con el remoquete de antileguiístas. La candorosidad se parece a la imbecilidad. ¿Cree alguno de estos hombrecillos indiferenciados que yo, o cualquier otro socialista como yo, rehuiría la responsabilidad de sus ideas?

Dentro del régimen de Leguía recibí insinuaciones para “apreciar” el sentido práctico del “constructor de la nacionalidad”. Apreciar tal sentido era adunarse a la manada. La manada premia al que se le suma ¿Dónde brilla el premio de mi sumisión al tirano? ¿Alguna vez le colgué una medalla? Y no acompañé a Leguía por antileguiísta ¡entenderlo!, sino por socialista. He aquí la diferencia. Mientras yo soy un hombre con un principio, ustedes señores periodistas no tienen principio pero sí tendrán fin, para felicidad de Puno. El largo y muelle camino de la adulación, la simulación y la hipocresía es el único destino de ustedes, de ustedes y de sus liturgias ridículas. ¿Qué soliviantó al estudiantado carolino? Si esta afirmación posee realidad no soy yo quien rehuya tampoco la

responsabilidad que me corresponda. Sin embargo, no soy yo quien solivianta a los carolinos, son las ideas, señores cafres, que pueden más que los hombres! No quiero analizar el incidente estudiantil que motiva este boletín. Y no quiero analizarlo por dejarle su carácter prístino, ideal, platónico. Ignoro qué sea lo que los carolinos soliciten. No sé hacia donde se encaminen. Lo único que sé, porque lo veo, es que protestan. Según el reglamento leguiísta q ue gobierna el colegio y según los leguiístas que lo conducen, el estudiante es un animal sumiso al que debe darse *pienso* y no pensamiento, porque el pensamiento tiene la virtud volátil de engendrar imágenes y el *pienso* atiborra de sebo las células. Los carolinos, sin embargo, no son animales como suponen sus profesores, sino hombres y en aquella edad inquieta cuando la vida es un temblor de alboradas; y entre el pienso que les ofrecen y el pensamiento que deben hurtar en la calle, prefieren lo último. ¡Muy bien! ¡El país debe contagiarse del júbilo que posee toda conciencia libre cuando ve que una generación vencida por la infamia y que ha crecido en los once años de la ignominia leguiísta, según las palabras de un estudiante puneño, se agita, vibra, protesta, vocifera! Pobre país el nuestro, amoldado por las oligarquías, educado por el cretinismo sacerdotal, preparado para soportar con humildad vergonzosa esos once años de bajeza, de infravida, de podredumbre moral. Cuando yo veo que estos muchachos ponen el corazón alerta y quieren ofrecer sus pechos en la conquista de lo que ellos creen su libertad, tengo el ímpetu de darles también el mío si ha de servir para crearles aunque sólo fuese la ilusión de un minuto de conciencia!

Ya lo sabéis, delatores! Si las actitudes que adopta el estudiantado puneño y las que adoptará el trabajador son dignas de la represión, proceded directamente, como hombres: atacad de frente! Todas las armas están en vuestras manos. Y vuestro lenguaje de ayer no es diferente del de hoy. La policía fue siempre la deidad de vuestro culto. Ayer la de Leguía. Y siempre la de la Tiranía. En esto somos antagónicos. En que nosotros vamos a la lucha por el ideal mientras vosotros os agitáis por la congrua!

No quiero repetir las palabras del ministro Jiménez. Estas palabras son el testimonio de que la Revolución de Agosto asume su carácter histórico y se aleja cada vez más del cuartelazo en que quisieran verle siempre los sacerdotes y los políticos caídos. Jiménez ha declarado que la Junta de Gobierno considera un delito contra la patria la prescindencia en política. Todo el mundo, ha

dicho, DEBE PROTESTAR, todo el mundo debe llegar hasta la casa de Gobierno para echarnos de ella si no correspondemos a las expectativas del país. ¡Qué mal caen estas palabras en los oídos de los liberticidas! ¿Y qué pueblo será aquél con aliento para la protesta si desde la escuela se le domestica y se reemplaza el espinazo bien articulado de los hombres por los cirios endebles de Viernes Santo? Yo garantizo que la Junta de Gobierno oirá a los carolinos, aplaudirá a los carolinos, justificará a los carolinos, porque los carolinos adoptan una actitud viril. Las palabras de Jiménez me lo prueban. Los hombres que están en el Gobierno son jóvenes, fueron siempre altivos, tienen el cuerpo lacerado de cicatrices precisamente porque fueron hombres de protesta, hombres de libertad, hombres de pie! Y esta revolución en que ellos intervienen no es un cuartelazo anodino, es la huelga organizada, la huelga que es la única fuerza en manos de los pueblos. Por eso esta revolución militar es nuestra única revolución popular.

No quiero terminar estos renglones ocasionales sin ofrecer a los estudiantes y a los trabajadores de la ciudad y del campo, una síntesis de lo que yo conceptúo el sentido histórico de la revolución realizada por el Ejército del Perú en Agosto pasado.

Los pueblos están regidos por leyes y en cuanto representan un organismo civil esas leyes tienen el funcionamiento armónico de un ritmo. Por esto un análisis de la historia es una disección tonal. La explicación dialéctica de la nuestra lo comprueba de manera sorprendente. La historia para nosotros comienza con la libertad y acaba con la tiranía. El militarismo que hace la campaña de la independencia asume el gobierno desde La Mar hasta Balta; el civilismo crea un periodo, que va de Pardo padre a Pardo hijo; el tercer periodo corresponde íntegramente a los once años de la Tiranía. El militarismo es, en cierto modo, plebeyo, pero tiene el brillo arrogante de sus victorias sobre España; el Civilismo organiza la reacción aristocrática e instaura el régimen del privilegio; el leguiísmo, tenía que ser mesocrático sórdido, y traer al poder al hombre medio y al gamonal en función capitalista. Esto se plantea así:

Militarismo más Civilismo igual Leguiísmo.

Con criterio materialista y marxista, esta unidad histórica está regida por la intervención de clases: militarismo, aristocratismo, mesocratismo.

De la manera como se analice nuestro proceso se encontrará siempre que Sánchez Cerro viene a iniciar un nuevo periodo de la Historia Nacional así como

Leguía –él mismo lo dijo– cerró otro. ¿Qué representa Sánchez Cerro? ¿Es el vengador de las víctimas de la tiranía? Tal se repite con isócrona pertinacia. No. Las víctimas históricas no se vengan. Sánchez Cerro ha venido cumpliendo un sentido de nuestro proceso, de nuestro devenir orgánico. He ahí por qué es un hombre inmaculado, una voluntad catoniana, una mentalidad serena y limpia hasta donde no llegan los tortuosos abismos del sofisma político. ¿Le robaron al país comprometiendo su estabilidad y enfeudando su hacienda? Remedio taxativo y emenagógico. ¿No existen partidos, supuesto los partidos son la expresión organizada de la doctrina política? Pues libertad y función. Los hombres que lo acompañan estimulan el nacimiento de una personalidad y hablan con lenguaje rudo y directo: si el gobierno es malo, dicen, se le bota. El pueblo que lo consiente es reo de lesa patria. En todo el régimen militar representa un nuevo aspecto, una nueva concepción de la historia. En vano las salamandras supérstites de la vieja politiquería rondan y caririen a estos hombres. No se entenderán nunca. Ellos son prácticos y los demás intelectualistas. Ellos rudos y popularistas, los otros finos, elegantes y aristocráticos. El Gobierno de Sánchez Cerro no va a dejarnos una montaña de oro ni a cruzar el territorio de ferrocarriles. Hará algo más hondo: nos dejará conciencia nacional, sentidos y sentimiento de libertad. Organizará nuevos partidos.

Yo ofrecería este esquema del segundo acto de nuestro episodio político:

MILITARISMO más APRISMO igual Gobierno del Pueblo.

Sin embargo, aún tendrá que luchar el socialismo contra la reacción. Es decir, el capitalismo que subsigue al socialismo entre nosotros estará representado por el catolicismo. La victoria será del pueblo, empero. El socialismo decente que propugnan Villarán y Manzanilla pasó a documento

de arqueología, por tanto, el único socialismo que nos conviene es el de Haya de la Torre: el aprismo. Doctrina continental y solución nacional. El aprismo definirá los estamentos sociales del país y entonces vendrá lo que llamo el gobierno del pueblo, y entiendo por tal denominación el predominio de la masa organizada. Será la hora del indio, del “eterno retorno” de Nietzsche, el ricorsi de Vico, la República de Campanella, la Utopía de Moro.

Los trabajadores y los estudiantes que deben caminar siempre juntos, pues tienen igualdad de problemas ante la burguesía, penétrense de esta verdad. El gobierno de Sánchez Cerro es u n gobierno revolucionario; durará todo lo que el país necesite. El determinismo funcional crea en tiempos exactos. Nada se adelanta ni se atrasa. Por gobierno de Sánchez Cerro entendemos régimen militarista sin generalatos ni mariscalías, es decir, sin conservadorismo y petulancia. Caben hoy en él los ejercicios de la libertad y las conquistas de la justicia. Poco a poco iremos constatando que este gobierno adopta virtualidad revolucionaria y es cada vez más osado en sus reformas y más directo y viril en sus métodos. Antes que Manzanilla lo dijera, ya sabía el gobierno militar que no era tiempo de hablar de senadurías si antes no se acaba con los SENADORES. Tenemos cuestiones más graves que el fracaso de nuestros parlamentos inocuos; tenemos el centralismo, el latifundio, la burocracia. Y las soluciones son: gobierno local, pequeña propiedad y por tanto agricultura, cultura de la tierra. Obsérvese la diferencia que va de las revoluciones de Bolivia y Argentina a la nuestra. La nuestra es más ética, más severa, más incisiva. No va a trocar hombres sino a cambiar métodos. El más sano optimismo posee la conciencia cuando se constata que el desarrollo de nuestra revolución está presidido por un ritmo ascensional. ¿Qué importan entonces las amarguras de la agonía si además de colgar un arzobispo en la pica de filibusteros fiscales Sánchez Cerro insufla virilidad al pueblo y le devuelve su manoseada y harapienta conciencia? Debemos estar con él, como soldados, dispuestos a la parte del peligro que nos respecta y no en la actitud del perrillo habituado a todas las mesas opíparas.

Bien, pues: declaro que ni yo ni el profesor Palacios hemos intervenido en la organización de las protestas de los carolinos y significo doctrinariamente mi incondicional adhesión a su causa y a todas sus derivaciones. Si los estudiantes requieren de un hombre que comparta con ellos las alternativas de esta lucha: ¡aquí estoy!

Declaro mi adhesión a los trabajadores, a cuya clase pertenezco, y protesto que mi actividad de ayer como la de hoy ha sido y es sustraerlos a los politiqueros de oficio, los cuales, valiéndose del alcohol y los fuegos pirotécnicos, simulan popularidad donde sólo hay abyección y miseria moral, vergüenzas que los trabajadores modernos detestan y condenan.

Declaro, en honor de Puno y de sus hombres honrados, que el diarismo no representó en ningún momento cualidad ni agitación del pueblo sino interés y codicia de camarillas acéfalas y voraces. Intelectualmente el diarismo de Puno

ha estado servido por monstruos y cacatúas. Ni el aspecto técnico ni la disciplina ideológica, ¡jamás!, fueron materia para quienes conceptuaron que periodismo era difamación, insulto e ignorancia.

Declaro que la única manera de luchar contra el mal absorbente de los simuladores y oportunistas es organizar las fuerzas del pueblo. Empleados, artesanos, estudiantes, profesionales, deben organizarse y repeler este anegamiento de mediocridad y cretinismo.

Y vosotros, queridos sapos: ¡Cantad!

___

Escrito lo anterior llega a mis manos un boletín que suscribe el Agente Fiscal del Cuzco, don Néstor Velazco, denunciando actividades terroristas de algunos intelectuales cuzqueños, entre los que es fácil destacar los nombres de Uriel García, Luis Velazco Aragón (nombrado Director de la Biblioteca Nacional por la junta de Gobierno), Roberto Latorre, etc. El conocimiento de cada uno de los intelectuales mencionados basta para llegar a la seguridad que el Agente Velazco

obedece a la influencia del clero porque ninguno de ellos es más de lo que en terminología socialista se llama un demoliberal. Pero es conveniente establecer entre el Cuzco y Puno la analogía subversiva, atribuida al comunismo por quienes ignoran lo que esta doctrina sea. En esta ciudad, el Clero y sus Agentes, atribuyen las huelgas de San Carlos al profesor Palacios y a mí, y dícenme que el director en Junta de Profesores se ha dolido que personas a quienes él "honró" con su mano sean las destinadas a enturbiar la placidez foot-ballística de la disciplina carolina. Generalizando la calidad de este subversismo, sus móviles y sus orígenes, podemos establecer que en Puno y Cuzco no hay el terrífico comunismo ad-portas sino un recrudecimiento de la superada lucha clerical. ¡Alerta, pues! Las luchas religiosas no tienen hoy el carácter ideológico que un día tuvieron, son, como en México, luchas económicas. Lo dice claramente el Agente Velasco, cuando asegura que los estudiantes y el pueblo del Cuzco piden "la confiscación de los bienes de la Iglesia". Por lo demás constátase en estas actividades gamonalistas un nuevo frente del leguiísmo destronado. Cuando Leguía reinaba, el Clero metió el sahumerio hasta enrarecer el aire obligando al país a alimentarse de oxígeno viciado. Nada se podía contra el Clero, porque en

el Clero, más que en la Policía Española, tuvo Leguía su fuerza PROVIDENCIAL. Natural es que hoy que los hombres providenciales están desprestigiados, se piense en un nuevo mito: el comunismo. No hay tal comunismo. El socialismo no es terrorismo. El comunismo es una doctrina económica sustentada desde San Marcos hasta el padre Cabré; y el nihilismo es un método que tanto aplicaron los hombres del Terminador como los cristeros de México por manos de Toral. En Puno el Agente Fiscal es un magistrado joven y culto que ahorrará a su pueblo natal la vergüenza que significa para el Cuzco el documento que firma el Agente Velazco.– G.CH.

43

JUNÍN

La presencia de un nuevo exaltador de la nacionalidad puede ser juzgada de varios modos. Si es, sobre todo, de color indígena se le cataloga entre maromistas o, a mayor bondad, entre cultores de lo pintoresco. Esos coturnos de plumas chillantes son del completo desagrado del público: querrían los públicos cosa así más de acuerdo con ellos. Exaltar hoy, por ejemplo, un conflicto itálico o la crisis síquica del parisino, es de mejor olor y de mayor sentido. ¡Los indios resultan música monótona! ¿Qué son los indios? Allí en Lima, hasta los buenos poetas indios piensan de esta manera. José Varallanos, que es uno de ellos, en carta cordialísima me hacía esta pregunta no há muchos meses: “¿Pero es que no le ha cansado el indigenismo?”. Entonces me encontraba yo un poquitín averiado por el frío, y leer tal pregunta me agravó. ¿Es que el indigenismo –me interrogué– es una posición temporal, destinada a dejar su sitio en nuestra tragedia a estados de ánimo extraños?. Vengo estudiando mucho el mestizaje, pero hasta ahora no he podido comprender qué razones serias tienen los que impugnan lo indígena. ¿Es que la literatura de estos artistas no conoce el frío? ¿Es que no conoce el calor?. He seguido, desde entonces, con atenta curiosidad la carrera del poeta amigo deseoso de encontrar en ella una

respuesta congruente. No la he encontrado. Varallanos nos dejó oliendo a **waikuna** por la sirte, por Medea, la de ojos calcinantes. No ha descubierto nada. No pasa de París; y quien estando en su

casa no pasa de París, es porque París no ha salido de casa. Lo mismo ocurre con España, cuyo siglo decimosexto puede romper en mugrones generosos, allí, en tierras cordobesas, pero acá… exhumamos a Góngora y Góngora rehuye el

embiste dejándonos el Argote. Y es justo y providencial que así acontezca… Volverán al ayllu los poetas peruanos que se extravíen, o no volverán a la poesía. ¡Cuán mayor es gloria de vivir que vivir la gloria!

Un nuevo poeta peruano vuelve al Perú. Se llama Enrique Bustamante y Ballivián, y puede ser tenido por uno de los temperamentos estéticos más vocacionales que haya producido el país. Llega al indigenismo para encontrar voz y ambiente autónomos.

"Junín", libro que acaba de publicar, lo acredita un poeta de posición definida y uno de los pocos que, asimismo, con toda propiedad concurren a la definición artística de nuestro pueblo. Confieso que su "Anti-poemas" me es casi desconocido. Sin embargo, uno o dos poemas que el mismo poeta tuvo la gentileza de comunicarme, son el anticipo de "Junín". Conceptúo que este libro significa en la biología de su autor una totalización. Libre de toda carga inútil, el verso sale depurado y la imagen valiente, propia, virtual. El retratista de caballeros de gorguera sabe ahora que mayor energía (volición) hay "en esa mirada que dobla a los hombres mejor que la mano" que los encantadores medallones medievales, aunque por ser medallones de Bustamante fueron ricos de expresión y coraje. El lirismo encuentra sus tonos más delicados y próximos a un concepto formal del cántico popular:

Palomita de nieve

sin sol

quien te hiciera rosada

de amor.

Porque en el auge del socialismo la literatura encuentra el compromiso de reflejar al pueblo, lejos de las torres de malaquita y los solipsismos decadentes. Pero entre nosotros de tiene entendido que reflejar al pueblo es animar el cantar y el cantar que se anima con este objeto es meramente cantar andaluz, jota aragonesa. No. El cantar indígena es cosa propia, redondeada. Po -

____

En *Presente. Periódico inactual. Arte, literatura y crítica*. N° 2, Lima, enero de 1931. Pág. 12. [Firma: Gamaliel Churata].

see ingenuidad, panteísmo y ¡síntesis! Recuérdese esa cuarteta que nos transmite Markham, donde todos los elementos dramáticos encuentran expresión dentro de la síntesis definitiva. El fondo de nuestra poesía es romántico, pero su aparamento es mejormente clásico o arcaico. Este verso de Bustamante, que copio, se inclina a la transposición vanguardista, de las que suele llamarse químicas; pero no deja de ser hondamente aborigen. El genio de la metáfora –y esto es típico y tópico de nuestra poética– corresponde severamente a la tendencia metafórica de las lenguas primitivas. Siempre que se agudice la necesidad verbal del indio animará una imagen. La riqu eza de la lengua y su contenido subyacente son elementos que conducen a la súper humanidad de la metáfora.

Además el libro tiene buenas pruebas de un humorismo serrano. He aquí otra proposición aparentemente audaz. Si hubo humorismo en nuestra literatura él es el humorismo de Gibson y en cierto modo de Beingolea. Pero Gibson es un humorista completamente disímil al humorista que resulta Bustamante. En todo caso el humorismo de ambos –humorismo de ley– seguramente non se parece al humorismo de Yerovi sobre cuya pureza caben muchos reparos. Y es preciso concitar al humorista, porque el humorista sería entre nosotros el profesor de la sana alegría.

Gibson es, en este concepto a Ballivián, lo que sería Chocano a Vallejo. En la sensualidad verbal, Gibson sirve un vinillo del Archipestre en el copón irreverente de Góngora. Ballivián exhibe una alegría severa, simple, analítica, digo de tonos puros, como es la alegría del Ande, donde si el color es un móvil la sobriedad es un camino, Gibson, en cambio, recuerda a Boscán – él

lo exhuma en su apostura engolada y flemática– para cargarlo, como hacen los indios, del **kapo** y banderitas de revolución, lo que, desde luego, resulta muy gracioso, pero no alegra porque no

convence…

Si el agua de piedras gordas aún en la cerveza más negra de clara y fresca, parece

que siguiera cantando como

agua viva.

Es preciso reconocer que el poeta que capta esa belleza viene de muy hondo del paisaje. Y que tiene la virtud central de alegrarse con el mundo de su espíritu.

Pero, he aquí otra muestra de humorismo indígena digno de una más detenida y trascendente disección:

Le habían robado las joyas a la mama de Tata Dios. Y a tata dios también.

Versión directa de un comentario indígena a raíz del robo del templo. No se oculta que el indio es socarrón y concede poco miramiento a la Virgen y su hijo. Pero hay una voz de ostensible sabor mestizo. Es la dúplica:

Todo el alcohol del pueblo se metió entre las tripas para descubrir el rastro de la custodia.

Y el coro:

Tatay, tatay, t atay

ay, ay, ayyyy…

Luego:

Los campos se habían quedado solos

siguiendo la pista a los ladrones

Entiendo que ha de ser de este género la interpretación de nuestro cosmos.

Con “Junín” (1930), “Chullo de poemas” (enero, 1928), “El hombre del Ande que perdió la esperanza” (junio, 1928), “Falo” (setiembre, 1926), “El poema de los 5 sentidos” (diciembre, 1927), “Ccoca” (setiembre, 1926), “Ande” (abril, 1926), “Parábolas del Ande” (julio, 1928) en el interregno de cuatro años se ha

producido la poesía andina con muestra de diverso valor, pero con una rigurosa uniformidad que acredita su crecimiento y madurez. Este movimiento, el único en el Perú con tanta vitalidad, influye en países como Bolivia o Ecuador, donde se dan frutos de exultante belleza. Pero los poemarios son continuados por la dialéctica, y destacan las personalidades de Uriel García y Luis Valcárcel, ideólogos que vienen a diferenciar lo que vá del intelectual polígamo al intelectual virtualmente peruano. De hecho, a pesar de los reparos que se le hace, José Carlos Mariátegui era un dialéctico de lo indígena, y es muy sintomático que su revista adoptara un nombre vernacular y apareciera el año 1926, señalado como el venturoso para la poesía rural del Perú…

Dentro de la brevedad forzosa de este artículo, ubicada ya la progenie de "Junín" señalaré uno de sus valores nítidos: su noción de la cultura. Mentes superficiales o demasiado humoristas suponen que el indigenismo militante es un regreso a la primitividad del ayllu, tomado el ayllu como pieza de arqueología, por esta causa incapaz de evolución y superación. "Junín" se encarga de responder. Ningún libro menos barroco que éste y, desde luego, ninguno más antiespañol, entendiendo por españolismo la pretensión de perennizarnos en la mitología colonial. Canta los

hornos de fundición y exalta la candidez del cielo andino donde se yerguen no ya lo **jirkas**, los

achachilas, sino las chimeneas que erizan el paisaje, y por cuyas intersticiales coyunturas asoma ese nuevo mito de Indoamérica: el yankee "amoratado de whisky y de soroche". A la simpleza

económica, seguirá su lógica complejidad; al **chaski** siguió el "morochuco" y al morochuco

continuará la motocicleta. Al **Willaj Huma** de cólico talante siguió santo Toribio de Mogrovejo pero a Mogrovejo ha sucedido Lenin… Todo se vulnera en torno de un mito eterno: la tierra…

Cuando podamos suprimir su imperio es que habremos destronado a **Wirakocha**. Mientras tanto, nuestro canto se lee dignamente en este libro tembloroso y risueño:

El viracocha tumbador de indias

olfateó un rastro de mujer…

Así el triunfo de los **awichos** resulta incuestionable, pero es que los **awichos** se revelan en nosotros. Además, una vieja sabiduría escribió en la frente del Sol: la tierra es buena para los

animales machos…

46

ESTATURAS DEL SUEÑO

I

Mayakowski reveló la poesía del pelotón proletario y Blok la del apóstol rojo. Desde entonces las baterías de Marinetti y la cenestesia de Tzara perdieron un tanto por ciento de su capacidad ecuménica. Sin embargo, el mundo no vive todavía un estado de conciencia revolucionario. Aún los poemarios, la crítica y la ciencia se empeñan en darnos una visión burguesa del mundo. En el Perú el hecho ha sido particularmente curioso. Junto a la prosa fluida, pero clasista de Mariátegui, se encontraba el lector de "Amauta" con el superrealismo –superrealismo el nuestro sin contenido marxista– de Abril, Martín Adán, etc. Todo menos que se revelara en el grupo de poetas que rodeaba al guía proletario el acento, la sustancia o la consubstanciación sindicalista. Pero el caso es más visible aún en otros países de América. En Chile no existe en manera alguna literatura de estructura social. El revolucionarismo allá es mero izquierdismo, o, más propiamente dicho, izquierdismo químicamente puro; en la Argentina, prescindiendo de Alvaro Yunque o Nydia Lamarque, el izquierdismo es políticamente reaccionario. Y si incursionamos al norte –en el Brasil hay un poderoso movimiento sindicalista; pero los intelectuales son ajenos a él– los artistas o son fascistas o social-demócratas, y cuando más lo que se ha dado en llamar antiimperialistas, y esto en Puerto Rico, Cuba, Nicaragua, etc. La literatura del Ecuador, Colombia y Venezuela, no tiene insurgencia. Vegeta aún en tramos neorrománticos y seudo clásicos. En México es revolucionaria en el sentido revolucionario mexicano, que es un revolucionarismo sui géneris...

La producción literaria del Continente es, por tanto, de una extraordinaria flatulencia. Preciso es reconocerlo. Y es que la literatura de América Latina, es

literatura de la clase media, expresada con verbo mesocrático y emoción pequeño burguesa. La multitud permanece en estado latente incapaz todavía de organizar su expresión. Entre nosotros lo que se ha llamado “indigenismo” es, sin embargo, una intención seria, un movimiento serio de aproximación a l a masa. La masa es el símbolo más facetado de nuestro ciclo histórico.

II

Mario de Andrade es un buen poeta brasilero. Su nombre se repite en el grupo de “Boletín Titikaka”, entre nombre dilectos. Pero Andrade, además de poeta es un crítico y un trabaja dor honesto. Crítica, poesía, cuento, novela, todo es materia de actividad para él; y en que él es un trabajador, un trabajador espontáneo y alegre. Su producción es ya numerosa.

En crítica ha dado dos o más estudios sobre musicografía brasilera, varios libros de cuentos y una novela, que él llama rapsodia: “Macunaíma”. Sus poemarios son numerosos. Y el último de ellos, “Remate de Males”, nombre de pila con bastante dosis de humorismo romántico. La

saudade, ese estado de ánimo tan exclusivo del idioma lusitano, surge en este libro en forma bella y suscitadora, pero no ya en la perspectiva monótona del tono elegíaco, sino aligerado en el relente

de un humorismo saludable y gimnástico:

Danca a poeira no venda val! Rayos solares lancan na poeira. Calor saltita pela praca ______________________

En *El Comercio* del Cusco. Martes, 28 de julio de 1931 [Firma: Gamaliel Churata]. Fue reproducido en *Crisol* de México, N° 32, febrero de 1932, con el título: “Aspectos de la literatura indoamericana” (Rescatado por Arturo Vilchis en un folleto publicado en agosto del 2008) .

pressa apertos automoveis bamboleios.

En una elegante traducción de nueve poetas, Bustamante Ballivián, denunció los mejores productos de esta lírica original y muchas veces vigorosa. Con esa

traducción delante se puede llegar a apreciaciones certeras respecto del fenómeno americano del Brasil. Junto a sus brillantes camaradas Mario de Andrade se destaca con atributos inconfundibles y se puede establecer su valor neto. En “Clan do Jaboti”, precioso libro anterior del poeta, la nota saudosa tiene momentos de una poderosa virtualidad de sugerencia, conservo en la memoria ese bello poema que comienza así:

Eramos quetro rapazzes

nen una casa vacía...

Apenas conozco nada que de la sensación hilativa de la soledad fantasmal como ese poema ingenuo. Entiendo que “Clan do Jaboti” es a nosotros, sobre materia e intención tanto como poesía, fortaleza y ternura de ayllu. Pero si el libro quiere dar tal alimento campestre no está exento de jugos urbanos (metabolismo literario?) :

Filha, tu sabes... que hei-deja zer.

Nos todos somos assim.

Eu sou assim.

Tu és assim.

Dancan os pronomes pesoais.

¿Verdad que hay travesura linda en este juego de términos gramaticales? Claro es. Hácese preciso mucha ingenuidad, o sea pureza y rico sistema arterial, para organizar esta danza donde se ven fetos de cinco meses.

já velhas como Matusalem...

El humorismo ha sido estudiado con frecuencia. Nietzsche, Schopenhauer y Stirner le dedicaron páginas de interpretación teórica y de aplicación. Este humorismo es ancho y optativo, digamos mejor: es un humorismo de alquimia. Fruto de una filosofía, de un sistema de interpretación final. El humorismo de Eca de Queiroz, Mark Twain, Bernard Shaw, representa lo que se ha dado en llamar flor de raza, un humorismo elegante no libre de la ironía, forma última de

la debilidad. El humorismo de Andrade –y por esta razón me entusiasma– es un humorismo infantil si se quiere, libre de toda erosión patológica.

En él existe una constante preocupación por la novedad del mundo, su descubrimiento cobra sensación subitánea:

Meu pensamento asombra mundos novos.

Una vaga conciencia igualitaria, especie de melodioso esenismo, fruto igualmente, a mi juicio, de esa visión ingenua del mundo, le hace sentirse igual a todos, pero elevado a una categoría superior:

E me sinto maior, igualandome aos homens iguais.

Creo que en pocas lenguas se pueden decir las cosas con mayor sencillez que en portugués, cuando el poeta se propone dar una emoción infantil:

Morto, suavemente éle repousa sobre las flores do caixao.

El poema a que pertenece el verso anterior es uno de los más bellos de “Remate de Males”. La sencillez de la imagen va pareja con la vitalidad de la palabra escueta. Hay cosas dichas allí con una ternura y simpleza inolvidables:

Nao parece que dorme, nem digo que sonhe feliz, está morto...

En este libro están compiladas composiciones del año 24 y del año 30; por tanto su estricta tendencia clasicista se remoza con libres intenciones que no llegan, sin embargo, al inarticulado ni al antiritmo. Pero es que Andrade, sobre todo, es un poeta de raíz musical. Y siendo musical cae (desgraciadamente es una caída) en el fraseo descuidando el valor unigénito e intrínseco de la palabra en sí, secreto y omega del poema eterno...

La visión fotogénica, el canto estupro y el pindárico atabal, concitan en sus ciertos motrices la sinfonía, la tendencia a la creación musical:

Grito ibperioso de brancura emmim...

Canta a la tierra de su América en mensaje jocundo, nunca más viril y tónico que cuando la busca en su promisoria perspectiva del Futuro. América es, no obstante, para el poeta ese fuerte milagro de interpenetración racial, ápice del mundo, y no lo que para los pensadores prolet arios: lontananza purificada en la revolución!

Andrade nos ha dado un libro bello y humano. **Graitia.**

III

Letizzia Repetto Baeza es una chiquilla en quien se advierten los signos del espíritu en dos elementos divinos: el pensamiento y la belleza. La belleza pertenece al amor y está bajo el amparo de Venus, la diosa imposible del pensamiento pertenece al espíritu y está al amparo no de Phalas Atenea, ni de Psiquis, sino de Omarca, la diosa hindú de cuyo ombligo se alza una floración de lirios. ¿Podrá alabarse a una criatura de tal suerte sin ofender a los dioses –ya muertos por ventura – y sin ofender el mito colectivo de la plebe: la revolución? Ciertamente que sí. Todo producto es bueno cuando se le puede distribuir en beneficio de todos. He aquí a Letizzia ofreciéndonos las primicias de su auto análisis y el don maravilloso de sus ojos. Pero dejemos en paz las turbadoras lucernas, y tomemos de mano las dos hijas gemelas de tan bella camarada.

Hace un año aproximadamente publicó Letizzia un lindo novelín: “La Canción Infinita”. Muy pronto nos entrega otra novela, igualmente encantadora: “La cenicienta del jazz”. Entre ambas hay un solo matiz que las diferencia: el ambiente. “La Canción Infinita” se desenvuelve en clima aristocrático y “La cenicienta del jazz” entre costurerillas y chauferes. La primera acaso es más densa como elemento de elaboración y penetración psicológica; la segunda tiene el atisbo de una rebelión...

Oíd el cuento: Mónica es una linda costurerita cuya belleza es motivo de arduo comentario en el taller y en la casa humilde. “Mónica, piense en lo que vale su belleza, si sabe aprovecharla”, la dice constantemente su patrona. Pero ella poco o ningún valor concede a tales palabras. Su hermana no se olvida de repetirlas siempre que hay ocasión. Finalmente, la pobre acaba por valorizar eso... ¡su belleza! y servida de tan falaz lazarillo se echa a los campos selvosos del sueño... ¡Tiene en su poder un fastuoso vestido que construye para empingorotada dama

francesa...! ¿Y por qué no? Pues resuelve probar fortuna haciendo uso de una maniobra audaz y cosquillante: ¡se vestirá el traje faustuoso y con él irá por esas calles, al baile para el que la adornan y enjoyan los duendecillos roedores de su cuartucho miserable de proletaria, segura de que a la puerta la espera el príncipe, el príncipe, "vencedor de la muerte"! ¿Y qué no hará esta chiquilla valiente y linda como una interjección? Allá se va Mónica por las calles de Valparaíso, taconeando gentilmente la botina de raso, provocando el apetito de bejucos agotados y azotados por los años y la admiración de los jóvenes y de las mujeres... Cuando... he aquí que uno de los tacos de la traviesa botina se encaja en una resquebrajadura del adoquinado, y cuando un automóvil está para atropellarla dando al suelo con sus sueños y el vestido de la empingorotada dama, ¡aparece el príncipe! vestido severamente y con un aire irresistible de don Juan de siglo XX. Como el de Perrault, esta aristócrata, consigue quedarse no ya con la botina íntegra, pero si con el taco de ella... Palabras llenas de una dudosa galantería por ambas partes. Ella empeñada en no desvanecer el en canto ficticio que ha creado en el acaudalado joven, pues quien la salva es nada menos que el señor de Morés, hijo de la más poderosa multimillonaria de la urbe. Se prometen una entrevista oficial, presentación y baile. Ni baile, ni presentación, ni entrevista llegan nunca. En casita, Mónica arregla cuidadosamente el vestido y vuelve a su andrajo de todos los días. ¿El Príncipe, en tanto? Se ha esfumado... Pero un día que la propia señora de Morés visita la casa de modas en que la pobrecita Mónica trabaja, se le presenta la oportunidad de verlo por segunda vez. La señora de Morés, atenaceada por el reuma, suplica su brazo para dirigirse a su automóvil. Mónica lo cede presto. ¿Cómo no? Se siente sumamente orgullosa de tener el brazo de su futura madre política, y ya se imagina dueña de su preferente cariño, cuando... Cuando al llegar salta el chaufeur, gorra en mano, y con una inclinación aguda, abre la portezuela y la dama penetra... ¡Mónica casi ha caído fulminada! De suerte que el plutónico don Arturo de Morés háse convertido en este vulgarísimo y servil automedonte? La vida tiene estas alternativas, bella Letizzia. He aquí que Mónica se conformará con la medida escasa de sus sueños, y tendrá aún campito para meter en tal dedal tal

amor... ¡Qué bello, Mónica! Pero, **cossa bella e mortal pasa en ondura**. He aquí al pobre Arturo de sus sueños muriendo un día en el hospital víctima de una vulgarísima colisión del tráfico. ¡No esto

le queda a la proletaria Mónica! Ni el derecho de amar... Y qué bien lo dice Letizzia; porque "la mujer a veces recoge toda la felicidad del mundo sólo en amar". Pero ni el amor es posible para Mónica. Tendrá que sufrir el doble insulto

de su viudedad prematura y el insulto de su pobreza frente a la felicidad triunfal de los demás...

Ah! Letizzia, quién le diría a usted que sus pasos la van arrastrando... Siento, siento que se encamina a Moscú... Cuando enmiende Letizzia Repetto Baeza, cuando el conocimiento empírico de la vida, que no el conocimiento a priori, como dicen los filósofos, le muestre el secreto de Isis, virtud de sangre y de lágrima, nos dará obra plena, intensa, vital... ¡Ah, pero entonces será su propia vida!

IV

En tres libros chilenos y uno argentino que acabo de leer me llegan fraternos acentos del litoral y de la pampa. Chile es un país particularmente severo, hasta en la amistad. Sus poetisas y escritoras lo son igualmente. María Rosa Gonzáles –admirable talento–, Zaida Suráh –corazón de Samaritana–, me enseñan el lenguaje de la rudeza vital expresada en canciones múltiples. Los

nombres de Leucotón Devia, de Gustavo Alvial, de Sabella Gálvez, suscitan este mismo sentimiento.. Suscitan este sentimiento y obligan a la investigación del fenómeno. En líneas sumarias apenas se puede insinuar el hecho.

Si la poesía argentina es poesía de barrio, la poesía chilena es poesía de puerto, como la del Perú es poesía de ayllu. Desde las fotologías de Borges a la metafísica de Macedonio Fernández en la Argentina hay la impresión del barrio como hogar y simbología. La tranquera y el mate cimarrón llegan a la ciudad –al barrio– con todo el fuerte signo del agro vencido y le infunden ese carácter de océano estratificado en un solo gesto patricio. He ahí por qué esta poesía argentina produce un poeta como Ricardo Guiraldes, fruto perilustre de la estancia, otro como J. Sánchez, poeta del pueblito y de la superstición popular junto a César Tiempo, poeta del ghetto y del sábado israelita, todos ellos unidos por el barrio como por un sistema de vasos comunicantes. Pues en Chile ocurre lo mismo con el puerto. Y el puerto es el mito del mar.

Arturo Cambours Ocampo, autor de un bello libro argentino, “Suburbio mío”, es por ahora, a mi juicio, uno de los exaltadores más cabales del “barrio”. Pues bien, el barrio es el mito de la urbe... Ved cómo siente y traduce esta emoción:

Mujer de obrero;

sucia y cansada como baraja de almacén .

Tanto lavar la ropa

se humedeció tu alma.

Mujer de obrero;

esperanza cuajada en el trabajo.

Todos los días luchas contra el hambre,

todos los años tienes un hijo, toda la vida transpirarás miseria. En la trayectoria de la honradez, eres el final incomprensible.

El barrio, desde luego, es el “pedacito de la ciudad”, la “patria chica”, hogar del boliche y cubil del guarango. En él se ve devenir lágrima al trabajador, al

empleadillo, al “gringo” que se “encariñó con el barrio” y a la mujer del obrero “sucia y cansada como baraja de almacén”. Sin la humanidad un poco burguesa de Evaristo Carriego, Cambours siente y expresa la poesía del conventillo coreando su canción con un noble acento proletario:

Calle de encrucijada y de taitas,

pesada de barbijos.

Pañuelo de pobre,

conteniendo en el cuello tostado

palabras salpicadas con barro.

Barro del arrabal

amasado con hambre...

Poeta de nuestro tiempo y de nuestra causa de multitud resulta Cambours. Poeta del infrahombre y de la rebelión, por tanto sería uno más de los signos de extravío biológico de la época para el observador burgués; es, sin embargo, una mentalidad noblemente revestida de naturaleza viril y ecuánime. Su técnica es bellísima. Notad la energía metafórica, la sensatez gramatical, la economía, proporción, euritmia con que emplea las palabras, y descubriréis que en el fondo, en el contenido emocional, hay el cuidado delicioso por darnos impresiones durables y

honradas. A esto yo le llamo simplemente: ternura obrera. Escribamos este nombre y esperemos mucho de él.

Y he aquí a Gustavo Alvial, poeta de Antofagasta. Y he aquí su libro: “Olalaí y sus películas”. El libro de Alvial es un libro de solamente dos planos. El primero corresponde a Olalaí, la amada, y el segundo, a sus películas. Creo que éste está más reciamente construido:

No sé dónde estarás ahora en que cojo tu nombre como un libro olvidado.

¡Ni qué distancia nos separa!

Olalaí,

¿quién hace girar ahora tus sonrisas?

Los pintores del ciclo impresionista solían conceder al segundo plano de sus cuadros un vigor desusado con el prudente propósito de expresar este medio la opinión que les merecía el retratado. Cezanne procedía de tal manera... Pues Alvial hace lo mismo.. Para conocer a Olalaí tenemos que internarnos en sus películas, en el segundo plano del retrato. He aquí cómo Olalaí está lindamente dicha en esta “gaviota”:

Una rayita blanca,

movible,

en el aire marino.

¿Lindo, verdad? Pero, ved, ved, qué admirable pintor es Alvial:

El Sol,

con suavidad de ama, entró a su pieza y a ella,

manchita rubia entre las sábanas,

levantóle las persianas de sus pestañas de oro

e iluminó sus lamparitas verdes.

Ciertamente, un “pastel” admirable. Los toques que iluminan el cuadro son rápidos y lindamente dados. Pero no todo es delicado y sutil en este retrato de Olalaí. También deja escapar las notas viriles y masculinas:

El borrico del viento rebuzna en los pasteles y hace girar el aspa

de los molinos...

Y por allí, por allí encajado en el completo laberinto de este segundo plano se destaca un cromo que tiene aliento de trashumancia y amargo dejo de soledad y de fuga:

Pobre oso de Rusia

que al son angustiado de un pandero bailas .

Cuando cae el día y el cielo de Chile de azules metales. se llena,

52

qué solo te quedas,

oso doloroso...

“Olalaí” es el eucologio de un amor fallido. “Estas lejos y está amaneciendo” –dice el poeta– pero al “caer las horas desconecto mi ensueño”. ¿No equivale esto a un amargo y

evangélico **consumatum est**? Por tanto, “Olalaí y sus poemas” es un libro de evocación. Y la evocación resulta extraordinariamente vivaz a través del paisaje.

En Alvial –y en este libro– no late el “puerto”. No es libro de litoral. Es mejormente libro

mediterráneo. Y la poesía **nacional** de Chile es poesía de dársena y de sirena, de océano, de avión y de radio. Como la tierra se estrecha y se abraza al mar los hombres no tienen otro espectáculo ni

otro símbolo que la distancia fugitiva. Y la distancia para ellos es el océano. Poetas marinos son los grandes poetas de Chile: Huidobro, Pablo de Rokha, Juan Marín... Rosamel del Valle y ese admirable Casanueva son poetas en quienes la ternura viene, salobre y húmeda, de los vientos alisios. Salvador Reyes y Gerardo Seguel, resultan, igualmente, exaltadores del puerto. Por esto en todos los poetas, aún en aquellos coterráneos, hay el magnetismo marino. La memoria flaquea (¡y está tan lejos Orko-pata!) para devolver tantos nombres de poetas fraternos y geniales que están construyendo esa tierra chilena: Gutiérrez,

Moraga, Montes, Celedón, Canut de Bon, pintores y poetas, imposible dar una versión completa de ellos. Olvido por ahora, con seguridad, más de tres de Concepción. Arturo Troncoso, etc; magníficos muchachos. Todos ellos proceden del mar y sus canciones, en amable camaradería con los viejos lobos marinos, a la mar se van...

Leucotón Devia es un nuevo poeta de Chile, admirablemente dotado de imaginación y pensamiento. Sabella Gálvez, otro. Entrambos se advierte cierta aproximación en la manera de actuar el poema; pero hay distancias entre el primero y el segundo, distancias que van de una varmia en plenitud a la juventud llena de promesas y por ello mismo plena de insigne pureza lírica. Andrés Sabella Gálvez publica en Santiago un cuaderno emasculado y promisorio. No tenemos frente a él graves problemas que plantearnos. Sabella es un muchacho en la edad de la primavera, y de una sencillez poemática aromosa, muy parecida a la encantadora ingenuidad de la autora de “La Cenicienta del Jazz”. Pero ingenuidad en el motivo, en la emoción, no importan en manera alguna falta de firmeza en la técnica, en el arte. Al contrario, Sabella sabe darnos pequeños camafeos de impecable factura. Sus elementos se conciertan para exhibir una personalidad robusta que de no truncarse revelará a uno de los mejores poetas de Chile. Ved este poema con que se inicia “Rumbo Indeciso”, y tal el nombre de su libro:

Madre,

el amor que vivió en tus entrañas

es mío,

mío como mis lágrimas.

No existes hace tiempo, pero tus pupilas,

están cautivas en mi alma,

y tu alma en mi vida.

Soy la sangre tuya hecha hombre,

soy tu hijo,

el niño que lloró de noche,

por el árbol que canta,

el pájaro que habla,

y el agua dorada.

No tengo inconveniente en declarar que este poema de Sabella me ha hecho pensar en aquel de Tagore que comienza así:

Cuando en la claridad del alba triste extiendas tus brazos hacia mi cuna, yo te diré: ¡Padre, tu hijo se ha i do!...

Sabor de seno materno, ¿verdad? Cuando la poesía se entraña en la vida se torna un salterio. Es justo entonces que la poesía denominada ingenua, sea la poesía que llamaremos siempre

proletaria por su sabor eterno a seno y a **ñuñu** .

Hay una gloriosa tautología en la adolescencia. Koffka estudia los fenómenos de este proceso. Estoy pensando que estamos próximos al tiempo cuando la producción intelectual se medirá como signos de la evolución biológica, con estadios de su avance; y entonces del análisis mental vendrá la determinación de pródromos de capacidad social y política. Es la única forma cómo acepto la intervención del concepto de raza en el proceso de la historia. Cuando se unilateraliza en este aspecto se camina a la clínica y a la patología. Un fruto es la famosa obra del profesor sionista Max Nordau. En cambio el estudio de la psicología juvenil en los documentos emotivos –y éstos son cada vez más numerosos y proceden de autores cada vez más jóvenes– nos pondrá en manos elementos preciosos para descubrir el mundo virgen donde se concentra el porvenir del hombre. Sabella me ha sugerido esta observación. Leed un poema de amor:

Tu voz desnuda

incendió las gavillas de mi canto.

En tus trenzas rubias

até los grandes campanarios,

y mi palabra triste

estuvo en todos tus crepúsculos.

Tus sandalias gritaron

a los vagabundos

y los caminos

me anudaron a tu vida.

Mis manos jugaron con la espiga de tu cuerpo,

y tus ojos rasgaron los horizontes, mientras tus labios

esperaban el panecillo de mis versos...

Leucotón Devia es joven también, según me parece. Pero, es de otra textura. Para juzgarlo se haría preciso hablar de escuelas literarias, y de una manera particular de dadaísmo, creacionismo, y de esa inquietante maravilla que es la prosa del autor de “Ulises”. Ya veo que el lector piensa en el barbudo bardo heleno; y no. Me he referido al genial escritor irlandés. Devia, y varios poetas como él –Pablo Neruda– son de una manera singular poetas del sexto sentido o , nominalmente dicho, poetas del subconsciente. Son el portazo violento a la lógica en todos sus aspectos, inclusive en el arquitectural; mas por ello no carecen de ella. Pero la suya es lógica de elaboración, de caos, de proceso mental.

¿Podrías decir lo que estos versos expresen ?

He aquí el troglodita

último lo primitivo del futuro

la frente llena aun de asombros de cenizas

el viento dibuja arrugas en la noche.

54

El procedimiento simplista de constatación es éste. Tomad en vuestras manos un poema. El más lógicamente construido que se pueda y se quiera. Separad con una tijerilla renglón por renglón, y cuando tengáis tal número de tiritas de papel cual fue el número de versos, mezclad el producto en un sombrero, e id sacando las tiritas y ordenándolas una tras de la otra. Lo que os dé tal faena será un poema como los de Leucotón Devia y tantos admirables pensadores como él. Ah, el orden, la medida, el ritmo y el sentido de tal obra sólo podrá ser insuflada por el lector provisto de dones creadores... o si queréis mejor, por Brahma. Leucotón lo revela sin una esquina de pitagorismo y con ángulos euclidianos:

hombre

corazón de tierra llovida enciende las luciérnagas del vino la soledad viste de harapos

Como en todo poeta auténtico y como en todo hombre de cerebración adusta en las “500 palabras inútiles” (así se bautiza sin párroco al hijo bien parido) de Leucotón Devia hay la síntesis de una poesía integral. No es libro éste para una glosa. Creedlo, camaradas. Hay mar movido y hondura vertiginosa en su sembrada inutilidad. Pero digamos sobre todo que es el síntoma de la futura poesía de la elaboración. De tal suerte se reflejan las ideas en el cerebro. El símil de las tiritas de papel es cándido, pero está bien de salud. Y es que el cerebro ordena las tiritas hasta darles forma lapidaría, casi siempre sacrificando la intención a la acción, hasta concederle forma eurítmica de mármol o de cinocéfalo gesticulante.

Bella exaltación la de “Satán el bueno”:

dos gotas de sangre

en los ojos largos de la tierra

del jugo dulce de las vidas

estrujas pecados

Decid lo que os sugiere este admirable poema:

analfabetos que hablan con voz de sueño

a campo raso confidencialmente

en esta tierra fértil

una mujer estéril

se desgarra de gritos los ovarios

Pediréis al iniciado el hilillo de Ariadna. Y será imposible encontrarlo. No indaguéis por la lógica del poema. Recibid la impresión viril, y es bastante. Yo os digo, este poema también nos revela el mundo inicial de la idea; podría deciros que es la imagen bárbara y ofensiva de la imbecilidad humana atragantada, y os repito que es un barajar de imágenes y de gérmenes.

la unidad empieza

pero yo no he empezado

Dice el poeta. Todavía es algo impreciso, infuso, no coagulado aún. Él mismo lo reconoce. Está viviendo una edad de larva. Es el anapolio. ¿Podrá el poeta vivir otro clima?, ¿no es la turbiedad precursora del rayo el ambiente mázdico y mosaico de su espíritu?, ¿será quien nos deba la afirmación y el resumen?, ¿buscaremos en él la cátedra? No; no aún. Todavía hay en nuestro

propio divorcio mucha guerra civil; hablan por igual la bestia y el ángel. ¿Devenimos ángel? Esto se afirma en la canción. La masa, la multitud, Leviathan, de testículos de acero, ha concebido eso: ¡el ángel!, ¡el hombre!, ¡el “seréis como dioses” !

Y ved sino es así... No se diga que la de Leucotón sea una concepción materialista de la historia, ni menos que revele concepción populista. Su examen es cósmico y celular. He aquí como desentraña el “secreto” desde la última raíz de la gleba. Su visión, entonces, ahora también es ontológica y crítica:

he visto el mundo a través

de un cuadro al óleo

y encontré el secreto

en los ojos de una prostituta

V

Y para acabar con esta ruleta de perspectivas, tomo dos libros de mujer. Digo mal: dos obras. Una es el Catálogo de la décima exposición de pintura de Mme. Solange Schaal, de la Galería Barreiro de París, y otra el libro: “Portales el predestinado” de la escritora argentina Julia García Games.

Paul Sentenac, al prologar el catálogo de Mme Schaal, hace dos afirmaciones sensatas: Junto a la técnica sólida, plena, robusta, se encuentra un elemento preciso: la espontaneidad propia de una emoción primitivista. Además Sentenac nos habla de su paleta delicada, maestra en las sutilezas del color, y por ello no exente de fuerza. Me parece que por ahora se ha superado la discusión sobre escuelas de arte. El expresionismo, forma de la pintura que adviene al ciclo de transición revolucionaria e izquierdista y de liquidación burguesa, ha sido explicado por Rodó como un realismo mágico. El realismo mágico, de plano es un arcaísmo modernizado en que entra por igual el concepto tabú y la modalidad polinesia. El impresionismo ha caducado con las evanescencias y pirotecnias de la ante-guerra. Arte y concepción de escolio, indica y ejemplariza una etapa vencida de la historia del hombre y de la historia de la sociedad. De tal manera, en la

technique de Mme. Schaal yo no veo sino pureza de visión, desinterés colectivo, sinceridad, leve alegría, firmeza del dibujo, y, en suma, visión “burguesa” del mundo. Pero es visión burguesa

emparentada con el cataclismo proletario. No aquella resonante alegría, aquella petulante obesidad de Rubens. Esta tristeza de sus mujercitas, aunque denuncia paz de manantial en el alma, no oculta la inquietud doméstica que fermenta la época. ¿Será un entramado sutilizar e imaginar atribuirle tales sentidos? Ya. No sería raro. Pero el hombre devuelve como sabe lo que puede. Sus jardincillos y las visiones panorámicas de sus paisajes, sobre todos los últimos, me resultan bellísimos por la simpleza infantil del trazo y la concepción primitivista. No sé si pueda afirmar que me sugiere a Domenico o Lippi. Entre Gauguin y Roedrich, sería un epitalamio. De ambos

tiene la noción de lo primitivo del futuro, que dice Leucotón. **Mme SCHAAL aime la peinture, mais elle aime aussi notre douce France**, expresa el señor Paul Sentenac.

Y ahora bien. Yo ignoro por qué la señorita Games me ha hecho pensar en este inevitable Devia. Su manera de trazar una silueta no es por cierto, la del poeta cartomántico; pero algo hace para sugerirlo. Este libro no es una biografía de Portales; al menos no es una biografía al modo de las viejas biografías, y aunque la Sta. Games es una cultísima escritora que ha estudiado a los clásicos, desde Diógenes Laercio hasta Plutarco, se ve claramente que no fue su ánimo seguirlos. He aquí unas breves acotaciones que lo comprueban: “El niño prodigio no es un monstruo. El rostro invisible no es el rostro de los biógrafos, sonríe en medio de tanta niebla, de tanto dato sospechoso, pérfido, sin substancia”. “No inventamos nada”, dice. “Apenas si glosamos una vida” , “Sigamos subrayando”. “Hablemos de su firmeza”, etc.. Así el libro: un libro respecto de una

biografía. Y esto es justo. ¿Hasta cuándo haremos biografías? Si yo me propusiera hacer cargos a la Sta. García, tendría muchos ejemplos que citar. Pero nada más distante de mi ánima. Portales es un tipo rudo de hombre de estado. Tiene la rudeza de un Savonarola, su austeridad sobre todo y el don elegante del rey maquiavélico ante el artilugio diplomático. Quiere decir esto que Portales es un político instintivo. Y para serlo, es además, un estadista, un economista, un comerciante. Tiene la visión de la realidad, y la antevisión, la previsión, la intuición de los hechos; es decir conoce la dinámica y la mecánica de la historia. Él fue quien “fabricó” el triunfo de Chile sobre el Perú cuando, con mano férrea y visión de estadista grande, cortó las alas confederativas de Santa Cruz. Julia

García Games boceta valientemente esta figura. Ella afirma que la misión "providencial" de Portales estuvo en haber restaurado material y moralmente la monarquía. Afirmación aparentemente insólita; pero que revela en la autora del libro una seria emoción del determinismo histórico. Eso fue Portales para Chile: la monarquía que Belgrano y San Martín anduvieron mendigando en cortes de Europa, realizada dentro de un régimen liberal-demócratico- conservador. La síntesis puede ser un poco demagógica; pero es eficaz. Portales en Chile corresponde a Francia o López en Paraguay, a Rosas más que a Roca, Sarmiento o Alberdi, en Argentina –sin su brutalidad salvaje, entendido– a Melgarejo en Bolivia, a Castilla en Perú. Natural es que entre él y los "monarcas" aludidos haya distancia y diferencia; pero evidentemente obedecen a la hora y al período de evolución estatal del continente. "Portales hace historia", escribe Julia García. En efecto la hace, como la hicieron los patricios argentinos, como la hizo Juárez, Guzmán Blanco o Lastarria. Para el criterio un poco inclinado al fatalismo, la predestinación de Portales es una forma de la palingenesia americana. Criterio fatalista, biologista o teológico, pero al fin cartabón con que se ha juzgado gran parte de la historia hasta nuestros días. ¿Cuál fue el ejercicio monárquico de Portales que mejor lo tipifique? Someter a la plebe protegiendo, de esta manera, el predominio de los "mejores", de la aristocracia. No dudéis que aún hay quienes cohonestan esta política de Portales y los procedimientos policíacos que utilizó para realizarla. Descongestionando su ideario de todo jacobinismo, hizo política de minorías, estimuló al noble y aplastó al plebeyo. No obstante dio origen a una clase media bastante organizada que aún ocupa lugar inferior en la democracia chilena supeditada a los partidos conservadores que alimentó Portales. De sus manos sale un gobierno adiestrado y disciplinado. ¿Sabéis como llama Julia García a todo esto? "He dicho –anota– que de su Gobierno sale el orden y el sistema". Amplío: sale la limpieza. Juzgo que el escritor que se expresa con un lenguaje así, lo hace con propiedad, limpieza y claridad. Limpio, enérgico, virtuoso, he ahí lo que resulta Portales del comentario que de su vida hace la inteligente escritora argentina. Pero, he aquí otra manera de definición sorprendente. Portales es, para Julia García, el hombre clave. ¿El hombre clave? Sí. "La Historia es una cadena de hombres que reajustan el juego de sus eslabones. El hombre clave reajusta siempre". Ya lo sabéis. Y luego las tonalidades se van marcando por una serie de matices, a veces imperceptibles, otras disonantes. Una: "El hombre desciende a medida que suben las pasiones". Si la gama es perfecta, no dudéis que el hombre superior ha nacido, el predestinado. ¿Pero la gama se produce debido a qué factores? Esta es cuestión que Julia elude explicar. No diré que su técnica participe de Plotino o de Carlyle. Pero diré que no escarda la figura de su héroe de la menuda realidad material de

su época, y de sus factores múltiples, sobre todo económicos...

57

INDAGACIÓN DE LOS KUNTURIS

–Anatomía del Suelo –

A Yunguyo se llega por cualquier camino de la tierra. Yunguyo es aquel punto equidistante de toda linde trabajosa. En todo lugar donde se reúnan los hombres para comerciar comienza el país de Filestea, y allí la vida y los hombres adquieren sabor y perspicacia. Si yo mirara con más rectangular hondura hoy este espectáculo comercial de Yunguyo, tendría una visión férrea de cintajos metálicos cruzando un país de rostros cúbicos. Pero no. No olvido que Yunguyo es un

ayllu, y que ayllu quiere decir en terminología peruana, célula y hasta nido, **tapa** de pueblo. Es el ayllu trocado en **tumpu** no ya para el intercambio de productos, para la **chala**, sino para los efectos del capital comercial. Acá se siente la rudeza del **tuyo** y del **mío**, y se la siente sobremanera debido

a que Yunguyo representa la contradicción de los ayllus en la ciudad, o mejor dicho, su concentración. El ayllu es una sucesión de parcelas, Yunguyo ayllu es la concentración de las parcelas en un pueblito. Y este pueblito hace más sensible la diferencia de tonos que va del montón

paradisíaco del campo a la agriedad del libre cambio sobre la frontera. La faz cuprífera del **jake** ,

junto a la cabeza rubia del hijo de la Romaña, es algo que interesa al negocio como a la pintura y a la antropología. Pero lo cierto es que el rubio itálico es el amo acá donde el viejo o aymara

permanece inmoble. Los vecinos (por ellos se entiende a los **mistis**) forman una casta social aparte, pero no son una raza aparte. Más fácil resulta encontrar en el ayllu libre la dulce fascinación de un

rostro femenino que en la ciudad, donde las hembras tienen en verdad rictus desfachatados. Y esto es claro; en todo Yunguyo-ayllu es la probeta donde

clarifica el tipo venidero. Un estudio genealógico nos llevaría a la conclusión de que el Ayllu-campo está ramificado en el Ayllu- ciudad, que éste no es sino resultado de aquél, pero al mismo tiempo su núcleo...

Este panorama de Yunguyo es un piélago donde la oferta y la demanda son sístole y diástole. Inútil buscar perspectivas sentimentales. Se valoriza el hombre en moneda, y la mujer –

tan escasa– queda desvalorizada. Junto a la **uta** misérrima que explota tres o cuatro surcos de tierra, flaca, está rondando perpetuamente el hambre. Pero la pobreza es el mejor estímulo del

asalto, y el **jake** abandona sus tierras y se echa por los caminos, en busca de la fábrica y de la servidumbre que se traduzcan en ahorros capaces de permitir el retorno. Y es esta la cuestión

magnética que aquí se observa: la tierra es pobre, pero hay que tornar a ella, por uno o por otro camino; pero tornar al fin. He ahí cómo la sociedad del ayllu y su aspecto pobre, es una incitación a la alegría. El indio generalmente lo busca para descansar de los rigores del paludismo, para

retemplar la vértebra de los rigores de la urbe. En la **uta**, siente la vida hacia adentro, como la siente hacia afuera en la ciudad. Aquí se alegra. Su casita lo revela claramente: la libertad viene de

la tierra. Esta es una proclama que fluye del ambiente. Y la libertad del ayllu, su alegría, ha sido conquistada en seis o más meses de labor en los pueblos de población densa.

Yo contemplo con insistencia al **jakenaka** en esta perspectiva de los ayllus libres. Yunguyo tiene no más de tres “fincas” y cada una de ellas apenas merece el nombre. La parcelación ha

llegado hasta lo infinitesimal inconcebible, si lo infinitesimal económico es lo aritméticamente deglutible. Repito que hay hombre que vive sobre tres surcos, y tiene familia. No se sabe cómo está forjada la psicología de un hombre que vive sobre tres surcos. Cuando me acerco a Feliciano Condori, de bello rostro vernáculo, leo en sus ojos el pavor... ¡Ah, este hombre no ignora en momento alguno que sólo posee tres surcos de tierra! Claro resultará si el terror es su

penate. ¿Qué puede hacer en su defensa quien no posee sino tres surcos de tierra? Tres surcos, no levantan en el mejor de los años simiente para comer seis meses. Pues Condori es el hombre de los tres surcos, o séase, el hombre de las tres limitaciones: él no puede contra el gobernador, porque no tiene rendi –

En *El Comercio* del Cusco, año XXXVI, núm. 6632, 11 de noviembre de 1931. [Firma: Gamaliel Churata]

miento para vencerlo; él no puede contra el Cura, porque tampoco produce hasta serle grato; no

puede contra el tinterillo, el **kelkere**, porque resulta parroquiano sin bastimento. Y no pudiendo con estas tres deidades de la aldea, Condori es el esclavo de ella, esclavo en la relación de

servidumbre menos edificante. De tal manera, podemos llegar a la conclusión que la psicología del hombre de ayllu, en estas condiciones, es la psicología del resentido. No hay en el gesto, en la voz, en el andar, sino signos de una hondísima preocupación... La debilidad arrastra la preocupación al pensamiento, Condori, así es el vigía de su ayllu; el hombre en cuya conciencia se refractan al vivo todos los dolores de su casta. No habla, y no le hace falta. Mira por lo bajo, con desconfianza, y con sólo hacer esto revela toda su interna rebeldía. He ahí por qué no forma en la secuela del gobernador. ¿Para qué? No tiene con qué hacerse agradable. El presente, el obsequio, es lo único que hace agradables a los indios. Pues, por lo mismo, sigue reconcentrándose, sigue resintién - dose...

No obstante, de esta honda cima de descontento surge la braveza y la ternura. Ya la naturaleza salpicada de utas en la quietud polícroma del crepúsculo es un salterio; se ahíla y el

hombre en su vieja emocionalidad de **jakenaka** siente fluir la paz y el misterio de la tierra en el arrobamiento. He ahí el hombre... he ahí la mujer... Se destacan en la paz o contra ella, y son el

consuetudinario motivo de la vida. Con ella o contra ella. Es decir, con la tierra o sin ella. Es uno el dilema. Con ella o sin ella. Si interrogáis al **jake** os responde:

¡con ella! Ella lo es todo para él. Y siendo un asalariado de las ciudades, viene a la parcela, “a sentirse” el **jakenaka**, el **urinaka**, el

hombre libre, el insumiso, el indómito domador del surco. Así se alegra, en su capacidad de hombre libre; y entonces afluye a la aldea, a Yunguyo-ayllu en sus coloridas tropas de **challpas**, de **kena-kenas**, de **charabaratus**, vienen de Anapia o de Keñuani, y tiene la inocente e infantil alegría de los **llokallos** que allá quedaron entre las **utas**... Mas ocurre que detrás de estas tropas vienen hoy

otras, rígidamente formadas, sanas, severas, son las tropas de movilizables, las escuelas del ayllu – que nada cuestan al Estado sino la impertinencia de la visita de Inspección, nuevo modo de ejercitar la tiranía burguesa sobre el indio proletario y alegre– todas naciendo de la entraña misma del Condori, ese hombre de tres surcos.

Todo esto es alegre. Comunica placencia, vigor. La tropa de los condoris, de los hombres sin tierra, así, se insume en la conciencia cartaginesa del poblacho contrabandista, y baila y se embriaga.

¿Una alegría triste? No. Alegría sin tierras.

PRÓLOGO A “UN ENSAYO DE ESCUELA NUEVA EN EL PERÚ”

Este libro aparece cuando su autor ha vivido más de siete años en Europa forzado por una deportación en que son tan fecundas e ineficaces nuestras repúblicas democráticas. Se ha escrito, por tanto, con nostalgia. La nostalgia es una de las formas más internas del amor. Y resulta, por esto mismo, un mensaje, un documento, un programa, y programa necesario, documento ya imprescindible al estudio de la historia de la Educación en el Perú. Es un libro apasionado y justo. Es decir, tiene las pasión de las ideas, pero excluye la pasión de los hombres, medio que le permite alcanzar una temperatura moral. Por tanto es un libro útil y será presto un libro clásico de la literatura pedagógica nacional, de esta literatura adolescente y ya inficionada de graves enfermedades sociales. Pero más que este título conquistado sobre manera por merecimientos que le son propios, este será el libro de una escuela: la Escuela de Puno.

A título de una matrícula en la escuela de Puno es que el señor Encinas me deja

librado el encargo de este prólogo.

Cuando José Antonio Encinas llegó a Puno portando un diploma de normalista, la generación a que pertenezco estaba formada por una legión de *llokallos* unidos por la analogía de edad y el privilegio del cielo… el cielo une forzosamente allí donde no existe más cielo que el visible, donde, por instinto colectivo, se huye de otros cielos que los objetivos. Pero, cuando, pasados cinco años, abandonó la ciudad, la parvada de chiquillos quedaba unida por una común inquietud ideológica, prueba de que el maestro había cumplido el propósito de su labor. Pocos camaradas en el decurso de los días han violado este vínculo, pero son los pocos –a veces legión – que por naturaleza de su genio psíquico estaban destinados a formar la reacia cohorte de los tullidos. A algunos de ellos se refiere Encinas en su libro, sin prenotar esta realidad de hoy, digna del silencio.

El Centro Escolar 881 ha sido una escuela proletaria, atendido al sentido que le imprimier a su conductor y en gracia a los niños del pueblo, muchos de los cuales acudían descalzos y después de batallar rudamente en los talleres para lograrse esos minutos de educación mental. Encinas ponía su cuidado en relievar estas circunstancias; de ahí que todos supiéramos severamente que el mérito del hombre comienza en la conquista de uno mismo. De esos muchachos ninguno se ha perdido. Ocupan lugar descollante en la sociedad; y si uno o dos se entregaron a la zambra moral o física fue culpa de una indomeñable calidad orgánica. El alma de esta escuela, desde luego, ha sido Encinas. Él supo despertar en sus alumnos la simpatía necesaria por el trabajo fecundo, conduciéndolos más allá de los programas escolares con evidente propósito de suscitar la manifestación de personalidades vivas. Encinas era un joven más bien bajo que alto, de andar lento, frente ancha, mirada penetrante y ruda y de mentón que denotaba su cualidad signo: la voluntad. Esta su máxima: *“No hay no puedo en el diccionario”*. Había logrado que el serrano, de naturaleza introspectiva, denunciara con soltura constante su aprehensión de la enseñanza. Así el profesor era llanamente interrumpido en el curso de su disertación para absolver cualquier género de pregunta, pero con mayor frecuencia de orden idiomático. Hoy no ocurre lo mismo, según me informan estudiantes y compañeros. Uno de ellos, joven de inteligencia despierta –infiero al normalista Llana, de Sicuani– sostiene que ningún aprendizaje verdaderamente provechoso deducirá el alumno si no se comienza por iniciarlo científicamente en el estudio del idioma. El escollo principal del alumno es el léxico del profesor y del curso en que le obligan a estudiar. Encinas lo sabía muy bien. Sus alumnos no debían, no podían quedar en silencio si no había n entendido alguna de sus palabras.

“Un ensayo de Escuela Nueva en el Perú” por José Antonio Encinas (Editorial Minerva, 1932) . [Firma: Gamaliel Churata]. Este texto fue escrito en julio de 1930 .

– *El alumno que repite lo que no entiende, es autómata.*

– *¿Qué es un autómata, señor?*

El director medita y luego se dirige a un alumno cualquiera.

– *Usted, señor, dígame: ¿qué es un autómata?*

– *No lo sé, señor.*

– *Un autómata es un muñeco que tiene bisagras en el sitio de las articulaciones, con lo cual puede mover un dedo o una pierna. Por medio de hilos especiales, desde lugar oculto, lo anima el hombre que lo maneja. Aparentemente mueve un brazo; pero él no sabe que lo mueve. ¡El hombre que repite lo que no sabe, es un autómata!*

Un profesor tiene en su poder la llave de las conciencias futuras. Encinas obraba pensando esto. Es la causa por qué los pueblos cultos conceden a la educación la importancia privativa del Estado. Encinas ha modelado una generación de hombres y con ella está seguro de llegar a la voluptuosidad catoniana del deber.

En este libro el maestro ha recogido muchos de sus recuerdos. El episodio periodístico del Centro es resonante y sirve para comprobar cómo la iniciativa infantil, racionalmente estimulada, es virtud creadora. Estoy persuadido de que *El Educador de los Niños,* periódico del Centro fundado por Encinas, fue un resultado inmediato de nuestra campaña periodística. Encinas captó en esta actividad el germen de una colectiva aptitud para la aprehensión de los deberes públicos. En efecto, la salida de *El Educador de los Niños* determinó la muerte de los pequeños periodiquillos de clase, yendo sus redactores unos a los talleres tipográficos y otros a redactar sus columnas. Encinas refiere estas pintorescas

alternativas. Yo me cuento entre los pocos que prefirieron el taller. El teatro ha sido otro de los medios que, descubierto por los alumnos, fue rápidamente sustentado por el director. En la casa que ocupaba el Centro había una habitación ruinosa destinada a desvá n. Pues en ella se instaló el carretón de Thespis del Centro y allí se resucitó la vida y maravillas de los magos caldeos. Toda la representación era una serie se visajes quirománticos en que aparecían tarros volando por el escenario y los magos que se desprendían de una llamarada de pólvora. El director asistía a estas funciones previo pago de la entrada respectiva que, para él, a quien sinceramente estimábamos, subía de un botón, que era la general, a veinte centavos. Para todos nosotros los veinte centavos fueron el mayor milagro de los magos.

En suma, el ambiente del Centro alentaba una ancha fraternidad entre el director y los alumnos. Hay que confesar que los profesores no eran sino alumnos *creciditos*. Sabíamos que el *hombre* era Encinas. Hubo vez en que esta conciencia adoptó una rijosa temeridad. El profesor novato no sabía los animalillos que se tenía delante, y creyó poderlos conducir por ordinarios medios coercitivos. Resultado: ¡que salió llorando! No porque se hubiera cometido violencia sino porque descubrió que los chicos sabían poco más que él. Ignoro cuál sea el criterio con que los técnicos juzgarán estas revelaciones. Lo evidente es que el Centro Escolar 881 fue una escuela audaz donde los muchachos adquirían pronto el concepto claro de su personalidad. Encinas refiere un episodio en que se prueba al mismo tiempo que lo nuestro no era aspaviento de chiquillos malcriados sino ejercicio consciente de derechos debatidos y consolidados.

Y en el Perú, donde si hay una tradición pedagógica no hay escuela tradicional, es necesario insistir sobre este Centro Escolar 881, que es lo único vivo de que podamos ufanarnos en la materia, por lo mismo que es en muchos aspectos lo único con tradición.

“La autonomía municipal es la primera lección de educación ciudadana que un maestro puede ofrecer a sus discípulos”, escribe Encinas en uno de los capítulos más interesantes del libro. En efecto, la autonomía municipal enseñada como básico conocimiento de educación popular producirá en el alumno la conciencia de su responsabilidad, revelándose los secretos del

compromiso social que lo hace comprender que si personalmente es un organismo autónomo, con su pueblo lo es dentro de la noción de la República; debiendo, para el desarrollo normal de ambos factores, preexistir su ejercicio aislado de conformidad con sus particulares características pues, de lo contrario, merma la capacidad productiva y determina desequilibrio del derecho que es la tiranía del Estado. Osado resulta en la escuela primaria la versión de la doctrina. Pero ello es porque quiméricos y tartarinescos en todo, no vemos la realidad. Si el 5 por ciento de la población del Perú pasa por las escuelas (lo que acaso es un cálculo excesivo) el 4.5 sólo conoce las elementales y primarias; resultando de necesidad práctica conceder a estos estudios educacionales toda la fuerza integral de que sean susceptibles. Esto hizo Encinas. No se redujo a cumplir su programa; injertó inquietud ideológica en sus discípulos, la mayoría de los cuales se enfrentó a la vida sin más que los armamentos suministrados por el Centro. Es que en el Centro se tendía a propugnar un concepto tradicional de la educación; había un *organum* interno que lo sustentaba: lo indígena. “Sepultada la escuela *chauvinista* –escribe– no quedaba otro frente que la escuela social, aquélla que debía iniciar la campaña de reivindicación de los derechos del indio”.

Esta declaración define mejor la verdadera tipificación que reclama el Centro: la escuela social. En efecto, en esta escuela se desterró todo privilegio, y ya entonces aprendió el niño a conocer la personalidad del gamonal. Yo he seguido el rastro de uno de ellos desde los primeros años de la escuela y he podido comprobar que mis juicios de entonces eran sobre manera acertados. Tengo dicho que el niño proletario merecía de Encinas una particular simpatía; y siempre el estudiante proletario fue digno de ella. *El niño Goyo* veíase obligado a la compañía mediata del *niño indio* y a sufrir la superioridad intelectual rotunda, la fortaleza física contundente, la severidad moral absoluta. En estos génesis vitales tuvimos la primera impresión de clases sociales y el primer estímulo de organización. Para dar un apelativo a los niñitos les llamábamos con el remoquete de *futres*, ¡ah! Y los teníamos forzosamente aislados hasta tanto cedieran. ¿Y cómo cedían? Allegándose, en la costumbre y la actitud, al proletario. Nuestros líderes no eran ciertamente *futres*, eran hombres de trabajo, niños proletarios: José Manuel Sierra, el primero, tipo de limpio y admirable corazón!

“El indio es dinámico por excelencia. Toda su vida constituye una permanente acción”, escribe Encinas. Y agrega: “es absurdo suponer en él quietud o pasividad mental. Un sistema de enseñanza que nos fuera propio debería

conducir estos elementos psicológicos básicos del indio”. No han parado mientes hasta hoy los educacionistas del Perú en la vida de la mujer indígena. No hay espacio en estas páginas para describir la manera cómo invierte su día la madre aborigen. Pero el tema merece un libro. La india no descansa un solo instante; no ceja un minuto del trabajo; si camina, hila; si está en la casa, teje; si en el campo, chacarea; si en la orilla del lago, pasta.

Para educar madres peruanas no se tiene en manera alguna ni una ligera y referencia de la india. No. Del indio tampoco.

Pero el indio actúa por su cuenta. Pasará a la historia del Perú la *Escuela de Jutawilaya* , rinconzuelo de ayllu donde vive ese hombre apostólico que es Manuelito Camacho Alka. La revolución de la Platería, que con sobrada superficialidad se atribuye a los yanquis evangelistas, es, en puridad, obra de Alka. Él condujo esas misiones a las pampas de su lugar, pero las condujo cuando la escuela de Jutawilaya había ya rendido el fruto necesario. Aún vive Camacho y procrea. Será preciso que deje de existir para que los peruanos nos percatemos del gran hombre que es. Camacho procedió con una intuición que era singularmente una expresión de su raza. Pintó de blanco una de las paredes de su casa y, sobre la pared, el abecedario. Con estos simples elementos, en dos años preparó dieciséis profesores para sembrarlos luego en los campos de Kota, Pall alla, Ilave, etc. ¿Pero enseño solamente a leer? No. Educó a estos pioneros en los ideales de la reivindicación del indio y les enseñó que esta nunca podría conducirse si antes no se tumbaba la influencia del cura. Para esto llamó a evangelistas, y evangelistas *gringos*, pues, en una breve estada en San Francisco de California había experimentado que los *gringos* eran excelentes para

entenderse con las autoridades del Perú. ¡Qué significativo! Así fue, en efecto. ¿Camacho es católico?, ¿es un evangelista? En manera alguna. Camacho es, con su propia definición, un evolucionista. *La Escuela de Perfección* de Telésforo Catacora, a quien recuerda Encinas, es otro fruto del sentido educativo y energético de la raza. *La Escuela de Perfección* actuó hace más de 25 años, y se proponía la formación del individuo dentro de prácticas higiénicas y la formación de su espíritu mediante el estudio libre de la ciencia. Catacora, trabajador auténtico, era un sindicalista fervoroso y un adelantado de la popularización de la cultura, un precursor de la Universidad popular.

Repito que la educación en el Perú toma en nula importancia al factor indígena, guiándose solamente por los resultados de la experiencia europea o yanqui que, seguramente, es un respetable bloque de sabiduría pero no soluciona, dentro de la realidad psicológica del país, su problema educacional. Se excluye el acervo popular para aportar disciplinas foráneas en las condiciones menos favorables. La serie de misiones de educación, a cargo de yanquis, alemanes, etc., ¿ha rendido algún provechoso resultado? Parece que no. Recuerdo que el doctor Kimmich, distinguido filólogo bávaro, se interesaba en Puno más en los métodos inductivos de la educación aborigen que en la aplicación de los que él fue encargado de transmitir. Kimmich se proponía escribir una monografía sobre la posibilidad de la educación peruana, basada en la experiencia profun damente social de los hábitos indígenas. Reaccionar contra la tendencia intelectualista y fríamente dialéctica de la educación debería ser el cuidado inicial de todo hombre que trabaja en campos educa - cionales. México, como en otros aspectos, nos da lecciones sorprendentes en éste. John Dewey, en su visita a este país, ha tenido que confesar su admiración por los resultados que métodos propios pueden producir, sanamente aplicados, en terrenos propios. Esto es obra de recientes conquistas. Durante la dictadura de Porfirio Díaz se tenía el concepto de que el problema de la educación se solucionaba con brillantes propagandas extranjeras, cuando lo único que rinde fruto es –y puede ser– el trabajo humilde sobre la realidad molesta, ya veces inferior, del material popular. Encinas tenía un vivo concepto del papel que vino a representar entre nosotros, por eso la inicial de sus actividades estuvo presidida de un concienzudo estudio del medio en sus múltiples aspectos psicológico, social y económico. He aquí algunas de sus buídas observaciones que lo comprueban:

1.– El serrano del altiplano se distingue por la sobriedad en el decir. Por la exactitud en la imagen, por la precisión y la acuidad en la observación, por la persistencia en el esfuerzo, por la lealtad a un principio y por un permanente deseo de renovación.

2.– El maestro en el Perú no necesita recurrir a la Biblia (no debe recurrir) para explicar en forma mítica el origen del mundo y del hombre; le basta la leyenda de Wirakocha. El niño seguramente encontrará en esta leyenda mayor consistencia, mayor lógica, mayor belleza que en aquella otra que nos cuentan los judíos. Wirakocha crea al hombre de piedra; Jehová lo crea de Barro. Ambos se equivocan; pero Wirakocha se rectifica en su error creando a los hombres ya no indivi - dualmente, sino por naciones. En tanto Jehová establece el pecado original y maldice a la humanidad; Wirakocha agrupa a los hombres; Jehová los

dispersa.

3.– La historia del Perú puesta en manos de los indios constituye un verdadero programa político.

4.– La estrecha mentalidad del burgués ha hecho al indio la máxima concesión de poner en sus manos el abecedario y el catecismo.

5.– Toda la historia del indio ha girado alrededor de la tierra. Fuera de este móvil que agita la totalidad de su vida, la escuela, la religión, el progreso material, le es indiferente y superfluo. Es decir, todo le es accesorio, subordinable.

63

Ciertamente Encinas no ha actuado en el *ayllu*, pero se ha inspirado en él, pues sabe básicamente que el Perú es el indio, el *productor de la nacionalidad*, dice él, y toda política educacional que no se inspire en lo indígena no pasa de ensayo epidérmico en el consuetudinario debate académico en que el Perú de la costa ha sacrificado cien años, o sea cien posibilidades de la República.

Es tiempo de que una generación de hombres constituida sobre la experiencia de nuestra historia se aboque a la solución de este gravísimo problema, contando con que este problema no es un mero problema de técnica sino un problema ontológico de la más seria importancia para el país y su porvenir. Seguramente la escuela está destinada a cumplir la gran misión de avivar los instintos dormidos de la raza; pero la escuela resulta inocua si no actúa en un terreno de realidad vencida. La escuela se cumple tras de la revolución económica; no puede antecederla porque le falta los medios de crecimiento. En esto coincide Encinas con Mariátegui, y en otros muchos aspectos; coinciden ambos con las conclusiones a que ha arribado el Congreso Educacional de Leipzig, el cual estima que la educación del proletariado es una consecuencia de su revolución, y no ésta consecuencia de aquélla, como sostienen los demócratas y colaboracionistas, seres traslúcidos que no viven el ritmo de la época ni conocen el verdadero sentido trágico de revalorización plebeya. En el estudio severo que realiza Encinas se constatan las diversas tenden - cias de la política peruana en cuanto a materias de educación, y se viene al convencimiento de que en ningún tiempo nuestra política ha tenido visión clara del problema y que cuando no lo ha sorteado ha querido sujetarlo a una disciplina medioeval. En todo caso, cabe afirmar que nunca la educación en el Perú tuvo el caudal necesario para

imprimirse un sello volitivo y creador. Se redujo a simples suministros accesorios que nada hablaban de un postulado doctrinal. La educación en Rusia es soviética; en el Perú tiene que ser burguesa, pequeño–burguesa. Y la pequeña burguesía en el Perú es también depositaria del españolismo, que significa depreciación indígena; de donde resulta que los hombres y las ideas que la presiden ignoran las necesidades del bloque humano, cuando la educación, como se sabe, se dirige a la liberación del bloque que no a la consolidación de la minoría; esto es un concepto moderno e igualitario.

Un hombre que, como Encinas, ha cumplido su ideario en la escuela, el parlamento y la vida, merece, pues, el derecho a la atención. Este libro es, acaso, el mensaje de un hombre reclamado por las necesidades del país. A través de la exposición de su doctrina pedagógica – exposición llena de vivacidad, de energía, colorido y pasión– se descubre al estadista, al hombre signo en quien deben mirar los hombres nuevos la posible realidad de un conductor que, en la sabiduría empírica, hace radicar la mayor riqueza de una cultura.

Y su mensaje, reducido a síntesis, nos dice que el deber imperioso de las generaciones militantes del Perú es convertir la politiquería endémica y crapulosa, politiquería burocrática y zafia, en política de educación, porque la educación es el único camino de hacer hombres grandes en pueblos venturosos. Pero que, antes, la realización de este ideal precisa una previa conquista: la conquista económica que implica un sacudimiento sustantivo de la propiedad y la revalor ización del ayllu. Por eso afirma, en frase lapidaria, que la escuela debe mantenerse en un estado latente de revolución. ¡Triste destino el de los profesores que comprendiendo este deber ejercen su ministerio con holgura paquidérmica con que los curas de aldea hacen el suyo! Si hay una responsabilidad ante la naturaleza y la civilización, esa responsabilidad es la del maestro. Y en momentos de gravidez promisoria, como estos momentos peruanos, la responsabilidad es mayor, porque todo momento de represión supone uno próximo de liberación, y esos momentos en la historia suelen marcarse con el cataclismo y la palingenesia.

GUILLERMO BUITRAGO Y LA ENDOLATRÍA AMERICANA

Hácese presente con regularidad significativa una pregunta si se tiene frente la realización artística que pretende expresarnos: ¿Existe un arte americano? El

anciano Rodó no pudo excluirse de la atormentadora incertidumbre. Sí, existe un arte americano. Americano es un arte de anchura ecuménica y es un sentirse noblemente magnificado en Grecia o en la Arabia. Por americano se debe aceptar este arte universalista, cósmico, porque el destino histórico del continente es servir de palanke al amoroso concierto de todos los hombres…

Ese Darío era tal: un poeta en quien pesaba como hálito genésico la villa fiorentina, el aduar de la dulce dama de Moravia oculta en finos collares de dromedario. Pero también, a fuerza de americano, de indio chorotega, gustaba la sugestión desértica de la pampa y el gaucho, tanto como el araucano o el indio de las hondonadas queshwa–aymaras. Eso era americano. Era un americanismo seguramente superficial pero morosamente degustado. Con un cierto tópico trascendentalista, podríamos decir que en Darío se anunciaba la alborada de nuestra realidad moral pero como que, como toda alborada, la suya era confusa y trémula como un escolio… posteriormente nuestra poesía ha llegado a grados supremos de intención creadora. Y la pintura ha producido, tras de muchos años de cobarde europeísmo, figuras de tan señera gallardía como los pintores mexicanos, en quienes la técnica y la doctrina reaccionan de conformidad con los factores de la naturaleza y el tiempo. Es entonces que América puede preciarse de un primer paso en el camino de su propio conocimiento, de su autocreación, de su autarquía y de su adoración litúrgica. Cuando nace una liturgia es porque un arte está en germen. Con nosotros los americanos

está ocurriendo este fenómeno. La liturgia nos viene del contacto tabú, y este contacto nos revela la fuerza creadora del espíritu. He ahí por qué todo nuestro arte expresionista es un arte arqueológico, un arte de desenterradores, un prurito de chullpas y de pirámides, de rectángulos y de planimetrías. Nunca fue americana nuestra expresión hasta tanto que nuestros artistas se resolvieron por la aventura de lo primitivo. Esto es una cuestión tan averiguada que con anterioridad a los mexicanos no hemos tenido sino pintores que copiaban a Ingres o a Delacroix sin ápice de originalidad no ya conceptual sino técnica.

Con los nuestros no puede decirse eso; porque más cerca de la naturaleza primitiva de América, de su ayllu y de su ídolo totémico está Picasso y está, sobre todo, Gauguin, que los nuestros de sus realizaciones. Y es que el arte de hoy, resultado de la beligerancia de dos ép ocas, mira al suelo que es como decir a la historia a fin de reorganizar su marcha truncada por el abuso moral y económico a que llegan los pueblos decadentes. En suma, nuestro arte comienza cuando acaba el mundo antiguo; nuestro mundo se perfila cuando el arte antiguo

está liquidado. ¿De qué armas se vale este mundo fresco y salvaje de América donde hasta los ultracultos europeos se sienten constreñidos al alarido y al rapto paleolítico para valer por sí y sobre el mundo? Me parece que de un método muy simple, tanto que es método de pueblos, o mejor de grupos antiquísimos. Se vale de la adoración.

He constatado en varios artistas americanos de hoy la tendencia a imprimir en sus obras un sentido de adoración, de panteísmo, que luego no es sino forma de la propia adoración, de la endolatría. No hay en uno solo de los frescos de Diego Rivera o de Orozco algo que no vaya impregnado de un hondo sentido religioso; y, particularmente, cuando Rivera viaja a la prehistoria y concibe al dios azteca en sus formas cíclicas como un enorme animal en cuyas pupilas fosforece el secreto del canto y del rezo. Sólo en aquéllos puntos de América donde la serenidad racial, el diálogo sanguíneo no es aún posible, como la Argentina, por ejemplo, los artistas vacilan en for – ____ __________________

En *Cunan. Labor de los artistas suramericanos* (Edición Qolla). Puno, 1932. N° 5. [Firma: Gamaliel Churata] Reproducido por Manuel Pantigoso en “El ultraorbicismo en el pensamiento de Gamaliel Churata” (Ediciones Universidad Ricardo Palma. Lima, 1999).

mas arbitrarias y nos dan frutos varios, bella y petulantemente exhibidos, como el misterioso huevo de Colón. Pero el destino de América no es el mosaico, sino el huevo. Acá el mundo coagula, las razas concentran y todo tiene el instinto de una sola expresión. La expresión del mundo en la naturaleza. Entonces los hombres, por distantes que sean sus procedencias, por ausentes que se hallen sus entronques, buscan en la naturaleza el refugio religioso y la naturaleza baila con sus indios y sus templos mayestáticos dándole al hombre la esperanza y el trigo. Porque, desde que el hombre reconcentra su pensamiento y reconcentra su capacidad vital, el hombre es el punto céntrico del que parten las energías cósmicas. Solamente cuando el hombre se licúa en el artificio de las urbes y se forma bajo el imperio de la arquitectura urbana, su espíritu no es ya él sino tributo de la multitud a la naturaleza pues él es siempre un ser dentro de ella, pero es un ser desposeído de la esencia. Los griegos entendieron muy bien este fenómeno cuando atribuyeron a Proserpina la virtud de resentimiento de la naturaleza. Entre nosotros el caso no puede ser más nítido y más elocuente. La tierra actúa en forma vivaz, y siendo hembra erige el imperio absoluto no

entregándose sino a aquellos que tienen, como los sátiros griegos, el perfume hondo del sexo y el perfume volátil de las axilas.

Sin embargo, Guillermo Buitrago es argentino. Y es uno de los pintores argentinos que pretenden dar a su país la fisonomía que merece en el arte del mundo. Buitrago, como todo artista auténtico, es un buceador. De acuerdo con los principios del ensayo clásico, en este lugar haría yo un examen de su ascendencia y de las causas que lo determinan frente a todo el arte argentino como el primer pintor indoamericano. Pero ello huelga en obsequio a la obra en sí. Desde luego, se hace imprescindible advertir que Buitrago procede de la pampa argentina, que fue de su uso nobiliario el chiripá y el talero con los que hizo bien su papel en los boscajes de Jujuy y en sus pampas. Pero es que Jujuy ya participa de la naturaleza andina y pertenece al tenor sicológico del altiplano. El altiplano gestó Tiwanaqu y gesta, hoy, el nuevo ciclo de la raza aborigen. Arte y política quieren imprimirse de su virginal sugestión. Buitrago como hombre de pampa y de altiplano, es hombre que habla con lentitud y piensa con rapidez. Es hombre de palabras frías, pero como el interior es cálido las palabras nacen en la justa medida termométrica para ser dentro, de la expresión humana, la función del dardo y la espuela. Su obra de pintor es exactamente como su morfología prosódica (y las dos palabrejas son ya anti buitraguescas). Su ritmo es lento, pero es un ritmo bien anudado y cuyas cláusulas funcionan con la regularidad de una boa. No se busque en sus cuadros el acicalamiento pero tampoco se encontrará en ellos, si se busca, el descuido que pretende ser brochazo de genio cuando generalmente es brocha gorda. En un lienzo de Buitrago todo está lindamente construido, pero todo tiende a impregnarse de un sentido. No son los hombres los únicos elementos de su arquitectura. Es natural que el hombre esté allí colocado con evidente cordialidad, con simpatía humana; pero él siente que son otros los personajes de su mundo. Son las callejas cuzqueñas, las colinas sembradas hasta en la cumbre, las casitas que se apeñuscan una sobre la otra cobrándole al declive de la montaña todas las ventajas posibles. Son las iglesucas de pueblo, con su torrezuela enana y sus muros de tierra miserable que tratan de adobar la forma genial de Jatunrumiyoj y meten con audacia, eso sí indígena, el trapezoide debajo del arco romano de la torre. Estos son los elementos con que Buitrago nos dice que su concepto de la vida es un concepto religioso y que su religión es en tal género humilde, panteísta, que gusta de adorar en su guijarro y junto al álamo ritual, en el arroyo y en los ojos mansos y la faz llena de bondad de la india madre; en el cielo de castidad celeste y de nubes puras con pensamientos infantiles. Y si en los elementos tal es el mundo de Buitrago, en la luz y el color es igualmente un místico, un espíritu agitado por

estremecimientos misteriosos y que en cada uno de sus menesteres quiere encontrar un sentido de inteligencia, un soma, un fluido de la tierra. Hay algunos de los cuadros tratados en rosa, cuyas tintas adquieren la infantil dulzura de algunos cuadros de Doménico y que tienen la virtud de imprimir a la honestidad y simpleza de la concepción y a la seriedad y amor, amor de un alto poder de su scitación.

66

BELIGERANCIA DEL MITO

…Mas luego se enciende el brillo de sus pupilas, el rictus desfallece y sus palabras toman el sabor acre de la queja…

De rodillas ante la imagen de la “mamita”, la indiecilla de Tiwanaqu pulcra y rigurosa - mente polícroma, parla refiriéndole sus calamidades. Segura de que se la comprende, parla llano, con soberana simplicidad. Mas luego se enciende el brillo de sus pupilas, el rictus desfallece y sus palabras toman el sabor acre de la queja. ¿Qué dice, frente al ícono vernacular la indiecilla finísima del altiplano?. Interrogo por ella, y cuando me aseveran su procedencia, no puedo menos de pensar en la gravidez legendaria de esos lomos que en sí, finos como son, soportan tal número de intenciones y leyendas, la Lemuria y Ofi r.

–Verás, mamita –dice a la Virgen– que si he de casarme no es en forma correcta; pues si él tiene tantas tierras y ganados, yo no tengo sino un pedacito, asina, en la tierra...

Por este camino llegará al tono elegíaco, tono que remeda al *avemaría* de los llamos en la canícula; y que por horas que pasen seguirá lamentándose mientras las lágrimas brillarán en sus mejillas de cobre. ¡Estas son, según dicen, las mejores ofrendas de la Virgen de Copacabana: el llanto de las indiecillas, irremediablemente perdido en el vacío de sus cuencas de cristal! Sí; pero, hay otra cuestión tan grave, o más grave aún: hay que considerar, que en lágrimas, y en gemidos, mejor que en recursos *juris patente* está encerrado el soberano símbolo económico de la indiada. Con un buen sentido de esteta romántico, podríase decir que nada ejemplariza mejor la miseria económica de la indiada que su vestido polícromo, sus pupilas anegadas en lágrimas y los rajados pies, en donde, por obra de naturaleza, se ve hablar la palabra sumisa ya vencida en la voz... ¡Toda la tarde llorará la indiecilla! Es tercera vez que torno al templo, y la

tarde y su llanto siguen en la gotera. En vano, como un órgano, el ábside estúpido se ilumina en una fontana de azulacho!

¡Ah! Pero es evidente que el indio no habla con la Virgen sino en cuanto se relaciona con la tierra, con su tierra. Poco le atañe otro asunto, o le es atañedero en modo de relación. ¿Cuál sería, de lo contrario, el diagnóstico para establecer el móvil de tal estado psicológico? El indio ha sido deflagrado en toda posibilidad de valor; ya no cabe en su conciencia otro hombre que el abatido; remiso, tórpido, momificado, el hombre viejo de Tiwanaqu comprende que estos tiempos no son los suyos, y cuando sale a la calle busca un membrete universitario o un título de policía, y ya no es el mismo... Sin embargo, no es a ese individuo el que buscamos en el templo, es el otro, el antiguo que llora su tierrita, asina, como un ángel... Y si nadie puede darle su tierrita, como al mujik, a quien se la dio el camarada Lenin, ¿a dónde con mejor suerte acudirá la indiada que a los "brazos" de la mamita? Su destino de organismo vivo es seguir buscando la meta; y no hay por qué admirarse si cree encontrarla allí. Cuando se siente muy grave a un enfermo en la América, y ya no basta la pócima de botica, se acude al "kolla", al "layka", al "pako". Igualmente, si la justicia, tal como se dosifica en nuestras republiquetas, no le basta, ¿a dónde irá? Irá a los brazos de la mamita, pues como la "mamita" no hace ni deshace en la realidad, en lo inestable, en lo mítico se acrecienta. Por eso la indiada la persigue... Pero la *mamita*, no es otra que la "mamata", el espíritu de la tierra en jugosa y hasta temeraria fecundidad, es aquel principio de generación que hace vivir en tono heroico la levadura del surco, es el sino del devenir biológico llevado a su paroxismo, a su límite de "trance". Mas, como en todo lo proveniente de la ideografía tribal, no hay en esta concepción sino un poderoso deseo de infundir a la tierra toda una magnífica fe en el resultado de la simiente. Vale decir, la producción. La "mamita" de Copacabana, es, en este modo, el espíritu que actúa en la producción como un factor psicológico capital y la obliga a parir en dobles partos. Cuando la mamita no oye, cae la miseria en el ayllu, y, siendo sensatos, ¿no hay que tenerla graciosamente entretenida? ¿Qué mejor modo, más módicamente inmediato que llorarla una jacu – ________________________

En *El Diario*. La Paz, domingo 10 de enero de 1932. [Firma: Gamaliel Churata]

latoria con entraña inagotable? No hay modo mejor. O lo habrá cuando sea posible ofrecerle otro mito más cercano, más viril, más bélico que la romería

anual al santuario.

Encuentro en Pomata a la indiada más consecuente con la enseñanza primitiva. La "mamita" allá, es la "mamata". Viejo mito, signo del parir y del hogar. ¿Qué es la *mamata?* No habrá acá leyenda alguna como la del iluso artista cusqueño que anduvo tierras panllevar por sacarse del seno esa cosa linda que es la cara de la virgen indígena. La "mamata" es la cólera de la tierra, la furia por darse en fruto. Así, esa cólera, ese espíritu, busca un ser en el cual sea posible manifestarse. Ese cuerpo no es, en modo alguno, el de la *tawaqu* núbil, el de la mocetona en flor, nutrida de pulpa; es el cuerpo mal llevado y peor traído de una anciana indígena que de pronto siente unas extrañas manifestaciones diabólicas en el cuerpo, como si la hubiese poseído el espíritu del ají. Una inquietud, primeramente leve, que después se convierte en escozor tal que la obligará a la danza frenética. ¡Entonces queda patente el signo de la elección: la ha poseído el espíritu de la patata! Todo deseo suyo entonces es sagrado. Ya no es la anciana tal, es la tierra en el cuerpo de un ser privilegiado. Cuanto apetezca le será inmediatamente concedido, pues acarreará mal indecible sobre el ayllu sólo con manifestar su desagrado. Pedirá los mejores mocetes para el baile, vino y dinero, lujosos vestidos, etc., hasta que así como progresivamente acudió el espíritu a poseerla, la abandonará, siendo señal el momento en que declare cumplido su ministerio: "Ya está satisfecha la Mamata, dirá; ahora tendremos buenas cosechas de papas". Las indiadas, con fe encendida, como antes a la "Mamita" entregarán sus presentes a la "Mamata"; y esos presentes son un llamo blanco, degollado junto al hoyo en que, inmediatamente, se le sepulta, además de una serie bastante larga de especias ricas e incienso macho del Cusco....

Ignoro hasta qué punto pueda todo esto reducirse a dos actitudes: una bélica y otra gnóstica. Aunque sería más holgado reducirlas a dos tonos: uno épico; el otro lírico. Entre las variadas sugestiones que complejizan el paisaje aymara, hay esta sugestiva oposición. No cabe duda que la "Mamata" representa un sentido diabólico, es decir bélico de la cultura indígena, y la prez ante la Virgen el sentido amable, pero también de conformismo ante su estado económico actual. Copacabana es un punto interesante para juzgarlo. O mejor, para ejemplarizarlo. En esta pequeña población se dan cita los aborígenes de todas las regiones del Perú-Sur, y de muchas regiones de Bolivia. Acuden en busca del lenitivo Virginal; pero, de una manera particular –y esto quede bien entendido– en busca de mercado para la pequeña industria que ejercen. Los rituales indios de Tiwanaqu, con sus aguayos de sorprendente matización, junto a los indios de los Yungas, vestidos ligeramente, de ágil y recia musculatura y de rostros infantiles,

a los que, cabelleras, sujetas atrás, dáles candor y feminidad, en pugna con los tóraxs macizos que parecen templetes. Pero, además, allí se ve a los indios de Jichu, los buenos *chimus* del Lago, especie lingüística del uru o del chayanta, más, seguramente, costaneros importados por el mitimae inkásico, vestidos de jerga azul-negro, severamente trajeados y perpetuamente chicaneros, mercan su *chullu* y salen ganando siempre. No faltan el indio del Cusco, o el semi-indio de Candarave. Cada uno porta su vestido típico y el rictus propio de su épica, así como cada uno es conductor de una danza, de una tonada en honor de la "Mamita".

Los indios altos y civiles de los vallecitos de Candarave, cuyas mujeres visten largas polleras pesadas, tañen flautas de voz ligera que en la masa coral se transforman en dulces y lacrimosos salterios. Los indios rudos del Altipampa, fulgurantes de gasas y oropeles, al son monótono de sus *kena-kenas* y del bombo, crepitan, mientras el kusillo hace marras entre el bullerío. Los adustos y armiepopéyicos sicuris, en quienes el disfraz colonial sólo contribuye a enriquecer más la calidad tónica, son lo heroico y arma de orgullo étnico en el cielo y viento.... Todos concurren o se concitan. El imán, el atractivo es "ella", la linda cholita que animó el espíritu creador de un artista vernáculo quien, en vez de darnos un recio tallado directo, imagen de Wirakocha o del Jampato, deidad serrana, penate de las lluvias, quiso decirnos en su lenguaje consentido, que el espíritu de los grupos sociales es siempre el mismo y que la producción rige, como una ley, la formación de las

ideas, siéndonos necesario acudir a Wirakocha o a la Virgen cuando los medios escasean y se hace hambrura en la tierra.... Aquí se ve en forma nítida el sentido de divinidad opuesto a la voluntad de poder, ambos polarización del anhelo mágico de suprimir los obstáculos del fenómeno vital. Y expresado en lenguaje económico, en Copacabana es posible confutar estos dos elementos primarios de la beligerancia agraria del altiplano: La riqueza del gamonal convertida en el fomento del "culto" y la pobreza del indio, del bracero, anestesiada por su brillo y esplendor ficticio. Aquella que hace radicar su eficacia en el sentido oculto de la física del destino; ésta que encomienda a la acción directa la solución de sus conflictos....

Entonces una simple consecuencia lógica tiene que evidenciarnos que la "mamita" y la "mamata" están destinadas a desaparecer de la mitografía

campesina del altiplano, para ceder el puesto a otra concepción más mecanicista, más real, práctica y estratégica de la vida. Esta última actitud está representada por la generación de niños indígenas que ya no busca el esparcimiento en la tropa de bailes, sino en el batallón guerrero; ya no su holgorio en la "misa" de la Virgen sino en el libro, el volante, la proclama, sobre todo si conducen ellos el grano eficaz para esclarecer un sentido de clase. En Ilave –región igualmente kollavina– la "entrada" de la fiesta de San Miguel, es, particularmente, bélica. Doscientos *sunichus,* caballejos de estatura liliputiense, fogosos y atrevidos, hacen su incursión por la Plaza Principal, en un tronar continuo de relinchos mientras los sicuris, a paso desafiador, terriblemente impetuoso, entonan marchas de ataque, y cada uno se eleva a categoría de caudillo.... Sí, es verdad; cuando tales aspavientos trae el clima, es porque el valor de la vida se ha transferido, y el indio poco tiene ya que hacer con la "mamita", de Copacabana, la "mamata" de Pomata, o el San Miguel, padrillo recio de la temporada cuando le espera el deber de tornarse responsable.... ¡Hoy es un irresponsable!

El aymara, así, se revela conquistador y realista.

UBICACIÓN DEL PALLASIRI

Ha cursado buena parte de la pampa la kullakita de cachete primaveral conduciendo, en urna de madera tosca, llena de colgandijos y de atributos de sementara, la imagen de un niño- Dios, como ella de cachete de durazno. Es típico el anuncio. Una sonaja de campanillas desde lejos, desde la quebrada o desde la huidiza distancia de la pampa con timidez pastoril se aproxima a las viviendas de la indiada, y suele llegar a las callejas del pueblo mendigando de puerta en puerta, un centavillo, un pan de Santiago para el dios pequeñín recién nacido. Todos se esfuerzan por contribuir a la hacienda de la wawa. Todos. Hasta los escépticos de la aldea no pueden rehuir el limosaco de esta criatura de quince años con pureza de taruqa en los ojos y magnanimidad de mamala en los senos nuevos. Hasta los escépticos se allegan a besar la mejilla del pobre niño, y dejan caer el centavo o la patata de la primera cosecha, la acho-choke, en muestra de gratitud por la promesa de buen año… Así avanza la pareja encantadora. Así, bajo el cielo cargado de nubes, van la imilla y el dios agrario, por todos los caminos pedestres, de paskana en paskana, de chujlla en chujlla…

No hay manera de pedirle al jakenaka que no lo espere todo de la nube. La nube,

la kenaya, es el medio inmediato de la producción. Cuando la nube no rocía con método se pudre la simiente o no llega a fructificar. El jakenaka es un individuo pre-prometeico. No conoce del fuego sino la lumbre de su fogón primitivo. Le falta la chispa del relámpago aprisionada a su voluntad. Pero si el relámpago cae sobre la casa lo ha de estimar como la señal de la maldición divina, hasta que sus campos se electrifiquen, que el tractor comercial e impulsivo transforme su concepción del mundo. He ahí porqué en el panorama de los ayllus el Niño dios o el sapo sean los signos de la bondad providente de la atmósfera. A ellos acude para bonificar sus ajíes, sus gavillas. Sólo ellos conducen la abundancia porque sólo ellos alcanzan vencer, a fuerza de ternura filial, el corazón impiadoso de la divinidad suprema, se personifique ésta en el ícono o en el animal del lodo. Junto a esta perspectiva mágica hay la atingencia de su economía, o mejor, la economía engendra la atingencia diabólica. Cubrirá de sal el suelo donde cayó el relámpago, porque la electricidad es uno de aquellos enemigos misteriosos cuya enemistad le hace temblar. Pondrá en el lomo de la techumbre un hato de bellísima superchería o la cruz del Cristo, imagen en que renueva el mito solar, seguro de que así contiene, o canaliza, el efecto mortífero de la descarga eléctrica. Este pararrayos cumple su misión raras veces; pero sabe dar esperanza a los habitantes hasta permitirle el disfrute de la vida.

Como este niño milagrero y la imilla es toda la tierra de los ayllus. Se viste de florales atributos, pero lleva latente la presencia del misterioso don meteorológico. Toda se ha sembrado de papeles y de jiuras. Toda ella a chijchipa, olor sensual y picante, y toda ella silba como el llutu o canta como el chiwanqu. Nada permanece inmóvil. El viento lo agita todo. La nube adopta las más curiosas actitudes. No hay hombre capaz de imitar la gracia de la nube. No hay político, por funambulesco que él sea, capaz de politizar estas mil actitudes con que la nube engaña su propia y viva forma de dios indígena. El uchu-kaspa diligente; el ttisqo, forzudo, son otros aspecto de la primavera en las tierras colectivas. Son ágiles y simples, útiles y proletarios. Ellos están metidos en los recovecos y en los surcos detrás de cada tojra hay un superesfuerzo creador. Es seguro que uchuqaspa, rijoso y ventrudo, es un jañacho; el ttisqo, un Mefistófeles del polvo. Sus antenas tienen la insolencia española de los mostachos de Lucifer. Y ambos, un apremio por hacer su vida como ellos la entienden. Ni la imilla, ni el Niño dios, ni el uchukaspa, ni el ttisqo, han salido aún del matriarcado. Acuden a la tierra como a la madre. Es, en verdad, la madre. Pero es la madre adámica, la madre mázdica, la mama-ojllo, la más próxima vertiente de la producción, el inmediato aspecto de la economía. Y así todo tiene el paisaje de las tierras primitivas un sabor ________________________

En *El Diario*. La Paz, sábado 5 de marzo de 1932. [Firma: Gamaliel Churata]

70

primaveral de leche materna. Hay que saltar un poco para descubrir relaciones sociales que acusen la evolución de los grupos del ayllu. Si no hacemos un esfuerzo por ligar su apariencia unigénita, presto nos insume dentro de su reinado panteísta y nos hacemos pre-prometeicos, sibilinos, órficos…

Afortunadamente la actividad de la cosecha, pone frente a frente a dos individuos que personifican el estado de la economía en los ayllus. Estos dos personajes son el pallasiri y el kamili. Estéticamente fijan dos aspectos del cosmos. Ludovico afirma que la fenomenología es, en proporción muy grande, un devenir estético. El arte del pallasiri no es un arte juvenil, expresivo, dionisiaco; es arte lamentable, y este carácter se traduce en la sobriedad del vestido y en la quejumbre de sus borracheras. En cambio el kamili es pintoresco y sus libaciones adquieren el tono insolente de una rebelión. Uno encarna la sumisión de la gleba aleatoria y eficaz; el otro la petulancia aterradora de la lluvia. El kamili es el pequeño propietario; el pallasiri el terrígena desheredado. Su procedencia, a mi juicio, netamente colonial. La concentración de los ayllus en Corregimientos dio origen a la hacienda pero no hasta liquidar la parcelación del ayllu. Entonces, los indios despojados de la tierra laborable, sometidos a regímenes despóticos, se convirtieron en los miserables del ayllu libre, al cual acudieron en busca de la antigua providencia del Inka, en busca de la colectivización del trabajo a que estaban habituados.

El ayllu no los ha rehusado. Los prohija. Y los prohija conservándoles provisionalmente su condición de menesterosos, de pallasiris, hasta tanto que la organización patriarcal, funcio - nalmente, los reabsorbe.

Al ser prohijados, se comprende que son sometidos a un régimen de servidumbre. Es un lugar común que el indio de ayllu no los posee. Y nada más inexacto. El pallasiri es el sirviente del kamili. Verdad, igualmente, que sus relaciones son eminentemente igualitarias. Con el pallasiri no hay diferencia alguna dentro del hogar indígena. Todos duermen en habitaciones análogas; todos comen en la misma cocina y en las mismas chuwas; la única diferencia está en que el pallasiri no posee tierras y el kamili es propietario. En cuanto a la tensión del trabajo, nada hacer ver la diferencia del uno al otro. El llamayuri,

trabajo colectivo de la cosecha en forma cooperativa, se realiza prestándose mutua ayuda, sin más compromiso por parte del propietario que el estipendio, si así puede llamarse, de diez centavos diarios y la merienda consistente en una watia de papas y de chako, especie de arcilla finísima. En este ejercicio nada hay que haga ver el límite social que separe al pallasiri de los propietarios. Todos realizan la faena alegremente. Es un verdadero campo de buen humor y de interés fraternal. Tampoco nadie puede evadirse del salario. Los kamilis lo perciben de idéntica manera, pues lo contrario sería romper una tradición que ellos consideran respetable. Sólo cuando se ha dado fin a las labores y atardece aparece el pallasiri en su condición de desheredado. Puede ser de los hombres o mujeres que trabajaron en la cosecha, pueden ser venidos de distintos lugares; lo cierto es que los pallasiris invaden los campos desterronados y arañan la tierra en busca de los frutos que olvidó el propietario o echó a un lado por su mala calidad. Nadie discute este derecho en el ayllu. En algunas haciendas se la ha proscrito. En algunas haciendas no se permite la presencia del pallasiri. Y esto es natural. El pallasiri es el enemigo jurado del latifundio, pues su miseria no es fruto sino de su poderío como él constituye su inmediata contradicción.

No es precisamente el valor etnológico de estas costumbres lo que imprime importancia al paisaje. Es la fuerza económica que agita en su seno. El dualismo, la oposición y simple nomenclatura del fenómeno confieren claridad al estudio social del ayllu. La niña que porta la imagen del dios infantil; la rana arrebatada a su charca y obligada a “llorar”, medio de ganarse la “piedad” del dios agrario que niega la lluvia; el layqakuy, arteria de acepción fisiológica colectiva. Todos estos signos del primitivismo psicológico del indio, se oponen a la existencia del pallasiri, fruto de un periodo de desarrollo que no corresponde al patriarcalismo animista de su cosmos. Pero, desgraciadamente, si así se puede hablar en un terreno materialista, el ayllu no engendra

contradicciones y la superpoblación que lo arrastraría a la metamorfosis económica no se realiza por su propio sistema, por su propia índole de organización embrionaria. Así, el kamili es un pequeño propietario sin horizonte, sin dinamicidad, sin porvenir, y pronto reabsorbe al pallasiri por el matrimonio o porque ha cobrado en la ciudad un miserable ahorro que le deja adquirir la parcela que lo transformará inevitablemente.

Sin que sea este un prurito de economizar la literatura o de literaturizar la

economía, hay la urgencia de conferir contenido económico a la estética del ayllu. Cuando se domina la perspectiva de los campos y es el otoño, en la nébula de polvo orificado que levanta el vientecillo crepuscular, se destaca la masa de proletarios campestres encorvada sobre los terrenos chacareados en rebusca del fruto que abandonó el kamili. Entonces se piensa que también el paisaje obedece a las leyes de la producción y que el paisaje social se refleja en el espectáculo de la naturaleza…

Mas no es esto lo que importa establecer. Lo que importa establecer es que el kamili frente al sistema de la propiedad terrateniente no es otra cosa que el pallasiri racionalizado en una miserable parcelación.

LA LITURGIA SOLAR

Cuanto el ayllu merezca supervalorización; lo que se ha de referir a un extraordinario

concepto, y se sale del ordinario sentido de las cosas, da origen a una liturgia del **pako**, esto es, del sacerdote solar. Los bailes de la “Altipampa” son todos litúrgicos, modos externos de verificar el

mito; obedecen a la necesidad de traducir el carácter religioso de la vida. Pero, como la religión no es sino una de las relaciones entre producción y causa, los bailes del ayllu son, pues, estilizaciones mímicas del trabajo.

Nuestra expresión coreográfica campesina es cada vez más viva y más urbana, pero igualmente, cada vez de un menor contenido económico. Es decir revela cada vez menor preocupación por expresar, estilizándolos, los fenómenos de la simiente. Se estetizan, ingresan al cauce del arte cholo, se hospedan en las ciudades, quieren ser un alarde, en sí, ya no les interesa surgir animando los aspectos del mundo indígena, al desubicarse pierden su sentido terrígeno, pero tampoco echan raíz honda en la economía semicomercial del mestizo. En el distrito de Ichu, durante el festival de San Pedro, patrón del ayllu, los challweros (pescadores del lago) preceden el anda con un baile en que conducen las balsas, provistas de todos sus instrumentos de boga y de pesca, y luego sartas de challwas, en señal de la providencia que el santo pescador sabe ofrecer a sus camaradas de oficio. Todavía en el distrito de Desaguadero, hay otro baile que es

una

estilización de la **chala** –comercio primitivo de intercambio–; en él bailan los challweros,

ofreciendo su producto, mientras los **sunichus** de Santa Rosa aceptan el intercambio con los productos de cordillera que están dispuestos a entregar. En esa forma, se observa un completo

movimiento de la economía indígena expresada en el arte. No ocurre otro tanto con el arte cholo. El arte cholo no tiene base endógena. Gravita merced a la influencia racial; pero la economía para nada le estimula en la creación intelectiva. Y es que el cholo, tipo social, forma indiscutiblemente en la minoría de la población del Perú, mientras el indio constituye la masa. Es, propiamente, el pueblo, entidad creadora y representativa. El arte de las minorías es un arte de alquimia, dosificado y elaborado de conformidad con factores aleatorios, mientras el arte de multitudes resulta de un fenómeno de la calidad biológica de la primavera.

En el **waiñu** se traduce la expresión agraria del ayllu, expresión pastoril y eglógica. Toda danza, por complicada que ella sea, y por diferencia de edad histórica, descubre ritmo del baile

patricio. Raro es aquél que envuelva una diversidad de sus motivos.

Hay bailes –**los chokelas**– que representan directa e inmediatamente el episodio pecuario;

otros el totémico –**charabaratus**–; otros, el agrario –**cinta-kana**–. Entre ellos hay absoluta diversidad de ideología; mas no suponen diversidades sustantivas en cuanto a su tipo estético. El

baile totémico denuncia a la behetría en cuanto significa un estado de evolución patriarcal de la gens. Los chokelas se refieren directamente al hecho técnico de la ganadería, como el cinta-kana, al agrario. Los tres corresponden a una edad animista cuya significación en el interés colectivo es inapelable, tanto como manifestación de la ideología tribal, ligada al fenómeno de la producción, como al hecho en sí del mito que engendran. Singularmente el baile totémico, y todo el movimiento racional que supone, vive dentro de la zoografía del indio con el

valor extraordinario

del patronímico –**Mamani**: águila, **Paka**: halcón, **Condori**: kuntur– y procede de región económicamente referible al animal, la planta, etc., de la naturaleza que ha estimulado el

establecimiento del grupo: **Panti**, flor; **Kespi**, cristal; **Nina**, fuego. En manera alguna podría encontrarse otra traducción al animismo de los kollas, como tampoco puede evadirse la necesidad

de estudiar en su mito el desarrollo de su economía. Obedece igualmente a este sentido el baile denominado "el danzante" que, proscrito radicalmente de la ciudad, se conserva en mínima pro –

————————————

En *La Revista Semanal*. Año VI, núm. 235. Lima, jueves 31 de marzo de 1932. [Firma: Gamaliel Churata]

porción en los ayllus. Me referí en otro lugar a la "**mamata**". Ningún baile mejor que éste

evidencia el carácter de nuestra coreografía. La mamata es el **ánimo**, el espíritu de la patata **,** manifestado en un ser extraordinario que durante limitado tiempo se convierte en el albergue de la

tremenda capacidad maternal del surco. El **danzante**, en cambio es el mimo del jañachu, del genitor, del animal potente, del padre. Para esta danza se busca al hombre entero, quiero decir, al

hombre rudamente masculino; se le viste de una armadura de hierro semejante a la de los caballeros medioevales, provista, sin embargo, de una multitud de cascabeles que van produciendo un ruido característico, a medida que el danzante avanza por las callejas seguido de sus músicos y una cohorte de mujeres y niños que lo admiran. El danzante puede exigir en virtud de su permanente actividad sexual, durante los ocho días de su ministerio, una doncella por día para el lecho. Hace su aparición el danzante con la primavera, lo

mismo que la mamata, y se van cuando se observan los signos de la buena cosecha.

Esta oposición sexual es de suma importancia. Parece que en el laberinto, en la fragmentación de ritos, de ceremonias del animismo pudiese descubrirse de pronto el nexo racional de una religión basada en los fenómenos genéticos. La “mamata” –varona– es la tierra; el “danzante” –varón–, el sol; ambos se completan en la función de producir la vida de la naturaleza, y dentro de ella subvenir a las necesidades del grupo.

Pues bien, el **danzante**, la **mamata**, los **chokelas**, el **cinta-kana**, etc., todos estos bailes son

coreográficamente desarrollos del waiñu. Y es que el **waiñu**, la danza dionisíaca del **ayllu**, implica su primera manifestación de conciencia estética. El matrimonio, la natalidad o la muerte,

cualquiera de estos capitales estados de la vida encuentran para el indio en el waiñu expresión

cabal. Observamos el **cinta-kana** (composición filológica de origen colonial que equivale a juego de colores) y el sicuri, o sea tocadores de zampoña.

El **Cinta-khana** es el baile agrario por excelencia. Es la fiesta que celebran los chacareros cuando el equinoccio de verano indica que las simientes entrarán en el periodo del fruto. Si pasado

el Carnaval no ha granizado mortíferamente, no ha helado, se considerará tales signos como manifestaciones de un buen año. Los terrígenas **wanean** entonces sus sembríos, lo que consiste en quemar, a fuego lento, montones de estiércol de vaca, algo húmedo, de manera que el humo

abundante se esparza sobre la parcela, al mismo tiempo que pandillas de jóvenes, adornados los sombreros con las flores de la reciente primavera, seguidos del **pinkullo** y la **caja**, van echando **willitika** en dirección de los sembrados, con el ánimo resuelto a festejar a la tierra, y honrarla, por la lealtad con que produce… Este festival se estiliza en el **cinta-khana**. Lo que en los campos es

una espontánea manifestación estética, y tanto podría decirse religiosa como

económica, en la danza, ya estructurada, tiene un carácter plástico. Es la danza solar. Pero, todas las danzas de esta época pertenecen a una liturgia heliolátrica, como la economía que, integralmente, es una economía solar. La economía solar unimisma con la organización tribal y subsiste hasta que el predominio de la técnica liquida el influjo diabólico de la naturaleza. Acá los danzantes son, al

mismo tiempo, los músicos. Tañen **curis**, cañas gruesas y largas que producen voces monótonas. Van vestidos de pollerines de gasa y una especie de esclavinas de brocato **proletarius**, grandes sombreros de **panza-de-burro**. Las mujeres que los siguen visten aguayos de colores vivísimos y negras y abultadas polleras. Mientras los músicos tañen las **qena-qenas**, ellas cantan dulcemente,

tímidamente, en homenaje a la divinidad del fruto. Después de recorrer en hileras, a pasos rítmicos, forman un ruedo, que es donde se realiza la acción dramática del mito solar. Alrededor de un palo elevado, del que prenden innumerables cintillas de colores, se disponen hombres y mujeres, portando ellos al extremo de cada una de las cintas, seguidos de las mujeres que no abandonan el sonsonete de sus cantos musitados, cierto es que con voz de temblorosa feminidad. En esas condiciones se inician danza y música. Los hombres no hacen sino dar vueltas alrededor del palo mencionado, tañen sus instrumentos, pero las mujeres, al tiempo que cantan, van

desenvolviendo actitudes que son, repito, explicaciones del **waiñu**. Cada bailarín lleva sobre la 74

esclavina, en la espalda, un espejillo y en el vértice del palo, se ve también un espejo. Evidentemente, este baile de la cinta-kana es un baile solar. Representa la descomposición de la luz en el arco iris, signo a su vez de una lluvia cumplida. Todo el proceso de generación solar está expuesto con admirable síntesis; es una versión genital-fálica de los poderes creadores del astro.

El **sicuri** es un baile que implica igualmente una manifestación de liturgia heliolátrica. Los sicuris se han transformado en cuanto al vestuario y los motivos musicales a medida que ha

evolucionado nuestro complejo social. Durante la Colonia se les denominó “morenos” –mestizos y cuarterones–, y la República no ha sustituido ese nombre por otro. En cambio se le ha insuflado de una significación sorpresiva. Podemos afirmar que el sicuri es aquél de los bailes indígenas que adquiere un valor

polémico, una intención política, en relación al fenómeno de in terdependencia de Inkanato y Colonia. Originariamente, el sicuri era un baile mímico destinado a las grandes hecatombes litúrgicas. Además de los tocadores de zampoñas, lo componían danzarines que

representaban a los **achachilas**, esto es, a los patriarcas, a los conductores arcaicos del clan, tanto como a las fuerzas mágicas de la naturaleza. La Colonia reemplazó el sencillo vestido, ligero y

estético del chacarero que usaba el sicuri, por el ridículo alarde de los entorchados, y las levitas plenas de lentejuelas y piedras falsas, así como colocó en lugar de la máscara indígena, la máscara del conquistador nublano, traducida en líneas elegantes, pero seriamente ridiculizada. Hoy el sicuri pierde su valor, inclusive dentro de este aspecto contencioso, pues la economía de la República sin energías para crear una actividad intensiva de la producción, está a expensas de la política financiera, y, por ello, las manifestaciones populares tienden a descaracterizarse sin ningún beneficio expresivo. Sin embargo, es curioso observar que la edad prestataria origina una poderosa influencia yanquilandesa en este baile. Procedente del distrito de Ilave concurrió a la feria del 9 de diciembre de 1931 de Juli, una comparsa de sicuris, toda ella vestida de cow-boy, reemplazando al achachila y al diablo por pieles rojas. El diablo, con criterio católico, procede de la Colonia. Pero en la Colonia no tendría ningún sentido económico. A lo más implicaría la intromisión del auto de

fe en la mimografía aborigen. Con criterio materialista se observa que el **diablo** no es sino la representación de fuerzas vitales, como el calor o el fuego. En el caso particular las investigaciones

revelan que el diablo representa la furia generatriz de la gleba. La crítica no ha intentado todavía descubrir ese mundo simbólico. Lo que él valoriza en nuestro arte coreográfico tampoco ha sido materia de una estilización subsecuente. Mas, se hace imperioso anotar que la fuerza plástica de su danza es algo de lo más potente y articulado que podamos ofrecer como creación artística. Es decir, en la danza del diablo se agita la posibilidad de expresar el mensaje de una América india, virginal y promisoria.

El baile de los **awatiris**, el **chujchu**, los **chunchus**, etc., todos manifiestan, todos revelan los términos de nuestro kosmos. El mundo estético y el mundo dinámico; los aspectos económicos y

religiosos, en fin, la global concepción de la vida, están descritos en ellos, a base del **waiñu**. El

Chujchu parece de origen colonial, y acaso sea una adaptación de esa época; se refiere a la terciana, enfermedad que espanta al habitante de las alturas. Es un mimo perfecto en que se relata

el curso de la enfermedad y se aplica los remedios. Inclusive se ha estilizado al bacilo. El **awatiris**

es el baile de los pastores, y generalmente sus disfraces adoptan las figuras de animales de rapiña, como el kuntur, el puma, el zorro. Obsérvase que el ganado bovino ha sido incorporado por la Colonia a la economía del ayllu. No se le puede descubrir en ningún baile de los que podría

llamárseles tradicionales; pero hay uno: el **waka-waka**, donde aparece con todas las parti - cularidades mitográficas de la obra aborigen. Un bailarín se disfraza de vaca; otro de escribano,

kelkere; otro de militar, de licenciado, etc., representando así el acto de compra-venta del bovino. Como todas las versiones que el indio da de su concepto sobre organización burguesa, en este

baile, eminentemente humorístico, se destaca el afán de ridiculizar a tales personajes.

La Colonia se venga en lo **kallawayos**, baile de metamorfosis española perteneciente a la edad jesuítica. Las sombrillas que usan los bailarines, a todas vistas, son de una edad cuatro veces

centenaria. Son verdes, azules, de seda y de algodón, con lujosos flecos, etc. Esta es una caricatura

del médico aymara, el **kolliri**; pero es caricatura que habla elocuentemente del comercio prestidigitador de la Conquista. Indudablemente el kallawaya era un baile lleno de dignidad y

gravedad. Portaban los curanderos sus vastas alforjas, sus ponchos polícromos y de riquísima factura, sus **lluchus**, verdaderas maravillas de decoración y destreza técnica, sus báculos de **llokhe** , etc., todos los signos de su autoridad mágica; y, luego, sus **istallas** finísimas, en las cuales sembraban las hojitas de **quqa**, cuando, al intervenir sobre un mal, necesitan consultar el secreto de

las causas. Hoy el curandero ha sido ridiculizado hasta la grosería. Le quitaron el poncho, mas le pusieron en su lugar un chaleco de guardarropía, le cruzaron de cintas el pecho, conservándole el lluchu, le tocaron un sombrero espantable; montaron su nariz con gafas temerarias y en todo – el cuello planchado inverosímil– le devolvieron convertido en un alpiste de aserrín. ¡Hay que ver los rostros broncíneos de una dureza metálica surgiendo de tan extraordinario espectáculo suntuario! Se venga la Colonia, pero el indio ya se ha burlado donosamente de ella; en cambio el mercader hispano ha podido colocar fuertes cantidades de gafas y paraguas en todo el territorio del país… y esta es, al fin, la victoria y el objeto.

Desde la ingenua preocupación animista que le hace respetar, supersticioso, los detalles menos significativos de la naturaleza, hasta las elevadas preocupaciones de su economía, el indio aymara, ejemplar de un grupo primitivo destinado a desarrollarse en un clima extraño a su grado de evolución no ha tenido otro conexo al referir su pathos vital que el episodio de la labor cotidiana. He ahí por qué en sus danzas encontramos las expresiones totalizadoras de su concepción del mundo y de sus medios de producción.

UNO DE LOS MÁS ALTOS VALORES DEL ANDINISMO :

GAMALIEL CHURATA ESTÁ EN LA PAZ

Por Carlos Medinaceli

Gamaliel Churata, a quien conocimos en Potosí y con el cual convivimos en fraternal camaradería, participando de análogas inquietudes intelectuales, tanto que fue debido a su impulso que los entonces muchachos potosinos fundamos “Gesta Bárbara”, en 1918, como ha informado ya Walter Dalence en “La República”, se encuentra nuevamente en Bolivia, a la cual le unen no

simplemente los vínculos de la amistad y la simpatía, sino algo más profundo aún y es que el autor de “Tojjras” es un completo serrano. La emoción andina del paisaje y la visión de sus problemas, le consubstancian con todas las tierras del Ande. Él lo siente suyo porque es, en sangre y espíritu, un auténtico andino.

La presencia de Churata entre nosotros ha de ser grata no sólo para los que somos sus amigos, sino para cuantos conocen su labor, ya continentalmente difundida. Se trata del mejor animador humanístico y artístico del Perú porvenirista. Sin asomo de hipérbole cabe decir que por derecho de mayorazgo, es el inmediato sucesor de José Carlos Mariátegui. Churata nos trae la jugosidad eglógica de su talento vernáculo y el ímpetu apostolar de su indigenismo militante. A más de que posee la más completa y novedosa información sobre las escuelas vanguardistas de América y las actividades sociales. Tanto él, como su hermano Alejandro, directores del “Boletín Titikaka”, en Puno, están vinculados con lo más avanzado de la intelectualidad mundial. Al “Boletín” llegaban publicaciones así de Alemania como de Francia, del Egipto como de México. Para quienes ignoren aun la significación de Churata será suficiente recordar que Henry

Barbusse dijo al Dr. José Antonio Encinas, actual rector de la Universidad de San Marcos: “El porvenir de América Latina está en manos de la generación a que pertenece Churata” y George Filement, crítico literario de la “Nouvelle Revue Francaise” afirmó, al ocuparse del Arte Andino, que los dos valores más distinguidos de esa tendencia eran Mariátegui y Churata, agregando de éste último que es “Un espíritu místico de pensamiento profundo, el animador del teatro indígena y de ese notable movimiento literario y social”. Varios de sus poemas se han traducido al alemán publicándose en la revista berlinesa “Der Sturm”, y al francés en “Monde”. El “Syndicat des litterateurs democrates de France”, cuyo secretario general es Eduardo Herriot, le confirió carta de Miembro Honorario, correspondiente al número 15 de éstos.

Creemos que será de interés para los lectores de ULTIMA HORA algo de lo mucho que hemos conversado con este hombre cuya personalidad está cobrando caracteres tan propios y vigorosos y ha llegado a compenetrarse tan hondamente con sus ideales sociales y terruños, que en su misma fisonomía ha sufrido una transformación, pues del byronesco gentilhombre que conocimos en Potosí, ahora se nos ha presentado con un tan marcado aspecto moscovita que dá la ilusión de un llanote y corajudo amigo y paisano de Lenin y, en su identificación literaria, abandonando su antiguo pseudónimo español de Juan Cajal, ahora no

quiere ser nada más ni nada menos que esencialmente GAMALIEL CHURATA, feliz aparejamiento de dos nombres en los cuales no es difícil descubrir el simbolismo del evangelio indigenista que se patentiza en su misión y en su verbo.

Con referencia a éste y otros asuntos nos dice:

–Vea Ud., querido Carlos, mi proceso nominativo ha corrido parejo con el proceso de mi identificación espiritual. Es cosa averiguada que los suramericanos procedemos de entronques indígenas, y tanto nuestro espíritu, como nuestros nombres, vivieron para el momento histórico de nuestra evolución como pueblos. ______________________

En *Última Hora*. La Paz, sábado 4 de junio de 1932.

Cuando yo me llamaba Juan Cajal –y su recuerdo me ruboriza por el excesivo sabor hispánico que tiene– era ya un emotivo de la causa de los indios, pero estéticamente pertenecía al modernismo snobista que ha sido nuestro alimento primigenio. Gamaliel Churata corresponde a la mayoría de edad en que los valores subsidiarios del espíritu son reemplazados por la necesidad orgánica de la generación. Es así que mi nombre

definitivo plasma la naturaleza de mi ideología. Además, como alguna vez le he manifestado, con los nombres pasa lo mismo que con las camisas, que es preciso someterlas a reemplazos periódicos para evitar malacrianzas de los parásitos. Esto no quiere decir que pronto le sorprenda a Ud. Con un nuevo apellido, porque ya pasé la edad en que para el hombre la camisa de última moda es la mayor devoción de culto y su liturgia. Varios escritores han reconocido que mi pseudónimo literario obedece a una radical identificación con los problemas sociales y estéticos del Ande.

– ¿Y, dejando de lado la cuestión de las camisas, dígame usted, Gamaliel, a qué tenemos la alegría de tenerlo a nuestro lado?

– El régimen que impera en el Perú, no se paga solamente con ejercitar acción policiaria sobre las

materias propias de la política en curso, sino que alcanza a espulgar el dominio sutil de las ideas. He permanecido 38 días preso e incomunicado en la Prefectura de Puno, durante los cuales se ha hecho una verdadera requisa sobre la acción de mis actividades en el país, y tanto el carácter social de ellas, como el estético, han merecido el honor del Index. Como usted sabe, pertenezco a la clase trabajadora y, me ha sido posible influir en los sectores proletarios tanto como en los meramente estéticos, siempre obedeciendo a los postulados de mi clase. He ofrecido conferencias que estuvieron encaminadas a realizar la unidad entre el principio intelectual y la reivindicación obrero-campesina del Perú. Por lo demás, dejaremos para otra oportunidad el ocuparnos de la cuestión política. Cuestión altamente instructiva, pues el país de los Inkas es uno de los pueblos del continente que vive hoy una de sus más duras experiencias, y usted sabe ya que las experiencias políticas de los pueblos cuestan sangre a las masas trabajadoras. He aquí la causa de mi presencia entre ustedes.

– Según recuerdo, usted, desde los tiempos líricos de “Gesta Bárbara” exhibía ya un sentido político y social.

– Eso es verdad. Soy lo que puede decirse un socialista de nacimiento. Confieso a Marx; mas no en la escuela de Plejanov. Nuestros tiempos de “Gesta Bárbara”, fueron para la generación a que ambos pertenecemos la etapa necesaria de incubamiento. Potosí, por la naturaleza de los muchachos de nuestro grupo y por su contenido económico influyó seguramente en el desarrollo de mi personalidad. Sé decirle que la generación potosina de 1918 es a Bolivia lo que la generación de muchachos de Puno del mismo año es al Perú, en cuanto significan ambas la visión definitoria del concepto social y creador de los hombres destinados a cumplir un deber que trasciende de la simple literatura a las realizaciones de la vida. Esta es la razón por qué al tornar a Bolivia tuve la certeza de que retornaba al hogar de la primera juventud, abandonado cumpliendo el itinerario de la aventura juvenil. Me conviene insistir en que mis palabras no obedecen a un deseo de halagar a

Bolivia, porque del elogio en estas condiciones hay muy poca distancia a la adulación, como de ésta a la cobardía. Desde luego, debo a Uds., los camaradas de Potosí, mi simpatía hacia Bolivia, lejos, tome nota, de todo chauvinismo continental o nacionalista.

– Sin embargo, en mi concepto, Churata, yo creo que en Potosí, los de la generación de “Gesta”, hemos quedado muy retrasados en relación al formidable

avance literario de postguerra. La tendencia con que iniciamos y sostuvimos “Gesta”, fue de un modernismo esteticista. Es justo decir, y aún lamentar, que la mayoría de nuestros camaradas se han estancado en aquella tendencia, manteniéndose como literatos puros, sin mayor preocupación por los álgidos problemas sociales y económicos que bullen en el contorno y, aún dentro de lo literario, ignoran, o les han

desconcertado las escuelas de izquierda. En cambio, en el Perú, sobre todo en Puno, se han colocado ustedes, así en lo estético como en lo social, en la línea de más avanzada y revolucionaria vanguardia. ¿Qué piensa Ud. sobre esto?

– Yo creo que está Ud. en lo cierto: pero el estetismo de “Gesta” obedecía al siglo decadentista, y, entonces, el aristocratismo con que Ud. enjuicia a nuestra generación potosina respondía a una necesidad higiénica con relación al estrecho clasicismo que entonces se vivía; y las causas que han originado el estancamiento a que se refiere Ud., no responden a un sentido de generación, sino a razones adjetivas, sobre todo de distancia. En Potosí, según recuerdo, la emoción proletaria del Cerro nos llegaba en forma de un rumo r sordo, fácilmente apagado por las ricas cotizaciones del metal que determinaban una situación de holgura casi común. No ocurre lo mismo en Puno. Esta es una ciudad circuida por ayllus que contienen una densísima población de indios que viven en la miseria patriarcal del medio-evo, sufriendo las extorsiones continuas del estado y de los latifundistas. De esta manera, nosotros, hombres nuevos, casi todos pertenecientes a la clase proletaria, teníamos que recoger el mensaje económico del Altiplano. Vea Ud. este detalle: cuando Mariátegui habló de una revista para divulgar los tópicos de la post-guerra, no anunció “Amauta”, sino una revista que,

según creo, debió llamarse “Claridad” o cosa así. El primer número de “Amauta” es posterior al libro ANDE de Alejandro, libro en el cual se articula ya la expresión estética de la economía puneña, aunque sus alimentos estén aun inficionados del vanguardismo europeo, o aparezcan así, mas esto no como un reflejo de aquellas escuelas, sino como reacción de la simbología vernácula. Cuando este libro sea materia de un estudio detenido, se verá que en el autor de ANDE había nacido el creador de nuestra poesía, pues le aseguro a Ud. que Alejandro ignoraba el dadaísmo, el ultraísmo, el creacionismo y otras referencias que después se citaron como fuentes de su originalidad.

Subsecuentemente el carácter indigenista de nuestra ideografía se expande en el país –y viaja al extranjero–, aparecen innúmeras revistas con título y contenido vernáculo, y hasta los escritores buscan el hospedaje del patronímico indígena. Desde luego, intelectualmente, este fenómeno tiene antecedentes valiosos en la literatura arqueológica del Cuzco. Pero, si con referencia a Potosí, puede Ud. hacer la afirmación de su apoliticismo, en cambio, en La Paz, el fenómeno se produce, siendo de destacar los nombres de Oscar Cerruto, Vilela, Abraham Valdez, Eguino Zaballa, Canedo Reyes, Diez de Medina, Pérez Velasco y muchos

jóvenes universitarios que, claro, no todos representan un movimiento ideológico de estructura social, pero son signos de beligerancia literaria.

– ¿De suerte que el nombre de Gamaliel Churata es uno de los frutos de ese movimiento? – *No. Gamaliel Churata nació años ha, "a la candente arena", etc.*

– Volvamos al tema. Debo hacerle notar que la generación posterior a la de "Gesta" trata ahora de captar las modalidades vanguardistas en lo estético, pero su preocupación fundamental son los problemas obreros del momento e intelectuales como Arratia, Hugo Bohórques, Villapando, y Valle Gloza han comprobado su capacidad de lucha y la firmeza de sus principios soportando las consecuencias de ellos. Esa generación labora en "Rebeldías" y "El amigo del pueblo". Hay casos tan reveladores como el de Gastón Pacheco. Este ha declarado periódicamente que es el mayor latifundista de Potosí, pero que abraza la causa del proletariado porque se ha convencido de la justicia de ella.

– Esta última generación de potosinos será la que realice el deber social de Potosí. Pero ella, necesariamente procede de aquella época de inquietud estética a que dio origen "Gesta Bárbara". Me alegra extraordinariamente cuanto me refiere. El caso de Pacheco, si es resultado de un acto declarado en la madurez de la varonilidad, me ratifica en el concepto de que Potosí es uno de los primeros pueblos de Bolivia por la calidad de sus hombres. No olvidaré decirle que en Roberto Leitón, autor de "Aguafuertes", tiene la literatura

de Bolivia a uno de sus escritores más originales y de gran fuerza imaginativa. Es preciso declarar que Leitón cumpla la curva de su desarrollo.

– Pasemos a otro asunto: ¿Qué impresión le ha hecho La Paz en esta su segunda visita y qué sentido representativo le descubre?

– Mi primera visita a Bolivia está absolutamente dominada por el recuerdo de Potosí. Esta segunda indagación que realizo de su país me impresiona con el desarrollo de La Paz. Sea por excesiva juventud bohemia, no descubrí sus bellezas y su importancia; pero la distancia y el tiempo me han enseñado que esta ciudad importa algo más que una simple coincidencia. La Paz es una ciudad vigorosa, es la urbe andina, es la posibilidad mayor de civilización para nosotros que hemos enraizado en el sentido vital de Los Andes. Su paisaje tiene una rudeza cíclica, sus montañas producen vértigo si se las enfoca en horas cuando el sol descorre su aguayo sangriento. La ciudad, en tanto, está destinada a conquistarlas, a dominarlas, se entraña en sus riscos y finalmente les extrae el mensaje telúrico del Achachila. La América necesita de una representación urbana en que Ethos vibre y procree. Buenos Aires es cosmópolis, la ciudad unanimista, es la hornalla. Lima es

la ciudad virreinal abatida, desfigurada y dominada en el futuro por la revolución indígena. La Paz será la "marka", el "ayllu". A pesar de la densidad de su población y del tráfico constante, he observado que en muchas calles se hace momentos de completo silencio, como si la voz humana hubiese cegado en todos, porque todos tienen sobre sí la misteriosa capacidad mutal de Tiwanaku. Este es un signo. He aquí que en La Paz el hombre etnológico es rudo, introspectivo y se reconcentra como sus montañas. Creo que La Paz pertenece a aquellos pueblos varones en la edad de la sensatez creadora.

– Así hablaba Zarathustra, querido Gamaliel.

FUNCIÓN CIVIL DE LA CULTURA INCAICA

La experiencia Chucuito es la experiencia aymara del Titikaka. En varios aspectos, y sobre todo en cuanto mira al detalle de éstos, Chucuito ofrece un vasto campo de observación. Internándose a través del vulcánico paisaje de Chilliwa, donde la piedra adquiere fantásticas perspectivas, se llega al distrito de Santa Rosa, el cual, desde la objetividad de su política a su realidad funcional, se exhibe como el caso más revelador de la superficial influencia de la colonia con relación a un concepto de cultura y de civilización. La colonia que vino a

plantear el problema de reducir el campo a su dimensión civil, tiene, en cuanto a los resultados, muchos puntos que anotar en contra, pues no logró, sino en contados casos, y no precisamente en éste, imprimir el sello de la matriz de origen. Esas contadas veces acaso puedan ser Quito, Lima, Potosí… Mas, en ninguno de ellos el campo, que concentrado en la urbe, se vierte para una nueva concepción política del mundo. Son éstas con Buenos Aires, ciudades que surgen frente a la nueva ambientación de la vida, y que importa, por tanto, el hecho en sí mismo de una transvaluación: pero en ninguno el de generación radioactiva. Lima, fue la ciudad burocrática de los conquistadores a la zaga de Kosko que fue el bastión de los conquistados, y no llenó más función que la de servir al virreinato sin importarle el hecho fenoménico del continente. Potosí es el yacimiento, es el Ofir sustantivo en la realidad, pero es también el tóxico que embriaga la senilidad de la metrópoli y, por ello, si hereda ímpetu caballeresco y ambición localista no llega al plano de las realizaciones permanentes. Potosí se ofrece como la ruina que habla del despilfarro del señorito que ajeno al hecho mismo de su “audiencia” se trueca en manirroto y tarambana. Las grandes ciudades del occidente tuvieron una génesis diversa. Fue aquél un proceso que no ha caducado aún, por medio del cual la campaña se urbaniza hasta perder el maternal valor que le corresponde como agrupación genética. Por esto Kosko viene a importar la realidad social de todos los dominios del Imperio; y este es, casualmente, el sentido intransferible de su realidad vital. Ko sko imprime el sello de su grandeza energética hasta en el último rincón de los ayllus, influye sobre ellos y crea en las pampas el ritmo civil de la urbe. Los indios del Kosko, por esto no resultan aquellos aldeanos zafios y silvestres que serían si el campo marcara en su propia ideología. Son, al contrario, los súbditos de una gran ciudad desde la cual gobierna el Hijo del Sol; es decir participan en todo del valor culturizador de esta civilización… Esto es una ciudad. Ninguna de las ciudades de América puede ofrecer un ancestro semejante, ni una importancia biológica capaz de cederle en valor histórico. Tiene la capital de un pueblo la virtud de anudar en su propia síntesis todo el complejo de la región que gobierna. Allí se ve el sistema de su economía y el juego de sus ideas surgiendo armoniosamente como de la función normal y libre de un proceso fisiológico. Las ciudades de la Colonia son creaciones artificiales y adventicias y brotan bajo el influjo espectacular y jurídico de una cédula real. Y no. Las ciudades no se fundan; las ciudades proceden de un devenir de economía humana. He aquí la razón que aconseja meditar sobre proyección tan inquietante.

Yo no encuentro la antinomia entre ciudad y campo, antinomia que ha llegado a invadir todos los planos de la especulación. Considero que campo deviene de

ciudad y, como agudamente señaló Spengler, no es imprescindible que el hombre habite la ciudad para vivir en ciudadanía. Este hecho se observa en el imperio inkásico de una manera evidente. Que se sepa, el imperio se componía de cuatro regiones formadas de ayllus estructuradas en una entidad sinóptica: Kosko. Los inkas no tuvieron mayor interés por crear otras ciudades que rivalizaran con la capital; lo habrían conceptuado impolítico y temerario (Wayna Khapaj fue el monarca insensato que lo hizo), pues que el concepto de nación para ellos era también un concepto de cultura, un concepto de historia, un concepto de ciudad. Mas la ciudad no es sólo un hecho físico, es también una concep –

―――――――――――――――――

En *Última Hora*. La Paz, 20 de julio de 1932. [Firma: Gamaliel Churata]

ción abstracta. Hubo en el imperio RUNAS que murieron sin conocer el Kosko, y aquellos que lo visitaban por venerar al inka, regresaban a sus regiones llorando de emoción frente al espectáculo de la ciudad sagrada: KOSKO, SUMAJ-LLAJTA. Funcionando como un resorte activo el espíritu del inkaísmo era koskeñismo, y bastaba vivir bajo el patrocinio de su solemnidad egregia para que el civilismo de la capital rigiera la generación de la ideología. En análogas circunstancias hay en la actualidad hombres de Buenos Aires o de New York que mueren sin conocer el campo, la naturaleza en su animación demoníaca, y sin embargo el campo está actuando dentro de ellos. Podría, por tanto, en este plano ¿establecerse disidencia entre capital y ciudad? La ciudad en todo caso es capital, implícitamente, y centraliza un complejo económico-social; mas, en el hecho, sobre todo en América hay innumerables ciudades que ya no obedecen a un sentido de capitalidad; que nacieron de una atingencia adjetiva y subsisten en el lugar común burocrático. Nada de esto puede encontrarse en el Tawantinsuyu. En el Tawantinsuyu, la “llajta”, la “marka” es el corolario indispensable, necesario de la unidad histórica.

En el distrito de Santa Rosa que he nombrado está operándose en los actuales momentos el fenómeno en que los ayllus efluyen a la ciudad. La región así nombrada se compone de dos sectores; uno, “Wankollo”, donde se ubican los latifundios, y el otro, “JACHA-AYLLU”, que viene a ser el lugar donde se ha recluido la pequeña propiedad indígena sujeta al sistema celular del ayllu. El divorcio geográfico de entrambas regiones resulta nimio frente al divorcio económico que ha originado su conflicto político. El distrito de Santa Rosa tenía

por capital el caserío de su nombre, localizada en la cabecera de JACHA-AYLLU y allí el asiento del triple gobierno del distrito: civil-judicial-eclesiástico, hasta que los habitantes de WANKOLLO, esto es, los HACENDADOS, validos de su influencia en Lima, lograron el traslado de la capital a WANKHAMAYA, terrazgo dentro del sistema de sus fincas. Con este hecho los ayllus debían ceder a la presión latifundista y concurrir al nacimiento de una aldea fiscalizada por el interés de los MISTIS; y así hubiera ocurrido si la misma organización de subsistencias de WANKOLLO no estuviera indicando que la ciudad, la aldea resulta organismo esencialmente ajeno a su composición objetiva e íntimamente feudal. Las haciendas se desperdigan a distancias considerables, de dos, tres, cinco, diez leguas; y cada uno de los WANKOLLOS posee en su propio domicilio todos los elementos de vida para verse obligado a acudir a la capital del distrito en busca de materiales domésticos. En el amor y en la afabilidad prócer EL WANKOLLO es un perfecto habitante del medioevo, ingenuo, celoso del secular señorío de su casta y vigilante estricto de la servilidad indígena. No así el hombre de JACHA–AYLLU, el cual, por necesidad de intercambiar sus productos, o de proveerse, tiende a la formación del núcleo urbano. He aquí la realidad vital opuesta al efecto de las leyes, y he aquí también el campo primitivo viajando a la superación de su estructura mientras el germen feudal se comporta con todos los visos de una inmovilidad calificada. De esta manera nada extraño es que WANKHAMAYA haya estratificado en un decreto mientras Santa Rosa posee los únicos almacenes de compraventa importantes de la región.

Es muy sencillo descubrir en este hecho dos cuestiones de sumo valor: la pequeña propiedad dentro del ayllu deviene urbe; la gran propiedad, la hacienda, se opone a tal concepto. Es decir, mientras el ayllu posee su energía social, el feudo carece de ella. Y es que el ayllu no es una organización doméstica e individualista sino social en esencia y, lógicamente, política. En ningún caso puede exigirse lo mismo de la hacienda. La hacienda es, típicamente, vestigio feudal, y de esta manera considerada carece de dinamicidad urbana.

El sistema de conquista inkaika poseía mirada a través de esta sistematización, en altísimo valor político. Consistía en cooptar cuanto era capaz de valorización para insumirlo en el Kosko, en la ciudad, deidad urbana en cuyo seno –el laboratorio– se precipitaba el espíritu de inkanidad. Podían aplicarse certeramente estas palabras del oráculo de Zoroastro: “Toda ella es acto de dividir, mas en sí misma es indivisible”. Ciertamente, para subsistir el Kosko debía fomentar la

división interna de sus COLONIAS, aún puede decirse que su sistema administrativo se basaba en una política de disonancias, porque mientras los ayllus se ligaban por una severa unidad estatal, la acción de los “jefecillos inkas” que llama Simmel, se encaminaba a mantener una permanente suspicacia entre los hombres, situación de que se beneficiaba la unidad del imperio y la dominación absoluta del inka.

Así la ciudad, la capital, pudo tener valores trascendentes y pudo asimismo infundir el sentido, el ritmo histórico de su seno. Todavía el cronista Montesinos asevera que en el gobierno de Pachakutejj el Tawantinsuyu se reducía al valle Kosko, y es más probable que ello implique que la vastedad del dominio inkaiko era unívoco del predominio de la ciudad. La guerra de Shyris, conducida por Atawallpa, es una demostración del grave desequilibrio que aquejaba a la organización inkaika, desequilibrio de CAPITALIDAD, exceso de CAPITALIDAD, porque si el centralismo es la forma ideal del gobierno histórico, cuando este actúa sobre un organismo complejo y de vastedad extraordinaria concluye por ceder a la gravitación de los cuerpos.

Tales son las reflexiones que inspiran el panorama de los ayllus… Si el destino de la historia es hacerse civil no resultan poquísimas las posibilidades de que las pampas andinas se acerquen a su realización. Pero, no; la cultura inkaika fue una cultura civil surgente de una economía agraria – comunista, con lo cual tengo dicho que el campo no es la contradicción de la ciudad sino, mejormente, su fenómeno (y que en la organización de la civilidad inkaika descubrimos una ley de biología social que se cumple en la personalidad a través del átomo). Así Kosko-urbe es una yuxtaposición de ayllus en que se repliegan las más lejanas latitudes del Tawantinsuyu!

EL GRAN PERÚ O LA CONFEDERACIÓN KESHWA- AYMARA.

UNA ENTREVISTA CON EL GENERAL SANTA CRUZ

Rumbo a la barriada acérrima de Killi-killi este insuperable conductor de la curiosidad boliviana, el señor Sotomayor y Mogrobejo, nos hace observar un

patio estrecho y soledoso, envuelto en la cuasi penumbra de los patios paceños, provisto de una macetería alineada en ringleras y de un grato ambiente de acuarela…

–Vive en esta casa el general don Oscar de Santa Cruz, hijo del Mariscal de Pichincha, nos dice.

¡El General Oscar de Santa Cruz!

–¿Y qué sentido tendría para nuestro objeto la personalidad de este viejo militar?

–No habría más que indicar que es un peruano el que ha llegado a las puertas de esta casa, para que el General Santa Cruz le hiciera demostración de toda su explosiva simpatía por el Perú…

–¿Y ello bastaría, querido Sotomayor y Mogrob ejo?

–Es el heredero del pasado heroico de la Independencia, uno de los pocos descendientes directos, inmediatos de los Libertadores y, además, hombre en quien actúa este designio como una fuerza latente de la americanidad.

¡Uno de los pocos descendientes directos e inmediatos de los Libertadores! Esto es: uno de los hombres que en su propia persona lleva adherido el polvo de aquellos tiempos mosaicos cuando un continente surgía en la perspectiva del Universo. Ciertamente, el hecho importa una desnuda verdad plena de contenido histórico.

Pero ¿es que el episodio de la Independencia está tan próximo a nosotros que sea dable ver, palpar, oír a uno de esos hombres que hablan en pronombre personal de una época y de sus héroes cuya semblanza ha ingresado ya al Olimpo de nuestra mitología desde Olmedo a Chocano, desde Chocano a Reynolds? ¿Y qué es esto de nuestra Independencia, cuando la severidad del análisis científico prueba que no hay punto de la tierra más sujeto a trabas esclavistas que esta maravilla americana? ¿Somos libres, como reza el cántico nacional del Perú, por el hecho de haber supeditado la acción administrativa de la Metrópoli y habernos erigido en naciones autónomas? La libertad no es ya, políticamente, esto en un plano práctico, la sola facultad adjetiva de saberse legislativamente capaces de gobierno, sino aquella conquista por la cual se establece en grupos sociales la racional y humana distribución de la felicidad… ¿Puede ser libre un continente

donde viven 10 millones de indios sometidos a todo género de exacciones como no lo fueron seguramente dentro de la gobernación de España? Nadie discute ya que la guerra de la independencia americana fue un hecho económico antes que una heroica y sonante clarinada de atributos homéricos. La facción de los "Vicuñas" de Potosí es típicamente el signo de esta verdad. No fue América, si por "América" entendemos el complejo étnico-social, quien alzó armas contra el Rey: fue la misma España Colonial, el mismo español caballeresco, arrogante y ambicioso que, en defensa de la libertad mediata del usufructo, maduro por la inmensidad del mundo que dominaba, comprendió que su camino era la adopción de la autonomía. Y para llegar a este resultado en nada se pensó en

---

En *Última Hora*. La Paz, 30 de agosto de 1932. [Firma: Gamaliel Churata]

el indio, representativo de esa América, representativo de la América eterna! La logia "Lautaro" por iniciativa de Belgrano solicitó un INKA kosko para el gobierno de una monarquía americana… ¿Y qué era un Inka en este mundo ya desde entonces ajeno al dolor y a la tragedia indígena? Deambuló un comisionado de América por los reinos de Europa en la búsqueda de un REY; y el rey vino de Europa; se llamaba: REPÚBLICA. Si cabe, en verdad filtrada y limpia, una afirmación histórica y sociológica, debemos concluir que la guerra de la Independencia americana está fermentando, y que sin pesar de exorbitancia tal guerra es el resultado inmediato de nuestro Caos…

¿Qué fue, entonces, nuestra Independencia? Fue eso. Y eso cabía en la conciencia de los hombres que la ejecutaron como un designio providencial, es decir, como una fatalidad histórica. Fue un fenómeno de gravitación, o si se quiere de mayoría de edad. Este hecho circunscrito a su significación particular importa uno de los medios por el que América nace, América insurge…

–Yo soy peruano, soy boliviano, soy argentino, soy de América– dice con tembloroso acento el General Santa Cruz, acento en el que un caudal de emoción magnifica su ancianidad venerable. Su juvenil inquietud, empero, venciendo los años y el dolor habla de raza blanca, habla del Lacio…

Pero es que hemos llamado a esa puerta siguiendo el consejo de Sotomayor, y una dama breve y dulcemente confidencial, nos manifiesta:

–El General está enfermo.

–De ninguna manera desearíamos importunar, señora… ¡Será otro día!

–No, no. Le anunciaré.

Ella no ignora que el General Santa Cruz, su padre, es un arpa sutil de la que arranca armonías el fervor de América.

Esperamos. En un marco gigante destaca la figura del joven soldado de la Libertad, del caudillo de la Confederación pan-peruanista. Bustos, retratos, muebles coloniales, m iniaturas, espadas, espadas, espadas… ¿Qué?... puede un hombre engendrado en la emoción histórica de este momento humano someterse sin peligro a la experiencia heroica de la espada? Un temblor extraño recorre nuestros nervios. Desde las habitaciones interiores llega el timbre de una voz agitada que se empeña, que exige satisfacción, que se hará obedecer. Después, silencio…

Y luego, en el silencio de la vivienda, ¡tran! ¡tran!... suenan unas maletas y percibimos una respiración afanosa.

–¡Manuelo!... ¡Manu elo!...

El vano de la puerta se llena de una sombra. Nos ponemos de pie. Adelante un indio viejo, de labios bondadosos, y apoyándose en él, un anciano…

¡El General Oscar de Santa Cruz!

–¡ General!

No surge otra disculpa a nuestros labios. El aspecto del Gral. Santa Cruz infunde viva simpatía. Ignoramos cuanto a él se refiere personalmente, fuera de su ascendencia heroica. Frente a nosotros está un anciano de mirada vivaz. Indescriptiblemente inquieta, nervioso, lleno de una afectuosidad patriarcal.

–El sacrificio a que le obligamos General, nos ha cohibido. Nunca creímos que

el estado de su salud fuese tan grave.

Y el anciano se echa entre nuestros brazos.

–¿Peruano?... ¿peruano?... balbucea sollozando.

–Sí, General: periodista del Perú.

–¡Oh!... ¡El Perú!... ¡Cuánto amo al Perú! –Y alzando la voz, en actitudes casi oratoriales, prosigue– "El Gran Perú de la Confederación es la obra genial de mi adorado padre y yo amo este recuerdo como lo más grandioso de mi vida. Verá usted; espérese: cómo lo conservo todo! ¡Cómo lo venero todo! ¡Cómo lo defenderé todo hasta el último instante de mi vida!"

–La Confederación, General, fue la mayor concepción política de que ha sido capaz un hombre de América después de Bolívar. Importaba este hecho el establecimiento de una gran nación cuyos destinos habrían dado un diferente curso a las características de la Historia. Creo yo que en el Perú de hoy habría un sector nutrido de hombres dispuestos a infundir un nuevo sentido a la concepción de su padre, pero a rehabilitarla en toda su profunda significación.

–¿Sí?... ¿sí?... –nos interroga con infantil alegría– ¿Es que en Perú se cree que la Confederación panperuanista puede todavía engrandecernos como naciones y como hombres?

Tras una pausa:

–Será; le aseguro a usted que la Confederación será un hecho, fatalmente!

Y a pesar de nuestras protestas llama:

–Manuelo; vení Manuelo; ayúdame, vamos, vamos…

¡Ah! Esta entonación con que el Gral. Santa Cruz se dirige a su compañero indígena nos taladra y llena de inquietud. ¿Quién es este Manuelo? El indio sin habla, dócilmente, revelando su hábito en el oficio, da el hombro para que el general se apoye. Y salimos… ¡Tran! ¡tran!...

–Su energía asombra, General.

–Pero ya me muero, amigo mío; me muero: dígales así a los peruanos, que me muero, pero que tengo en el corazón imborrable el cariño del “Gran Perú”.

Y ayudando al anciano, que se detiene a trechos para quejarse, descendemos las gradas lentamente; hace cuatro años al atravesar cierta calle lo atropelló una acémila poniendo en peligro su vida. Desde entonces el general Santa Cruz siente que se muere. Pero, no. Hay en sus actitudes como el signo de una terca perennidad.

–Creo que su energía interior vencerá finalmente, general…

–Eso sí, –responde– energía tuve siempre; temperamento no me faltó jamás. ¿Lo creería usted? Yo tampoco tengo mis caprichos; pero eso sí, mis caprichos son sanos. ¿No le parece correcto?

Y así pasamos a la biblioteca del General que está ubicada en el patio estrecho y soledoso. –Este es, señor mío, el santuario de la Confederación Perú-boliviana! Nos dice.

–Y usted general, el sacerdote, respondemos.

¿Describirla? En una vitrina cuidadosamente conservado todo guarda el General Santa Cruz, las condecoraciones de su padre, fajas presidenciales, retratos, prendas de vestir, una miniatura de marfil con el retrato de Simón Bolívar, expreso obsequio del Libertador, y retratos, espadas y espadas… La librería está exclusivamente relacionada con este hecho importante, y puede a simple vista percatarse el erudito del cuidado con que su dueño ha logrado reunir una completa bibliografía al respecto. Sobre una de las paredes pende un cuadro en el que se guarda una página manuscrita en verso de la señora Cernadas de Santa Cruz, dama cuzqueña, esposa del Mariscal y madre del anciano General. Pero en seguida nos hace tomar asiento, y frente a su estantería pone en nuestra mano numerosos documentos auténticos, copiadores de cartas del Mariscal, colecciones completas, muy bien conservadas, correctamente organizadas, que bien servirían para una colección tan numerosa como la que Lecuna dedicara en Venezuela a la correspondencia de Bolívar.

–Es ya tiempo, General –decimos–, que estos documentos se divulguen.

Y dando un golpe en la mesa, con voz tonante, respon de:

–Sí, tiene usted razón; ¡Es ya tiempo!... ¡ya es tiempo!

Con inagotable amabilidad nos hace exposición de documentos familiares de grande importancia, y es que el General Santa Cruz no sólo es un bibliógrafo sino que ejerce la bibliografía como un deber familiar y como un imperativo americano.

Han pasado dos horas.

–Bueno, –nos dice– ya ha visto usted todo. ¿Verdad? Bien, dígame ahora: ¿He sabido conservarlo todo como debía?

He aquí que a punto de abandonar la compañía del anciano militar encontramos la clave de sus actitudes: el General Santa Cruz siente con severidad su deber de transmisor a las generaciones venideras del Continente, de los documentos en que se compulsará una etapa importantísima de la Historia, la cual fue ejecutoria de su padre.

Antes de salir nos obsequia todavía con dos libros de que es autor: “La medalla del libertador” y “Santa Cruz y el Gran Perú”.

Ascendemos nuevamente, y aun quiere hacernos demostración de cuanto guarda relacionado con su padre. Oscar de Santa Cruz, Coronel del ejército boliviano, general de los del Perú, hijo adoptivo de la Municipalidad de Buenos Aires, es, también, un representativo de la gentileza castellana.

–Me hará usted el regalo de considerar esta casa como suya, nos dice.

Y salimos. No lo hicimos empero sin haber estrechado la mano de “Manuelo” que, asombrado, entregaba el hombro para que en él se apoyara el General.

–¡Una reliquia! Me dice Sotomayor.

–Desde luego que por muchos conceptos, respondemos: pero… pero…

La confederación Perú-boliviana no es ya susceptible de otros sentidos? Para las genera - ciones que surgen ambientadas dentro de un sistema de ideas poco maleables a la sugestión del pasado que no sea pasado de justicia, la idea del Mariscal de Santa Cruz significa algo más vivo, más realista, y por tanto, eterno, algo capaz de tornarse vida…

El Gran Perú que concibió Santa Cruz, con mirada audaz de estadista, contradiciendo el equívoco de Bolívar, ¿no será en el futuro la Confederación Keshwa- aymara?

8 8

TENDENCIA Y FILOSOFÍA DE LA CHUJLLA

Al diálogo entre las tendencias que asignan prioridad al ancestro europeo, exclusivo hispano o latino, para América, se ha opuesto recientemente una tendencia indígena de que ha nacido la denominación de Indoamérica. No puedo confutar ahora dónde se bautiza así al continente, pero para la beligerancia estética Indoamérica nació en Puno. En libros y revistas de publicación reciente se constata la verdad de este aserto. Haya de la Torre ha establecido la oposición triple de estos nombres: Hispanoamérica es la conquista: Latinoamérica la Independencia; Indoamérica la autonomía. Tres edades y tres funciones históricas. “Por nuestra raza hablará el espíritu” es la leyenda heráldica del México de la Revolución. “Reclamamos el derecho de ir espiritualmente a España, o de no ir a ella”, escribe Tamayo. “Queremos nuestra libertad de escoger –agrega – fuentes y caminos”. Pero si América es hispana por la conquista y latina por la independencia, sería saxoamericana o sajona en la edad financiera. Cabría de la misma manera llegar a lo que Valcárcel señala como la poliamérica: América para el colonizador suavo; América para el colonizador checo; América para el eslavo; para el portugués; Poliamérica poliándrica. De conformidad con tan variadas tendencias raciales, se generaría la multiplicidad de tendencias estéticas. Y no. América para la cultura ha permanecido constantemente latina. España influyó en ella de manera unilateral, precaria, en los tramontos de nuestra génesis. No ha dejado obra que hable de intensidad creadora ni de influencia demológica.

En cambio, el modernismo es un episodio con vastedad continental, y, en cierto

modo, con expresión propia. Hasta llegar a estas circunstancias en que el consenso de la historia determina el afloramiento de un sentido individual del continente, al que acaso no sería ajeno un fermento del espíritu euríndico cuya doctrina se presenta como una de las más lógicas y equivalentes. A esta altura arribamos cuando, creado el continente en sus destinos de cultura, se debate el principio de unidad continental frente a la posibilidad de procrear diversas expresiones. En el pensamiento netamente de vanguardia constátanse opiniones valiosas para ambas: "los pueblos americanos están llamados a formar un vasto bloque racial, escribe Antenor Orrego, con una cultura y un pensamiento de conjunto y nunca con artes exclusivos y nacionales. Pretender un peruanismo, un chilenismo, un argentinismo en el arte, es sencillamente necio". Verdad es que Orrego se cuida de decir por qué sería necio. En cambio, oigamos lo que piensa Hidalgo para quien, mentalidad determinista, materialista y exhaustiva, el norte debe ser absorbido por yanquilandia y el sur por la Argentina: "La confraternidad americana reposa en el instinto de conservación, Y no en el afecto mutuo ni el altruismo. No hay similitud de caracteres entre los países hispanoamericanos. Nada tiene que ver un peruano con un paraguayo. Entre un argentino y un colombiano el abismo que se columbra es inconmensurable. Que todos sean descendientes de españoles, eso es lo de menos. Los conquistadores impusieron el idioma, pero no el espíritu." En efecto, la conquista no gestó un espíritu: impuso un idioma y un régimen artificial que tiende a inhibirse. No nos unificamos en el hispanismo. El latinismo tampoco unifica. Solo unifica la raza –conjunto de ideales político - económicos–. América ha vivido escindiendo su cultura propia, olvidándose de sí misma. "Toda su vida, dice Orrego, ha sido un abismarse de Europa". El folklore, expresión de nacionalismo, profundamente palingenésico, emerge cuando en un pueblo hay necesidad de la calidad personal. La unidad alemana es saludada por un retorno a la tradición y a la leyenda. La edad media, el gran laboratorio de la cultura occidental, cobija una multitud de trovadores en que se gesta el canto y la visión nacional de la cultura. Cuando los incas querían sugerir la antigüedad de su estirpe, hablaban de mito tiawanaqu y de hombres gigantescos, cuya osamenta aterrorizaba la ingenuidad

---

En *La Semana Gráfica*. *Sección: Crítica, Ideas, Polémica*. Año II, N° 49. La Paz, 30 de setiembre de 1933. [Firma: Gamaliel Churata]. Rescatado por Arturo Vilchis en el folleto: "Gamaliel Churata en la Semana Gráfica" (Editorial América Nuestra – Rumi Maki, México, enero del 2008).

del relato patriarcal. Pero el folklore es un valor negativo, o secundario en pueblos de cultura parabólica. Veamos lo que un músico francés, uno de los epígonos del vanguardismo musical, Varese, de raíz campesina, dice respecto del folklore, sostiene que “ninguna obra musical con cualidad ecuménica ha salido del folklore”. Beethoven es el tipo de músico cuya obra eminentemente alemana, es, sin embargo universal. No analiza Varese la esencia sicológica de cada uno de estos genios, y por tanto deja de ver los elementos mínimos que procedentes del pueblo han ido a enriquecer la imaginación representativa. “El folklore en los salones, dice, es una cosa ridícula.” Su juicio es terminante en contra de la música popular. Está bien, según él, que se cultive el folklore, pero en su sitio, es decir en el seno del pueblo, porque de lo contrario, se destruye inútilmente su belleza. Varese es, sin embargo, un campesino, que tiene memoria cierta del agro y conoce sus mitologías. Para él, quien explota el folklore comete un delito ordinario por abigeato. “Se aprovechan del anónimo, –asegura– porque si tomaran temas de autores vivos tendrían que verse con la justicia.” Pero, también un músico nos va a prestar argumentos en contra de este principio cosmopolita del modernísimo maestro del Sena. Bela Bartok, compositor húngaro, escribe: “El internacionalismo es perjudicial en música, lo mismo que en cualquier otro arte. La música debe reflejar siempre el verdadero carácter de una región. Esto es lo que crea la variedad cabal en el arte y en la vida.” Justas apreciaciones en defensa del folklore. “¿Quién no ha visto gozar a los chinos con sus músicas?”, se pregunta Jorge Mañach, el agudo crítico cubano. ¿Quién? El arte tiene por objeto testificar, sentar testimonio de acción vital. ¿Quién no ha visto el profundo hedonismo –por decir sólo eso– del indio al danzar al son de la tarka? Y sin embargo, un poeta peruano, Percy Gibson, sostiene que esta música andina, el folklore, es una célula bien primaria y simple en cuanto a la concepción de un arte nacional. Eugenio D’Ors señala la desequivalencia desfavorable para nosotros de que mientras los Estados Unidos del norte yankee, están animando un arte universal, cosmopolita, nosotros, los americanos del sur desembocamos en un nacionalismo de aldea. “La posición nacionalista de las juventudes de América, en especial de países que como México y el Perú son depositarios de una tradición y un problema indígenas, – dice Mañach– tiende a propugnar un arte de caracterización, para el cual, su arqueología y su indiada les ofrecen elementos artísticos ya de por sí peculiares.” Y agrega: “Y en cambio otros, desprovistos de ese acervo vernáculo, más expuestos a las influencias cosmopolitas, sienten todavía la cuestión de la cultura propia como un problema.” La apreciación es justa, como que procede de una de las mentalidades que con Villaurrutia en México, Borges en la Argentina y

Mariátegui en el Perú (ahora en la eternidad del panteón proletario) representa la mejor diplomacia de la inteligencia continental indoamericana.

No cabe duda, pues; si la emancipación económica es una necesidad histórica porque es un imperativo vital –son fenómenos de paralelismo indiscutible–, la emancipación intelectual y artística es un resultado de esos fenó menos.

Entonces, no sólo nos encaminamos a la concepción de un arte americano en cuanto significamos un caso geográfico, sino que pretendemos transmitir un mensaje para el mundo – por nuestra boca hablará el espíritu–. Y entonces podríamos, radicalmente, entrar a un examen rápido, sumario, a través de los hitos culminantes de nuestra panorámica artística, para confutar si estamos o no en error. ¿Hablaríamos de escuelas de arte? ¡Pero esto es exultante! ¿Será posible que este continente "estúpido" haya llegado a la edad de albergar en su seno esos síntomas de sabiduría y la esperanza que son las escuelas mentales? Sí. Hay que decirlo bravamente. Ha llegado el momento en que América contribuya con unos ismos más a la beligerancia de la cultura humana. No hay que asustarse de los ismos. Suelen los majaderos hacer filfa de los ismos. Lo que no se podrá negar es que en un ISMO se encierra el secreto de la salvación humana. Desde los viejos tiempos de Salomón –Salomón nos resultará siempre oportuno y nuevo– se conceptuaba que en la reunión de los muchos estaba la salud del pueblo, antes que en el dictamen soberbio de uno, aunque ese uno

fuese Salomón. Esta vieja célula del parlamentarismo, es como nunca, aplicable a la conmoción actual de las multitudes del planeta.

Tales porciones de inquietud organizada, cuya representación tácita es la tendencia gregaria de los grupos artísticos en América no ha tenido sino dos manifestaciones evidentes: el modernismo de Darío y el vanguardismo. Pero mientras el modernismo es europeizante, el vanguardismo es aborigen, y, por tanto, popular, infiere a la masa, y es socialista o socializante. En la Argentina se viaja a la pampa, y el códice es Martín Fierro como en México lo es Theotican o la talla directa…

Parece que en este plano no cabe la menor duda al respecto. El movimiento liberador, intelectualmente, para nosotros, tiene que partir de un repudio de la Metrópoli, de todo españolismo o chulismo ibérico, con una radical y poderosa

actitud aborigen, salvaje, cruda y ruda. Dionisiaca actitud que en sí envuelva un mensaje de salud y temperatura varonil. Y además tiene que ser, en el aspecto metafísico, mágica y satánica.

91

TEMAS DE RELIGIÓN Y ARTE AMERICANOS

A Gloria Serrano y David Crespo Gastelú, que realizan este bello intento de arte indigenista

Son reducidos los casos de escritores americanos que interpretado el problema de América hayan llegado a la expresión psicológica. Y son mayoría, en cambio, aquellos que al traducirla revelan características de su paisaje en un persistente afán de pintoricismo que rinde a veces magníficos resultados. Esta evidencia constatable en casi la totalidad histórica de los siglos 19 y 20, indica que nuestra posibilidad estética atraviesa una etapa infantil en que lo formal objetivo prima sobre lo interno y conciencial. En ningún periodo del arte americano es más visible este hecho que en la etapa vanguardista, fenómeno esencialmente meridional y keshwa-aymara. Los indígenas juegan un papel importante, casi visual, en la morfología del poema; la naturaleza de la obra literaria es sometida a alambicamientos reveladores de la energética del idioma moderno, pero sobre todo porque tolera la intervención sustantival de los idiomas aborígenes, dando por resultado este hecho: el español de la poesía vanguardista meridional de América se crispa en locuciones y términos vernáculos que le dan color, vivacidad sorpresiva y una franca y fehaciente calidad original.

Este proceso de mestización conduce ya una poderosa emancipación racial y, por ello mismo, se distancia de la poesía americana romántica y modernista hecha a base de Quintana o Zorrilla, cuando no de Gautier o de Verlaine. Pero si la poesía tiene este sentido es porque se nutre de la savia social procedente del ayllu, y se inspira en la novelística rusa. Huelga decir que la literatura del relato se niega aun a dar frutos que merezca tal nombre. Los ensayos realizados hasta hoy carecen de eso, particular en tal género literario: la vida, el conflicto, el tono psicológico de grupo… En síntesis, tal es la situación actual del arte literario, y tal su única realidad ponderable. Pero, si nuestro arte literario permanece en la simple etapa pintoricista, como lo está la pintura en sí, es decir si nuestro conocimiento del mundo no ha penetrado además de la corteza la mera apariencia de las cosas ¿cómo se presume la posibilidad de este arte en lo futuro?

Porque todo arte auténtico es posibilidad de desarrollo, y el de América, a juzgar por los factores constitutivos de su fenomenología, es un arte con porvenir. ¿Será nuestro arte un arte formalista, cuyo destino rehúse la acometida profunda en el seno de la tortura humana? ¿Será el nuestro un arte de referencias y nunca llegará a la expresión sustantiva de la vida? He aquí algunas preguntas de fácil respuesta. Mas como la declaración de todo hecho grave y complejo se logra mejor por medio de raciocinios elementales, creemos lógico puntualizar la solución de esta encrucijada en un arte que llegue directa y valerosamente a la realidad de nuestro mundo mental por medio de la introspección, verdadera estratagema del paisaje. O de otra manera: mientras el hombre-artístico al resolver su alegría frente a la naturaleza lo haga como hombre de ella y no como espectador, cosa que ocurre hasta hoy. El hombre en la naturaleza es el hombre sometido al paisaje por sus varias direcciones, por sus múltiples sentidos, por sus varias aristas: se es hombre en el paisaje y del paisaje, primeramente conservando relación y analogía con el mundo que tal paisaje crea, y haciendo surgir luego la síntesis artística de todos y cada uno de estos epifenómenos de la inteligencia creadora. Nuestros escritores no han tenido relación con América sino en cuanto eran políticos, es decir cosa de gobierno. Industria y trabajo no llegaron a formar categorías espirituales, de donde resulta que nuestro arte necesariamente es un arte de imitación y de préstamo. Instructivo

---

Colofón al libro de Gloria Serrano y D. Crespo Castelú: *Jirones Kollavinos* (La Paz, Editorial Escuela Salesiana, 1933). [Firma: Gamaliel Churata]. Rescatado por Arturo Vilchis en el folleto: “Gamaliel Churata en la Semana Gráfica” (Editorial América Nuestra – Rumi Maki, México, enero del 2008].

es anotar en dos en dos de los grandes poetas de América: Ricardo Jaimes Freyre y José María Eguren, cómo el paisaje es sustantivamente proscrito para su traducción en el poema, de lo cual se colige que el divorcio entre el hombre y el mundo en América es una trágica y perentoria realidad. Y sin embargo, el paisaje de fondo, el substratum vital del paisaje en “Castalia Bárbara”, es una recordación del paisaje primitivo de América, sobre todo del paisaje altipámpico, y no, claro está, en su numeral importancia sino en su espíritu, en su esencia. Lo mismo ocurre con Eguren, cuya mentalidad nutrida de entusiasmos europeos sin embargo tiene que servir a la influencia maternal del paisaje, a la patria, a la nacionalidad del cielo. “La patria es el paisaje”, ha escrito un economista inglés,

ignoro si acaso sea Bentham, es la nacionalidad que no se corrompe con la política del Estado, con la concurrencia de los mercados, los cártels y los trust de la Edad Capitalista. Esa religión establecida entre el ojo que copia y el cielo que posa es la religión – religare– que forma la psicología más fuerte y engendradora en el hombre destinado a la creación, y a la cual no se traiciona, pues ocurre con ella que se denuncia por más que no se lo proponga el individuo, como en el decadente autor de "Prosas Profanas" surgía presto el indio chorotega. Y no hay caso más interesante para ello que América, a juzgar por los factores constitutivos de su fenomenología, es un arte con porvenir. ¿Será nuestro arte un arte formalista, cuyo destino rehúse la acometida profunda en el seno de la tortura humana?

¿Será el nuestro un arte de referencias y nunca llegará a la expresión sustantiva de la vida? He aquí algunas preguntas de fácil respuesta. Mas como la declaración de todo hecho grave y complejo se logra mejor por medio de raciocinios elementales, creemos lógico puntualizar la solución de esta encrucijada en un arte que llegue directa y valerosamente a la realidad de nuestro mundo mental por medio de la introspección, verdadera estratagema del paisaje. O de otra manera: mientras el hombre-artístico al resolver su alegría frente a la naturaleza lo haga como hombre de ella y no como espectador, cosa que ocurre hasta hoy. El hombre en la naturaleza es el hombre sometido al paisaje por sus varias direcciones, por sus múltiples sentidos, por sus varias aristas: se es hombre en el paisaje y del paisaje, primeramente conservando relación y analogía con el mundo que tal paisaje crea, y haciendo surgir luego la síntesis artística de todos y cada uno de estos epifenómenos de la inteligencia creadora. Nuestros escritores no han tenido relación con América sino en cuanto eran políticos, es decir cosa de gobierno. Industria y trabajo no llegaron a formar categorías espirituales, de donde resulta que nuestro arte necesariamente es un arte de imitación y de préstamo. Instructivo es anotar en dos en dos de los grandes poetas de América: Ricardo Jaimes Freyre y José María Eguren, cómo el paisaje es sustantivamente proscrito para su traducción en el poema, de lo cual se colige que el divorcio entre el hombre y el mundo en América es una trágica y perentoria realidad. Y sin embargo, el paisaje de fondo, el substratum vital del paisaje en "Castalia Bárbara", es una recordación del paisaje primitivo de América, sobre todo del paisaje altipámpico, y no, claro está, en su numeral importancia sino en su espíritu, en su esencia. Lo mismo ocurre con Eguren, cuya mentalidad nutrida de entusiasmos europeos sin embargo tiene que servir a la influencia maternal del paisaje, a la patria, a la nacionalidad del cielo. "La patria es el paisaje", ha escrito un economista inglés, ignoro si acaso sea

Bentham, es la nacionalidad que no se corrompe con la política del Estado, con la concurrencia de los mercados, los cártels y los trust de la Edad Capitalista. Esa religión establecida entre el ojo que copia y el cielo que posa es la religión –religare– que forma la psicología más fuerte y engendradora en el hombre destinado a la creación, y a la cual no se traiciona, pues ocurre con ella que se denuncia por más que no se lo proponga el individuo, como en el decadente autor de “Prosas Profanas” surgía presto el indio chorotega. Y no hay caso más interesante para ello que el de Jaimes Freyre cuya estirpe es española pero cuya expresión del paisaje es profunda, virtual y severamente americana.

Esta es la trayectoria que debe hacer nuestro arte para adquirir derecho de personería en las cosas y en los sentidos del mundo, del Kósmos americano.

Claro es que en los países donde el mestizaje es una calamidad, aunque ley imprescindible, los casos se producen paradojal y ridículamente, porque se dan poetas y novelistas –o pintores y músicos– preceptualmente americanos cuya psicosis no obstante es española en lo absoluto, como en el caso de Chocano o de Olmedo. Y así es la verdad, cuando se exige un arte, una poética no ya simplemente toponímica y pintoresca sino literatura y arte intensivos, intraepidérmicos, el problema se convierte en la cuestión más grande y la solución más cómoda, burguesa, salta a la vista: abominar de la tierra, del cielo, para dar ejecutoria a lo colonial o tudesco, pongamos por caso, a lo que es, precisamente, ajeno al paisaje, al cielo, al hombre. Y esto lo entienden bien los españoles y lo justifican, porque sólo lo español banal, y no español entonces, puede alardear progenitura de este mundo que él no fue conquista en términos de espíritu, sino laberinto de Creta donde se ha perdido España, y no puede hallarse… Y que si así no es, ¿dónde está España? En el porvenir; pues bien, también en el porvenir está América, y para acogerse a ese porvenir, requiere de su barbarie, de su pelambre hirsuta, de sus crinejas selváticas, de toda su frescura adánica, de su cielo, de su ayllu, de su inocencia y de su sabor y olor de wawa, de criatura recién nacida. Cuando así se piensa se detesta de España. Pero –entendámonos– de esa España perricholesca y zafia, de esa España de nobles ociosos que son los que dominaron América, en una palabra, de la España de la Colonia se detesta por la necesidad de vida, y no de la España que lucha y agoniza allí, en la península, y se muestra llena de vigor para expresar grandes virtudes. De tal España, América sólo puede recibir amistad útil, aunque ya no educación elemental…

Lo elemental, base de lo complejo, lo tenemos que buscar en la tierra. Y en la tierra y en el cielo americanos está el ayllu…

Todo pueblo tiene dos idiomas o dos sentidos en la expresión del idioma. Una es la lengua doméstica que se refiere a cosas de la alegría, del amor, del hambre, es la lengua biológica, lengua fornicaria, lengua que produce y empreña; la otra, la que sirve al trato con el vecino es acaso lengua más aguda, pero falsa, no dice verdad, subvierte la realidad la corrompe cumpliendo su última misión. No puede negarse entonces que el idioma doméstico de la América es el idioma del ayllu y cuando decimos América no nos referimos a países en formación como la Argentina o Brasil donde el divorcio entre la expresión espiritual de la tierra está planteada con los elementos que llegaron a través del Océano… en estos países no hay diálogo: hay angustia, disfuerzo, caos. El caso al que se refiere Waldo Frank… Grande y triste América la del caos entrevista con ojo profético por el escritor judío-yankee. Pero el caos no puede ser nuevamente forma de vida para los hombres. El único que hoy cabe es el caos político, no el social, ni esencial. Caos existe en EE.UU., y no existe en Rusia; existe en Alemania y no en España. En EE.UU. se mató a la Tierra, a la religión de la tierra que dijo Ganivet, y se vivió con la soberbia capitalista alimentada de odio y ambición. El fruto es el caos. Para que EE.UU. ingrese a la vida regularizada en la armonía sinfónica de la tierra y el hombre, y desaparezca porque la naturaleza lo domine, lo adopte, lo prohíje, deberá examinarse a sí mismo, en sus funciones vitales. Este proceso de adaptación es luengo y la codicia capitalista –muy en su ley– es presta y voraz, y se destruirá a sí misma antes que el propósito de recrear el universo y perfeccionarlo dé frutos de humanidad.

Todo pueblo, pues, requiere de autodidaxia y la realiza en su experiencia metafísica y sabeísta. Igualmente un organismo realizado –privativamente todo organismo mental– acusa la presencia de una protohistoria en la cual coexiste el balbuceo de la conciencia naciendo de la tierra y del fenómeno económico primitivo.

El ayllu no es un caos. No es la vorágine del vacío racial, como afirman sus detractores. Algo más, si el destino de los grupos es formar el caos, pues de él surge la nueva síntesis, puede afirmarse que el ayllu es ya la síntesis del caos americano.

Ensayemos un breve esquema del hombre indígena frente al mundo moderno. El

hombre contempla desde el ayllu el nacimiento de un mundo dantesco. La perspectiva lejana le sacude con arrebatos terroríficos. Un día ve aparecer el automóvil, y lo cree hijo de la locomotora, pero otro

día ve el avión… piensa entonces en los mitos arcaicos y cree que el korekhenke, metamorfoseado, viene desde el Hanan-pacha a transmitirle la voluntad suprema. Luego se enciende en rencor, pues comprende que todo ello no es sino un nuevo instrumento de sus dominadores y de su esclavitud. Finalmente descubre que éste y los demás medios con que triunfa la naturaleza mecánica sobre la naturaleza fálica que es la suya, pueden también ponerse a su servicio sin maltratar su independencia un poco cinegética. Persigue, en este periodo, reemplazar el utensilio de madera por el de metal, pero no su utensilio de sangre; esto es: como los elementos que vienen a modificar la semblanza de su vida proceden de afuera, y él no viene de afuera sino de adentro, resulta que el proceso de adaptación del instrumento se realiza sin que su mentalidad primitiva se modifique, dando por resultado que servido del progreso occidental sigue absorto en su pequeño dios tutelar: el sapo o el Allkamari, sin que la teogonía católica haya logrado poner diente en la majestad definitiva de su cosmos. ¿No es éste un extraordinario caso, único en el mundo? Pero nuestros hombres estéticos obran por idéntica manera. Hablan en griego o latín, francés, escandinavo o croata –esto es lo aparencial– y en el fondo llevan el paisaje, la perspectiva, el humus, la tierra. Vale decir, el ayllu.

En otras palabras, lo único que está gobernado hasta ahora en América –en cuanto a ley de filósofos, poetas y artistas– es la tierra, y en último análisis: el instinto. Tal nuestra peripecia.

El occidente ha superado la importancia de sus instituciones primitivas, posee la evidencia de que en su sistema artesanal decusa el verdadero sentido de la historia. Pero la historia de Occidente no es un fenómeno completo, es un fenómeno esencialmente capitalista. Y se comprende que mientas su vida se realiza dionisíaca y diabólicamente como ser financiero, agonice y se revolucione como ser agrario y proletario. Estos elementos implícitamente conducen la prehistoria en su revolución. No es preciso exagerar el significado de los acontecimientos para llegar a tales conclusiones. Si algún valor inmutable e interno poseen las revoluciones francesa y soviética es el de conducir la prehistoria del grupo social en contra de la sociedad capitalista contemporánea

que la habría aparentemente liquidado. Este fenómeno no importa una involución temporal sino, al contrario, una reviviscencia esencial. Huelga afirmar que el clímax de lo que en terminología burguesa se llama plebe o hampa no ha sido precisamente de sutilidad, agudeza o de refinamiento sino, al contrario, de ruda y perentoria barbarie. Pero es cosa evidente que la mentalidad de las grandes masas oprimidas se traduce en ese obscuro instinto que suele dislocar el ritmo histórico para que la masa de las naciones con el fermento de sus problemas económicos adoptara una posición histórica, realizara su historia, es decir su vida. Tal es lo que Vico o Nietzsche entendían por ella. O lo que Goethe quiso decir en estas palabras: “en cualquier punto en que se esté, vuelve uno a encontrarse.” Resulta, por tanto, que el ayllu es la suprema creación manual del hombre americano, el primer resultado de su esfuerzo creador. La divinidad animist a que gobierna en ella –despótica– indica la situación del hombre en la naturaleza; pero asimismo es el primer síntoma de su voluntad de poder y representa su voluntad de dominio, su sentido de universo. No puede –y no debe– el arte moderno evadirse de su destino cósmico, que en América lo une a esta célula social.

HACIA LA FEDERACIÓN SOCIALISTA DEL PERÚ.

ENTREVISTA A GAMALIEL CHURATA

Por Walter Ramírez

El cronista ha estado hace unos días en varios lugares importantes del sur peruano. Ha mantenido largas conversaciones con muchos jóvenes andinistas; ha recogido sus inquietudes; y ha aceptado la misión de entrevistar a Gamaliel Churata en La Paz, donde desde hace cinco años radica. Cumple el cometido como mejor puede y transmite las conclusiones de la importante charla del escritor puneño.

Política andinista del Perú

Walter Ramírez.- ¿Cree usted posible un movimiento político inspirado en el Andinismo?

Churata.- Ninguna política moderna es ya posible sino alrededor de los

intereses de las mayorías, y en el Perú para hablar de mayorías humanas hay que ir a los Andes. Por tanto, una política

andinista es políticamente lo más lógico y congruente en el Perú. Su pregunta me permite, además, declarar el anhelo de que las inquietudes estéticas de los Andes dejen ya el plano simplemente especulativo para convertirse en una fuerza política, es decir, de acción colectiva.

Walter Ramírez.- ¿Tendría esta política un contenido histórico?

Churata.- Yo considero provisorio el episodio histórico del Perú en la costa. Cuando la historia del Perú se vuelva a elaborar en los Andes, este país recuperará su ritmo vital. Previo, pues, a todo

movimiento político de cualquier orden que sea, el Perú debe consumar la Revolución que lo meta dentro de sí mismo.

Walter Ramírez.- ¿La economía de la costa en mayor desarrollo industrial sería un obstáculo para este fin?

Churata.- No. Desde un centro político-social como el Kosko, por ejemplo, los problemas peruanos cambian radicalmente de sentido. Consideremos, ante todo, que el Perú no es un país

industrial, sino agrario y minero, por excelencia agrario, y entonces si pensamos con la cabeza llegaremos a la conclusión de que el industrialismo incipiente de la costa no puede generar un estado de ánimo industrial en el Per ú.

Walter Ramírez.- Esto implica una lucha abierta contra Lima…

Churata.- ¿Por qué? ¿Lima es un centro fabril? Eso haremos los serranos cuando la política esté gobernada por nosotros (ahora también lo está, pero los serranos que ha hecho política hasta hoy

en Lima son animales híbridos, como la china-chola, por ejemplo), porque Lima, avanzada peruana sobre la costa, debe ser un gran emporio de riqueza fabril, mas esto sólo será posible La cuando esa riqueza baje de los Andes, y no del presupuesto. Nada de antilimeñismo. El anti – ______________________

Publicado por la Unión Juvenil Andina (UJA). La Paz, Imprenta Universo, agosto de 1936. 96

limeñismo como todos los odios falaces es inútil. A la Sierra no le sirve de nada. González Prada y Mariátegui, limeños, fueron los descubridores de la "sierra". Los serranos amamos en Lima la gracia y el donaire ¿Cómo odiarla? Sólo los pederastas odian lo femenino.

Walter Ramírez.- ¿Usted ha derivado hacia el nacionalismo?

Churata.- ¿Por qué dice usted derivado? Yo pienso que el primer acto de una política masculina no será irrigar los estuarios de la costa sino electrificar los Andes. El nacionalismo lo entiendo así.

Precisamente porque no puede haber política sin nación –que es lo que ahora ocurre en el Perú– es que sostengo que la nacionalidad peruana está en los Andes. Creo necesario manifestar a usted que tanto Marx, Vladimiro Ilich o Josef Stalin, me dan la razón…

Elogio de la acción

Walter Ramírez.- ¿Teniendo usted tanto que hablar, porqué ha callado tanto señor Churata? Perdone esta pregunta antes de seguir adelante…

Churata.- Eso no tiene importancia, amigo mío. Nunca fui muy devoto de la verborragia. Tal vez si por razón de clase sea más amigo de la acción que de las palabras. Claro está que muchos malos

actos valen menos que una buena palabra. Empero, pocas veces los actos –seres vivos– pueden resultar inferiores a las palabras, por bellas y volátiles que sean. Lo que es digno de toda alabanza es la palabra que se hace acción y camina. "Amor es acción" ha escrito Georg Finck, novelista judío.

La política peruana

Walter Ramírez.- ¿Quiere hacer usted una crítica de la política izquierdista y derechista del Perú, de sus hombres y de sus partidos?

Churata.- Estoy voluntariamente desvinculado de la política del Perú,

igualmente de sus hombres. Le hablaré, pues, en términos generales. La herencia de Leguía no ha sido liquidada. Como toda

dictadura que se prolonga, la suya determinó la delicuescencia de los partidos que la combatían, engendrando inestables inquietudes revolucionarias y revoltosas. De la descomposición del partido de Leguía y de los partidos que se le oponían ha nacido una generación de partidos donde es difícil descubrir el signo propio, pero de los cuales no se puede menos que decir que son fruto de las liviandades de Leguía. En suma, creo que Leguía sigue gobernando el Perú bajo los más curiosos ropajes, ora en la oposición, ora en el gobierno. El coronel Julio C. Guerrero, tan buen escritor como político digno de atención suele distraer a sus amigos haciendo la recapitulación de tales partidos. Sin embargo, creo que entre esos partidos el de Víctor Raúl debe ser el más numeroso…

Walter Ramírez.- ¿El APRA?

Churata.- Sí, el APRA…

Walter Ramírez.- Usted concedió al APRA un valor importante en algunos esquemas publicados a raíz de la caída de Leguía…

Churata.- Es así. Fueron conjeturas de estudioso; no confesiones de catecúmeno. Pero soy responsable del pecado. No me exculpo. Estando preso posteriormente tuve que valerme del

mismo recurso para librar a quince compañeros míos que sufrían en pestilentes calabozos… Además, fíjese: Mariátegui, Vallejo, Paiva, Ravines y si no me equivoco también Uriel García y Antonio Encinas repudiaron al APRA, unos por considerarla desde el punto de vista revolu - cionario como una traición al Proletariado y otros porque desde el punto de vista del Perú era un menjunje de difícil digestión… Y le he nombrado a los intelectuales de más valor del Perú de hoy, acaso de siempre.

Autopsia del APRA

Walter Ramírez.- Sin embargo el APRA es hoy el único partido de izquierda de nuestro país… **Churata.-** Puede ser, aunque el APRA es ambidextro y

ambivalente…

Walter Ramírez.- Es uno de los partidos científicamente organizados de Suramérica.

Churata.- No digo nada, mi amigo. A mí personalmente no me consta. Juzgo por lo que, según el consejo de Jesús, constituye el hombre: los actos. Además, el asunto no es para que se ponga serio.

Voy a referirle una anécdota. Cierto joven aprista, de cándido corazón, me visitó hace algunos años en Orkopata para mostrarme un retrato de Hitler.

–Mire usted, Churata, me decía con voz trémula de emoción: esta mandíbula es idéntica a la de Víctor Raúl, y tal mandíbula, como usted sabe distinguió siempre a los conductores de pueblos. ¿Por qué se muestra usted escéptico todavía? Convénzase usted: Haya de la Torre es un gran hombre…

Por lo menos el joven de ojos cándidos poseía el derecho de perder su inocencia. En fin, sólo he querido señalar uno de los efectos que la figura magnetizadora de Haya produce entre los seminaristas… Pero, en el terreno de los hechos políticos ¿cómo se comporta el partido de este hombre con mandíbula de Hitler? Cuando el civilismo se hallaba convaleciente de los once años de la dictadura leguiísta, el APRA, asumiendo personería dialéctica, se le enfrentó con el resultado que todos conocemos. Si este lugar fuera aparente, le demostraría con sólo el análisis de este episodio aprista toda la enorme, la inconcebible inocencia de Haya de la Torre. Esa vez demostraron los padres tener más vigor que los hijos. El civilismo viejo vencía al civilismo nuevo valiéndose de un endriago cargado de dinamita: Sánchez Cerro. Y es de tener en cuenta que el epígono aprista, como sus cofrades más calificados pertenecen a la semiaristocracia colonial de la costa… y que están unidos familiarmente al cogollo del civilismo!

Walter Ramírez.- ¿Usted olvida los sucesos de Lima, Chosica, Trujillo, Cajamarca, Ayacucho, jalones de la moral y del sacrificio aprista?

Churata.- No olvido nada, preconcebidamente. A mi juicio sólo una vez el APRA tuvo oportunidad de vencer. Fue esa. Pero no, hizo como el tero-tero, pegó el grito en Lima y fue a

poner el huevo en Trujillo. Por desgracia, huevo estúpido y sangriento. Ya

haciendo lo contrario habría revelado mejor sentido estratégico, aunque el resultado le hubiera sido siempre negativo. En la guerra, como en la política, mi amigo, no hay más heroísmo que el del soldado anónimo: yo nada digo del heroísmo ingenuo e inconsciente de los jóvenes apristas, ¿puedo acaso justificar por eso el heroísmo estúpido de sus jefes? He ahí el resultado: tienen delante un civilismo otra vez poderoso, diestro en la degolladura de inocentes izquierdistas… Por estos signos y otros que callo presumo que el APRA declinará pronto a pesar de su fanatismo; porque en estos menesteres,

desgraciadamente, lo único que nunca es necesario es el fanatismo. Sus órganos vitales no prometen vida prolongada. Al nacimiento de un partido que ataque vigorosamente la realidad del Perú no le quedará otro camino que el sepulcro…

Doctrina del realismo político

Walter Ramírez.- El APRA sostiene que su programa está estructurado sobre el conocimiento de la realidad peruana.

Churata.- ¿Este es un reportaje sobre el APRA?

Walter Ramírez.- Hay en sus filas, muchos jóvenes que requieren orientación…

Churata.- Pues, sigamos. El aprismo hace descansar su programa sobre la doctrina marxista de la realidad como base de toda elaboración política, y no ha encontrado nada más indoamericano que

Herr Hitler. Después de leer a los principales teóricos (la mayoría, demasiado teóricos) apristas estoy en condición de manifestar que el APRA y sus líderes ignoran la realidad del Perú. La realidad es la historia en potencia. ¿Verdad? Bien, pues. La historia es un proceso que envuelve la totalidad del fenómeno de un organismo. No puede decirse que la histología de un dedo sea la histología del cuerpo humano. El acuerdo totalizador de las funciones es lo que hace de un fenómeno un organismo. Un pueblo necesita que el proceso de sus “hechos” comporte su vida misma. La realidad viva es la historia y es la nación. El Perú no es eso desde hace cuatro siglos. Pero como la política no es una ciencia especulativa, sino una artesanía de los hechos, debe convertir estas conclusiones a priori en postulados revolucionarios: he ahí el primer deber de un partido que

se construye a base de la noción de la realidad. Debo decir a usted que tal planteamiento de la filosofía de la historia del Perú demuestra que el APRA no solamente no es un partido revolucionario ni de izquierda: es un partido que representa el colonialismo de la costa.

Walter Ramírez.- ¿Qué hay?

Churata.- Nada menos indoamericano que Hitler y el APRA, tópica fundamentalmente hitleriana. Entiendo que en buena doctrina el realismo político tiene que herir la raíz biológica de una nación

y no sus aspectos formales. Lo que da asidero para que el APRA pase como partido realista es su técnica. Bien es verdad que en el Perú, y hasta puedo decir que en América, es el partido que tiene "una" técnica, aunque ella no sea original. Pero una técnica política puede engendrar una revolución en Europa, como el fascismo o el nazismo, porque allí se carece de raíces más profundas de la realidad que es, desde luego, si así puedo decir, una realidad extrovertida, o mejor, sólo una realidad económica, financiera, o policial, a fin de cuentas. La realidad del Perú no se hiere con establecer zonas de producción o zonas comerciales, con reglamentar los salarios o crear comedores apristas, no se descubre la realidad con proyectar cámaras fascizantes o funcionales, ni con tecnificar los sistemas contributivos. Todo eso es bueno, seguramente, y se puede aplicar a cualquier realidad general. Pero la realidad empírica, o fenomenológicamente, tiene que ser villa interior para ser realidad. Las cosas están en su esencia, vuelvo a decir, en su fenómeno… Y para descubrir la realidad hay que proponerse previamente algunas preguntas fundamentales: ¿existe? , ¿dónde?, ¿cuándo existe?, ¿vegeta?, ¿ha existido…? Porque es muy posible que la desintegración de esa entidad denominada Perú (de que tan viva demostración psicológica son la guerra del Pacífico y el sartal de su politiquería emasculada) que comenzó en la Colonia y ha proseguido en la República haya acabado con su vida histórica y su personalidad. Y si existe, ¿qué organismo es el Perú?, ¿de qué fuerzas materiales procede?, ¿es un organismo de funciones propias o de funciones

ajenas, o su materia social está en decadencia y por tanto carece del poder volitivo que empuja a la vida? La respuesta sumaria a estas preguntas nos revelará que el Perú existe cartesianamente, pero su pensamiento padece de

desequilibrio, como todo su ser, y que las funciones superiores que capacitan para la creación y los hijos sufren de atonía; que ha perdido el epicentro de su sistema cósmico, que no tiene ya la pasión de su historia, es decir, de su realidad; y que sus pulmones no soportan el oxígeno fecundo de las alturas… Sin metáforas, que el Perú traído de las orejas por Pizarro sobre la costa, es eso: una nación traída de las orejas. Y el APRA y sus jóvenes acólitos podrán saber entonces que, dialécticamente inclusive, la realidad del Perú está en los Andes, que el Perú es un fenómeno andino, como el APRA es un fenómeno de la costa; que el indoame - ricanismo para los peruanos principalmente no tiene tantas letras como estupideces en cada una de ellas; y que no queda otro camino que "peruanizar el Perú", como quería el "comunista" Mariátegui, lo cual implícitamente quiere decir: andinizar el Perú. Hacer de un esperpento grotesco una nación genuina. Como se ve, el APRA, mi amigo, sobre todo desde el punto de vista peruano, carece de una filosofía…

Concepto sobre la UJA

Walter Ramírez.- ¿Qué opinión le merece el movimiento que patrocina la Unión Juvenil Andina?

Churata.- Me halaga. El Perú, si no quiere morir por agotamiento, en un crepúsculo miserable, tiene que volver los ojos a los Andes. Este movimiento que me comunica usted es, pues, alentador.

Si yo pudiera llegar a la conciencia de sus compañeros lo haría para decirles que ha arribado la hora de salvar los destinos de siete millones de hombres condenados al hambre del cuerpo y del espíritu; que hay que alzar la voluntad para organizar una nación capaz de alimentar a todos los hombres que se cobijan en ella y capaz, sobre todo, de poner un sentido a ese esfuerzo…

Walter Ramírez.- Sírvase concretar el mensaje.

Churata.- No es mensaje, mi amigo. No estoy haciendo papel de taumaturgo. Obedezco con sencillez al contagio de su entusiasmo. Cuando yo veo en ustedes regresar los tiempos en que un

haz de bohemios andinos creían trastornar el buen juicio de las gentes, pienso que nacimos destinados a hacer la Revolución Andina, con ustedes. Por tanto, si usted desea que concrete le diré que en el Perú no faltarán hombres en ninguna

latitud que nieguen su concurso y su vida, de ser ella necesaria, para crear la Federación Socialista del Perú. Y ese es el camino.

La educación del indio

Walter Ramírez.- ¿Qué piensa usted sobre la educación del indio?

Churata.- Sustento la doctrina del gran director de la escuela de Warisata (Bolivia) y creo que todo se reduce a que el indio tiene derecho a los instrumentos que le permitan, con sus propias manos,

construir su camino. Afuera toda sistematización colonial o mestiza, y sobre todo, la estúpida idea de civilizarlo. Todos los males que han caído sobre nuestros pueblos –ha escrito el profesor González Bravo, uno de los descendientes de Wayna Khapaj– se deben a esos pocos indios civilizados. "Los grupos que detienen su desarrollo, mejor, su marcha, son pueblos de primitivismo cristalizado, encerrados dentro de sí mismo", ha enseñado, a su vez, Kurt Breyssig. Esto ha ocurrido con el pueblo indio que no logró salir dentro de sí mismo por más que España trató de infundírselo osmóticamente. Para salir ha puesto condiciones. Respetémoslas. Es lo que hace la

escuela de Warisata… Respetando esta actitud del indio, indirectamente estamos respetando el genio, la mecánica y el ethos de nuestra personalidad como pueblo.

101

LO QUE PASA EN ESPAÑA PASARÁ EN BOLIVIA

“LOS HOMBRES QUE TENEMOS UNA FE –DICE GAMALIEL CHURATA– NO PODEMOS CREER EN EL TRIUNFO DE LAS DERECHAS ESPAÑOLAS”.

Iniciamos la publicación de respuestas a la encuesta de LA CALLE sobre la revolución española con la vigorosa síntesis en que el combativo escritor peruano Gamaliel Churata define su opinión sobre dicho tema.

– ¿Qué opina usted de la revolución en España?

– La revolución en España se presenta como la natural reacción de las fuerzas conservadoras que no fueron, como en Rusia, destruidas sistemática y profundamente. Naturalmente, ella es, sobre todo, la consecuencia natural de esa política floja y ambigua en la cual tienen responsabilidad por igual Lerroux, Azaña o Alcalá Zamora. Revela también que las fuerzas revolucionarias de la península no tuvieron doctrina definida y menos hombres definidos; porque pensar que una revolución de hoy se hace para dulcificar los gustos de los pequeños burgueses que constituyen el estamento burocrático y semidecente de nuestros grupos sociales, es revelar ignorancia histórica e incapacidad revolucionaria. Concretando, la revolución en España es la consecuencia de la falta de energía y capacitación revolucionarias de la República; y constituye un antecedente ineludible para todos los pueblos –sobre todo de raíz hispana– que se proponen hacer revolución. Recordemos a Maquiavelo: “Todo el que se enseñorea de una ciudad –ha dicho– acostumbrada a disfrutar su libertad y no la destruye, se expone a ser destruido por ella”. Eso es lo que pasa en España, y lo que pasará en Bolivia, según se ve…

– ¿Cree que triunfen las derechas o las izquierdas?

– Los hombres que tenemos una fe –como pedía Mariátegui– no podemos creer en el triunfo de las derechas. Si Mola invade Madrid no ha escrito sino el primer capítulo de esa comedia trágica inspirada en Roma y en Berlín. Resta… lo

demás: España. Cataluña, en primer lugar. Y yo he oído decir a mi maestro José Antonio Encinas que los catalanes tienen un millón de hombres sobre las armas. Mola y los demás zolípedos que lo siguen no han hecho nada con tomar Madrid, si la toman.

– ¿Qué espera a España en ambos casos?

– La respuesta huelga: El triunfo de las derechas determinará la instauración de una monarquía fascista, con el deplorable Alfonso entre ellos. En vano ofrecen al pueblo esa cafiaspirina denominada plebiscito, pues aunque la llevaran a cabo el resultado sería el mismo: esclavitud del trabajador, explotación del niño, inflación monástica, miseria aldeana, consolidación del latifundio, etc.: el infierno!… En cambio, si triunfa el gobierno, se logrará un poco más de unidad ideológica en la política interna, pero no se llegará… al comunismo. Al respecto, no olvidemos que el comunismo es un punto de vista, un hito, y que hacer demagogia centrista o pseudo revolucionaria con cierta pugnacidad anticomunista es suicida para los verdaderos revolucionarios. Equivale a hacer buenas migas con el obispo Aspe y requintar al Papa, por pura candidez católica.

———————————

En *La Calle. Diario socialista de la mañana*. La Paz, 18 de septiembre de 1936.

No existe hoy un solo Estado comunista. El Soviet no lo es. El Soviet construye el socialismo, porque el socialismo no es cosa de oradores o de místicos; el socialismo es asunto de técnicos. Y el socialismo se hace con las manos y no con la lengua. Tampoco es comunista Trotski. Trotski es un literato genial, un soñador ególatra, por tanto, un soñador peligroso. La Cuarta Internacional es el caso monstruoso por excelencia de nuestra época. Es la Simonía del siglo XX. Pero la Cuarta Internacional periclitará con su epígono, y periclitado su epígono todos sus adláteres volverán al redil burocrático por demás armonioso; porque el trotskismo es, sustantivamente, lo que nosotros los americanos criollos o mestizos llamamos: “pataleo del presupuesto”. El lector encontrará difícilmente un trotskista que no esté dispuesto a vender a Trotski a cambio de un empleo. Anotamos que esta rama del socialismo sedicente nace de un lío de compadres soviéticos. Y basta.

LA AMÉRICA NO EXISTE

También a los americanos nos corresponde la misión de revisar nuestras ideas y, más que las nuestras, las ajenas, ya que nosotros, pobres en esto también, somos propietarios de muy pocas y limitadas.

Trasuntamos la tesis de un escritor suramericano al proponernos esta difícil pregunta: ¿Pero, es verdad que América existe? Así expresada la proposición tiene todas las apariencias de una frase. ¿Por qué no había de existir América si en su territorio hemos nacido, nos cobija y alimenta y de sus problemas vivimos? Sin embargo, el examen serio de la cuestión lleva al aludido escritor a resultados imprevistos. Por de pronto sostiene que América no existe, porque América no sólo es una noción o un axioma geográfico, sino un concepto espiritual y un organismo que late, se expresa y convulsiona.

No fue América lo que Colón buscaba en las lejanías del Océano; era el país del Gran Khan, o la Lemuria, no América. América surgió como un regalo o un tropiezo dentro de las aguas, y Colón, viejo ya, proseguía convencido de su descubrimiento de las Indias Orientales. En el cerebro de pobre navegante no cabía la existencia de este mundo que ha venido a dilatar el horizonte de la tierra, aunque ha venido también a segar su horizonte espiritual. En efecto, cuando Colón porfiaba en las cortes de Europa en busca de protección para su loca empresa, el mundo pensaba que más allá de las columnas de Hércules se acababa toda noción de distancia y de vida. Más allá sólo quedaba la idea de Dios o del Diablo. Descubriendo la América Colón demostró que el mundo se extendía detrás de la línea imprecisa del horizonte y de esta suerte alargando las distancias náuticas redujo el horizonte, y la sociedad medioeval, segura de su señorío sin límites sobre la tierra, encontró en la religión y sus ferocidades campo donde aplicar su exuberante vitalidad. Gregorio Marañón después de estudiar la neurosis feudal cree obligatorio llegar a la conclusión de que América materializa el ensueño místico de ese periodo de la historia, y ve en el heroísmo de los descubridores primero y de los conquistadores después, los signos de una esperanza extraviada: “En nada como en esta ilusión de América –dice el escritor americano a que parafraseamos– se comprueba el pensamiento platónico de que la idea es una candorosidad vital. En efecto, si damos valor a la metáfora de Marañón, América no es sino el sueño hipostásico de la Edad Media. Mejor dicho, América es el fruto de su neurótica embriaguez.

Habituado el mundo económico del siglo XV a los pobres regalos de su comercio sobre el Mediterráneo, no había concebido, a pesar de signos evidentes como la rebelión de los esclavos y el creciente desarrollo de los burgos, esa maquinaria diabólica que es la fábrica industrial. El descubrimiento de América creó la necesidad de la máquina de alta producción, de los vehículos rápidos y del sistema bancario. Y bien visto, eso es América. Luego, América no es sino el desdoblamiento de Europa, la conquista de campos vastos para la industria extractiva y de mercados vírgenes para el comercio, pero siempre como fenómeno simplemente europeo en el cual el papel que corresponde a la América virgen es el papel pasivo de la hembra saludable e inexpresiva. Nada caracteriza mejor este hecho como el Renacimiento. Pero si el Renacimiento es el signo evidente de la aparición de un mundo nuevo en la entraña fatigada de Europa, acaso, y por otra parte, no sea a su vez más que el ovario en que germina esa nueva clase social que ha convertido la tierra en una colmena: la clase proletaria. La clase proletaria poseyó, a poco de definir su personería económica, una doctrina y una finalidad. En estos solitarios puntales que sustentan el edificio de la Europa financiera, se apoyará, pues, el Nuevo Mundo; pero, ese nuevo mundo no es América, ese nuevo mundo es la Europa social.

América es un país antiguo y primitivo, sus instituciones participan de las formas de todos

____

En *La Calle. Diario socialista de la mañana*. La Paz, lunes, 12 de Octubre de 1936. [Firma: Gamaliel Churata]

los pueblos arcaicos. Su comunismo agrícola es semejante al comunismo chino de la época anterior a Confucio. Su moral no ha salido del patriarcado, y si podemos estudiar en el Imperio Inkásiko sistemas políticos avanzados, ellos representan la evolución de un pueblo que se dirigía al Porvenir…

El descubrimiento de América y la conquista vinieron a detener la marcha de este pueblo que, así, ha quedado sepultado y permanece sepulto todo el tiempo que corre desde ese hecho fundamental de la Historia Moderna.

Un físico florentino, el maestro Paulus, apellidó Colón al Descubridor de

América para inducirlo a la empresa de colonizar los mares.

América es sólo eso: La Colonia de Europa; la otra, la América que los ilusos americanos soñamos, hay que extraerla de la gleba fecunda en que hace cinco siglos dormita.

América, pues, no existe…

105

LAS ORIENTACIONES POLÍTICAS EN EL PERÚ

Intelectuales bolivianos que me favorecen con su estimación me han pedido unas líneas explicatorias del proceso electoral del Perú, donde, como ya se sabe, contienden fuerzas disformes de la reacción civilista y el APRA, que sería un partido de izquierda.

Así, esquemáticamente planteado el asunto, la simple observación descubre que, en efecto, el diálogo está planteado entre el partido juvenil y las oligarquías que desde Lima gobiernan el Perú más de medio siglo. Empero, una observación típicamente peruana del problema no arroja el mismo resultado.

En otra oportunidad manifesté que el APRA no era, para la historia de los intereses nacionales de ese país, lo que podría llamarse en sustancia un partido de izquierda, sino más bien un germen renovado del civilismo.

La afirmación es insólita, y para quien no está enterado de la filosofía política del Perú, hasta absurda. Sin embargo, la verdad es esa: el APRA es un partido genésicamente civilista, aunque transformado por método glandular. Ocurre con ese partido lo que con el Nacional - Socialismo, que, como todos saben, para los nazis es el auténtico partido de las izquierda s alemanas, cuando para todo el mundo es el monstruo secular del prusianismo galvanizado. Novelistas, cosmógrafos, historiadores, sociólogos, economistas, poetas, peruanos o no peruanos, todos están conformes en reconocer que el Perú procede de un fenómeno andino, esto es, que ha nacido en los Andes y se ha fortalecido en ellos, hasta tanto que la conquista española vino a desplazar su centro de equilibrio trasladándolo a la costa.

Cualquier otro país de América abocado al problema renovatorio de la política

de estado tiene delante simples problemas administrativos, mientras el Perú posee uno de carácter orgánico: la restitución a los Andes de la hegemonía nacional.

Es muy significativo que el APRA para terciar en las actuales luchas eleccionarias h aya realizado un pacto con Eguiguren, representante, como pocos, de la más enraizada herencia civilista, cuando pudo haberlo hecho con el militarismo, el cual seguramente constituye una lacra social del Perú pero no representa los intereses oligárquicos de la política limeña. En este simple detalle es fácil descubrir lo que el Estagirita llamó la entelequia.

Es que el APRA y el civilismo son productos de la costa, y miran al Perú desde la costa, como, válgame la comparación vulgar, se contempla la miseria humana desde el quinto cielo de Mahoma. En tanto, el Perú (demográficamente este argumento es irrebatible) vegeta en sus ayllus y sus aldeas con un atraso de siglos. Pero esto sería la más leve entre las calamidades que padece este pueblo si la más grave no estaría constituida por la influencia negativa y anemizante que dispersa la capital del Perú sobre el resto del país. Mientras Lima adquiere las proporciones de una urbe ninguna ciudad de los Andes ha salido de la condición de aldea. Filosofía estrictamen te limeña: la sala de recibo destila elegancia y buen gusto; la alcoba es una pocilga.

Bien sé que el APRA ofrece rectificar estos errores. Pero los postulados de un programa político no valen como hechos sino cuando están apoyados en la realidad histórica. El izquierdismo peruano será aquel que asuma la responsabilidad de revolucionar al Perú desde su base y no sólo en el Presupuesto. La idea ha sido lanzada, y se concreta en pocas palabras: Organización de los Estados Socialistas del Perú, y traslado de la capital al Cusco. Ninguna de estas cosas entiende el APRA. El APRA no es, pues, un partido de izquierda en el Perú; puede serlo, en cambio, en Costa Rica o en Chile.

Otro argumento manido: su extraordinaria difusión y su enormidad de masas. Para un político serio este es un argumento musical. Ciertamente, los borregos valen por su cantidad, pero

---

En *La Calle. Diario socialista de la mañana*. La Paz, 18 de octubre de 1936.

[Firma: Gamaliel Churata]

106

al fin acaban en el puchero. Tengamos presente que hasta ahora el incomparable Kerensky sigue sosteniendo que su partido fue el único verdaderamente popular, y que Rusia cayó en manos de unos pocos filibusteros.

Y, sin embargo, gobiernan los Soviets.

107

PROBLEMAS Y TÓPICOS SOBRE EL INDIO:

EL CONGRESO DE PROFESORES INDIGENISTAS

No me ha sorprendido la sugerencia hecha por los compañeros de LA CALLE para que hombres de letras como Céspedes, Tamayo, Arguedas, y hombres de ciencia como el profesor Posnansky, formen parte del Congreso Indigenista que se instaló ayer, ya que lo menos que se puede exigir de estas actividades es que obedezcan a sinceros propósitos de rectificación. En cambio, no comparto de la iniciativa de los camaradas de redacción para que se me hubiera invitado a terciar en el debate, porque yo, periodista y meteco, si intervine hasta hoy en el episodio dramático de educación indigenal fue respondiendo a un imperativo categórico, visto que la cuestión del indio constituye la única cuestión social de América…

Los términos del problema educacional del indio son dos:

a) Hasta hoy el proceso educativo del indio fue mero escarceo de intelectuales gaseosos o de pedagogos digestivamente voraces;

b) Warisata, con su sentido del esfuerzo elevado a fórmula pedagógica, ha creado el clima aparente para el debate de la educación del indio.

Tan fuerte es la acción polémica de Warisata que ha suscitado dos bandos. El que sostiene Warisata y el que sostiene Caquiaviri. Este último es un grupo de composición familiar.

Estos dos bandos, aparentemente facciosos, en verdad representan dos modalidades del pensamiento indianista. Polarizan la colonia y la insurgencia. El director de Caquiaviri puede ser clasificado entre los intelectualoides románticos que juzgaron al indio con lágrimas, y que por tanto no pudieron comprenderlo. Algún folleto de Guillén Pinto sobre el asunto sería suficiente a negarle capacidad mental para dirigir una escuela de indios: tal es el cúmulo de errores, prejuicios mestizos, etc., en que incurre.

El director de Warisata no es siquiera un intelectual; es un hombre práctico, por tanto; un creador, que extrae su filosofía pedagógica del único libro que merece su atención: la naturaleza indígena y sus grupos sociales. Warisata, desde este punto de vista, constituye el ensayo más importante cometido en América, y puedo aseverar sin hipérbole que no ha sido superado por ningún otro país: ni México. Si ha aquí hubiera espacio, podría demostrarlo con copia de argumentos. Pero lo más importante no es esto, sino que mientras Caquiaviri se enquista en la aldea, Warisata lo ha hecho en el ayllu. Y esto es lo fundamental, Los indios de Caquiaviri se reúnen en cabildos y hacen luego de pongos del director y sus invitados, mientras te atralmente reciben con Hallallas de origen cartaginés, a quienes abobados de “ver” esas actitudes mímicas no se asombran de su propia ignorancia. En Warisata, no hay misa en escena, ni hallallas, pero los indios han dejado de ser pongos y trabajan alegremente. La lucha no admite paliativos. Es de más buscar un punto de contacto: encontrarlo sería demostración de fatalidad irremediable para el indio. Este problema está ligado a la tierra, mejor dicho el problema indígena es más bien el problema de la organización terrígena, y sólo los hombres como Pérez que han descubierto con intuición sorprendente sus verdaderas características, pueden acometer, como él lo ha hecho, la obra gigantesca de resolver el problema por la escuela. Pero por medio de una escuela de concepción extraordinaria como es Warisata. Tres periodos económicos son susceptibles de discriminar en el laberinto americano a)edad agraria, b)edad minera; c)regreso a la edad agraria. No es preciso acusar dotes geniales para comprender que la Colonia y la República han represen –

———————————

En *La Calle. Diario socialista de la mañana*. La Paz, martes 27 de octubre de 1936. [Firma: Gamaliel Churata]

tado la esclavitud del indio, por medio de la minería y que la única forma de

revalorizarlo es retornar a la política agraria, es decir, a la tierra, pero a la tierra colectiva y nacionalizada. Y si se juzga de esta suerte el asunto se comprende que el duelo entre aldea y ayllu es fundamental de dos economías no sólo diferentes sino antagónicas. La escuela, sin excusa, debe asentarse en el ayllu, que es de donde parte la riqueza y no en la aldea que es en donde se la explota por los covachuelistas criollos y todo género de alimañas, inclusive el profesor de indios que encontró el mejor negocio en su apostolado.

En las angustiosas síntesis que debo hacer de la doctrina aquí sustentada, no cabe ya más que desear para el Congreso de profesores indigenistas la mejor suerte. Sería lástima que se impusieran los intereses personales matando lo único realmente grande que Bolivia tiene hoy: la escuela de Warisata. Sensiblemente, como veo yo organizado el Congreso, parece más un cuadrillazo contra esa escuela, ojalá, empero, el desarrollo de los acontecimientos me haga ver el equívoco.

TESIS SOBRE FEDERACIÓN SOCIALISTA

DE UNA CARTA

Además de un sincero y equilibrado socialismo del que no hace gala pero al que siempre resulta leal, el coronel Guerrero ha tenido para mí el valor de ser un ardiente partidario del federalismo en el Perú, pero de un federalismo no ya inspirado en apetitos aldeanos sino en un federalismo más bien económico. Es acaso esta afinidad de principios lo que hizo nacer entre nosotros una amistad que no tuvo otras complicidades que la camaradería respetuosa de hombres situados –con pequeñas discrepancias– en semejantes planos ideológicos y mutuamente interesados en comprenderse. Tales circunstancias me han permitido acercarme a un amigo que, sin romper la tradición de adustez y parsimonia verbal, propia de todo serrano, fue revelándoseme cada vez con lineamientos más precisos un ideólogo que ha superado las ambiciones que llevan a la politiquería inocua de la aldea para agitar sus preocupaciones en una atmósfera de intereses superiores. Me consta, al respecto, que el coronel Guerrero es casi –y sin casi– irresponsable de una candidatura presidencial que jugó cierto papel en la política peruana antes de las últimas elecciones.

Pero de lo quiero ocuparme ahora no es de eso, sino de su concepción del

federalismo. De antemano debo decir que hace pocos días leí copia de un ensayo de que es autor, denominado “La idea federal”, aparecido en 1932 en un periódico del Callao. Tal ensayo posee para mí un interés extraordinario, pues observo que los puntos de contacto con ideas que ya expresé al respecto son muy frecuentes. Guerrero parte de consideraciones generales sobre la morfología política del Tawantinsuyo, y ve en el centralismo de su sistema una de las causas predominantes para la fácil victoria de la minoría española sobre las masas aborígenes. El centralismo, sobre todo en países de población deficiente, tiene la virtud de hacer gravitar toda la vitalidad de una nación en un punto determinado, descuidando el resto del organismo que así corre la suerte de desenvolverse con ritmo perezoso y anémico. Desde luego, el centralismo de Lima ha engendrado en la República la presupuestofagia que importa, en verdad, la única y verdadera causa de la caquexia del Perú. Ya desde el punto de vista guerrero, es decir militar, el centralismo del Perú y sobre todo su costeñismo fue la causa para ese desbarajuste inconcebible del 79. Obsérvese que no fueron los pueblos sino un hombre, el Mariscal Cáceres, quien, tras la vergüenza y la derrota peruana en la Costa, se replegó a los Andes para, en símbolo geográfico, improvisar un pueblo de ese país cuyo centro metropolitano había sufrido ya el desgarramiento femenino de la ocupación. Ni lo uno ni lo otro habría ocurrido si el Perú en el segundo caso hubiera poseído siquiera dos centros de gran desarrollo, es decir, si el Perú no se hubiera reducido, como hoy, a Lima. Los inkas requirieron de diez generaciones para dominar –y no lo habían logrado completamente– las repúblicas feudales que constituían América preincaica, poseyendo correlativamente, la misma superioridad técnica que respecto de ellos tenían los conquistadores. En cambio, los suaves y bizantinos orejones, muelles y vastos desde su Kosko afeminado y brillante, cayeron en el espacio de un espasmo histórico…

No queda, a juzgar de este asunto con criterio científico, otro camino que obedecer a la naturaleza que manda en el Perú levantar la bandera del federalismo económico, es decir la delimitación política de este país de acuerdo con su ser biológico y genésico. Naturalmente esta re -

———————————————

Introducción al ensayo del Crnl. Julio Guerrero: “La idea federal”. En *La Calle. Diario socialista de la mañana*. La Paz, 20 de enero de 1937. [Firma: Gamaliel Churata] Julio C. Guerrero fue un militar peruano heterodoxo, llegó a ser secretario personal del mariscal Andrés Avelino Cáceres . Se proclamó partidario del federalismo y publicó algunos libros de historia y estrategia militares como:

“Guerra de guerrillas”, “Belicología”, “Ciudadanos y soldados”, “La guerra de las ocasiones perdidas”, etc.

volución no puede llevarla a cabo ningún partido romántico elaborado con la carne dulcete de Narciso, ningún partido retrógrado intoxicado con el sudor y los piojos de las indiadas envilecidas en el hambre y el saqueo elevado a la categoría de única industria extractiva; esta bandera tiene que agitarla el socialismo que es, en todo caso, sobre todo en el caso de nuestros tiempos, no ya una panacea para universitarios levantiscos o doctoretes rijosos, sino palanca revolucionaria, única palanca revolucionaria que moviliza ciento por ciento las energías adormecidas de los pueblos. Sinceramente pienso que el Perú está en edad de sufrir una intervención enérgica. Por eso es

que el ensayo del coronel Guerrero me ha entusiasmado, como me entusiasma su conducta sobria, y su energía civil; virtudes que yo querría ver en marcha…

EL CONFLICTO DE LOS PONGOS

Como una contribución a favor de la campaña de los diez millones de bolivianos para edificaciones campesinas que realiza el Ministerio de Educación, insertamos el discurso que a invitación expresa perifoneó Gamaliel Churata desde la Radio Illimani.

Invitado por el Ministro de educación Pública de Bolivia me dirijo con estas breves e intrascendentes parábolas a todas las personas que en Bolivia, Perú, Ecuador, o en donde quiera que sea se interesen por las causas de las masas oprimidas… Y lo hago, no en representación individual, de la que acrezco, sino en nombre del fervor socialista.

Radioescuchas: cuando España trasfundió una parte de su vitalidad hacia este mundo de América, llamado imperfectamente Nuevo Mundo, sabía que más allá de las columnas de Hércules se columbraba un mundo viejo perdido en el océano de los mares y, del que vagamente hablaron el Thorá y el filósofo platónico, pero del que habían dado señas concretas los navegantes fenicios, como para indicar que América antes de una abstracción intelectual es una

realidad económica. El redescubrimiento de este mundo estratificado en la tautología feudal, sin orillas ni esperanzas, amplió los límites del mundo y levantó sobre sus despojos el reino de otro –este sí nuevo: el mundo de las Colonias Occidentales de Europa.

La tierra que hoy ofrece problemas no es pues la tierra o el mundo de los Inkas, sino la República de las colonias de tierra firme. Afortunadamente los Inkas han muerto, aunque con la muerte de la semilla, para renacer en las masas de los campesinos americanos y en los paisajes de nuestro cosmos, pues son ellos –los trabajadores y el mundo– los eternos creadores de la conciencia social.

He ahí por qué el ambiente sociológico de América no es comparable a ningún otro, y por qué el primer día del Socialismo –entre nosotros– es también el primer día de A mérica.

Poseemos sesenta millones de indios frente a una minoría de europeos que, sin embargo, durante los últimos siglos han elaborado como suya la historia de esos sesenta millones, cumpliendo aun el imperativo biológico que arrastra al gameto masculino a fecundar el vientre maternal, lo que, desde luego, no es un mal, porque de esa misma capacidad han nacido posibilidades consoladoras para el hombre.

Esto no implica, empero, que las masas indígenas no constituyan la base humana de esta nueva Europa, como no implica tampoco que su cultura no represente un estrato clásico de su mentalidad. Sin embargo, los nuevos europeos no son todavía indios americanos, y aunque engendren una nueva modalidad del genio greco-latino con la materia salvaje pero dócil de es te mundo primitivo, fáltanles seguramente sedimentar en un periodo geológico…

Tales fórmulas pueden salvar al indio de carne y hueso, como pueden salvar la espiritualidad de América; porque este es el verdadero problema; por él se afanan los hombres que sienten la indignidad: salvar al indio; impedir que desaparezca en el torbellino del porvenir, que su sangre y espíritu enfloren y que el tramonto del mundo actual cuya liquidación nadie podrá impedir respete el alma infantil y primitiva del indio americano, hijo, como el cóndor de edades prometeicas, del Aura Mazda o del Génesis…

No, no es un terreno lírico, sin embargo, sentimental o imaginativo, que debemos ubicar esta cuestión. Si algo es el problema indígena es un problema

social; el problema de la ser vidumbre en América, el conflicto de los pongos.

No se puede sentir América, señores radioescuchas, si no se vive al indio; pero no se puede

---

En *La Calle. Diario socialista de la mañana*. La Paz, 9 de marzo de 1937.

vivir al indio tampoco si no se siente la humanidad de su causa. El pongo es el símbolo de nuestro mundo miserable de hoy; es el ilota de nuestra República; su presencia comprueba que este mundo equivocado en que tan mañosamente suena todavía el atropello de los encomenderos, no es América, ya dije: es la tierra de las colonias de Europa; precisamente dignificar al pongo es el camino de descubrir –recién– América, la verdadera América… He aquí el espíritu y la carne de esta cuestión.

Yo no puedo menos de sentir viva complacencia al constatar que los hombres que acometen la solución del problema campesino en Bolivia, comprenden que tienen frente a ellos una cuestión grave que debe ser resuelta sin vacilaciones y con la energía que engendra la conciencia histórica; y que si hoy plantean sólo la revolución pedagógica, es porque saben que pedagogía no quiere decir letradura, como enseñó Tamayo, sino exaltación integral del hombre, comenzando por el educador del estómago: el pan!; para continuar con la empresa de entregar la tierra –y ya han comenzado a hacerlo– a quienes pueden convertirla en espigas doradas y en canciones…

El dinero particular o público que se dedique a esta obra, en Bolivia, Perú, Ecuador o donde quiera que fuese, enriquecerá moralmente a los hombres capaces de otorgarlo, aunque tuvieran que valerse para ello de la Fuerza, el glorioso titán de ojos luminosos que empuja a la Victoria…

SÓLO EXIJO GARANTÍAS PARA PERMANECER DIEZ DÍAS MÁS EN BOLIVIA

He venido de Chile porque el Canciller de la República y el Secretario Privado del Presidente, por varios conductos, me hicieron saber al día siguiente de la dimisión del Coronel Toro, que no existía ninguna orden que obstaculizara mi reingreso al país, y luego porque el Coronel Toro manifestó en Arica a persona de veracidad probada, que reconocía los atropellos de que fui víctima constituyeron un error de su gobierno! Quise olvidar, pues, las doce horas de prisión injustificada que se me dio hace dos meses, en invierno y sin lecho, mi secuestro en una pocilga de Viacha, el camastro piojoso y tuberculoso que se me brindó y, finalmente, mi destierro al puerto antes citado, donde dos agentes de la Policía de Investigaciones –el subjefe entre ellos – me abandonaron a la libertad y al hambre…

Consecuente con el principio de que el error es patrimonio de todos los hombres, me acogí al olvido, esa medicina infalible… Empero, antier, que en uso de la libertad de ingreso que había decretado el gobierno –y que a mí se refieren– dejé el convoy de Arica que me había traído nuevamente a Bolivia, dos agentes de la Policía volvieron a apresarme, y metiéndome en un camión de sus servicios me incomunicaron en la Policía Central. Y aunque unas horas después el capitán de aviación Belmonte, jefe de Policía, me daba libertad con palabras gentiles, excusando el abuso de sus subalternos, tengo para mí que la secuela de odios que suscitó mi labor periodística en servicio desinteresado de Bolivia y del Socialismo tendrá acaso un interregno pero que ha de seguir manifestándose con torpe obcecación. Requiero, pues, para zanjar estos incidentes, sólo de diez días en los cuales llevaré mi tienda a otro país donde cobijarme y donde sea posible el ejercicio de la mente sin el temor de espantar a los murciélagos… Tal el objeto de estas pocas líneas fi nales.

En consecuencia, pido al gobierno de Bolivia, al pueblo boliviano, y lo hago poniendo delante el testimonio de las representaciones extranjeras acreditadas ante el Gobierno de la República, se me otorgue, de acuerdo con el Derecho de Gentes, las garantías que necesito para ocuparme libremente en la preparación de mi viaje, operación que me ha de demorar a lo sumo diez días.

La situación de violencia en que estoy colocado, no menguará en lo menor mi cariño por Bolivia. Mi acción está ligada al primer intento estatal de formación socialista del país, nace y se justifica por la colaboración descubierta que LA CALLE prestó a obreros, empleados y gobernantes mientras se mostraron leales a su derecho y a las doctrinas socialistas, en 25 años de convivencia con varias generaciones no faltará hombres que reclamen de mi acción cuando,

desaparecidos los odios, las ambiciones y las pasiones, se justiprecie la sinceridad de un trabajo más rudo que productivo; y, finalmente, esta situación de violencia que me obliga a partir no hará sino acrecentar con la perspectiva del tiempo y el espacio el sentimiento de afecto que me une a esta tierra, porque si los gnomos que tratan de deshacerse de mi presencia consiguen apresarme, vilipendiarme y escarnecerme, no lograrán nunca quitarme el amor del pueblo que se manifiesta en la solidaridad de las mujeres y los niños, de los obreros y de los intelectuales, de los universitarios y de los políticos, adhesión que cuantitativa y cualitativamente vale mucho para quien, como yo , hizo de su vida el espejo de su pensamiento.

Aquí debería concluir, pero es necesario decir algo a los directores de Investigaciones y "Última Hora", quienes sabiendo que nos separaban muchas leguas, abortaron en mi contra certificados y editoriales…

Yo pedí al Coronel Toro la exhibición no de muchas sino de una sola prueba que "demostrara" mis actividades comunistas. No se presentó nunca. Al contrario, en presencia del director de LA CALLE, el señor Candia me dijo que "el presidente estaba convencido de que se trataba de calumnias". Días antes el doctor Luis Toro Ramallo, de manera espontánea me comu – ______________________

En *La Calle. Diario Socialista de la mañana.* La Paz, 22 de julio de 1937. [Firma: Gamaliel Churata] 114

nicó que mi prisión (la primera) se había debido a la "inexperiencia" del nuevo director de Propaganda Nacional don Zacarías Monje Ortiz, y como personas que presenciaron la inexperiencia de Zacarías parlaron después conmigo, ya sabía de qué índole de inexperiencias padece nuestro querido periodista…

No tengo más que decir al respecto. Para los murciélagos y ratoncillos que tratan de roerme, ¡el perdón!, es inútil que esperen inspirarme otro sentimiento.

115

FEDERACIÓN SOCIALISTA

TESIS PERIFONEADA A INVITACIÓN DE LA RADIO "LA PAZ", LA NOCHE DEL 28 DE JULIO

Hasta hace poco la materialización del pensamiento pertenecía a la especie de los fenómenos ectoplásmicos, y sólo era dable ver y palpar las ideas y los sentimientos en el plano astral donde se agitan espíritus; hoy, robando al éter sus dones y sus misterios, puede el hombre emitir su voz a través de la distancia; acercarse a los suyos y a todos los hombres y entregar su espíritu materializado en la palabra…

En momentos de abandonar el suelo boliviano, donde he pernoctado en amor y en lucha durante 9 años, quiero valerme de la radio "La Paz" para enviar a mis amigos y camaradas del Perú un saludo en el día histórico del 28 de julio, y al mismo tiempo estrechar en las ondas de este afecto a mis amigos y camaradas de Bolivia; pues uniéndonos en la comunidad de mi abrazo puedo referirme a un problema que por igual los afecta y cuya solución acaso signifique para ambos la conquista de la personalidad y su victoria en el tiempo y el espacio.

Cuando se asegura que no hay continuidad política y morfológica entre los pueblos de Europa y América, no se habla de discrepancias biológicas ni antropológicas. No. La tierra, grano de arena en el estuario del Universo, no alcanza para producir un pensamiento etéreo en Alemania y un pensamiento geológico en Bolivia; y aunque así fuera todo lo etéreo y geológico de la Tierra no es sino apariencia distinta de un solo fenómeno. Pero si nos referimos ya no al organismo sino al hecho dramático en que ese organismo se manifiesta, entonces descubrimos el proceso histórico, y allí si surgen las discrepancias fundamentales, porque mientras Europa ha realizado su devenir en porciones ascendentes de hechos, la América, copada por el zarpazo de la conquista se detuvo bruscamente y en vez de luchar nos dio sus entrañas para que en ellas prendiera el milagro de una nueva vida… Por este hecho, radioescuchas del Perú y Bolivia, la vida histórica que se desarrolla en nuestros pueblos es una vida incipiente, juvenil, atolondrada y exótica. Sólo la concepción del caos como forma vital explica pues nuestros errores y nuestras miserias, explica nuestras fuerza y nuestra esperanza.

Políticamente, por tanto, nuestros problemas más que doctrinarios son organicistas, nos reclaman una solución vital antes que soluciones intelectuales. Incapaces de orden, creímos que este podría sobrevenir a las políticas centralistas y representativas sin considerar que en los organismos atacados de morbo generalizado la prudencia terapéutica aconseja proceder por partes para conseguir una ventaja general. De esta suerte, mientras en nuestros pueblos el progreso se realiza afanosamente sólo en determinados núcleos, el enorme

organismo del país vegeta en una catalepsia que sólo se interrumpe con las bombardas religiosas o los tiroteos de los cuartelazos. El mal en ese caso no es de la política, la que puede ser muchas veces bien intencionada, el mal es del régimen despótico de ese centralismo que no existe en la naturaleza y que ha inventado el hombre en su loca carrera de apropiación del trabajo de sus semejantes hasta haberlo cristalizado en un cuerpo doctrinal que no tiene herejes, por desgracia. No de otra manera se explica la existencia en nuestra republiquetas de una ciudad estupenda como capital del país mientras el resto de poblaciones vive con cinco siglos de atraso! Observa el hombre curioso que en las confederaciones mejor organizadas no existe esta absorción de un punto en desmedro de los otros, como ocurre en los Estados Unidos, es que varias capitales de estado son, como ciudades, muy superiores a Washington, capital de la república. Allí la energía no ha sido distribuida, ha sido extraída…

No tenemos disculpa alguna para el atraso de la beligerancia federalista, sobre todo en el Perú. Nunca se estructuró en nuestro país una política de gran estilo para ceder la voz velada hasta

____

En *La Calle. Diario Socialista de la mañana*. La Paz, 31 de julio de 1937. [Firma: Gamaliel Churata] 116

en los últimos villorrios peruanos del federalismo consubstanciado con los justos anhelos de su progreso. Hoy, se nos dirá, poseemos una gran ciudad en Lima, si ello cabe dentro de la relatividad; pero esta opulencia limeña le cuesta al Perú su miseria de todos los días! He ahí el departamento de Puno con cerca de un millón de habitantes y cuyas poblaciones no pasan de la categoría de aldeas, cuyas juventudes tienen que emigrar irremediablemente, puesto que en la patria carecen de todo… hasta de libertad! He ahí el Kosko, cabeza de una región opulenta cuya riqueza agraria y ganadera difícilmente puede ser superada en el mundo; sin embargo, la ciudad de los inkas no posee un hotel que merezca la pena y si hay alguno tolerable se debe al dinero de las empresas imperialistas que extraen la riqueza de los ferrocarriles… Ya solamente estos hechos reales aconsejarían renovar el ímpetu de la beligerancia federalista si no hubiera hoy razones de más profunda significación.

Los pueblos son como los hombres, precisamente el pueblo es el hombre multiplicado, y requieren para su desarrollo de la posesión irrestricta de su

mundo, de su campo de operaciones, de sus motores mentales, de su centro de gravedad, entonces su desarrollo no tiene sino el límite de su propia naturaleza. Pero cuando los pueblos deben vivir bajo el engañoso imperio del centralismo a la espera de los jugos gástricos que le son dosificados en una alquimia entre nosotros estúpida, entonces se produce lo que vemos: pueblos ricos de sangre joven que agonizan en una languidez palúdica.

Este cuerpo de hechos es lo que constituye el hogar geográfico; y los hombres y los pueblos necesitan de un hogar geográfico para magnificarse. El proceso de la generación enseña además que es la naturaleza del hombre lo que engendra y que una mujer no puede ser fecundada por medio de decretos de gobierno. El centralismo pretende alimentarnos con jeringa!

Una consecuencia práctica fluye entonces de estas previsiones: la necesidad de que en cada uno de los pueblos del Perú, superando el pobrediablismo de su política vigente, se alcen los grupos federalistas alrededor de la bandera del socialismo, constituyan sus comités de gobierno local, y se preparen a recibir los acontecimientos, porque un pueblo como el Perú cuya tragedia es más honda por ser más profunda su importancia histórica en América, no puede definir sus formas vitales sino por movimientos sísmicos que sacudan las vértebras de la nación. Y cuando esto llegue, es preciso que el federalismo haya triunfado, el federalismo socialista, se entiende, porque si no ocurriera tal cosa, por más que triunfe la panacea aprista si el país sigue sometido a la férula del estúpido centralismo que hoy lo gobierna, su agonía se prolongará acaso sin límite.

Yo quiero pues saludar a los radioescuchas peruanos en esta ocasión con el grito de guerra de los federalistas del 98:

“PERUANOS: SÓLO EL FEDERALISMO SALVARA AL PERÚ”.

BOCETOS DE UNA FILOSOFÍA SALVAJE

SIMBOLOGÍA MATERIALISTA

La Pakarina o el dios Penates han sido representación de una necesidad objetiva satisfecha por el trabajo… Dioses fueron en su tiempo el Ají o el Puma, y en tanto se mantuvieron sometidos a la voluntad de dominio del hombre,

igualmente todos los seres de la naturaleza. Así, los mochicas adoraron a un dios aiapaeco como los Antis adoraron a uno hidrocarbonado.

Proteo nace en el Quersoneso, y es una imagen del mar cambiante y comercial; el Achachila nace en el Titikaka, y representa a la tierra múltiple e inagotable; y esta relación entre naturale za que produce e individuo que aprovecha la maravillosa fecundidad, es lo que ha venido a constituir nuestra mitografía o zoología mental.

¿Puede indagarse por la naturaleza numinosa que forma este mundo primitivo? ¿Su conjunto de hechos? El positivista Smoller (en un tratado de sociología) sostiene que en sana doctrina hacienda, enserío, aldea o ciudad son palabras unívocas, y tiene sobrada razón; para los efectos prácticos de nuestro análisis no habría manera de diferenciarlas de la “wasintin”, o casa colectiva, que fue célula de la marka (Castro Pozo). En la promiscuidad del ayllu primitivo las relaciones de consanguinidad son igualmente intrincadas, confusas, tanto que el parentesco es clasificatorio como en los pueblos indogermanos (Cunow). El anciano del ayllu se convierte en el Achachila freudianamente.

Es fácil además comprobar que el positivismo buscó en la entraña de la sociedad primitiva con los mismos resultados del materialismo dialéctico: ambos encontraron que las ideas míticas o numinosas corresponden a fenómenos biológicos o económicos, y que sólo la inevitable anfibología del idioma tribal o clásico explica la aparente diferencia de las mismas.

EL ABSOLUTO

El absoluto del hombre primitivo –frutos, vivienda, frío, calor, etc.,– ha mantenido sobre él una influencia decisiva hasta el momento en que ciertos factores extraños a la simpleza de sus costumbres vinieron a reemplazarlos por un nuevo absoluto.

Por ejemplo, si la aclimatación de la Chokhe (papa), fue el gran problema agrario de los habitantes andinos, era natural que la providencia de la lluvia formará parte de su más elevada y compleja concepción metafísica originando al dios meteorológico por excelencia: Wirakocha.

A su vez el sistema de regadío por medios en su tiempo de extrema habilidad, engendra entre los persas una religiosa veneración por las canales, a punto de

sugerir una teodicea, y si los cánticos del Zend-Avesta tienen un valor litúrgico no es tanto por ortodoxia cuanto por la importancia agrológica y técnica de la sabiduría de Zoroastro…

Ya no es un personaje insólito el espíritu diabólico que enloqueció a Fausto y pretendió desbaratar la castidad de Jesús. Sus armas: radio, rayos X, capital financiero, foto–telegrafía, gases incendiarios, etc., pueden ser utilizados hasta hoy por el más estandarizado de los ciudadanos; se ha perdido el pavor del endriago; el diablo de nuestra época es un Leviatán mecánico de costillas de platino, cuyo saludable corazón palpita con cinco mil caballos de fuerza. En esta época de la conquista del átomo y de las secreciones endocrinas ni el más majadero de los poetas concebiría al Mesías bajo su dulce túnica inconsútil; el mesías contemporáneo es marxista, freudiano, calvo y cínico.

Lo pintoresco ha muerto.

———————————

En *Revista de Bolivia.* Año 1, N° 2, 1 de agosto de 1937. [Firma: Gamaliel Churata]

Wirakocha no es pues otra cosa –y es cosa de todas maneras– que un acontecimiento psíquico en el cual la ***chokhe*** y el chacarero se complementan.

La coexistencia de estos dos elementos: trabajo y naturaleza, revelan el concepto que de totalidad y de mundo tiene el hombre, y patentiza su sentimiento de las cosas…

METODOS EMPÍRICOS

Apliquemos a la elucidación de estos problemas una lógica manual –lógica manual que en este caso equivale a lógica instintiva, o a lo que Hegel llamó el “acontecimiento psíquico”– y veremos que la unidad del ser en la vida se realiza más directamente cuando el hombre se liga a la raíz de intereses de su grupo, entendidos por su absoluto, el que a su vez sería solo la metafísica de su técnica. Es decir, el absoluto se genera cuando el hombre se sirve –porque los domina– de agua, viento, calor, fuerza eléctrica, luz incandescente, automóvil, avión,

radio, caballo, carreta, etc, etc., unidades útiles de su mundo vegetativo. Mientras este consorcio no se efectúe, es lógico presuponer que el hombre primitivo o moderno se halle incompleto y, por tanto, no alcance la presciencia del mito, su unidad o sinergia… De esta suerte, cuando necesiten disponer de todas sus fuerzas individuales o colectivas, los cristianos emitirán a Cristo en la misma dignidad jerárquica en que los americanos emitimos al Anchancho…

Posteriormente este suceso de calidad manual asume prerrogativas y posibilidades infinitas…

LOS SÍMBOLOS

No es preciso entonces que las cosas sean; nos basta con su utilidad, pero una forma no puede ya pasarse sin la otra; y se arriba al ápice de un cierto pragmatismo en el que tanto podría descubrirse el pensamiento de Spinoza, Demócrito o Bentham. En efecto, no es imprescindible que las cosas sean; basta que las cosas devengan útiles; y como la utilidad es un concepto práctico, se deduce que todo lo útil es real… He aquí como ninguna de las religiones positivas, ni aquella que padeció la alquimia tomista, puede evadir este imperativo.

Tan pesada y grosera intelección tiene sus símbolos, y esos símbolos en nuestro mundo

están representados por la **Mamata** o el **Jañachu,** aquella, animación de la tierra que produce, éste, del dios solar, fálico y genitor. En el mismo plano de equivalencia Keyserling colocará al mito del

chofer; George Sorel el de la huelga general…

EL MUNDO MECÁNICO

Una vez que el absoluto agrario y doméstico posee representación objetiva y política, porque ha superado las relaciones elementales del clan, formando un todo homogéneo y expansivo, sólo la máquina, este organismo dotado de pequeños secretos y en el que se continúa la técnica primitiva, conformará nuestra virtualidad psíquica.

De este orden de posibilidades han nacido las grandes doctrinas ontológicas y

han nacido también las grandes ciudades, reclámense de la antigüedad, el presente o el futuro.

Aquí estamos ya frente a la mitologización del instrumento, es decir del fruto artificial, y ello aunque absurdo y paradojal aparentemente, es posible, en sus consecuencias, el de mitologización es un proceso de diferenciación y de síntesis, por tanto de utilidad, y la máquina es aquel episodio sensorial en que el hombre ha materializado sus entelequias. Por este camino el hombre se encamina a la formación del hombre.

119

Cuando el grupo cinegético se bautiza con el nombre de un animal: **Kunturi**, pongamos por caso, es que se adueñó de la técnica rampante del ave en su beneficio, y ambas fuerzas entrabadas

dieron origen a cierta unidad social y mental que denomina por antonomasia a la familia o al grupo. El mito de la antigüedad se ha convertido en la máquina de hoy…

Por tanto es imprescindible diferenciar dos naturalezas por lo menos, la naturaleza nativa y la naturaleza mecánica: ambas denuncian la naturaleza inmanente del hombre.

UNA ANTROPOLOGÍA

Todavía podríamos buscar otras formas u otras pruebas a la paradoja con el proceso de los mitos y el examen de algunas piezas tiwanakotas o nazcas, de la impropiamente llamada alfarería obscena. Lo que el alfarero indígena quiso representar en el hombre que posee sexualmente al Puma, no fue el vicio nefando, para el que su imaginación moral carecía de refinamiento y decadencia, pues luego elevó el producto intelectual de este hecho a mito o tótem de su pueblo o familia. El Hombre-puma, o el Hombre-kuntur, indicarían más bien que el indígena se adueñó de la fiereza del mayor felino de sus montañas, o de la altivez del ave vulturina, de su audacia y fulminante poderío, y que adornándole de tales dimensiones ajenas a su naturaleza objetiva, pudo sacar de ellas características propias, inconfundibles.

Tampoco Quirón, el sabio centauro, es más que la animación de un arquetipo en

que el hombre aparece dominador de la bestialidad oscura. Pueblo que consubstanció la gracia de la forma, el griego al concebir las nupcias de Leda con el Cisne, ofrecía una versión del procedimiento genésico que no sería rivalizado por el cristianismo en la transfixión de la carne, cuando María, madre de Jesús, aceptó la semilla divina por intermedio de un ave pasional: la paloma; porque en Leda, en el transporte sexual, hay siempre más sustancia en movimiento, mayor volumen y materia que discurre, mayor juego de luces y de sombras…

La virgen judía acepta el acoplamiento en una actitud mística; el ave rijosa no la hiere; su maternidad se diluye en un deliquio; y porque de su vientre virginal se ha tomado una carne pura, como dice Juan Crisóstomo, no concibe al homúnculo; concibe un aroma eterno…

Zeus, más psicólogo y conocedor del corazón femenino que la paloma del Paracleto, para poseer a una de las tentadoras bellezas de la Hélade, se convierte en una lluvia de oro…

MONISMO

El principio de que todo es naturaleza se confirma, pues, en esta etapa del desarrollo mental del hombre. Así, cuando Waldo Frank asegura que la máquina es también un instrumento de la adoración animista de la voluntad, ofrece una genial síntesis del proceso social y descubre que el verdadero significado de eudemonismo es la utilidad y el servicio.

La utilidad común condujo a la invención de la máquina y del utensilio, los mismos que en determinado momento fueron máquina y utensilio de sangre. Cabe decir que en el mundo mecánico deviene el mundo primitivo, que nuestro totemismo zoomorfo se prolonga en la mística de un Gregorio Nazianceno que en la urbe multisonora se precisan diferenciar los ruidos de la jungla, como en el visaje ingenuo de Charles Chaplin relampaguea la triste alegoría del hombre del hacha de piedra y de la flecha de sílex…

ENDOLATRÍA AMERICANA

Consecuentemente, no es sólo naturaleza lo que sale de las manos de Dionisos, sino todo aquello en que el hombre puso su voluntad de vivir. El mundo fáustico de Nietzsche es también una antropología y una medida de la naturaleza: el mito

representa la expresión de esa uni dad.

120

El hombre y su grupo no alcanzan otra forma de entendimiento que tales símbolos suprafísicos, porciones algebraicas de pensamiento, verdaderos sentidos de disciplina aplicados al trabajo… La percepción trascendental de que habló Kant, y en la que estableció el pródromo de su metafísica, no es más que la percepción alegórica y antropológica del mundo; lo que Wundt aclaró diciendo que el mito es la proyección más o menos total del sujeto sobre el objeto, y es obvio que en este caso el sujeto sea el hombre y el objeto su devenir…

He aquí los elementos panteístas de nuestro mundo: todo vuelve a todo; todo es todo; nada es todo. Nuestros agricultores son un códice de esa sabiduría, y los actuales tanto como los antiguos, pues viven en constante endolatría; y al juzgar a sus divinidades como a la animación de la madre tierra, considerándose ellos mismos ***–hallpa kamaska***– energía organizada de esa unidad profunda e insondable –Pachamama–, rinden sus tributos a la tierra significándole la inmensidad de un estupor de que ellos mismos son objeto. Por eso para nuestros abuelos como para Heráclito, la muerte no es sino una devolución de la vida, y tan segura certidumbre se comprueba en los chullpares donde junto a la momia encontramos las provisiones necesarias a las prolongadas caminatas, atención concedida no al espíritu, "forma subsistente" que falta en la ideografía indígena, sino al individuo –unidad terrestre– que luchó junto a sus contemporáneos. Esta devolución del hombre a la vida por la muerte, y el concepto de que en cada fragmento de la materia existe una síntesis del todo inmortal (el "átomo inmortal" de Demócrito), nos arrastran a establecer que la concepción atómica de la vida se compagina con la concepción animista de la naturaleza, formas primarias de representar ese Universo de que la máquina también resulta un "determinante", una imagen y una medida.

121

PRELUDIO DE KONKACHI

Estaban en la tierra de

promisión. NEFI

La Edad Media es una nostalgia de América. G. MARAÑON.

La contradicción agraria

Las utas y musiñas del ayllu de Konkachi están en mi delante y las abarco desde la colina en que me he situado para dominar el panorama. Agrupadas, dan la impresión de juguetes cubistas. La mayor no tiene dos metros y no está compuesta sino por dos habitaciones que hacen ángulo y que, con una pirca cuya altura no llega al tórax, forman el patio, pues la cocina, esa habitación principal de la vivienda indígena que tanto sirve para adobar las viandas como para servírselas a charlar con los amigos, generalmente está construida fuera del cuadrángulo, y más bien colinda con los uyus, parcelas de cultivo o pastizales. Por tanto, si se afirma que la musiña no ocupa una extensión mayor de trescientos metros cuadrados, no se pondera. Los terrenos que labran los agricultores de Konkachi son miserables y no dan para más. Quitarle a la siembra dos metros sería privar a la familia de una semana de alimentación. Afortunadamente, este año los surcos han esponjado con el fruto abundante, y quienes comparten la sociedad del labriego saben que la tierra como los hombres sanos, es generosa y noble si el cielo lo permite. Para observar la diversidad de intereses que es posible encontrar en una sola colina, baste decir que ésta, a que he dado el nombre de Konkachi, se apellida un poco más allá, al Oeste, Wiskachani, por ser tal el nombre de otro ayllu distante de Konkachi unos mil metros, y a una distancia acaso mayor, Quiniquini, la misma razón, y más allá todavía, Tajkina. ¡Cuatro ayllus que cobijan a treinta familias en tres mil metros de tierra larga y pedregal, que suelta apenas parcelas diminutas para la siembra!

Al sur de Konkachi se ve la pampa de Pirapi, extendida en una legua hasta los cerros de Kamata, hacienda, Kheallani, Lampunasa, Kimsapujio. Pirapi está, en una buena parte todavía, en poder de las parcialidades, esto es, de los destruidos grupos comunitarios; pero no carece de los signos que amenazan la invasión irremediable del latifundio. La pampa es bella y abrigada; ofrece

pastos inmejorables y trébol abundante, y no le faltan los **jalsus**, a cuyos bordes crece la totorilla nutritiva. Es región rica para la crianza de ganado, y tanto o más, para chacarismo. Mientras a la

vuelta de las montañas se cuentan por leguas las tierras de productividad rudimentaria y egoísta de los latifundios, en Pirapi se apeñuscan las indiadas que ya no tienen sino las uñas que roer.

Sobre el ancho horizonte de Pirapi hay un cielo estival de tonos delicados y de grave, casi religioso silencio. Al norte se extiende la pampa de Moroamaya, límite de los cerros de Chinchera - ayllu y de la aldea de Chucuito, lugares prominentes en la Colonia y el Inkario, tristes reductos hoy de tinterillos, gamonales y curas.

Los campesinos de Konkachi rompen la tierra para extraer los frutos que constituirán, si el año es bueno, el sustento de la familia y de las parcialidades, y si malo, la notificación de emigrar en busca de limosna que las ciudades les confieren para que no desaparezcan todavía.

Persecución de América

He aquí que yo no he venido hasta Konkachi a perseguir al indio. He venido a rastrear a

____

En *Kollasuyu. Revista mensual de estudios bolivianos.* N° 8, La Paz, agosto de 1939. [Firma: Gamaliel Churata] Reproducido en “Antología y Valoración” (Instituto de Cultura Puneña. Lima, 1971).

América. He venido en busca de América. ¿Es que América existe? Lo que existe son grupos de pueblos, intenciones de trasplantes, hacinamientos que tratan de hacer nación. Inclinarnos a las nomenclaturas es empequeñecernos cuando somos algo más que una nomenclatura: somos un mundo en germen; y un mundo es variedad constante y sorpresiva. Lo que entendimos por América fue sólo una metáfora feudal, una abstracción y, para decirlo en una fórmula: la hipóstasis del devenir. En nada como en esta ilusión de América se comprueba el pensamiento platónico de que la idea es una casualidad. La Edad Media con su neurótico espectáculo de águilas sangrientas fue uno de los caminos revolucionarios que conducían a esa abstracción; y de ella intemporalmente toman realidad la visión mosaica del Horeb y la visión de Campanella. Es una sed de cielo materializada en el ascetismo medieval, diría Berdiaev. Pero una mentalidad aguda encontraría que América es una idea fortuitamente continuada en la historia.

Descubrimiento de la utopía

Aquí, frente a esta América de montes gigantescos, desnudos de vegetación, pero cuya entraña mineraliza el líquido icoroso, complace entrever a ciertos espíritus agonales que un día transpusieron su horizonte y fugaron hasta alcanzar playas desconocidas. Tal aventura transoceánica importaba el desplazamiento del comercio europeo del Mediterráneo sobre el Atlántico, y como todo lo que corresponde a esa época era un fenómeno cargado de cacofonías litúrgicas, dimensiones estratificadas. Nubes inmóviles, locura y ferocidad. Son el momento y el ambiente estrecho inmejorables para la proyección de utopismos que alivien la pesadumbre de esa realidad ahíta de virus. ¿No se ve acaso que hasta el flemático Américo Vespucio, al describir el "nuevo mundo", habla de hombres que viven en él sin amos y sin leyes, en perfecta ciencia y conciencia? ¿No indica ello que Américo Vespucio se había dado de bruces con la república de la Utopía? Lo que el Medioevo buscaba en los mares no era América ni las Indias Occidentales: era la Utopía. Hacia ella se encaminó en trágica procesión para descubrir o inventar a América. Esto último fue ocurrido. Y el abrazo sexual en que el país de la Utopía, país umbroso y nemoroso, demostró que América no tenía utopías que ofrecer; y dio lo que sigue dando: oro, goma, tagua, patatas, cacao, maíz, tabaco, quinua. En cambio, se reservó el lastre de gigantomaquia.

No digo que lo único grande que para Europa posee la "idea" utopista, que desde entonces con tautología asfixiante repetirá que en América retenemos el ombligo del mundo... Obsérvese, empero, que América, es decir el Tawantinsuyu o el Anáhuac por lo menos, no son responsables de esa "germinal tendencia a sentirse centro", tan característica del guaranguismo típico del "europeo moderno", que es "el americano", para recordar la corrosiva dialéctica de Ortega y Gasset. Lo que flota en los mares verbales del trópico americano no son las pobres algas indias; es el corcho europeo.

Gran guiñol

Desde este anfiteatro de roquedos podemos avizorar un espectáculo que tuvo por escenario el puerto de Sevilla, en la tercera década que va corrida de este siglo, y que comprueba cómo el corcho y la hipérbole son productos más europeos que americanos.

Parla uno de los primeros intelectuales españoles, parla frente a un corro de historiadores de Indias, reunido en cierto ágape o congreso, mientras el ponto sevillano, nostálgico de los encomenderos de los siglos XVI y XVII, farfulla en las resacas, mismamente que cuando, en vez de doctores, llegaban de América rudos indianos cargados de oro y plata.

Señores —dice—la Edad Media ha sido una nostalgia de América...

Pero, esto, con ser mayestático, no es lo definitivo. La comedia tiene sus años. Cuando los países meridionales rechazaron en mares del Callao la tentativa de reconquista que había

organizado la metrópoli, se estaba llevando a cabo un hecho más importante para la Historia de la América.

José Smith, oscuro yanqui de extracción irlandesa, recibía el Urim y el Tumin, que constituyen el mensaje más insólito de la revelación, contenido en un petroglifo con dos mil quinientos años de existencia. En tal petroglifo, según sus acotadores, se habla ya de la América y del judío Cristóforo Colombo, que al atravesar las aguas encontró a los descendientes semitas que estaban en la tierra de promisión.

La continuidad con que la cenestesia europea quiere ver en América un retazo de la tierra prometida no ha sido parte, en cambio, para que los descendientes de la raza prócer dejasen de ser tratados como bestias, y sigan hoy aun arrastrando el más pobre y miserable destino.

Realidad e idea de América

Hay que imaginar el regusto de esos colombroños al saberse sujetos de una nostalgia europea. Pero el bizarro español no se cuidó de explicar previamente qué cosa era esa América para que una edad de Europa —la más importante, acaso— pudiera considerarse su anhelo. No dijo que América era una república sin velocidad; que no poseía otra fuerza motriz que el hombre; que desconoció el caballo y el camello; que el llamo, su animal doméstico, es casi un cristiano, y no se concibe que con él, siendo tan fino y esbelto, hubiera acometido la empresa de levantar las murallas del Saqsaywaman; que en ese mundo primitivo

todo lo hizo la mano del hombre o la espalda del esclavo; que es un universo sin instrumentos, a no ser el instrumento de sangre; que en esta América que constituyó la sed de la Edad Media, los encomenderos no valorizaban las tierras por sus acres o sus ganados sino por el número de esclavos de que disponían; que América para Europa sólo ha sido "divino estiércol" o "posibilidad inmediata del infinito", en cuanto el proceso de reducción metálica del valor comercial lo cumplían esos encomenderos con sistemas recolectores propios de grupos salvajes. Nada de esto dijo a nuestros historiadores y contribuyó más bien con dialéctica aguda y palabras imaginíferas a que se anegaran en el guaranguismo típico del sudamericano.

No dijo que lo único grande que para Europa posee la "idea" de América, es la parte de Sancho que hay en ella. La hiperestesia gástrica que impulsa a los argonautas feudales a lanzarse a lo desconocido, no era sed de América, sino, simplemente, sed de vivir: sicio. Europa no se necesitaba para nada. Europa no podía sentir entonces necesidad de retornar a una edad primitiva. Sus crepúsculos, hechos de fanatismo y de sangre, no necesitaban de nuestros crepúsculos hechos de barbarie espeluncal y de feto; y aunque la Utopía medieval ha localizado la edad de oro en la infancia del mundo, no es posible que esa nostalgia de sencillez haya sido satisfecha por América; porque Europa, lejos de acoger su ingenuidad, hincó en la carne infante un sadismo provecto.

El sepulcro de la locura

Más propio resultaba decir que América para los europeos fue la fascinación de una eudofagia colectiva; pues en ella Europa se perseguía a sí misma, perseguía su dimensión angélica. Sólo cuando se afirma con frialdad analítica que el traslado de la influencia comercial del Mediterráneo al Atlántico puso entre el lejano Cipango y Europa un islote inesperado cuya magnitud creó "necesidades" a la Edad Media, tanto que empujaron a la vida una nueva ilusión: el Renacimiento; se llega a entender que América es la "idea" de un "cuerpo" del mar, espíritu oceánico, del que han surgido nuevos campos de colonización que utilizaron, y utilizan aún, descendientes de fenicios, griegos y romanos.

¿Qué naturaleza de nostalgia vino a satisfacer América? De horizonte, se dice. Pero entonces cabe preguntar: ¿es de horizonte físico, ontológico, comercial o humorístico? ¿El reducido

horizonte del **ayllu**, la **jatha** o el **calpulli**, ampliaría las dimensiones bióticas de Europa? Tal vez hoy de regreso de la experiencia y la desilusión podía el mundo pedirnos la dimensión tribal del

ayllu, y habría un sentido en su demanda. Pero la Edad Media, no. Todo misticismo supone atrofia especial; por eso la Edad Media se nos revela con fuerza y materiales de impulsión tan grandes que su desborde abre las rutas de la mar, de donde vino la "especería", como entendió Las Casas. Mas, en ningún caso es esta razón para pensar que el horizonte del mundo medieval ha sido ampliado por tal hecho. Al contrario, América ha venido a limitar la profundidad de la Utopía, y hasta es dable decir que la ha suprimido segando toda esperanza en el horizonte. Colón extendió las rutas de navegación, es cierto; amplió además las posibilidades marítimas y comerciales del mundo; pero descubriendo a América descubrió también la pequeñez del planeta, y demostró que el horizonte de la Edad Media no estaba en la tierra.

¿Qué horizonte ha venido a elasticar entonces el mito de América? En verdad, cuando avanzamos en la identificación de la Tierra Nueva, llegamos a la conclusión de que América no existe, al menos de que se le niega con hipérbole. Amainan las aves divinas que un día partieron dispuestas a perforar el horizonte. Su regreso es triste. No han traído sino oro y algunas piezas tropicales de apariencia humana. El islote descubierto es vasto y fecundo. Posee tierras de sima y tierras altas donde fulge "la nunca pisada de hombres, ni aves, inmarcesible cordillera de nieve". Teopompo, Juan de Patmos, Tomás Moro, pueden seguir alimentando el sueño: aquella no era la tierra presentida. América es apenas tierra nueva, nueva para Europa. Nada más. Si tan siquiera hubiera sido nuevo mundo, y no tierra mostrenca, Europa pactara con ella, como en su latín salmantino sostenía Victoria y tal vez así hundiéndose en el seno visceral de ese Nuevo Mundo, pudiera ofrecer los frutos de su aventura.

La mentira

Pero, en tanto, la Utopía se ha quedado en nosotros.

Los hombres de América, como productos menos bursátiles, permanecemos relegados bajo el amparo de las grandes montañas y de nuestros dioses vencidos. Ya no podrá decirse que la

fecundidad de la tierra alimenta nuestra sangre. Pachamama da a luz para el **werajocha** atlántico, y habituada a sus métodos —mujer, al fin— un día se niega a alumbrar para sus chacareros. Ese

día comienza la vía crucis, comienzan las guerras por la reconquista, los sacrificios y la agonía. Ya no hemos vivido después sino en Pachamama y en Edad Media; es decir, en anhelo de un temblor de tierra, de otra América por descubrir, de una fuga oceánica que salven a sesenta millones de indios del infierno estrecho de su miseria. Renacimiento en América sería por eso renascencia en sentido vegetal, hervor y entraña volcánica. Pero, esos son símbolos verbales que nos lega esa misma Edad Media que, degenerada, vive en nosotros. Tenemos que salvar al hombre, así la tierra se hunda y revienten como sapos los dioses tutelares. Y salvar al hombre no es inmortalizar al salvaje, sino movilizar al salvaje, dinamizarlo, por más que tras de esta operación valerosa se

posterguen su arte pintoresco, sus **aguayos** y sus **wankaras**, sus **wayñus** y su magia espeluznante, y

nos veamos privados de la mesnada de pongos que se humilla a nuestro paso, mochándonos como al Inka.

Nada vale en el mundo nuestra ignorancia.

La forma de salvarnos, es conocernos.

América no existe

Africa poseyó siempre mayor ubicuidad que nosotros. Seguramente este ciclo histórico que precipita un complexo de culturas y por tanto un complexo de morbos, requiere de una lubricidad

bárbara para galvanizar su sangre —tanto que se observan signos del retorno de Atila—; porque si Africa no es una estricnina sí es el guarapo de esta época. América no provoca ningún entusiasmo. Fuera de las Cátedras de etnología, malicio que sólo tiene bonos en el Pool del estaño o en los mercados de algodón, trigo, carnes heladas, o lana. Nuestras canciones no entusiasman a nadie. Hasta hace poco la literatura americana era ridícula. La lírica campesina de espíritu

arcádico y apacible, ¿qué puede decir al hombre de hoy, citadino y cósmico? El arte chimú o nazca de maravillosas simbologías agrarias y meteorológicas, ¿dirá algo de la torturada psicosis contemporánea? Hace medio siglo músicos de genio revelan el tesoro pentatónico, y fuera de algunos universitarios de Cambridge u Oxford parece que el público no se notifica de la maravilla, o bosteza. Su lirismo recuerda a Ossian o a la Vedanta, habla del agro dócil y de la posesión tranquila de la tierra. En ningún punto del planeta —París, Nueva York, Berlín, Roma —

encuentra solidaridad. ¿Acaso la encontrará en los **koljoses** soviéticos? El primitivismo del arte europeo de reciente data tampoco ha tenido que ver con América. Apenas si a Gauguin se le

reconoce alguna vinculación uterina con cierta dama comunista “nacida en el Perú”. En cambio, Africa gravita sobre el mundo en esto también como una tarántula venenosa. El fenómeno vanguardista de las letras americanas no tiene otra explicación que Picasso, Apollinaire o Simmias, el alejandrino. Tampoco en el mundo de las ideas América existe. Ni España se ha beneficiado con América; y como es la única nación que no se ha beneficiado, cada vez con mayor claridad se constata su inútil heroísmo —inútil o estúpido—, salvo que se considere ganancia para ella haber venido a agonizar en las montañas. Por ello, ninguno de los porfiados estetas que pretenden descubrir, muchos con copia de talento y la mejor buena fe —y de ser así sería una pizca—, la mano del artista chibcha o tarasco en los ábsides o columnatas del barroco español de América, olvidan elementales leyes de sociología, y algo más elemental todavía: que España fue desalojada de América cuando precisamente comenzaba a entenderla y a asimilarla.

Preludio de Konkachi

América es la realidad que yo aprisiono en este preludio. Este paisaje de Konkachi, escueto y sin árboles, o con árboles achatados bajo la inmensidad del ozono. Este Romualdo Pacho que me hospeda, limpio, vacío, hambriento, como cualquier bestia del mundo. América es esa mujer Konkachi que cubre su cuerpo con un trapo burdo, y estos niños que se revuelcan entre chillidos de gozo primitivo; este enorme Titikaka que no surcan argonautas sino hombres semisalvajes,

bruñidos de yodo; este brujo que ataca a su enemigo acribillando el cuerpo del **jampato** con mi l alfileres; América cejijunta de montañas inaccesibles y de

diocesillos subterráneos que hablan con

la voz del trueno; de ríos caudalosos que bajan cristalinos de las neveras y llegan en turbios y espesos aludes a la mar; América de los labradores interdictos, cuya amenaza de sublevación se

traduce en **japapeos** escalofríantes y que invaden los latifundios lo mismo que mangas de langostas los trigales; América de las haciendas improductivas y de las parcialidades hambrientas; América

de carne y hueso; la que no perseguía la Edad Media, porque la Edad Media quería salvarse del infierno católico y no se abandonaría en el infierno sabeísta; América del gamonal sin entrañas, heredero del orgullo español, de su sangre azul y de sus ímpetus nobiliarios, que no ha e ngendrado sino cholos dipsómanos, tinterillos sin conciencia y sin luz, curas rapaces y pecaminosos, cholas que no tienen el garbo de la andaluza ni la inocencia de la india, pero que han estilizado la mugre de ambas. Esta tierra que duele es la América. Y es para no perdernos en rutas ilusionarias, ni ahogarnos en el mar de pompas de jabón de la hipérbole, que tenemos que revelarla y exaltarla. Hasta este momento no he visto nada difuso ni confuso en este ovario de Konkachi. Ningún niño triste, ninguna mujer alegre.

Si el silencio se apropió de la naturaleza es porque el misterio genital de la vida trabaja sin estruendos.

El **Mallku** me ha visitado tres veces. Es muchacho más bien delgado que grueso, y su franqueza y dignidad me revelan que posee más honor público que la totalidad de tiranuelos

americanos, me dice que el desempeño de su oficio junto al gobernador le imponía el deber irrehuible de embriagarse todos los días en el pueblo, y que por tanto nunca tenía seguro regresar a

Konkachi, que es la sede de la **Jilakatura**. Y las tres veces le he visto desaparecer tras de la cumbre del Atoja, digna de la melena de un león; y todavía cuando ha descendido venciendo la pampa de

Chinchera, trepar las estrías cárdenas de Tikina, en las que se apelotonan las musiñas y se otea las llanuras verdes y fecundas de las haciendas...

¿No es verdad que este funcionario político es sólo naturaleza, como la pampa de Chinchera, como la América?

127

UNA PÁGINA LLAMADA A PERDURAR EN LA LITERATURA AMERICANA

En la edición de ayer de LA CALLE se insertó, sin precederla de comentario alguno, una página firmada por Carlos Salazar, destinada a servir al debate que un día se llamará de Warisata para caracterizar una época de la cultura nacional.

La página que firma Carlos Salazar es de aquellas destinadas a perdurar. Su factura es originalísima y su vigor intelectual pocas veces superado en la historia literaria de nuestro país. Ha de durar esa página por mérito de estos valores y porque ella representa una constancia de la resistencia que el país hace a la anegación de vicio y contubernio que le viene como consecuencia de la general negación de valores a que asistimos.

Si hombres como Carlos Salazar no se levantaran a hablar lo harían las piedras. El crimen cometido con la escuela de Warisata recae directamente sobre una generación ya perfectamente tipificada de escritores mediocres, por tanto de intelectuales grafómanos, y de maestros en quienes la finalidad profesional escolla en el presupuesto y no en el programa de cultura al que se somete las condiciones del porvenir patrio.

Brillante es decir poco. La prosa de Carlos Salazar en “Warisata mía” cobra el valor patético de los grandes documentos humanos. Es el grito de una generación de hombres que vio en la obra de un maestro sin jactancias la cristalización del ideal. Esa idea materializada en una obra de amor y de fe cuando hubo de verse desplazada tenía que deflagrar, y tal hecho produjo la gran resonancia moral de que es testimonio este hermoso documento.

Nunca, en ningún momento de la historia americana después de las hazañosas altitudes a que llegó el espíritu histórico en las guerras de la independencia, se había visto marcar tan alto y tan vivo el espíritu de patria y de ideal.

Warisata representaba todo eso. En vano hoy intelectuales que se acomodan a todo, ven en la obra de los simuladores de hoy la posibilidad de una continuación; sin advertir que estamos en pleno reinado de la comedia, pues lo que antes costaba años de trabajo, hoy se logra en semanas. Vale bien, entonces, que de tiempo en tiempo, hasta tanto llegue la hora de las cuentas, se produzcan voces de protesta como esta bellísima página de Carlos Salazar, que constituye una joya literaria y el documento social de gran importancia en la Bolivia de hoy.

____

En *La Calle. Diario socialista de la mañana.* La Paz, 18 de febrero de 1943. [Firma: Gamaliel Churata] "Warisata mía", vibrante alegato en defensa de la Escuela Indigenal de Warisata, fue escrito por Carlos Salazar Mostajo tras la destrucción de dicha institución en 1940. Churata estuvo muy vinculado a la Escuela de Warisata, a la que no sólo defendió desde la prensa sino que pre stó valioso asesoramiento a su director, el profesor Elizardo Pérez .

PRÓLOGO A "LO QUE SE COME EN BOLIVIA"

(Gamaliel Churata: Seudónimo tras el cual se esconde un culto y estudioso escritor, periodista y poeta. El periodismo nacional y especialmente el paceño, le debe muchas de sus páginas más interesantes, plenas de originalidad y agudeza. En este comentario al libro "Lo que se come en Bolivia" hace gala de su erudición y se muestra perfectamente enterado de todo lo que a la culinaria boliviana se refiere. Es jefe de redacción del importante vespertino "Última Hora").

Dos páginas son insuficientes para presentar a este sociólogo cuya obra constituirá en el país un hecho de resonancia perdurable. El lector tiene en manos un libro que se leerá con provecho para sus consecuencias prácticas, tanto como por su expresión de pensamiento. La cocina , menester con que pontificó la vieja Maritornes, se ha ido elevando de arte hedonista y capitoso, a ciencia, y ciencia vital. Hoy no se ve ya con desprecio a un cocinero, puesto que parea saberle con título de tal hay que suponer que hizo estudios de especialización muy serios, que debe saber de química tanto como un farmacéutico por lo menos. Es que hoy preparar una vianda es hoy un problema de calificación de

vitaminas y una ardua y sutil tarea de canalización de sustan cias incompatibles. Por eso es que volver la vista al pasado tradicional de la cocina sea tan importante como volverla al pasado histórico: en ambos casos se halla el estamento social del hombre.

Téllez Herrero es autor de este libro.

¿Quién es Téllez Herr ero?

Hay quienes le conocen por allí, pero ninguno seguramente sabe que tras de un enfoque cejijunto, palabra meticulosa, como si catara buen vino, hay tan increíble organización estética y, por tanto, mental; nadie creería que un dibujante con trazos de ser –cuando le venga en gana– el primer siluetista femenino de América, y de un profesor de francés que se deleita con los menús de Monselet, tanto como goza con el verso culterano de Valery, pero que detesta la mala cocina como detesta el romanticismo francés unto; nadie creería, decimos, que en tan extraña criatura tengamos no ya a un gran Gourmet, sino a un pensador, a un estilista y a un etnólogo.

Tenemos delante su primer libro. Se trata de una verdadera maravilla de gracia y de ciencia culinaria. Téllez Herrero ha nacido en Oruro; debió nacer en las tierras del Marqués de Bradomín o en Tesalia, a juzgar por el señorío y la sencillez con que es capaz de incursionar en los secretos de la magia negra. Dime lo que comes y te diré lo que piensas, la leyenda de su escudo heráldico. Otro filósofo como él sostenía, siempre en el terreno de la temible paradoja: dime lo que pisas y te diré lo que piensas. Lo aplicaba Bernard Shaw, que anda descalzo casi siempre, y escribe con ataques gripales permanentes. Mucho más científico y efectivo es sostener como Téllez herrero, que lo que el hombre ingiere condiciona lo que digiere. Ergo: si comemos mucho más ají verde, rico en vitaminas, pintaremos algo picante o escribiremos con mucha pimienta. De paso, la pimienta posee vitamina D y es, lógicamente, un anticuerpo para escritores gripados como Bernard Shaw.

Pero el apotegma heráldico, La Summa Theológica de Téllez Herrero es, en rigor, el enunciado: “Dime lo que comes y te diré de dónde eres”. Ya está dado el acertijo. Este libro es una excursión a través de la cocina boliviana ¡Bello y atrevido intento! Que Marañon se hubiere detenido en el análisis de la cocina española, extrayéndole toda la gloria carnívora que l e caracteriza como pueblo tauromáquico y sangriento, se explica; porque Marañon, aunque también escribe,

es sobre todo un médico metido en cosas de escritor (con un talento digno, a veces, de Quevedo); pero un dibujante exquisito y galicista de alma y cuerpo, enredado en cocinas y cocinerías, es inaudito, inverosímil y delicioso (y perdón si se nos pega el gusto al francés de este ______________________

"Lo que se come en Bolivia" por Luis Téllez Herrera. Imprenta "Sanabria", La Paz, 1946. 129

profesor de idiomas, dibujante y cocinero) y por ser delicioso e inaudito, constituye un hecho extraño y súbito de la literatura boliviana y merece largo comento.

No exageramos en nada si decimos que este libro de Téllez Herrero, por su extraña y pintoresca nomenclatura de la cocina boliviana, es como viajar a través del alma de sus pueblos. Quien frente a un plato de "Huarjata" se cree capaz de crear un sistema filosófico, es realmente un genio.

Se ve lo que se gana en un viaje con este turista de la cocina. Cuando se detiene frente al paisaje, nos enseña que el paisaje también puede comerse. Y si no al cuento. Ese paisaje como objetivo de una estampa nipona en la que se ve pares de rosadas mariguanas, huallatas, tiu- ticos, surgiendo de una persiana de totoras, con un cielo azul, en el que boga –boga del aire– una nubecilla como un puñado de espuma, es un paisaje que hace "agua" en la boca, pues no son pocas las viandas que este profesor podrá ofrecernos si decapita al gordote "huallata" y lo hace cocer en la olla. ¡Qué de arroces amarillos! ¡Qué de asador! ¿Y los tiu-ticos? Fritos en mucha manteca – pichones del lago– se los sirve con abundante lechuga tierna y cebollas picadas; perejil y hierba - buena; todo ello acompañado, claro se ve, con tres o cuatro papas sancochadas y un platillo de ají molido con maní, ligeramente tostado, cominos, ajos y rodetes de huevo duro y aceitunas tiernas. ¡Qué cosas no haría este pintor que tan bien diseña las víctimas de su gustoso vientre!

No ha de quedarse allí, se sabe bien. Estará por las riberas del Titicaca y querrá llevarnos a su Oruro en la planicie vertiginosa, donde toda perspectiva horizontal (¿todas no lo son acaso?) se rompe con las colinas que a lo lejos denuncian su entraña metalífera. Llegas a Oruro, por esta razón es como llegar a una bocamina. ¿Qué puede ofrecer Oruro al viandante que persigue el gozo del píloro, la contracción gástrica? Creemos con toda sinceridad que es Oruro el país donde se conserva con mayor propiedad la cocina altiplánica. Desde luego los

géneros de viandas que pueden haberse concebido a base de la quinua se los encuentra en Oruro, desde el poscko-api a la kispiña y el p'eske…Pero… Aquí hay cosas extraordinarias. La comida que para saberla a cielo requiere del operador noche en vela es el "rostro asado", cabeza de cordero al horno, chamuscada por el calor, singani o pisco de calidad y rocoto molido. Que este plato es solo orureño, parece que no habrá que discutirlo, porque no es lo mismo comer una cabeza al horno en Oruro que comerla en La Paz, pongamos por caso. Y aún podríamos abonar la originalidad de la comida orureña estudiando la gracia de la "leche-espuma" en la que entre el mundo con toda su complejidad cósmica y grandeza invernal.

Pero acá tenemos que destacar un caso de efectiva magia gastronómica. En Oruro se da el plato que exige que el gastrónomo se halle inapetente. Parece que en la cocina del ancho mundo no hay mal plato para buen apetito. En Oruro no. Para gustar un plato orureño, el plato del "kirkincho", hay que estar inapetente. Si este plato no provoca el apetito es porque su importanc ia mágica ha desaparecido. Es el "rostro asado". Nosotros lo hemos comprobado, cuando en cierta oportunidad, conocimos la flor y nata de la poesía y del arte de Oruro y fuimos invitados a servirnos, después de un almuerzo que habría dejado ahíto a Heliogábalo, dos cabezas de cordero asadas al horno. Es algo que no explica el recurso natural y lógico de una mentalidad ordinaria. Para comprender estos efectos misteriosos hay que poseer –lo repetimos– como Téllez Herrero, el dominio de la magia negra.

Estamos en presencia de un agudo nomenclator, agudo y sorpresivo de la realidad de Bolivia, de una realidad interna que puede abrir los más sorpresivos caminos para la explicación del fenómeno social. Sigamos su paseo.

Para nosotros Téllez Herrero hace el descubrimiento de Potosí al revelarnos su comida. Todos sabemos que esa tierra es dura y fría. Sus planicies elevadas y sus valles lejanos, si vamos a comprender por el enunciado Potosí esa entidad histórica y económica que define a Bolivia en cierto periodo decisivo de su existencia. Estamos seguros que nadie estaría dispuesto a pensar que en Potosí hubiese "una" cocina. Y la hay, los gentiles anfitriones del autor lo sorprenden más que

con el "té con té" ("media taza de té y media de aguardiente"), con unas "tetitas

de monja”, tantico como con los famosos quesos teresianos, hechos de almendra, famoso bocado que nació, se conserva y seguramente morirá en el secreto místico del monasterio de Santa Teresa, uno de los palomares más antiguos de la Villa Imperial. Cuanto es azúcar tiene en Potosí su trono, como lo tiene el “tahuatahua”, el quebradientes, el alfajor, minucias conventuales que salen todas las tardes sigilosamente de los hornos para repartirse en los hogares como un regalo de golosos impenitentes. Allá también, junto al “domingo a la potosina”, día de campo que se pasa en cama, mientras nieva en pluvinas que cubren a la postre del medio día la ciudad, de mantos albos, sirve la cocinera copiosos platos de “chatu-chupe”, que vendría a ser, filológicamente, una cazuela cocinada en botella, pero que culinariamente es una vianda de carne, papas, chuño, zanahoria, en fin, cebollas, ajos y otros alimentos de la especería indo-americana.

Si de acá vamos a Tarija, Téllez Herrero nos mostrará nuevas maravillas. Allí se servirá el “silla-qui” que recuerda a la Lima colonial con sus anticuchos, asados de corazón, de toro, pero tendrá que alabar la “chirriada”, panqueque chapaco dorado entre dos piedras candentes. En Tarija, el mundo gastronómico cambia. Bolivia se hace acuática. Se obsequian almejas, la exquisita carne del “Llaunza” o el “Misquircho”, carne fluvial, tan agradable que ablanda el diente de mal año.

Y esto si no se cae en brazos de Miss San Roque, la cholita más bella –y decir bella en Tarija es como decirlo en todo el país– que fuera elegida en sus dieciocho abriles para esta dignidad de la que, ya en la cuarentena, no hay quien le quite el cetro. Y decimos que en sus brazos o de sus manos, se serviría el famoso “keperí” o la “chanfaina” este último, plato español, como aquel por lo menos idiomáticamente kheswa puro y cuzqueño.

Pero ya hemos llegado a Santa Cruz. Ahora admiremos la estupefacción de este artista de la cocina ante las sorpresas que le reserva su visita a Santa cruz. Allí ascendía el reino de la carne femínea, allí descubre a la “pelada” de cuerpo esbelto y senos fascinantes, allí ama y es correspondido en el lenguaje de la cocina. Desde luego, como no pretende Téllez Herrero haber escrito un tratado de sociología, ni siquiera un recetario de cocina, no hay para qué culparle la falta de una doctrina dietética en el discurso de su crónica de viajes. Él, como buen gastrónomo, no ha buscado sistemas sino viandas; y allí donde se los brindaron, se olvidó de los sistemas o masticó concienzudamente. Por eso no establece ley alguna para juzgar cómo Santa Cruz es una creación del plátano, sociológicamente considerado, como La Paz es una creación del chuño y Cuzco,

la capital de los incas, del maíz, y todos creación de la papa. Pero a la cultura de la papa, podía oponer la cultura del plátano. Santa Cruz es el paraíso del plátano, y por esto polo equidistante de la cultura Kolla. Invitaríamos a los lectores de Téllez Herrero a considerar las alternativas de su vertiginoso y apasionante viaje a través de las tierras del bañado cruceño. Su sorpresa será digna del gozo que produce el descubrimiento a que nos invita. Nada hay que decir del "Mazaco", milagro del plátano, o del "cuñapí", de la yuca. Si hay tal número de preparados en base del primero, que uno se asombra del ingenio que posee el pueblo, cuando es capaz de convertir una fruta en el semillero de mil formas de la misma. Pero esto hacen todos los pueblos de la tierra. Precisamente por esto es que hemos llegado a la conclusión de que no hay manera de d iversificar. El plátano ha creado la cultura cruceña y ella es, como esta fruta, consistente, dócil, gentil y aristocrática.

Creemos que las páginas que Téllez Herrero dedica a exaltar la cocina cruceña, son las mejores de su libro. Al menos en ellas no hace confesión de su primer amor y nos obliga a retener un nombre que suena como arpegios de las calandrias cruceñas cuando al amor de la madrugada, rompen en sinfonía desde los boscajes que circundan la ciudad heráldica, en la que España tras de dejar su gracia femenina, ha dejado su espíritu y su mentalidad.

No pretenderíamos hacer en estas líneas un resumen del libro de Téllez Herrero. Hemos seguido al escritor y al cocinero por donde anduvo, sin olvidar en la maleta al hombre. El hombre

regresa platónico de conocimientos culinarios y de euforia, pues este largo viaje le dio amor y le dio ciencia.

Puede decirse que ha descubierto a su patria, pues la hurgó no en el espíritu de sus damiselas traslúcidas, y en toda tierra las hay, sino en el refugio cálido y fecundo de sus cocinas tradicionales. Por eso será el suyo un título justo si se le llama el descubridor de la cocina boliviana.

¿Cuántos de estos platos que Téllez Herrero anota en su libro, proceden de la cocina española, y cuántos de la cocina india? He aquí un problema que un día tendrá que acomet er alguien. Nosotros que hemos capiscado en el reino de la prehistoria, no en el palimpsesto, sino en el ayllu, consideramos lo que va de un

banquete de Huaina Kapaj al banquete del Virrey de las Indias. Aquel se servía papas sancochadas, sin echar la cutícula, sancu, que era un pan de maíz, o el katawi-api, que era –o es, pues aún se lo sirve–, una mazamorra de cal, es decir de harina de quinua con agua de cal. El dignatario español fue facundo con sus cazuelas en que pintó América los mejores colores, sus estofados y sus piernas mechadas, puesto que, descendiente de los romanos pantagruélicos y de los nubios un poco antropófagos, es español, es esencialmente carnívoro, como el indio es cetófago. Hay viandas en las que se ve que la herencia española se mezcla, como se mezcló en las venas de la madre india. El chupe, por ejemplo, es por su nombre vernáculo, como por su preparado, un plato mestizo, que en él entran como elementos constitutivos la papa andina y el chuño altiplánico, aunque también entren las especerías que introdujeron a su culinaria los descubridores, llevándolos de las Islas Canarias. Seguramente una exploración de la cocina de cada uno de los países americanos (y Pablo de Rokha realizó ya tal intento en Chile) va a ser una tarea digna de nuestros poetas, si se quiere al menos que no caiga en manos profanas que rompan la fascinación mágica de esta cocina secular.

Con el exquisito gusto que distingue a Téllez Herrero, ha huido –repetimos– de toda generalización. Pero en beneficio de trabajadores que vendrán tras de él, diremos nosotros que este libro establece que en Bolivia la población se alimenta de cereales, de plátano y de carne, en el trópico, el valle y los Andes, respectivamente, pero que toda esta alimentación tiene como base la papa. No habla de huesos pecheros, ni de solomillo o de filetes, ni nos dice nada si la carne de res es más tierna en el cuadril o en el lomo, precisamente porque no se propone ninguna competencia técnica. Tampoco nos habla de alimentos glucosados o de sustancias nitrogenadas. Cuando se ocupa de la cocina de Santa Cruz escribe un elogio lírico y romántico del plátano y de las cruceñas. Y si nos dice que estas son dignas herederas de sus bellas madres andaluzas, nada dice del origen místico del plátano, que es seguramente la verdura más antigua que domesticó el hombre, y cuyo cumplido elogio hicieron los poetas de la edad de Zoroastro. Me ha querido anotar otra generalización en que nos conviene insistir, y en la que buena ciencia antropológica, la cultura andina y el hombre americano, más que hijos de migraciones problemáticas y del fluido misterioso de Wiracocha, son fruto de la domesticación de la papa, problema de índole cíclica que demuestra que la estancia del Hombre Americano en los Andes es de miles de siglos, ya que de un producto salvaje logró fabricar ese fruto de pulpa harinosa y suave, que más parece yema de huevo: la "phoreja", la papa amada del Inca. Nada de esto ha querido decir Téllez Herrero, y ha hecho bien, que en

sus páginas vertiginosas y de tan saludable humorismo no se propuso sino abrir una puerta hacia el hogar de su patria.

132

AMÉRICA COMOEL PROBLEMA DE LA VOLUNTAD HISTÓRICA

A Carlos Diez de Medina

No disponemos en estas páginas del espacio requerido para enfocar el análisis de una de las figuras más interesantes producidas en la América Meridional, como paradigma de lo que debe entenderse como americanidad hominal, y diríamos lo que debe entenderse por la función del pionero en la creación de una cultura americana. Señalar el problema, empero, es ya otear en el fondo de la naturaleza histórica de la humanidad, porque si América es ciertamente un continente más, fue sobre todo el continente inesperado de las inesperadas soluciones. En verdad, no se ha planteado una filosofía del americanismo, siendo América sobre todo problema, no para los americanos acá encontrados, sino para los que nacían en América, procediendo de otros continentes. Ese trasplante humano es la América y lógicamente tiene su metafísica, como tiene su moral. Traer a nuestras vírgenes tierras la moral cristiana fue el desideratum de su filosofía. Repetimos que no son estas líneas las más aparentes para hacer un planteamiento crítico; pero no podemos menos que recordar que si América surge como un presente, cabe los mares la mentalidad europea, a causa de esta aventura, se lanza no a la peripecia racionalista, sino a la experimental; y que, Darwin por delante, dos mundos: el primitivo y el caduco provocan la contención de dos filosofías: la espiritualista y la materialista.

De acá parte América y es acá donde Europa encuentra su verdadera historia contem - poránea.

Si nuestro continente, hijo del sueño colonista o colónico, no es pues voluntad histórica, se diría que no es n ada.

De Europa vienen santos conquistadores. Son almas ardidas de decisión, de sacrificio. Pero vienen también quienes desean crear un mundo. Estos últimos adoptan muchas formas, pero la principal: la del hombre de empresa. El empresario es el sucedáneo del descubridor, como el conquistador también lo es.

Para el hombre de empresa lo principal es que haya campo de inversión: tierra mostrenca y fecunda. Existiendo este factor lo demás corresponderá a su misma naturaleza dramática. Un Pizarro frente a la calamidad y el hambre con una centena de hombres desesperanzados, a punto de abandonar la Conquista del Dorado, ofreciendo, penurias, muerte, pero al último gloria y riquezas, es uno de esos hombres de empresa. Pero también lo es Bolívar, cuando abatido por la traición, fulminado por la adversidad, no piensa sino en ¡vencer! ¿No hay en estos hechos ya conformados, el ideal histórico de una época? Veamos cómo América es un señuelo para una concepción del mundo. Isabel La Católica tenía pocos motivos racionales para aventurarse tras del sueño de Cristóbal Colón y sin recursos oficiales acude a su tesoro de mujer: a sus joyas, empresa y aventura. Hernán Cortez ha llegado a México. Todo se le muestra incierto y sus mismos hombres se hallan vacilantes y macilentos ¿Qué hace? Destruye toda posibilidad de regreso: incendia sus naves. América. Configuración y tipificación de Americanismo, esto es de una forma decisiva del espíritu humano. ¿Qué habría sido, en efecto, del hombre sin América? Pero también entre los hombres que habían de luchar y de morir por su heredad en América, hay el mismo clímax heroico. Cuauhtémoc padece el fuego en los pies con un heroísmo sublime y no vende a los suyos. Atahualpa es más grande en la impotencia que sus carceleros, y a las lágrimas responde como un estoico griego .

Para llevar a cabo un negocio en la América aún hoy se debe poseer este sentimiento de heroísmo. Ciertamente en cada inmigrante que sale de la vieja Europa con destino a la América, y tanto puede ser a la pampa argentina como a la selva beniana, hay un poco de estos hombres. Es ________________________

En *Última Hora*. La Paz, 31 de diciembre de 1948. [Firma: Gamaliel Churata]

decir, tiene que haber ese espíritu ya que el hombre que deviene en América pierde la nacionalidad de la esperanza y se hace, de hecho, cófrade de la aventura.

En Bolivia vivió –hizo más bien toda su vida– un hombre de esta tesitura: Don Horacio Ferreccio. Había nacido en Lima y sus padres eran europeos. A muy temprana edad la política de su país exigió de él contribuciones necesarias, como aquella de hacerle Ministro de Hacienda, no teniendo sino poco más de

veinticinco años, precisamente cuando la Guerra del Pacífico había obligado, tanto a Perú como a Bolivia, a levantar el organismo fiscal abatido por la politiquería interna y por la derrota. Lógico es encontrar en Don Horacio Ferreccio un permanente espíritu de aventura, pues, allí se comportó como un organizador de gran estilo, como el organizador prodigioso que habría de ser en el resto de su vida fracturada. ¿Fracturada?, sí; porque su naturaleza mental estaba constituida para mayores empresas. Su paso, empero, por la Hacienda del Perú fue breve y fugaz. Llevado por el gobierno legalista del coronel Balta, y depuesto éste como resultado de un motín. Ferreccio se expatrió voluntariamente, y lo hizo para no volver, ni aun para los requerimientos renovados de hombres que apreciaban su valor y su talento. Pero, allí donde puso la planta, allí brotó vida. De él puede ahora decirse que era un americano bolivariano o pizarresco. Se hallaba en la Argentina poco menos que sin recursos y de un cargo cuasi subalterno en la administración de una entidad azucarera en quiebra se elevó a gerente y apoderado puesto que pudo hacer el milagro de salvar todos sus problemas y sobre esto asegurarle utilidades importantes.

Que pudo detenerse en la Argentina es una verdad, mas nosotros no sabemos por qué causa prefirió subir a los Andes y establecerse en Bolivia. Es decir, sí conocemos las causas. Bolivia tenía para él la tentación virginal; acá veía surgir las posibilidades inéditas de trabajo y progreso. Por otra parte –y acaso ello pesara en su ánimo– estaba más cerca del Perú, mejor dicho, seguía en el Perú, puesto que familias, problemas, naturaleza, costumbres, pueblo todo le darían la sensación de no haber dejado su patria. Se infiere entonces que al viajar a Europa para promover una empresa de la explotación de goma eligió Bolivia como el país más típicamente americano y más potencialmente peruano ya que con el mismo empleo de energía habría podido derivar su ruta al Putumayo. Por las empresas que acometía de Ferreccio se tenía en Europa un respeto casi fanático y sobraba razón. Todas ellas obedecían a estudios severos, a planteamientos cabales, a cálculos seguros.

Quienes lo conocieron en la Paz, no lo olvidarán nunca. Ferreccio tenía el talante de un diplomático, que no de un pionero, pero en la palabra mesurada, y sobre todo en la mirada serena y penetrante, se denunciaba un espíritu sensible y lógico. No acopiaba dinero en sí. Era ya el tipo de capitalista de hoy: un administrador de riqueza pública. La suya la distribuía en forma dispendiosa a favor de los desvalidos y a sus compatriotas les enseñó que en sus oficinas funciona una cuenta de la que podían tomar el dinero que requiriesen. Había repatriado con motivo de la cuestión de Arica, no menos de cinco mil peruanos a

su costa exclusiva.

Pero, si este recuerdo lo define, hay otro que perfila su personalidad. La Paz debe a Ferreccio las primeras líneas de transmisión eléctrica y le debe también las primeras cañerías para la distribución de agua potable. Don Horacio ubicó Achachicala, es preciso saberlo. Todos los días subía y entonces esto ocurría a pocos años del nuevo siglo, llegar ahí era tarea seria, pues el acceso es fragoso, subía Don Horacio caballero en una mulita en la mañana, y bajaba en la misma mulita en la tarde, su fe no declinaba, a pesar de las fatigas. Es seguro que no faltaban quienes le indujeran al pesimismo.

–Fíjese Don Horacio –le habían dicho–, lo quimérico de su propósito, La Paz no necesita de fuerza eléctrica todavía. Dentro de un siglo tal vez. Hay muchas casas techadas con paja: se van a producir incendios. ¿Se da cuenta? La gente acabará apedreándolo.

Y Don Horacio posaría la mirada serena y penetrante en la ciudad, que desde esos altozanos dominaba, y guardaría silencio. Nadie tenía más fe en esos momentos en el progreso de

La Paz, que don Horacio Ferreccio. El sabría que antes de cerrar los ojos, su obra habría de transformar la economía del país. Ciertamente, él –mediante la Bolivian Power que trajo del Canadá– produjo tres mil kilowatios, y hoy la ciudad industrializada cuenta con treinta mil. Huelga dejar establecido que La Paz tiene esta deuda con tan claro barón, y que no hay una calleja, una plaza que recuerde su nombre. Los habrá, presto ciertamente; porque, además, y al tiempo de solucionar el problema de la producción eléctrica, Don Horacio Ferreccio realizó el primer embalse de agua potable que sirvió como punto de partida de los hasta hoy imperfectos servicios de esta índole de la ciudad.

Todo esto lo realizaba con sentimiento de aventura; todo esto revelaba que poseía la voluntad de América: de crear, descubrir, organizar.

Poderosas fueron las actividades en que intervino Ferreccio en su larga estancia en Bolivia. Y es bueno saber que no se crea, sin embargo, que esta es una biografía, que es más bien una biología, que hubo momento en que todas sus actividades se habían derrumbado y que no le quedaba otro recurso que volver a

Europa, vencido si se quiere.

135

EL PROBLEMA DE MARINA NÚÑEZ DEL PRADO

El arte actual posee un denominador común en la tendencia al primitivismo, al elementalismo clásico. Esta afirmación parecería audaz, y mayormente lo será al considerar que el medio de que se ha valido para el desasimiento del lastre barroco ha sido la revolución cubista. Del cubismo una crítica superficial y apresurada dijo que era la tendencia morbosa de la cenestesia contemporánea; y no era eso, sino una marcha belicosa de retorno al ideal clásico. El mismo Picasso que comenzó pintando figuras objetivamente tectónicas, sentía que el ideal no podía hallarse constituido por la figura sino cuando ésta, esquematizada, depurada de todo romanticismo cromático, pudiera realizar la solución del movimiento estático, ¿qué es el cubismo en último análisis? Eso: el movimiento estático; y podría colegirse de acá que también estético. Los arabescos de Rafael en las Loggias en verdad dicen mucho a este sentido cinemático de la obra artística que la planimetría del Giotto, no obstante sus relieves y su ritmo ondulante. El viejo Ruskin en frente de esta verdad podría repetir su axioma de que el arte debe proponerse –y lo puede– las finalidades que desee; pero que su naturaleza está condicionada para la creación. Cabal, Baudelaire lo sintió así cuando afirmó que el primer deber del artista era substituirse a la naturaleza. ¿Qué demás entonces que el cubismo se proponga la representación de los cuerpos en su propio metabolismo? Bien se ve que él vino a devorar todo intelectualismo estético: pero que al hacerlo profundizó en el sentido esotérico de la creación, esto es de la representación de la verdad, y, por este camino, propugnó un fin clásico, expresando los sentidos trascendentes de la plástica.

La escultura primitiva, o más propiamente dicho, arcaica, constituye la expresión pura del arte clásico –y esto en lo menor quiere dejar suponer que se trate del arte griego, que el griego, con el dicho de Spengler, palpa el mármol, pero no la sangre del mármol–. El tallador clásico “piensa y vive” la piedra en una manifestación de libre voluntad. Un esteta ultraísta decía que “músico es el hacedor de música”. Podría parafrasearse su bobería diciendo que plástico es el hacedor de vida. He aquí en la anécdota explicado esto. Miguel Ángel está ante El Moisés, y le golpea con el martillo, conminándole a que hable. “¡Habla!” Le grita. No lo hará nunca. La piedra que habla es la piedra clásica, esto es la talla directa, que nace de la vida del artista anónimo y subsiste, como una teogonía –y

es toda la teogonía de su era– a través de los tiempos.

Hay una acusada tendencia hoy en la plástica americana a la creación de la figura deforme, hasta onírica. ¡Unos pies graníticos que de ser pesados pesarían toneladas! ¡Unos ojos enormes, alelados en el infinito! ¡Unas manos angulosas y gigantescas para figuras insignificantes! Y el crítico de la calle se dice: ¿son locos? ¿Dónde hay esos hombres con semejantes extremidades?

Refería ha muy poco un fino artista italiano que conoció a cierto **bonus vir** que hizo un viaje especial de Buenos Aires a Bolivia para comprobar si, realmente, en este país existían personas

como las que pintaba Guzmán de Rojas. ¡No encontró ni una! ¿Es presumible que el habitante del Kollao fuera como lo revelan las tallas directas de Tiwanaku: cabezas descomunales, tronco gigantesco, extremidades asentadas en el suelo como base de montañas? No. Sin embargo hoy, como entonces, los artistas se veían constreñidos a revelar el poder del hombre, no su figura. Y este proceso estético era semejante al proceso religioso que induce a formar la imagen de Dios como la medida del hombre.

Estamos lejos de hacer en estas líneas un estudio –el estudio que merece Marina Núñez del Prado–; pero nos vemos obligados a buscar tan lejanos antecedentes para entender su caso estético. La escultora boliviana no tiene parecido en el arte de hoy, y para buscarle antecedentes habría que acudir al documento de la escultura etrusca, o a las tallas mexicanas o indoperuanas. Su gran valor radica en esto: su genio en la asimilación que ha logrado de una cultura en sus dimensiones totales. ______________________

En *Cuadernos Literarios.* Suplemento del diario *Última Hora*. Año I, núm. 1, sábado 22 de enero, 1949, p. 3. [Firma: Gamaliel Churata]

Basta analizar cualquiera de sus obras de creación: “Los mineros” o “Madonna Aymara”, para descubrir que el dominio de las masas y la saturación racial de la línea son fenómenos en e lla ancestrales. Seguramente que hay en este tiempo grandes escultores (nos parece que las postrimerías del siglo XX son eminentemente escultóricas), pero es forzoso reconocer que ello es posible sólo porque estos años de liquidación son como el anuncio de un retorno al

primitivismo clásico, en el orden social, como en el político y el estético.

Ya, antes de marchar a los EE.UU., hubo quienes atisbaron esta modalidad de su arte, y por esa razón temieron que la influencia de Cosmópolis hubiera de desvirtuar su naturaleza mental: la ha purificado, más bien: la ha depurado; porque, al último, su trabajo en la gran república cosmopolita fue de un sentido vernáculo tan acendrado que sólo nos pareció que allí se había completado el alumbramiento de su personalidad. He ahí cómo vuelve al solar patrio no solamente incólume sino magnificada en su bolivianismo. ¡Qué gran ejemplo para esta juventud veleidosa que no espera ir a los Estados Unidos para sufrir en carne propia la influencia descaracterizadora de artistas de otras latitudes! ¡No olvidaremos el destrozo que produjo en La Paz la visita de Foujita, a quien se pusieron a imitarlo hasta en el vestir no solamente los estudiantes, sino los mismos maestros!

Ser o morir, clamaba el claro espíritu de Romain Rolland. Los artistas americanos: escritores, filósofos, pintores, escultores, músicos, tienen que asimilar este mensaje. El Nuevo Mundo ya no tiene viejo mundo que imitar, sino un Porvenir que le pertenece.

PENSAMIENTO Y ACCIÓN

Aludiendo al conocido pensamiento de Platón, según el cual la República ideal debiera estar gobernada por filósofos o, lo que es lo mismo, que los gobernantes debieran ser filósofos y, al propio tiempo, añadiendo que, según el filósofo español García Morente “los filósofos suelen gobernar muy mal”, el inquieto ensayista y pensador boliviano que en un diario local escribe con el pseudónimo de Aldous, insistía hace poco, en un sugerente artículo sobre el tema, y, en bloque, afirmaba que siendo el intelectual un inactual, un familiar de la Idea, un trascendente, necesariamente fracasa en el terreno de la acción.

Seductora afirmación, sin duda. Pero, ¿a qué clase de intelectuales se refiere el articulista? Porque todas las profesiones liberales están basadas precisamente sobre una sólida base cultural e intelectual en el estudio de severas y largas disciplinas. En un sentido, todo lo que no está bajo el signo del trabajo manual, lo está bajo el del “trabajo intelectual”. Asimismo, no sabemos a qué clase de “acción” se refiere el articulista: dado que no sólo actúa el obrero, el artesano o

el labriego, sino que también realizan acción los dirigentes, los jefes de empresa, los conductores de un país.

¿Habrá, entonces, que diferenciar entre el intelectual puro y el intelectual orientado hacia la acción? Los artistas en general y los filósofos son evidentemente intelectuales puros, pero no dejan de ser intelectuales los que orientan su vida hacia una realización, cualquiera que sea ella. Los filósofos suelen ser hombres ágiles en el manejo de las ideas, y a veces juegan con ellas como el juglar con sus bolas, e inhábiles desde que se trata de descender al terreno concreto de los hechos o de las cosas. Así, Anaxágoras, especulando sobre las estrellas y mirando la bóveda azul donde moran, no caía en cuenta de que a sus pies estaba un agujero esperando el tropezón y la caída. Julián Benda se muestra tan severo con los intelectuales, los “letrados”, que de su acción

habla como de una traición. Es por exceso de ideas y de intelectuales, precisamente, que el mundo anda metido en el berengenal de donde no se sabe cómo saldrá. Ideas formidables, esgrimidas por intelectuales puros, han sido palancas que imprimieron su movimiento al mundo siempre y, en forma tremenda y patética, en los dos últimos siglos. ¿No se saldó en una “acción” de repercusiones mundiales la Enciclopedia? Nada digamos de las ideas puras contenidas en “El Capital”, nada de las del “Mein Kampf”. Pero, aludiendo a un hombre, pocos intelectuales más “puros” y abstrusos debieron existir, antes de 1917, como Lenin, permanente habitante de las bibliotecas de París, Londres y Zurich; y sin embargo, fue el arquitecto de todo un mundo nuevo. A pesar de ello, queda abierto el debate, el cual deberá circunscribirse únicamente a esa categoría de intelectuales a quienes llamamos filósofos. Y en el debate habrá que referirse al papel vital y necesario de esos inofensivos pensadores, tímidos, distraídos, desinteresados de todo lo terreno, y cuyas sistematizaciones abstractas están tan cargadas de fermento dinámico, que suelen imprimir su sello a la acción a veces secular, de pueblos enteros. ¿Quién hubiera pensado que las abstractas ideas de Gobineau se traducirían algún día en la matanza de cerca de diez millones de seres, acusados de inferioridad racial?

En *Cuadernos Literarios.* Suplemento del diario *Última Hora*. Año I, núm. 4, sábado 12 de febrero, 1949, p. 2. [Firma: Gamaliel Churata]

GARCILASSO DE LA VEGA INCA

La noticia enviada por el corresponsal de una Agencia de Informaciones que no debe tener muy desarrollado el sentido de la emotividad histórica –y acaso no deba por qué tenerlo– con esquematismo casi cruel nos dice que los peruanos han pedido que los restos del Inca Garcilasso de la Vega, que reposan en una de las naves de la catedral de Córdova, honrados en la medida de su infortunio, es decir honrados hasta el máximo, pues son inmortales, sean repatriados al Cusco, su tierra natal, y que el Gobierno y las autoridades regionales de la Península han contestado que esto no será posible porque Garcilasso se debe más a España que a los naturales del Tawantinsuyu. Y decimos que el corresponsal de la agencia informativa revela una absoluta carencia de emotividad histórica, porque no advierte el contenido emocional de esta manida futesa. ¡Qué buena madrastra ha sido siempre España! Hubo una vez un manco sublime que le pidió casi una limosna: un corregimiento en cierta oculta ciudad andina, y le mandó a estarse quedo, hasta tanto la muerte viniera por él a sojuzgarlo y hacerle callar. Ahora le tiene en huesos y roe su gloria, ella que le negó su pan y a cambio de inmortalidad le dio cárceles. Del mismo tronco de Carlos V, del Marqués de Santillana, de Jorge Manrique, del poeta bucólico y apacible de las “Eglogas” viene a América un gallardo capitán, el capitán Garci Lasso de la vega, sirve a Su Majestad, pelea en cien desiguales batallas y con sólo transmutar su estancia montañesca con el solar de los Incas y de engendrar en una ñusta, noble y pulida, al más extraño y entero de sus prosistas, hace por España más que todos sus oidores y rábulas, y ése su hijo muere allí, junto a los suyos, casi mendicante.

En verdad, España es dueña de Cervantes y de su gloria, pero los huesos del manco bien podrían venir a La Paz, cumpliendo su desesperada voluntad. ¡Con cuánta más razón los cusqueños no tendrán derecho de pedir, de exigir, de imponer, que los del Inca tornen al solar de la raza!

Ciertamente, no sabemos en qué escritor español se puede descubrir mayor vibración idiomática, más sabiduría española que en el estilo vario, expresivo, ardiente en veces, suave,

uniforme, casi plañido en otras, del autor de **La Florida.** En todo caso quien lee a Garcilasso de la vega Inca puede luego leer a Teresa la Santa, o leer páginas de “Los rostros de Cristo” de Fray Luis

de León, o abrevar en Gracián, seguro de que hallará en el escritor indiano la sublimidad de una, la gracia del otro, la riqueza de giros de éste, el sentido de la gravidez mental, eso que llama Benedetto Croce "el peso de la palabra", o pensamiento de aquél, pues como en todo escritor de raza en Garcilasso Inca se cumple la ley goethiana del que escribe para enseñar y no para mostrar lo que sabe... Hasta los veinte años vivió en el Cusco, vivió saturándose de la leyenda, forma viva y única de la historia para el infortunado pueblo del Sol: viajó en todos los caminos y se detuvo, como él lo dice, "en el último término de los Charcas que son los Chichas", hasta que, al fin, se decidió a "pasar debajo de la línea equinoccial", y llegó a España. Allí sintió la nostalgia del Solar que en él era la nostalgia de América, y el milagro pudo producirse. Observemos que Garcilasso va a España a lo español, a reclamar los fueros de su hidalguía, y bajo las banderas de don Juan de Austria pelea por España, tanto que es seguro que de habérsele hecho justicia no se habrían escrito los "Comentarios Reales de los Incas", una obra de agonista, en que el dolor exprime su agrura, en que América nace en nido de desesperanza y de lágrimas. No sabemos si en libro alguno ni en idioma alguno se dijo lo que Garcilasso de sus parientes, cuando lloraban "sus reyes muertos, enajenado su Imperio y acabada su República". Pero el escritor patético llega allí a la expresión sublime: "Estas y otras semejantes pláticas tenían los Incas y Pallas –agrega– en sus visitas, y con la memoria del bien perdido, siempre acababan su conversación en lágrimas y llanto, diciendo: 'Trocósenos el reinar en vasallaje'" .

________ ______________

En *Cuadernos Literarios.* Suplemento del diario *Última Hora*. Año I, núm. 5, sábado 19 de febrero, 1949, p. 2. [Firma: Gamaliel Churata]

Ya el valor historiológico de las crónicas del Inca no tiene para qué sufrir la confutación pedantesca de los sabios. No importa que más fantasee, que anote, si precisamente por ser los suyos no libros de ciencia, sino de estética, son el cofre en que se guarda el espíritu del pasado. América va reconociendo en el escritor genial a una de sus glorias. Y no para maldecir de España, sino para engrandecer la España de América, esa España que se expresó por la pluma de este Inca, de Ercilla o de Huamán Poma, el indio que obligó al idioma de Castilla a traducir el kheswa! Pueden estar seguros el pueblo y los intelectuales cusqueños, paisanos de Garcilasso Inca,

que en el empeño de recuperar los huesos de su genial escritor los acompañará la América. 140

PROBLEMAS ONTOLÓGICOS

I

Seguramente y con mucha razón, el profesor García Bacca cree que, en el proceso histórico del pensamiento humano ha existido un desplazamiento continuo del centro óntico en busca de puntos que en el momento determinado resultaban de atracción vital.

Afirma que pudiera ser, y es una sospecha históricamente fundada, que el concepto de ser en la misma forma que lo posee el hombre tuviera que estar centrado en cada momento histórico en un ser o en otro.

Es verdad que en el período presocrático la inquietud intelectual del hombre busca la verdad del ser de las cosas materiales, la investigación cosmológica.

Con Sócrates, Platón y Aristóteles, los problemas filosóficos se encauzan por un intento de reflexión del hombre sobre sí mismo en busca de valores y verdades.

O se dirigen hacia la conciencia religiosa, donde el pensamiento busca su refugio racional en la mística y se sumerge en lucubraciones donde se mezclan la lógica y la fe. No es el hombre, sino su conciencia religiosa en quien se vuelca la inteligencia para escrutarlo desde sus dominios. (San Agustín)

El "YO" individual que enarbolan Descartes y Leibniz marca un nuevo centro fáctico donde se desplaza el ser en su constante averiguación de esa problemática definitiva y eterna. O Kant, con su YO trascendental y por último en nuestros días Heidegger con nuestra "realidad de verdad", con el hombre en concreto, "puesto en el cosmos", el "DASSEIN".

En esta forma de continuo descentramiento la ontología encuentra por otra parte su supervivencia como problema fundamental de las especulaciones filosóficas. Lógicamente, el punto genial de toque lo está realizando Heidegger, encontrando en nuestra realidad de verdad el centro inicial de cualquier pregunta que tienda buscar la verdad ontológica del ser.

Nadie, sino el mismo hombre, real y concreto podrá preguntarse: ¿Quién es el ser? ¿Qué es el ser? Sólo a él la naturaleza le ha conferido esta primicia, a veces dolorosa por cierto.

Martin Heidegger se ha propuesto este estudio y sólo una parte de él ha sido dado a luz: “SEIN UND ZEIT” (Ser y tiempo) es la obra fundamental de este filósofo alemán en cuya primera parte (la única publicada) se propone con genialidad el enfoque de los problemas del ser.

II

En contraposición con lo dicho en un editorial pasado, para Nicolai Hartmann los problemas ontológicos son supra-históricos, de ahí que en su ontología Hartmann no pretenda ser original y se aboca a tratar los tradicionales problemas del pensamiento filosófico que surgen del estado histórico de los mismos. La originalidad de Hartmann radica en su enfoque y solución que a estos problemas aporta.

Desde Aristóteles los problemas ontológicos han sido siempre solicitados con preferente atención, pero en el siglo pasado surgieron obstáculos para solucionar estos problemas que venían de la ontología clásica. Abandonando parte del contenido tradicional de la filosofía y en su afán de ______________________

Con el título de “Problemas ontológicos” Gamaliel Churata publicó en el Suplemento “Cuadernos Literarios” del diario Última Hora de La Paz, un ensayo dividido en cinco partes las cuales aparecieron en distintas fechas, aquí se les ha reunido para facilitar su lectura. La primera parte apareció el sábado 2 de abril de 1949, la segunda el 9 de abril, la tercera el 23 de abril, la cuarta el 30 de abril y la quinta el 7 de mayo. Churata se hizo cargo de este suplemento literario, que salía los domingos, de enero a agosto de 1949.

restituir vida propia el pensamiento filosófico, cedieron ante el cientificismo y el naturalismo que imperaba.

El conocimiento científico natural pretendía ser el único verdadero ante un mundo de objetos. De esta manera se redujo y se menospreció el terreno en el

que actuaba la ontología. Hartmann establece entonces en sus prolegómenos a una Metafísica suya, que de toda gnoseología necesitaba basarse en los principios ontológicos para no caer en el vacío.

El análisis gnoseológico debe partir de una descripción de los datos que la conciencia recibe, de lo que a ella se da simplemente, de lo que la conciencia conoce y no de la simple relación de conocimiento por ser ésta no una relación de conocimiento sino una correlación de sujeto y objeto, correlación que implica de antemano la independencia de cada uno de los términos presentándolos aisladamente.

El fenómeno del conocimiento es pues trascendente y su particularidad es esta trascen - dencia que la distingue de otros actos que no salen de la conciencia, que permanecen inmanentes a la conciencia que los ejecuta, entre estos todos los actos subjetivos que la conciencia experimenta en sí.

Haciendo este análisis someramente descrito, para demostrar que una gnoseología debe apoyarse en los fundamentos ontológicos inicia Hartmann su ontología.

Ya Aristóteles había establecido el objeto de la filosofía primera, metafísica u ontología (como se la denomina en diferentes escuelas), su objeto era estudiar "al ente como ente", el objeto independiente y lejos del sujeto del conocimiento, aislado de toda relación gnoseológica.

De esta manera la ontología formó la base de la metafísica, por lo tanto nuestra época – opina Hartmann– necesita volver a los problemas metafísicos y necesita al mismo tiempo una ontología que los fundamente.

III

El mundo nuestro que transcurre diariamente no es tan simple como realmente nos parece sino que este presenta una trama de complejidad, de capas o estratos relacionados entre sí. El análisis categorial de lo real necesita asentarse sobre un concepto aclarado de la realidad, concepto que deberá abarcar en sí la totalidad de los entes que forman parte de esa realidad, de los entes reales.

Lo dado no es lo real, pues lo real puede estar oculto en lo dado, además lo dado no es ningún ser, sino sólo un modo de objetividad, un modo de presentarse el

ser, es decir, de un objeto para un sujeto.

Otro modo de entender la realidad está en la identificación de lo real con las cosas, todo lo físico, lo material, lo orgánico habrá de ser entendido como real y viceversa, todo aquello que carezca de este carácter físico habrá de entenderse como irreal. En el hombre sólo su corporeidad formaría su realidad, de tal manera que, los sentimientos, las acciones y toda la vida espiritual del hombre, su propio destino, todo aquello que la humanidad ha considerado como real, todo aquello no formaría parte de la realidad del hombre. Este es un concepto materialista que se debe rechazar (opina Nicolai Hartmann a quien estamos analizando). “El único concepto adecuado de la realidad es el que ciñe a los fenómenos, y sólo es un concepto de realidad adecuado al fenómeno cuando abraza lo material y lo inmaterial”.

Según Hartmann a la realidad pertenecen las siguientes notas: La individualidad, en ello se distinguen de las esencias que son universales. La existencia, cuya noción es inseparable de la de individualidad, ambas se oponen a la esencia. La temporalidad, ya que de acuerdo a una jerarquía los entes se presentan en el tiempo y el espacio con una necesaria extensión y en un determinado momento. La procesalidad que permite a los seres no sólo estar en el tiempo, sino en un fluir temporal, proceso irreversible. Y por último la Identidad que Hartmann la explica en la siguiente

forma: “La realidad es cambio, proceso, devenir. Pero para que algo cambie tiene que haber algo que subsista idéntico a sí mismo, de otro modo sería la realidad una sucesión de nacimientos y muertes”.

IV

Hemos hablado anteriormente sobre las categorías de la realidad según la ontología de Nicolai Hartmann. Hoy ahondaremos los conceptos anteriores. A todo lo real corresponde inevitablemente la individualidad. La individualidad determina la realidad de cada ente. Sólo existe lo individual porque sólo existe aquello que representa un número mayor de notas y determinaciones completamente propias. La individualmente es una modalidad de existencia determinante que hace que una cosa sea esa cosa y no al mismo tiempo otras varias. Si un objeto no tuviera las notas y determinaciones propias de su

individualidad no sería ese objeto sino otro cualquiera, ya no sería un objeto existente (real).

“Hasta donde llega la validez de la categoría llega la estricta determinación que parte de la misma”, dice Hartmann. Pero esta no se limita en el estrato que determina, al contrario. Es frecuente que las capas inferiores de la realidad aparezcan en las superiores como cimientos constitutivos.

Pero una categoría superior no es la suma de las inferiores, sino que se presenta con un carácter de absoluta novedad frente a estas.

Sólo a las formas más altas de la realidad corresponde la libertad. la libertad en sentido ontológico es autonomía y autodeterminación.

Se descubre así que lo orgánico no puede existir sin lo inorgánico, la psique sin lo orgánico y el espíritu sin la psique. La relación inversa no sería cierta.

De esta forma Hartmann se presenta operando en forma contraria e inversa que Hegel, quien parte del espíritu como sustento de la materia. Para Hartmann son las capas inferiores de la realidad las que sustentan y mantienen a las superiores por ser precisamente superiores y revestir el carácter de tal.

Por eso, materialismo, biologismo y psicologismo son posiciones insostenibles porque contradicen la ley de la libertad, son productos de metafísicas especulativas.

Las leyes ontológicas fundamentales de libertad deben poner coto a los afanes constructivos. **V**

Hemos hablado hasta hoy sobre las capas que forman la realidad, pero aún no nos hemos referido a la novedad que cada una de estas tiene, o sea su libertad frente al poder determinante de la más baja. La novedad de lo orgánico con respecto a lo material es poco notable. Las categorías de lo inorgánico se continúan en el ser vivo, pues este tiene materialidad y está sujeto a la legalidad de lo físico real. Su novedad radica en la síntesis de elementos preexistentes. Lo organizado es una supra formación cuyo contenido existía ya en la formación más baja con otra estructura.

Con la psique la novedad es más honda. Lo psíquico no es algo flotando en la

atmósfera, sería imposible su existencia sin la vida y por lo tanto sin la corporeidad y sin la materialidad del organismo. Pero el cuerpo viviente no es sino portador y no contenido de la psique. La realidad anímica pierde la nota de la espacialidad y con ello la categoría esencial de lo psíquico. La psique es una supra-construcción de elementos que no ingresaron en la construcción de las capas inferiores.

Una misma relación de supra construcción es la que existe entre la psique y el espíritu. La subjetividad es una característica de la psique, la pertenencia exclusiva al sujeto que en un momento vive su intensidad emocional, sus procesos anímicos. El espíritu se caracteriza por la

objetividad de sus actos, por la validez rotunda que estos tienen para el sujeto que los confronta. “La conciencia aísla mientras el espíritu enlaza”.

Si bien todos estos actos bastan para poder separar la psique del espíritu.

Lo nuevo del espíritu se patentiza cuando se encuentra o considera la última forma conocida del ser espiritual, la directa manifestación en la que se da el espíritu. La forma en que se plasma definitivamente y que perdurará por todas las edades mientras el hombre sea capaz de pensar y sentir, la más maravillosa transformación de los poderes de la voluntad. El espíritu objetivado.

El espíritu objetivado está constituido por todas las manifestaciones que previo proceso de creación pasan de ser espíritu a ser materia o mejor, el espíritu se materializa. Las manifestaciones del espíritu se fijan en una forma material.

Los más claros ejemplos de la objetivación del espíritu los encontramos en las obras de arte. La expresión espiritual que cada una de estas encierra se nos ofrece en el lienzo o en el mármol, en la palabra o en la vibración acústica de la armonía. Toda obra de arte es espíritu materializado, o a la inversa materia espiritualizada.

Todas estas notas sobre los problemas ontológicos que hasta aquí se han planteado han sido resumidas de las anotaciones particulares que el profesor don Augusto Pescador dictara en su curso Ontología en la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz, y correspondientes a

los problemas ontológicos que plantea Nicolai Hartmann en su obra aún no traducida al español.

144

EN EL NUEVO HUMANISMO

El pleito histórico actual que tiene toda la calidad de un replanteo de los problemas del hombre y de la sociedad, está adquiriendo una pujanza tal, inadvertida y advertida, que todo movimiento filosófico, cualquier debate polémico y la más simple aspiración cultural, buscan, en la misma raíz, en la misma entraña de los valores humanos, el vislumbramiento de un “nuevo destino” de esto que el gran Vallejo, habría de llamar “el barro pensativo”, el hombre.

La post-guerra ha traído una diferente concepción –otra ‘aprehensión– de la vida. El intelectual responsable es un hombre de acción. Transita allí donde está el gesto heroico de las multitudes. La post-guerra creó –está creando– una insurgencia de la dignidad humana. Un despertar. El antihumanismo en el arte, en la literatura, bucea en la calle del olvido. Lo anquilosa la erupción violenta del esfuerzo creador de los pueblos y del hombre. El antihumanismo había concebido el hombre-máquina o se apertrechó en las barricadas de los instintos más bajos. Este “deshumanizar” del hombre encontró en Francia, al salir de la catástrofe, el acento y la postura existencialistas. La vida, justificada por la muerte. Camus sostenía que el único problema filosófico serio es el suicidio. Pero, ni esto –la exultación del hombre-cosa, del ser como “nada”, ni el sello de un rectorado nazista sobre la cultura– pudo trabar la pesquisa del hombre, del luchador, de un camino que el decadentismo de una clase trataba de cerrar.

Entonces, la premisa quedó sentada: el hombre es lo que “supera”. Los problemas de la cultura había que buscarlos ya no en la abstracción metafísica, sino en la carne del proceso social. Que el mundo no era un término para ser “explicado”, sino que el hombre estaba aprendiendo a “transformarlo”. La inteligencia no podría orillar el drama social. Tenía y tiene que vincularse, en una plena vecindad, con la vida; con el esfuerzo creador que construye. El artista –Picasso, Eluard, Aragón, Lefebre, entre los franceses; Fast y Hugues, entre los norteamericanos, para no citar más – compuso y compone sobre el “íntimo secreto y la fuerza expansiva” de la vida y la influencia del hombre en el curso histórico, en su transformación.

Irracionalismo, pesimismo, anti-humanismo, el anti-realismo, hitos de un arte y del hombre, descentrados, angustiados, al colocarse enfrente a “un callejón social sin salida” en el prejuzgamiento de que las “miserias” son eternas, en una marcha “hacia atrás”, sufrieron un colapso en manos de quienes afirmaban la “voluntad” viva de la humanidad, rigiendo, a través de sus ecos y sus batallas, por vigoroso paso “hacia delante”. El hombre había partido en busca de la “definitiva dignidad” y del “reino de la espiga”. El hombre era producto de un medio e inquietable por una conciencia. El medio social pugnaba y pugna por un porvenir; la conciencia humana estaba y está determinada por ese anhelo vertebralmente humano, patéticamente dramatizado en el acontecer de cada día. En el fondo de este drama, el intelectual había ampliado las perspectivas de su propia vocación y obra. La fuerza del hombre creador residía en su misma naturaleza, en l a lucha de la vida contra la muerte. Está en vigencia el postulado. Y el nuevo humanismo deviene reacción dialéctica contra los regimentadores de un “hombre- máquina”.

La propia lucha intensa invocada en las banderas del pacifismo evidencia la sublimidad de los afanes del hombre actual. Y es que el vector de lo naciente está apuntando ese “nuevo destino” humano, marcado en la función progresista de la historia. Humanismo vigente a través del dolor. En el ardor de este cruce de armas diario entre Ariel y Calibán; en el resquebrajamiento torturado de valores que detienen la expiación del mal y su exilio de la vida.

El hombre está puesto hoy frente a la “joven aurora”. Su destino no puede residir en la hora del crepúsculo, está en el cauce fecundo de la vida, en la inversión de todas sus fuerzas por la transformación de la naturaleza y la sociedad.

———————————

En *Cuadernos Literarios.* Suplemento del diario *Última Hora*. Año I, núm. 14, sábado 30 de abril, 1949. [Firma: Gamaliel Churata]

HISTORIA Y MAR

Cada vez que actualizamos el tema de la solución de nuestros problemas sociales, económicos y culturales, debemos recurrir a la eterna historia del mar

que nos falta. Y no es que nuestro reclamo sea un grito ahogado por la falta de razones determinantes, sino más bien porque parece que nos hemos conformado con la contemplación del ombligo sempiterno de una raza vencida.

Si bien es cierto que la geografía determina la historia de los pueblos, no es menos cierto que la historia nos da razones poderosas para reclamar lo que nos corresponde; algo más, por determinantes inexcusables de geopolítica, el mar se hace imprescindible para la existencia de los pueblos. Ya no estamos en la época del Imperio Incaico en la que los dos bastiones de la Cordillera Andina encerraban entre sus montañas todas las latitudes del comercio indio, ya no podemos escribir el "non plus ultra" al comenzar la selva amazónica por el Este, o al recibir el fresco de la costa por el Oeste. La conquista no sólo es empresa de España en la nueva historia de América, al transcurrir los años, se hace también empresa Americana en la historia del mundo entero; porque el neoindio –hecho de la conjunción única y singular de dos culturas– ensancha los horizontes y traspasa los acantilados de los Andes, para prodigar un Nuevo Mundo al Mundo Viejo.

Entonces nace la historia del Mar para los americanos. Europa pretende engarzar un nuevo renacer en sus contornos descoloridos y anacrónicos con la historia ensortijada de la Bella América India, pero los americanos autóctonos nos resentimos en el dolor del choque de dos culturas distintas y creamos la aventura neoindiana. De la austeridad y geométrica vida del indio y de la gallardía y caballeresco desplante del europeo, nace el hombre eurindiano (Europa e Indias) o neoindio.

Culturalmente desde entonces debemos hablar de una nueva historia y una nueva espiritualidad en todas las actividades, ya sean estas artísticas, religiosas o económicas; entonces América tuerce su destino indio y se hace una distinta cultura que no es la Europea ni es la India, porque siendo las dos cosas al mismo tiempo, es a la vez una distinta; inédita y singular.

Al correr los años, la misma imposición de esta nueva cultura, determinó que militarmente tengamos que desatar amarras del poder español que nos dominó durante la Colonia. Para entonces las Patrias de América, tuvieron que conformarse de acuerdo a los imperativos que modernamente llamamos geopolíticos. Todas las Patrias de América necesitaban bañar sus costas en algún mar y Bolivia nació con su mar a la vida independiente.

La guerra del 79 no es más que un accidente de infortunio en la historia de nuestro pueblo, porque pensamos que, debido a necesidades vitales que debemos satisfacer, sino con venias y protocolos de las Cancillerías, con el derecho de pueblo civilizado o con la fuerza de pueblo apremiado por la necesidad, hemos de volver al mar a bañar nuestro espíritu libre.

———————————

En *Cuadernos Literarios.* Suplemento del diario *Última Hora*. Año I, núm. 15, sábado 7 de mayo, 1949. [Firma: Gamaliel Churata]

HISTORIA CRÍTICA DE LA LITERATURA AMERICANA

Irreparable será la ausencia definitiva del maestro y amigo, Carlos Medinaceli, polígrafo y crítico de primera línea, su aporte a las letras nacionales, queda impreso en una huella verazmente profunda, ensayo, cuento, novela, estudios filosóficos e históricos, concebidos en una tesitura firme, revelaron y revelan a Carlos Medinaceli como una de las plumas más valorables del pensamiento boliviano, con una calidad densa y bien diseñada.

Dicha así la condolencia de CUADERNOS LITERARIOS, bien vale recoger en un comentario expreso, el anhelo unánime de los círculos culturales en torno a la urgencia de compilar las obras de Carlos Medinaceli y dar realidad a las que –según se sabe– había preparado antes del arribo del designio fatal.

“Historia crítica de la literatura americana” habría condensado el trabajo medular, sólido, de Carlos Medinaceli, en los últimos meses de su existencia. Aquí resalta la necesidad de dar a luz una obra cuyo solo título –y por estar suscrita por el Maestro– reúne una profunda trascendencia. Medinaceli ha debido poner todo vigor y todo lo más vertebral de su inteligencia en un texto cuyo argumento es, sin duda alguna, un tema poco buscado hasta hoy, aun por quienes radican en la vecindad con los problemas de la auténtica crítica.

Si se piensa detenidamente en la personalidad de Carlos Medinaceli y en la extensión con la que abordó cualquier tema literario, sin que por ello quiera decirse que su fecundidad estuvo estéril, por ejemplo, en el cuento, y vibrante en el ensayo, sino que ambos –novela y crítica– los produjo en tono alto y

substancioso, si este criterio se lo tiene en forma definida, justificado será decir que “Historia crítica de la literatura americana” debe trascender en una jerarquía relevante, capaz de enfrentar los estudios más originales que en torno al tema pudieron lograrse en el continente.

Es pues con justicia que llama la atención el anuncio de un trabajo de Carlos Medinaceli de tal naturaleza. Emplazadas están, por la fiel y honesta opinión intelectual, las autoridades para imprimir “Historia crítica de la literatura americana”, como un homenaje, en primera instancia, al ilustre fallecido y en segundo, porque seguramente Medinaceli quiso hacer la entrega de su obra a la nueva generación boliviana. Significar ese anhelo será un tributo eterno a la memoria del valioso e incansable luchador por la Idea y por la cultura nacional. Así lo espera ÚLTIMA HORA.

____

En *Cuadernos Literarios.* Suplemento del diario *Última Hora*. Año I, núm. 16, sábado 14 de mayo, 1949. [Firma: Gamaliel Churata]

MÚSICA DE LA TIERRA

Más que en todas las manifestaciones mestizas ha sucedido que la música que corresponde al proceso de transculturización europea en América ha echado mayores raíces en la tierra. Fue el hombre autóctono de América que al armonizar los sonidos de la naturaleza creo la música primitiva que encontraron los españoles cuando realizaron la conquista. El canto de la naturaleza, el vaivén de la paja brava en la altipampa o la placidez de la tierra florecida del valle, el soberbio paisaje silencioso de la montaña milenaria o la sensualidad salvaje del trópico, arrancan del sonido de la quena, los dolorosos “trastes”, la ternura y suavidad del maizal en flor o el grito salvaje del trópico que enloquece.

Tanto el altiplano andino como el valle que forma su montaña han marcado al hombre con su expresión musical. La tristeza de la tierra, la inmensidad agreste de la planicie kolla, la imponente majestad del Ande dan personalidad a la música del lugar, la que al realizarse la cultura occidental con la conquista admitió el mestizaje americano-europeo, vistiéndose con nuevas formas, adquiriendo nueva belleza, despersonalizándose de su virginal autoctonía, así se

transformó vigorosamente los materiales importados y surgió en la música la nueva faceta espiritual de la tierra mestiza.

El valle placentero y dulce con la música india que acaricia y añora, que llora de sensua - lidad en veces, que despreocupa la imaginación y que arrulla en su emoción siempre, se mestizó tanto como su montaña andina y como la selva y el trópico de las tierras ardientes.

No sabemos si la conquista española tuvo la virtud o el defecto de no ser iconoclasta, si implantó una religión no arrasó con lo encontrado y, en forma más amplia del término, si destruyó una cultura no la mató, si trajo su arte que trató de perdurar éste en amalgama con el arte de la tierra creo nuevas manifestaciones. Nunca se procedió radicalmente con la cultura americana, en muchos casos se la cultivó y trató de desarrollarla.

La música folclórica americana, la que corresponde al villorrio y la aldea, la música del pueblo mestizo, es el resultado de la coexistencia inescindible entre las manifestaciones autóctonas o música etnográfica con la importada de Europa que casi siempre fue música culta. Naturalmente que la coexistencia de estas dos manifestaciones musicales distintas, que más tarde dieron origen al mestizaje musical, siguió un proceso sociológico difícil de explicar, de la ciudad se fue a la aldea mestiza y del campo irrumpió en la ciudad.

Los bailes, la música y el canto, que resultaron de la fusión cultural de América y España, en nadie pudo prender más como en el sentimiento del mestizo. La música europea no dura en América más que un instante, para perdurar acepta los módulos de la voz terrígena. De allí nace el bailecito y la cueca, el wayño y el zapateado.

Cuando el coloniaje, la tierra conquista al conquistador, la fuerte personalidad de América India vencida por las armas de España, lentamente casi en forma imperceptible escribe el “romance del conquistado”. Y es el espíritu español que arraiga y toma nueva personalidad en América, es el espíritu primitivo autóctono que se engalana con la forma cultural española.

En *Cuadernos Literarios.* Suplemento del diario *Última Hora*. Año I, núm. 16, sábado 14 de mayo, 1949. [Firma: Gamaliel Churata]

CARLOS MEDINACELI

Como había observado Gregorio Reynolds, Carlos Medinaceli fue el paradigma del hombre que posee la bondad de ser, y del esteta que posee la bondad bella de ver, que Solón, el griego, pedía para condicionar lo arquetípico del ciudadano. Su juvenil facundia vino de un fenómeno interno que emergía a la superficie con el sentido boticeliano de la espuma. Era un bello adolescente de ojos límpidos y de corazón puro, de quien se podía aceptar inclusive el reproche, así viniera arropado en la gracia cáustica que aprendió a Quevedo o en la amargura de Barnet, a los cuales amaba y en cierto tiempo se empeñaba en imitar. De esta manera podemos establecer que en Carlos Medinaceli se albergaba un poeta para ver el mundo y un espíritu esquiliano para sentir el mundo; dualidad que solamente podían establecer quienes analizaran su intimidad porque la habían vivido, y que constituiría andando el tiempo el secreto de su personalidad de escritor, personalidad extraordinaria, sin parangón en la historia de la inteligencia boliviana, que le habría de obsequiar un estilo literario en el cual se sustancian el refinamiento idiomático y la pureza casi genésica de la idea. Poeta, era un modernista en quien la sangre vernácula se ponía tierna; prosador, un clásico de la parentela de López de Ubeda o del padre de la "Celestina", es decir clásico en el sentido arcaico. No buscó en el cinabrio el rojo de su paleta; ni le pidió nunca a la Pompadour abalorios para dar gracia tentadora a sus cláusulas. Color, sabor y olor los tomó de la naturaleza social de su tierra intensa, a la que inmortalizaría en las páginas de la "Chaskañawi" en sus crepúsculos y medios días cenitales.

Si a Carlos Medinaceli se le hubiera de juzgar solamente como escritor, salvadas algunas páginas desiguales, tendría que comparárselo a René Moreno, más propietario éste acaso de su estilo, pero sin la exultación pánica que poseía el escritor potosino cuando se apropiaba de un tema hasta agotarlo. El escritor no es un fruto adventicio, ni surge sólo porque se hubiese dado el fenómeno de un cráneo de apretados embutidos mentales. Un escritor es siempre el resultado de una tradición, una especie de resonancia que viene percutiendo de monte en monte hasta que hiere la superficie de un estanque y agita las aguas con la gracia de un ala de ave canora. Es decir, el escritor es el que recuerda; o más aún todavía: aquél en quien los hombres recuerdan. En alguna parte de su soliloquio el Dante hace entender que su poema juvenil: VITA NOVA, no era sino una

reminiscencia de amores que vivió, ¿dónde?, ¿cuándo? El buen crítico tiene que establecer que esos amores dantescos que ponen temblor epitalámico a la palabra de Alighieri no los vivió el poeta nunca en su carne, pero son los amores que laten como una sed melodiosa en el genio latino. En Medinaceli hay, pues, algo que recuerda a René Moreno, y es que si alguien amó al gran escritor oriental en Bolivia fue él.

Ciertamente, esa unidad que habrá un día la crítica de establecer –salvados tiempo y espacio– entre ambos escritores, es todo lo que podemos encontrar hoy como signo de vivencia superior en el alma boliviana. Moreno era más paleógrafo que Medinaceli, pero es que Moreno no fue poeta: a veces fue más bien –y de una categoría eminente– un árido archivero. En lo que le ganó sin disputa es en la perspectiva de la ubicación mental, pues juzgó a Bolivia y a los bolivianos desde tierras casi enemigas, y pudo medirlos en la proporción que toda perspectiva concede. El gran escritor que hubo en Medinaceli vivió obliterado, como Nietzsche, en el horizonte. Quien dijo que la deuda del Estado con él no podía pagarse jamás, no exagera. Si Medinaceli hubiese sido enviado a España o a Gran Bretaña en un cargo diplomático, su obra habría logrado cualidades inesperadas. Cerebro capaz de absorber todo fluido nutricio, vivió del alimento amargo y dulce que le dio su tierra, mundo y sociedad pequeños para su genio. La portentosa novela que inmorta - ______________________

En *Cuadernos Literarios.* Suplemento del diario *Última Hora*. Año I, núm. 17, sábado 21 de mayo de 1949. [Firma: Gamaliel Churata] Reproducido como prólogo a la segunda edición de *La Chaskañawi*, Editorial Juventud, La Paz, 1955.

lizará su genio en las letras hispanas: la “Chaskañawi”, fue escrita toda ella cuando no había llegado a los veintidós años. Probablemente en su madurez la sometió a cribas frecuentes, pero quienes conocieron el original primigenio pueden observar que la obra en su totalidad y en su gracia y vigor fue obra de adolescente. Lo que la brava tierra de las Chichas pudo darle se lo dio entonces con generosidad maternal; la obra, aún en su fatalismo erótico, es pues, una canción a la vida y al amor, exaltación de ese mundo donde el mugrón hispano reverdece con un sentido de la vida, trágico y cómico, como son el sentido y destino del alma española. Sólo cuando Medinaceli deja “su” tierra, vive de lo que Bolivia puede darle.

Y allí nace el personaje esquiliano que acabó hace apenas diez días en un ataúd de cuatro planchas que dijo el poeta.

Léase la semblanza que hace de Nietzsche y se encontrará el aguafuerte de esta tragedia. En la escasa producción literaria de nuestra patria no podrá dejarse de lado nunca, ni siquiera un renglón, de lo producido por Carlos Medinaceli; pero sí quedarán, sobre nadando al naufragio de los siglos, esas páginas y la obra toda de la "Chaskañawi", y no porque su arquitectura novelística supere a cuantas novelas se han escrito en Bolivia, a causa de su complejidad o equilibrio, ni porque importe un testimonio folklórico precioso. Todo esto con ser muy importante no justificaría su perennidad en el tiempo, cuando más cohonestaría su presencia espacial, lo que el poeta llama su *alquiler del mundo*. La "Chaskañawi" posee un valor idiomático todavía no entrevisto por la crítica. Es allí donde se produjo el milagro. Era natural que ni él mismo lo hubiese anotado sino cuando lo oyó en otros labios, porque el proceso biológico de la obra estética es semejante al proceso de la generación, que comienza por ser un instinto de personalidad en las células vitales y acaba en la naturaleza orgiástica del hijo. A España no pretenderemos buscarla, como hacen muchos críticos epidérmicos, en nuestras ciudades deprimidas y deprimentes, en los coloniales templos y sus artesonados, en sus callejas toledanas ni en sus salvas de campanas matinales. Arquitectura urbana o arquitectura religiosa, dejados por España en América, son un signo de su paso, un signo que pasa; pero si a eso quedara reducido el destino hispano en América, ciertamente, estaría condenado a perecer. No es eso lo que quedará de España. Quedará el idioma, pero no el idioma académico, rebuscado y melindroso, de quienes se dedican a imitar a Cervantes –lo inimitable–, como se dedican a imitar a Velásquez o Goya, o imitan a Falla o a Quinito Valverde. De España quedará lo otro: el idioma popular que es capaz de originar una epopeya como el "Martín fierro", o esta "Chaskañawi" de Medinaceli. En ambos –paralelo que un día habrá de establecerse en sus medios y límites pero inevitablemente– el idioma de Castilla se ha enmaridado con un mundo, con un nuevo mundo.

Y aun podríamos decir que en Medinaceli las nupcias son de mayor jerarquía porque no tienen ningún propósito folklórico, son nupcias de alma a alma.

Para dar sepultura a los despojos del gran escritor, las autoridades del panteón tuvieron una pequeña duda: ¿Se debería sepultar a este Carlos Medinaceli entre los notables? El problema se solucionó franciscanamente, pues no se le brindó

un nicho entre los “notables”. ¿Y quién más notable que él en Bolivia? Todos nosotros pasaremos a la hoyanca anónima donde se depositan los trastos de la resaca, y cuando ya no se hable de ninguno de los notables “vivos”, el nombre de Medinaceli adquirirá más brillo, fulgirá más. ¡Este es el destino que quiso bocetar en su pene trante exploración nietzscheana! Parece que el loco lo decía así: Ist Veredlung niglich? No. No es posible hoy: la grandeza de los grandes es siempre un futuro perfecto. “¡Ah! Medio día, eternidad”, bramaba Zaratustra. A medio día nos llamaron a “verle”. Los rábulas y los agentes del aseo público, entraban y salían, cruzando el hall del Palacio Municipal. Y allí, a mano derecha, tímidamente, casi con rubor, se apelotonaban una docena de coronas fúnebres y un catafalco. Era el episodio que la vanidad humana hacía vivir al menos espectacular de nuestros muertos. Su naturaleza física había alcanzado ya la pureza ebúrnea. A los cuarenta y nueve años tenía la barba

cana, la frente sin otro elemento craneal, y el pergamino se adhería a la forma ósea de tal manera que el gran escritor parecía un Francisco Solano, momificado para la gloria. La Universidad negó sus salones para rendir honores al gran profesor de literatura boliviana; el Congreso, al representante nato de un gran pueblo: Potosí; tenía que ser el burgomaestre de La Paz, de espíritu tan cristiano, quien hiciera de Cirineo y tomara la última cruz del sacrificio…

Verlaine le lleva ya del brazo. Pauvre Lelian.

UNA GRAN FIGURA AMERICANA

a Abel Botero

Quienes ponen perspicaz atención al fenómeno cultural de la América y persiguen convencerse a sí mismos que nuestro continente no es tan estúpido, como afirmaba un genial troglodita (el lector sabe a quién nos referimos), y que, ainda mais, usa boina vasca como el undísono de don Baldomero Sanín Cano, esos americanos perspicaces saben que el Nuevo Mundo posee valores viejos, mejor dicho, en el orden intelectual, valores dignos del Viejo Mundo. Ninguno como el ensayista colombiano que ha pasado los ochenta años y es capaz de escribir el libro más lozano de esos ochenta años: “De mi vida y otras vidas”, libro lozano y sorprendente no porque busque confundirnos sino porque el lector se confunde a sí propio ante la sencillez estilística más deleitora que se ha logrado entre los suramericanos. Maestros del ensayo en América los hay: Rodó y García Calderón; más atrás Juan Montalvo y el antillano Hostos. Pero todos ellos dejan entrever cierto propósito doctoral, que no tiene Sanín. Leer un ensayo suyo es lo mismo que verse arrebatado por una mano fina y segura que nos lleva por donde le viene en gana. Si nos preguntarán porqué eso, diríamos que casi por nada. Es que Sanín Cano es la sencillez como Montalvo es la elocuencia.

Su larga estancia británica justifica a quienes aseguran que su prosa posee la sobriedad británica. La comparación sería precisa si esa sobriedad poseyera el don de la ironía de los buenos humoristas de esa lengua. Y así que así, tampoco la comparación resulta rigurosamente exacta: porque el humorismo de Sanín Cano no invita a nadie a sonreír. Es un humorismo saludable que se detiene en aquel punto en que el lector siente el espíritu magnificado.

El humorista que hay en él constituye un espectáculo de la naturaleza, supuesto deviene polígloto y erudito clásico por decisión de su inquebrantable gozo de saber y conquista la sabiduría de la misma manera que la comunica, con un esfuerzo que nada tiene de esforzado. En Europa donde hasta los horteras leen a Platón en su idioma, esto nada tendría de extraordinario. En América, no. En América la sabiduría es un hecho cland estino.

Desde este punto de vista hemos encontrado siempre una gran analogía entre Franz Tamayo y Sanín Cano. Se trata, desde luego, de dos humanistas que nos salvan de cuatro siglos de chatura aldeana. Existen sus diferencias, ciertamente, a favor del boliviano que es un humanista de más clásico y acaso más completo estilo; pero por lo mismo que Sanín no es ya un humanista sino en el sentido renacentista.

Nos explicaremos. Sanín Cano es un humanista que ve el fenómeno mental horizonte afuera; Tamayo es un humanista que localiza el fenómeno mental horizonte adentro. El mayor elogio que de él puede hacerse por eso es decir que persigue expresar el alma americana en lenguaje humanista. Nosotros diríamos (un día habrá que probarlo) que Tamayo es un humanista aymara. Si no ¿Qué es ese libro diamantino de la "Creación de la pedagogía nacional"? una batalla por humanizar América. Posteriormente nos ofrece su "Prometheida" ¿Es este poema solamente un volver a Grecia? Si fuera sólo esto el empeño podría parecer de loco, como un poeta bobo nacido en Chile pretendió sostener. La "Prometheida" tiene un paramento griego, pero su naturaleza es americana. Quien penetre al estudio del fenómeno tamayesco tendrá que anotar, además, que anteriores a esos libros es el de "Odas" incaicas, en que el poeta realiza un esfuerzo romántico por invivir el alma aborigen. Con estar allí abundantemente condicionadas la historia y hasta la toponimia, esas "Odas" son menos americanas que la "Prometheida".

El paralelismo no debe ir más adelante, pues no viene al caso. Sin embargo, aun cabe en be -

---

En *Cuadernos Literarios.* Suplemento del diario *Última Hora*. Año I, núm. 18, sábado 28 de mayo, 1949. [Firma: Gamaliel Churata]

neficio del diseño mental de Sanín Cano anotar que el maestro boliviano ignora el humour y el otro es escéptico. Tamayo se expresa con frases lapidarias. Sanín Cano huye de todo elemento tectónico.

Ningún escritor de nuestra América dosificó con mayor maestría una más sutil y fina ironía que Sanín Cano. En todos los ensayos que le hemos leído y le hemos leído cuanto cayó a nuestras manos, impreso en revistas y periódicos (tampoco es un hecho insólito que en América conozcamos a los maestros por sus retales), no hemos encontrado un gesto adusto o prosopopéyi co ni una afirmación axiológica. Sin embargo, el lector no podrá negar que cada ensayo de Sanín desasna y no solamente muestra lo mucho que sabe, sino que cubre ángulos de la ignorancia de todos.

Su libro autobiográfico –y su título sobre todo, sin penetrar en sus páginas– nos revela cómo nos hallamos ante un maestro de capacidad didáctica asombrosa. Desde luego, cabe decir esto: La autobiografía de Sanín Cano, que es la hagiografía de una época, tiene que leerse sin pausas, a menos que haya alguien capaz de soltarle. Y qué vida. En menos de cuatro páginas, qué epítome de la tragedia, del pensamiento, del esquema vital de Lugones! La biografía de Roberto Cuninghame Graham es una obra maestra. ¿Pero, estas cosas de Sanín son biográficas? No. Son vidas trasladadas al oído. Se oye parlar al autor en una forma dichosa. El suyo es un convivio. Nos hemos preguntado si el medallón de Jorge Brandes pudo ser escrito de otra manera; y nos decimos que no. De cualquier otra manera hubiera resultado contrahecho. Acaso en otras páginas podríamos hallar un análisis más metódico de las ideas, las doctrinas, las preocupaciones del traductor de Kierkegaard; pero quienes en malas versiones conocemos al escritor danés, nos hemos reconciliado con él al leer las cinco páginas que le dedica Sanín.

Es que este humanista no ha perdido una muela por domar el latín, y aunque se apertrechó de idiomas para gozar a los hombres que justifican la vida del planeta, lo que él perseguía no fue la materia simplemente intelectual; buscó al hombre. Se diferencia de José Enrique Rodó, por ejemplo, en que es un humanista sobre dos piernas dinámicas, y no un humanista dentro de una estatua. Por eso eligió la forma popular del ensayo: la columna periodística, sabiendo que lo habrían de leer doctos y legos. Y legos y doctos le entendieron, claro que cada uno a su modo. Permítasenos la aclaración de que se puede profesar el humanismo sin ser humanistas rigurosamente. Y esto para contradecir un poco a

quienes juzgan a Sanín como un humanista a secas. No lo es, aunque haya escrito una gramática inglesa, aunque posea el latín y el griego y gran parte de las lenguas cultas de hoy. Un humanista es árido, por más que, como un gran desierto, pueda ser solemne. Se expresa por símbolos, no por conceptos, según el decir de Spengler. Quien durante medio siglo ha escrito en periódicos, y solamente para periódicos (su único libro orgánico y hechizo es "De mi vida y otras vidas"), tiene una finalidad: el hombre, los hombres, la humanidad; es decir, profesa el humanismo como una relación de universo a hombre según anota el P. Charmot. De este tipo de humanistas no hay muchos en nuestra América, ciertamente, o habría uno más: José Carlos Mariátegui, si no confesara el misticismo marxista, que le veda el uso saniniesco de la facultad mental, verdadero hito de la universalidad de nuestra cultura.

Nada extraño, pues, que también en Bolivia, como en su patria y en México, y allí donde se valoriza la importancia de los hombres superiores, pretendamos rendir un homenaje al gran maestro colombiano. No queremos decir que en Bolivia le conozcan más de cinco personas, pero por eso mismo su nombre debe ser entregado a la voracidad del pueblo. Pocos escritores hispanos lograron tanta sencillez. Se parece a Cervantes en esto; en que es aún más simple, más diáfano que Cervantes. Y Cervantes sobrevino como un antiséptico del culteranismo.

UNA GENERACIÓN POÉTICA

ÚLTIMA HORA y, para ser más propios, nuestros "Cuadernos literarios", dan ingreso oficial a sus páginas a una generación boliviana: la de "Gesta Bárbara". He aquí una generación vieja que rejuvenece, o que vuelve, mejor dicho. En las postrimerías de la segunda década de este siglo nació a la vida en la Villa Imperial de Potosí y era, como ahora, una generación poética. ¡Ay, del pueblo cuya juventud no siente la poesía, o que carece de los dones para la expresión de la belleza y de la vida mediante la palabra, el color del ritmo! ¿Cuál de estas generaciones fue mejor? Si nos pusieran a definirlo diríamos nosotros que la de hoy, porque esta generación es joven y la otra ya ha envejecido. Ogaño se pregunta, como antaño, por qué se cree bárbara esta generación de poetas. Vamos a satisfacer la curiosidad. Porque toda generación que viene se siente extraña a la vida, porque viene de una reacción cenestésica, de una inconformidad, de un cansancio estelar, de un no querer permanecer. En una palabra; toda juventud se siente extranjera en su patria. Y, cierto, lo es, pues

pertenece a la patria superior del espíritu que no se ha localizado aún en límite ninguno de la geografía. En versión griega, que es como sienten su nomenclatura las generaciones de “Gesta Bárbara”, son, realmente, bárbaros. Lo explicaremos. Aquella generación de Potosí, como está ya difundida en toda Bolivia, pues la integran representativos de todos sus centros cultos, sentíase poseedora de un don heráclito: el de la fuerza, y creía que el ethos había depositado en ella el sentido de Anteo. Por eso se gozaba con salir a las calles a escandalizar al buen pacato, como hoy trata de escandalizarlo en un sentido mental seguramente superior.

Por esta razón hemos querido dedicar varias páginas de este cuaderno a los poetas y prosistas del grupo paceño de “Gesta Bárbara”, recogiendo su cosecha reciente. El público dará su veredicto. Nos corresponde explicar por qué este hecho merece ser inventariado entre los más significativos de nuestra cultura.

¿A dónde se encamina esta generación de intelectuales? ¿Qué persigue? Literariamente puede ser ampliamente definido el problema. La actual generación de “Gesta Bárbara” es más universalista que la generación primitiva; aquella se proponía un objetivo casi localista, por lo menos era sustantivamente patriótica, aunque llevara ya en sí la levadura de una gozosa fermentación social. “la Chaskañawi” y “Cuando vibraba la entraña de plata” (sin disputas, como novela, lo mejor que ha producido en estos tiempos el genio boliviano), son dos obras típicas de la mentalidad potosina de “Gesta Bárbara”, pues en ellas campean por igual el propósito de valoración mayoritaria del pueblo boliviano y la jerarquización de su función representativa. Agréguese a ellas la producción de Walter Dalence, que en medio de su desorden y romanticismo posee la misma orientación, tanto como la poesía y cuentística de Armando Alba o de Alberto Saavedra Nogales. Este último dejó naufragar al gran crítico literario de mayor potencialidad que esa generación prometía.

En la actual, hasta los representativos de un pensamiento categorizadamente social se mueven en una permanente evasión de la realidad. La realidad, de paso sea dicho, es la condición exclusiva que define al escritor o artista que se matricula en la escolaridad social, no sociológica. Tenemos a la vista el caso de un poeta de gran energética creadora: Gustavo Medinaceli. Ignora lo que signifique el reclamo de la realidad. Su mundo es aquel hectoplásmico de los sentimientos, o el mundo puerperal de las intuiciones caóticas. No quiere decir que carezca de orden. La suya, empero, es la disciplina del caos. ¿Pero, qué es el caos? Lo diremos acaso por primera vez. El caos es el límite de nuestra

percepción empírica. Caos no es desorden, sino vida superior, devenir. Desde luego, podríamos hacer de antemano la advertencia de que nuestro Gustavo Medinaceli no es surrealista. Es a–realista, uno que se empeña en negar la realidad. En pocos poemas se lo ve tan ______________________

En *Cuadernos Literarios*. Suplemento del diario *Última Hora*. Año I, núm. 19, sábado 4 de junio, 1949. [Firma: Gamaliel Churata]

claro como en el bellísimo que dedica a inventariar a la Mujer. La mujer es lo más inventariable, precisamente porque es el punto de permanencia del hombre, diríamos el punto de su equilibrio en el universo. El poeta examina en ella una anatomía casi mística, y decimos casi porque para ser mística le sobra el delirio angélico de que él se siente poseído.

Otro gran poeta a–realista se anuncia en esta generación. Es Julio de la Vega. Poeta arquitectural. Nos parece que sin mengua del genio de Salvador Dalí sus construcciones son más abigarradas y sustanciales. En todo caso, entre los poetas bolivianos ninguno ha logrado como Julio de la Vega una más recia fortaleza constructiva con elementos tan cinemáticos como los que emplea. En medio de todo ello, además, hay una tan poderosa capacidad intelectiva que sus palabras se pierden en el poema, como si las ideas vivieran por sí solas, sin las apoyaturas del abecedario. En fin, se trata de dos poetas que son por hoy lo más vigoroso de la poética boliviana. Y, con esto está dicho que justifican esta nueva generación de “Gesta Bárbara”.

Ella aún puede dar mucho, lógicamente. Esperamos que así sea. En la Paz tiene también a un prosista independiente, que usa el cerebro con oportunidad. Inferimos a Mario Miranda, por ya no decir además de Mario Guzmán, pues son ambos Marios algo de lo más fuerte que nos ofrece este grupo como dominio de la difícil expresión vulgar, que es la del prosista. El primero a ratos hacer pensar en un greguerista al estilo de Gómez de la Serna, para no halagarle diciendo que en ciertos momentos apunta en su prosa el recuerdo de Oscar Wilde precisamente cuando se ajustan las víselas de sus metáforas y paradojas; lo mismo que Mario Guzmán que será el gran prosista de esta generación tan pronto como defina sus deberes entre el teorizante social y el esteta. Su menaje mental da para todo.

Un poeta en prosa y un prosista en verso. El primero es nuestro Subdirector Carlos Montaño Daza, a quien ni la política, ni la metafísica, ni la teología, le quitarán el gusto del madrigal y de la frase bella. En su prosa hay tal carga de poesía que, realmente, es la suya una prosa que canta. Jacobo Liberman (y que el pronóstico le valga) no escribirá más de tres o cuatro poemas más en su vida. El suyo es un talento analítico, propio del examen y del dato confutable, y aunque su verso –como verso de hombre de talento– sea inteligente y elevado, su prosa es más vibrante y suscitadora.

No hay más por ahora. Son tres o cuatro muchachos que ingresan al Jardín de las Hespérides de este Cuaderno, y hay para gozarse de ello. Es una generación que se ubica en un frente de batalla.

Lo demás lo dirá el Porvenir.

155

UNAMUNO, SEÑOR DE LA DIGNIDAD Y LA AGONÍA

Ningún temperamento español de su época abarcó con la sutileza del doctor de Salamanca, tantos temas diversos y en forma tan aguda y tan penetrante. Desde la teorización de “Las pajaritas de papel” hasta el enfrascamiento en los temas filosóficos tan áridos para la psicología española. Desde el ensayo medular y profundo hasta la narración deleitosa de sus impresiones aprehendidas en su paso por el mundo.

Pertenece Unamuno a los escritores que escriben pensando y no a los escritores que piensan para escribir, según la delicada clasificación schopenharueriana citada por él mismo en su libro “Contra esto y aquello”.

Con un sentido de aguda perversidad constructiva enderezó su pluma con mayor énfasis al ataque, antes que al elogio.

Nadie en el mundo de las letras se indignó como Unamuno. El hombre que supo de la tarea de vivir, tarea que la aprendió y la enseñó viviendo, fue este raro escritor el que armó caballeros para el combate en todas las latitudes. El nombre de don Miguel de Unamuno vale para calificar el espíritu hispánico; espíritu que se complace en la penetración sutil de las cosas de menos importancia y de mayor realidad para la vida. Ellos, los españoles, nunca hablaron de la vida ni

hicieron especulación teórica acerca de ella. Para Unamuno no hubo teoría, la vida nunca fue especulación, para él era lucha, lucha permanente; vivir era estar frente al mundo; indignarse ante los obstáculos y los hombres. Indignarse significaba colocarse en la dignidad, situarse en el timón de la hombría, y desde ahí, desde ese privilegiado lugar guiar el barco de la existencia. Pero, esa indignación, primer grado de su señorío, no habría sido galardón para este español universal que se diluye en la frontera del sentimiento y de la razón; si no fuera un extraño ciudadano que habitara en la república del entendimiento, que a fuerza de exclamaciones fabrica el lenguaje del asombro y que como un niño antes las cosas y las gentes, sabe guiar dignamente la admiración humana. Decíamos que la indignación de Unamuno no es galardón para él, lo es más el haber despertado en cada hombre el sentido de la dignidad.

La indignación madura como un árbol, sus raíces se extienden nutriéndose en las venas, se alimentan en la fuga permanente de lo humano, y lejos de destruirse en la contradicción, el significado y la equivalencia; se forman y se concretan en la realidad. La apología de lo contradictorio podría encontrarse en todas las páginas que ha escrito Unamuno, pero la verdad substancial de la cual vivimos está en todo lo que don Miguel no escribió. Igual que el árbol, Unamuno tuvo la vida en lo profundo, a los árboles se los admira no por la fisonomía de su fronda, sino por la raíz oculta, secreta y angustiada que busca su libertad en la cárcel sin rejas de la tierra, así, retorcida y crujiente, nos hace pensar en el espeluznante ángel u hombre de carne y hueso y él supo, sí, imprimir el sello de la verdadera indignación, renegando contra las concepciones

puramente intelectuales de todos los **homos** en especial del **homus economicus.** Descubre que el hombre no había sido ser de producción, sino un ser de consumo; porque consumiendo el hombre

destruye su propia economía. La vida pues, había sido puesta para invertirse en la agonía. Agonizar es luchar, luchar es vivir, vivir es transformarse de hombre en ángel; y eso es lo

que le asusta y acongoja al hombre concreto, de carne y hueso, humanizándolo a fuerza de espíritu.

Estudiando al maestro, ya no en la universalidad de sus concepciones, sino, volcándolos, en esa faceta tan peculiar en él, cual es la de sus comentarios regionales, o mejor, polémicas amistosas sobre sus impresiones de la literatura

hispanoamericana, nadie mejor que él comprendió la obra de Arguedas cuando analiza “Pueblo enfermo” en su capítulo: “Psicología regional”. Es verdad que el

———————————

En *Cuadernos Literarios.* Suplemento del diario *Última Hora*. Año I, núm. 19, sábado, 4 de junio, 1949. [Firma: Gamaliel Churata]

proceso imaginativo de los pueblos latinos (indo-americanos en especial) no ha llegado aún a su completo desarrollo. Aceptémoslo. Pero desde muy lejos Unamuno pudo analizar la verdad de lo que Arguedas dice.

La imaginación cochabambina, como la española, como la del gran don Miguel, no consiste en otra cosa que en “palabrería”.

Nada se puede imaginar sin el recurso primordial de la palabra. La forma de la imaginación es la palabra. La palabra se “informa” trasladada al lienzo o a la melodía; todo proceso imaginativo se desvincularía de su forma de imagen sin el previo auxilio de la palabra. En sí, la palabra, aislada, sola, lejos del concepto intelectual que el hombre le asigna, la palabra detrás de ella misma es sólo una imag en.

Esto no ha querido comprender en toda su amplitud el gran Unamuno al criticar la imaginación cochabambina.

El error de Arguedas fue interpretar la memoria de los estudiantes chuquisaqueños o cochabambinos como un ejemplo de imaginación, error que fue tomado al vuelo por el genio español: la memoria es parte de la imaginación, la constituye, pero en mínima parte, es sólo un sostén del poder imaginativo; pero como Unamuno se propuso escribir “contra esto y aquello” nada mejor que escribir contra lo que se tuvo a mano, y la imaginación cochabambina cayo en las redes del “vasco” cuando éste se propuso guerrear a todo y a todos.

Pero, más que este error de percepción, vale en él –y por eso le homenajeamos hoy en estos cuadernos– el haber sido el que dio la clarinada en el ámbito universal de las letras que “Pueblo enfermo” era una obra substancial y profunda.

EL ALMA MATINAL

La formación intelectual de José Carlos Mariátegui es, seguramente, la mayor proeza de todos los tiempos americanos. Su radiación espiritual, el fenómeno sidéreo más cautivador. La intención de su obra y sus resultados, la cosecha más jocunda que pueda anotar en su haber un escritor de nuestra América. Sanín Cano, al leer sus “Siete Ensayos de la Realidad Peruana”, dijo que aquel escritor tenía aliento universal. Waldo Frank atinó sólo a llamarle: ¡Hermano!. Por doquiera se le comprendió y se le amó. Es que pocas veces un libro en tal grado encerraba a un hombre. Hubo quien sostuvo que ello se debía a que ese libro encerraba un continente, que era la mayor interpretación de América hecha por un suramericano. Mariátegui volcó en sus páginas – eran páginas periodísticas escritas al dorso de los días urgidos de tragedia y de epitalamio– su mensaje al mundo. Ya podía morir, y se fue. Qué alegría más juvenil la de este maestro austero y noble frente a la muerte y frente a la vida. En carta que escribía no un mes antes de irse a un su camarada, decíale: “entiendo que no tenemos sino espacio para vivir y luchar”. Y así fue cómo quién vivió muriendo, infundía eternidad a unas páginas destinadas a la vida undívaga del tiempo inmutable.

Seguramente la vida de Mariátegui es lo más bello que él hizo. Sus libros lo eran igualmente, eso es verdad. No eran los libros suyos de combate crudo y menos crudamente escritos; eran libros mimados con amor de artífice, su prosa no era la de un polemista de clase, sino la de un artista de clase. Prosa ágil, saltarina, aguda, como venablo, solía adoptar la prestancia de mármoles eternos. Explica esto que CUADERNOS LITERARIOS dedique esta columna para recordar al gran escritor, y renovarle, en nombre de los intelectuales bolivianos, su admiración y su lealtad.

Mariátegui era un hombre de fe. Cultivaba ese don místico de la fe, precisamente porque todo lo deleznable de su vida escapaba dentro de sus dedos por la acción martirizadora del espíritu, sin dejarle sino el derecho a sonreír y luchar!. Su fe era marxista. Nunca se llegó a explicar nadie en qué grado el profeta hebreo había atenazado su corazón. Lo efectivo es que arrancaba su marxismo del Génesis, y que lo renovaba a ratos, en el catolicismo griego de Pablo. Aplicando sistemáticamente esta disciplina dialéctica a su país nos explicó el fenómeno de su cultura; el fenómeno de su historia; de su agonía, y quiso establecer que el Perú no podría renovar su grandeza del pasado sino dentro de un sistema de

ideas sociales en que desaparecieran los signos de toda injusticia social. Se dio a los humildes, él que era humilde, pero su triunfo no se lo dieron los humildes, puesto que su palabra estaba destinada a acabar con la soberbia de los poderosos. Es así que la prédica de Mariátegui hizo más impactos entre ricos y sabios que entre pobres e ignorantes. En esto, instintivamente, procedía conforme a la naturaleza social de nuestra América, donde solamente los cerebros son capaces de sentir la justicia impersonal y convertirla en hechos de la realidad. Sin este recurso la suya no habría sido la posición de un apóstol, que fue en tanto grado, habría sido cuando más la de un escritor brillante, de uno de los escritores americanos de visión más aguda y de una jerarquía estilística sin paralelo en las letras de este lado del mundo. Pero era un apóstol, se propuso finalidades proselitistas, se dirigió a los humildes, aunque sólo para derrochar el oro de su genio. No sabemos si los humildes lo entendieron. En la Universidad de San Marcos, donde le regatearon la cátedra de Economía Política, aunque la masa de estudiantes la pidiera –como para otros escritores soterrados la pidieron a la caída de Leguía– dio un cursillo de divulgaciones en esta materia. Entonces pudimos comprender hasta qué grado el fino y p ulcro escritor podía descender a la fabla salvaje de la calle para hacerse entender de ella. Cierto es también que la suerte de Mariátegui como profesor no fue la del maestro. Como maestro su misión ______________________

En *Cuadernos Literarios.* Suplemento del diario *Última Hora*. Año I, núm. 23, sábado 2 de julio, 1949. [Firma: Gamaliel Churata]

no tiene semejante. La suya fue una palabra que descendía, con toda su firme inclinación beligerante, del cielo, como la voz bautismal que invocó Jesús en el Jordán. Su misticismo habría sido repudiado por los escribas del marxismo, pues su delito era ser bella. Los escribas, del marxismo o de cualquier secta confesional, odian la belleza, que los ciega. Sin embargo es necesario dejar establecido que sin la belleza latina de su prosa sus ideas habrían ido muy poco más allá de lo que van las tesis para colación de grado.

En Mariátegui no todo era peruanismo. Él había recibido el bautismo espiritual en Francia, de manos de Henry Barbusse. Su primera revista debió llamarse como la de éste: “Claridad”, encontró un movimiento terrígena anterior: el “Titikaka”, que imponía, acaso, con dolencia, el retorno a la tierra. De este modo Mariátegui trocó “Claridad” en “Amauta”, y en su primer número consignó

páginas de exaltación de la poesía indigenista que allí prendiera. Su exploración del mundo indígena, fue, entonces, teórica. Precisamente por eso es más admirable porque con raras excepciones casi todos sus planteamientos son de una pasmosa exactitud. No obstante, en algunos sentidos se observa que la visión del teórico no posee el argumento de la observación directa. Cuando enfoca el problema de la tierra no discrimina entre el valor real del latifundio y la parcialidad; y es de los que cree que en el imperio incásico puede encontrarse una base de organización comunista. En este error incurren casi todos los teorizantes del problema del indio; y es que se sirven del documento colonial, mal condicionado y peor interpretado. Solamente cuando se penetra en el examen de la realidad objetiva los descubrimientos se suceden unos a los otros, y se sabe en qué grado la nomenclatura en uso es falsa y traiciona el contenido histórico de la realidad incaica, la cual poseyó un grado tal de sistematización administrativa, que aún ho y subsisten sus instituciones aunque metamorfoseadas o desfiguradas por la catequesis jesuítica. Sin embargo, Mariátegui será siempre el primer escritor americano que aplicó esta interpretación socialista al estudio del problema de la tierra.

En todo sentido el suyo es un análisis regido por este sistema especulativo. Cuando analiza la historia de su país y su cultura sabe encontrar los factores de la herencia, no siempre en su significación negativa, sino, lo que vale más, en aquellos aspectos en que la Colonia constituye un punto de partida de la realidad americana. Entonces podemos aseverar que la interpretación de Mariátegui es magistral y definitiva. Nadie, dicho sea entre líneas, examinó con mayor severidad y agudeza el problema político civilista y nadie estableció la maléfica influencia que en la formación del espíritu peruano tuvo este partido, que era en realidad casta heredera de las taras coloniales, increíblemente empecinada en mantener su subsistencia dentro del Perú contemporáneo, a trueque de inmovilizar a un pueblo.

Qué grande y noble era este maestro!. Cuando le visitaban admiradores que acudían de toda América; de México, lo mismo que de la Argentina, de Bolivia, lo mismo que de Colombia, encontraban en él al mutilado del carrito de manos, cuyos ojos fulgían con resplandores sublimes. Hubo un pintor argentino –el gran José Malanca– que mientras permaneció en Lima tomó a su cargo inducir el carro de José Carlos Mariátegui por las calles, pues sentía que nadie en ese momento de América era más grande y más digno de veneración que ese glorioso luchador del pueblo. José Carlos tenía siempre para estos romeros de su presentida inmortalidad, la palabra llana y viva. El recuerdo exacto y la cita

precisa, como para dar a entender a quienes le amaban que él no era sino un pebetero en que se consumía el espíritu de América, de la nueva América, de aquella que amanecía o amaneció en él. Uno de sus ensayos menos marxistas se titulaba: “El Alma Matinal”. Todo lo que en él se anuncia es su espíritu. Niño sin fortuna y con padres pobres tiene que hacer de su taller su escuela, y aunque proviene de una de las más linajudas familias españolas del Virreynato, debe hacer vida de proletario. Es un tipógrafo, mientras su endeble naturaleza se lo permite, pasa repórter, a cronista; y ya entonces deslumbra su genio estético porque es un intérprete emocionado de esa Lima que inmortalizó Ricardo Palma y le dedicó crónicas, lo mismo a una corrida de toros que a la procesión del Señor de los Milagros. Asiste así, en Europa –y en tres

años se apropia de cuatro idiomas– a la primera guerra mundial y extrae el alma trémula y agonista con que regresa a Lima, a perder las extremidades y ganar la gloria...

El tiempo justificará nuestro entusiasmo por esta figura señera; pues la república en la que sus palabras alcanzan resonancia se dilata en la medida en que su forma humana huye de la aprehensión angustiada de los americanos de hoy.

EL CIUDADANO DE LA JUVENTUD

Tal es José Ingenieros, ciudadano de la juventud. Maestro vital que posa, ante el recio panorama de una América insurgente, en armónica línea con los Mariátegui, los Sarmiento, los Aníbal Ponce y todos aquellos arquetipos de una vibrante nacionalidad amanecida en el pensamiento social de esa generación que le encuentra responsabilidad y destino a la militancia juvenil de la hora presente y más allá de la huella solitaria, le inserta su confianza, inflamándose de fe y de optimismo. Esto último hizo Ingenieros con un fervor y una eclosión de tonos agudos y violentos. ¿Cómo no habríamos de traerlo al recuerdo, si hoy el magisterio de una acción cultural está buscando enfrentar a estos hombres –de esta talla– al ejemplo diario de los nuevos trabajadores intelectuales del hemisferio americano?

Es imprescindible comprender la tarea que se propone infundir de presencia

constante a estos altos hacedores de una honda preocupación filosófica, social o científica y cuya misión está tocando en las fibras y la carne de las candentes horas que atraviesa la humanidad, misión que no se diluye y que, al contrario, debe marchar en el ardor encendido de aquella esperanza para la que se trabaja: la juventud.

Sus más profundos biógrafos argentinos le han estudiado detenidamente: el José Ingen ieros pugnando entre el "positivismo" comtiano y el "misticismo", el Director afanoso de "La Montaña", el rastreador científico de la sociología; el "Syringo" inmisericorde contra las oligarquías que sembraban de cadáveres el gauchaje argentino y el dulce maestro de una juventud que a través de la "Universidad del porvenir" iba a recoger las más serias enseñanzas en cuanto toca a la misión universitaria en los "tiempos nuevos" y que en el grito de Córdoba, allá en 1918, iba a hablarnos de una "nueva hora americana". ¿Qué juventud del continente, impulsiva en sus afanes de superación cultural no arrancó sus primeras ambiciones de "El hombre mediocre"? Y es que aquí radica la sombra paternal de José Ingenieros y para muchos de aquí, también, proviene su título de Maestro de una juventud atareada de responsabilidad y comprensible de sus deberes.

El homenaje tiende, pues, a justificarse. Estamos frente a una de las figuras más señeras de la tierra americana. Hay tal alcance en su obra –política y de investigación– que todo empuja a la admiración y al ejemplo, sobre todo al ejemplo. Su contribución reposa en moldes firmes. Definitivos.

¡Qué romántico fundador del Partido Socialista de la Argentina! Y qué residencia tan fija en las filas de la clase obrera. El tránsito de Ingenieros por ella, no fue el tránsito pasajero del intelectual reposado que aprende lexicología revolucionaria. Enseñó hasta el fin. Luchó hasta el fin. Y en las asambleas populares lo retrata uno de sus mejores estudiosos: "Ingenieros estremecía a la asamblea con sus desplantes de jacobino rubio". Y conste, no fue el socialista "utopista"; adecuaba su pensamiento al "socialismo científico". Habría que decir, como de Ponce: Ingenieros llegó al socialismo por preocupación científica. Es cierto que después el Syringo aisló la "lucha de clases" y tomó el advenimiento del "cambio social" como un fruto de la evolución natural –historia natural le apellidaron a su tesis– de la sociedad aun cuando –dado su carácter– José Ingenieros volvió "a las andadas" y arremangándose luchó contra la presión que él ya la calificaba de "extranjera", frenando el destino nacional de su pueblo y el del continente. La "argentinidad" él la propuso, mas, la tomó

como un encendido sentimiento de unidad continental que había de inquietar al movimiento juvenil de esa hora con la constitución de la famosa Unión Latino Americana.

Y volvió "a las andadas" José Ingenieros porque después de postular un tipo de "darwinismo social" –negación del socialismo marxista que funde lo evolutivo con los "saltos" de

———————————

En *Cuadernos Literarios.* Suplemento del diario *Última Hora*. Año I, núm. 24, sábado 9 de julio, 1949. [Firma: Gamaliel Churata]

cantidad a calidad– el Ciudadano de la Juventud gritaba en tono de "socialista dinamitero": "La barricada es el altar del pueblo". Y era tan popular el Syringo que su tesis doctoral la dedicó así: "Al modesto y laborioso Máximo García, portero de la Facultad". Después, Ingenieros se predispuso a la investigación filosófica, lo revisó todo y buscaba en ella, en la filosofía, la más sutil "transparencia", y porque así pensaba debía decir en la oleada irónica que le distinguía: "Sonriamos de buen grado ante algunas filosofías que, como los antros de los oráculos antiguos, sólo tienen de maravilloso su obscuridad". Ironía nada más. Sí, fue el Maestro de la Juventud – lo estamos repitiendo–. Héctor Agosti, uno de sus más auténticos biógrafos, escribió rotundamente: "¿Cómo no se sentirían los jóvenes arrebatados por este hombre magnífico capaz de afirmar que a ellos únicamente pertenecía el porvenir venturoso? Toda juventud es inquietud. El impulso hacia lo mejor solamente puede esperarse de ella. ¿Y acaso no fue por esto que "El hombre mediocre" se convirtió en el credo de las generaciones am ericanas?".

La lectura de "La universidad del porvenir" habría que hacerla texto de estudio de los jóvenes universitarios de la hora presente. En ella están signados los ideales que no han dejado de profesarse y que sólo fueron atentados por aquella "derecha complaciente" que después del gran movimiento reformista cedió a las direcciones ideológicas de una clase que no estaba ni está incorporada a las proyecciones del porvenir de la universidad americana. La Universidad para José Ingenieros era una "escuela de acción social, adaptada a su medio y a su tiempo, representativa del saber organizado y sintetizadora de las ideas generales de su

época, lo cual equivalía a su sincronización incesante con las nuevas orientaciones ideológicas". ¿Qué mejor tesis que la de Ingenieros sobre la "exclaustración" del saber universitario?

Sí: José Ingenieros –como dice Agosti– encabezó la actuación militante de la inteligencia de América, desbordante de fe en el porvenir de una humanidad nueva.

¿Por qué?... José Ingenieros fue visto –lo es aún y con más fuerza– como un conductor de las nuevas generaciones que con el instrumento de la Reforma Universitaria manifestaban su disconformidad con el orden semifeudal y encontraban la necesidad histórica de un socialismo entero en sus postulados "como el zumo de los postulados nacionales".

Nuestros pueblos y sus intelectuales jóvenes le deben eso: ser un hito de la inteligencia buscando la liberación. Él –José Ingenieros– provocó la primera actuación política organizada de la inteligencia americana con obras como "Las fuerzas morales" y periódicos como "La Montaña". Agosti expresó: "Las fuerzas morales de Ingenieros definen sin disputa la proclamación del destino redentor de nuestra juventud". Su incomparable libro "Hacia una moral sin dogmas" ratifica aún más su eticismo fundido en su pensamiento y acción de transformación de los magros contornos sociales en los que se aprisiona la vida y el hombre.

En su patria, cálida en estos grandes hombres, se le conceptúa el hombre que traspuso el fondo liberal de la historia nacional argentina. Tonante y perdurable fue, por eso, su voz. ¡Cuánto le debe la patria hermana! Se le reconoce por haber sido el heredero de la terca voluntad de ese otro pensador de altura que fue Domingo Sarmiento. A Sarmiento e Ingenieros hay que encontrarlos – como dijo un ilustre escritor de la tierra de Moreno– en la "ronda de los arquetipos". De él podría decirse que consiguió lo que soñaba: "la dicha de morir antes de envejecer". Tras la contienda del 14 fue Ingenieros que, con afán visionario, supo proclamar que después del derrumbe tendría que admitirse la presencia del porvenir. La segunda catástrofe ha dado la razón al autor de "La evolución de las ideas argentinas". Su primer apóstrofe había quedado en pie porque la Revolución Rusa era una oriflama en el horizonte.

Recordemos pues a este maestro civil del pensamiento americano. Su rebosante fe en las reivindicaciones humanas, le empujan a la consagración: "Sería estéril

seguir escuchando a los sofistas y escépticos, envenenados por la ideología del pasado; en horas como ésta conviene escuchar a los optimistas y a los creyentes iluminados por la ideología del porvenir”. Frases como esta resuenan en toda su cadencia y su vibración. José Ingenieros las dejó definitivamente en

manos de los que sustentan tales ambiciones y por ello que a través del dolor diario el Syringo apuntala la esperanza con su fresca sonrisa inmarcesible.

BOLÍVAR

Estaba equivocado el poeta: Bolívar no despierta en el pueblo cada cien años. El indio Choquehuanca fue quien interpretó el límite raigal en el que debía extenderse la figura del Genio, porque ella sacude en cada instante las violencias y las ambiciones militantes de los pueblos que desde el aliento revolucionario, encendiendo los primeros fuegos de la lucha contra la Colonia y la sumisión cortante, rayando en el alba asomada en el grito de Murillo y de todos los patriotas mestizos, cholos e indios, y empinándose alta en la batalla precisa por la Independencia Americana, hasta culminar en la erosión republicana, fraguaron y fraguan en el nombre del Padre de la Emancipación, el sentido multitudinario de su destino y el cauce generador de la honda esperanza popular.

No ha menester recurrir al documento histórico o a la repetición de citas históricas para traer recuerdos la personalidad lumínea de Bolívar. El hecho en sí es tributarle el homenaje que su memoria rasga en cada minuto americano, incapaz de dejarse estar presente, porque –bueno será decirlo– el Libertador tenía que ser quien deje una abierta enseñanza que conjura al ejemplo cotidiano para la lucha que libran hombres y pueblos en la búsqueda de su porvenir que hoy – como ayer– se enfrenta a valladares si no imposibles de vencer, por lo menos de la misma fuerza – pungente y siniestra– que los obstáculos en la batalla de Bolívar cuando los terratenientes y feudales quisieron asesinar a la República y amarrar su cadáver –otra vez– en la picota colonial y escarnecida.

Choquehuanca fue, pues, el de la verdad revelada y rotunda. “Vuestra gloria crecerá como las sombras cuando el sol declina…”. En un pórtico griego habría podido encontrarse esta frase, densa, fuerte, firme, como en la columna inmensa

de la Historia se registrara el nombre y el valor inmarcesible de la obra de Bolívar, quien no vaticinó sobre la espuma cuando diría al sabio Humboldt, allá en Francia, que liberar a la América india del coloniaje ofensivo, equivalía a darle nutrición a la aurora y que si no había el hombre había que formarlo. Y así en el Aventino de Roma, estrechándose en la sombra socrática del gran Rodríguez.

El pensamiento político de la lucha por la independencia, inserto en el coraje revolucionario de los ejércitos que comandaba Bolívar, fue íntimamente progresista. Ni la Colonia debía seguir evacuando las riquezas de la tierra americana para fortalecer los andamiajes de una arquitectura colonial que se derrumbaba ni el propio nativo debía seguir subalternizado a una explotación social, apuntada en letras mayúsculas. Fue progresista ese pensamiento porque Bolívar comprendía que la liberación de la Colonia no presuponía la caída hacia otros brazos de la misma naturaleza económica de aquella. No podía caber un simple cambio de hombres; romper la estructura col onial encontraba su justificación en liquidar formas sociales de vida y depositar en los pueblos de América y de Tupac Amaru, su carta política propia y su progreso económico sin reticencias ni vasallajes nuevos. Así debemos entender hoy el sentido histórico de la Independencia Americana como así también el desvelo genial del Libertador. Lo demás será una arbitraria insistencia en enunciados líricos y hacer anecdotilla historiográfica. Y porque aquello sobra en sus justificativos, es que en la cruda instancia de Bolivia –hoy por hoy– la figura y el enconado celo libertario de Bolívar adquieren una tonalidad encendida y sientan el ejemplo a seguir, porque “para salvar a la patria hay que echar el miedo a la espalda” –como él mismo apuntaba.

Y así ha ido creciendo su sombra que es tutelar. En la sonoridad de todas las paredes viejas del continente, ahonda la figura del Genio.

Ya hemos recorrido mucho camino, tortuosamente, en su mayor parte, como para evitar que esa obra encuentre un día sus raíces virtualmente secas. No basta una admiración por Bolívar

---

En *Cuadernos Literarios.* Suplemento del diario *Última Hora*. Año I. núm. 26, sábado 23 de julio, 1949. [Firma: Gamaliel Churata]

164

que alcance sus pespuntes en la fría recepción de un homenaje cívico. Un recuerdo frío. Hoy, la humanidad se ha puesto a emprender una ruta diferente en cuanto toca a las aspiraciones a las que quisieran someterla sus minorías ensoberbecidas, sus oligarquías campeantes. Bolívar, en esa ruta, conserva la inalienable ambición que soñó trocaría en realidad para los pueblos que liberó políticamente. Su sombra y el contexto histórico de lo que hizo está con el porvenir y con esa marcha lenta y segura volcada en la emancipación social y económica de América. Es por eso – también– que Bolívar se debe al tiempo y está en el empecinamiento del Hombre y del Pueblo, buscando una sociedad que se ajuste en sus engranajes, a una democracia plena –no la democracia mixtificadora y hueca– donde el mestizo y el indio estructuren con sus ideales el programa de sus esperanzas y de sus intereses. Y por esto también que Bolívar, el Genio, está presente en el corazón de los hombres honestos y responsables, de aquí de su "Hija Predilecta" y de allá, de Colombia, Venezuela, Ecuador o el Perú.

Un 24 de julio nació en Caracas. Tan anunciado estaba su destino, que pudo vencer al dolor de un incendio y destocar, en su adolescencia, en el juego, el gorro monárquico de un Príncipe, como después debía encontrarse en el exilio de Santa Marta, con "El Quijote" y el "Gil Blas"; con "lo que debía ser el hombre y con lo que era".

En todos los horizontes, Simón Bolívar dice su palabra de requisitoria a los pueblos de América.

165

EL DOLOR AMERICANO

Los psicólogos y ensayistas que sobre temas de América trataron con uniformidad desoladora nos han dicho que el indio es triste. Juzgaron de su arte lírico, generalmente colonial, como de un signo, sin ver que el dolor del indio no es, ni en momento alguno fue más que inhibición, la inhibición del amo que se tornó siervo. Tornóse en esclavitud nuestro señorío, decía, con esa tristeza ya jerarquizada el dulce y saudoso Inca Garcilasso de la Vega. Los wayñus y yaravíes del cholo o del indio han sido desde entonces y como resultado de este proceso de inmersión de pueblo indio, nada más que pretextos para embellecer el

dolor. Cuando la crítica literaria indoamericana salga de su etapa pintoricista y superficial y penetre en el estudio de las lenguas madres de la América: el quechua y el aymara, se vendrá a descubrir que estos pueblos bajo el señorío de los Incas eran pueblos vigorosos que poseían si no con plenitud total, con gran sentido de la alegría, el goce de la vida. Ni bajo el régimen de los mitimaes, por el cual el indio abandonaba sus frescos oteros adoptando como patria la selva calígine o la desolada altiplanicie, donde habían de llorar de frío los chiris –se llaman a sí mismos–, el arte del indio incásico pudo ser triste. En cambio la Colonia se vierte con dolor sobre nuestra literatura y lo más grande que da es lo más triste de nuestra vida. La gracia limeña de Ricardo Palma es triste, aunque sea jacarandosa, porque es virtualmente peruanísima. César Vallejo, grande y extraño poeta, es un poeta cargado de dolor. Por sus labios se expresa una raza herida que no encuentra en los estímulos sociales ninguna razón para disfrutar los presentes de la alegría. Así, huérfano, abandona su tierra, y viaja a Europa, donde asombra su dantesca capacidad para el dolor, y muere, huérfano. Allí polariza la historia indígena.

César Vallejo y Alejandro Peralta son los poetas decisivos del Perú. Ninguno de ellos pudo ser imitado con talento, al contrario fueron víctimas de un incesante saqueo. Este último también es triste, por más que tenga momentos en que lo embriaga el paganismo andino (En este número de “Cuadernos Literarios” estamos ofreciendo –en su totalidad– su maravilloso libro: “Ande”). Parece que para los poetas andoperuanos ya no reserva la existencia sino el legado doloroso de su raza, y que si no pueden “cargar la carabina con tuétanos de los huesos” (Alejandro Peralta) es porque la cargan con el dolor indígena. Colegimos así que el poeta indista del Perú es beligerante comunista, en César Vallejo; socialmente resentida, en Alejandro Peralta. De más, o de menos, que se los compare con poetas alemanes del suprarrealismo; si todo lo que realmente son estos poetas es la versión castellana de un problema vernáculo. Ni Vallejo ni Peralta se parecen a los vanguardistas europeos en más que en ciertos giros metafóricos. León Felipe cree –y cree bien– que el más grande poeta hispano sería Vallejo. Nosotros agregamos que de no haber nacido Felipe, el peruano César Vallejo sería ciertamente el poeta representativo de la España trágica, de esa España de Goya o del Greco, que no de la otra galante o dicharachera; de la España de los Comuneros y del Cerco del Cusco, por Manco Inca; que un estudio penetrante de la sociología americana, de sus valores históricos, demostrará que en América hasta el indio resulta un fenómeno hispano, como que son indios americanos los más altos poetas hispanos en lo que va del siglo: Rubén Darío, chorotega; César Vallejo, nazca.

En esta columna queremos rendir un homenaje a las letras peruanas, por lo mismo que lo hemos hecho ya con Francia, Colombia, y lo haremos pronto con la Alemania de Goethe, y con otros países, vigías del espíritu. Nada mejor que traer el recuerdo la obra genial de sus poetas. Faltarían José Carlos Mariátegui, faltaría del mismo modo Manuel González Prada, ese prosador helénico, digno de la edad de Pericles; faltarían muchos otros, estudiosos de densidad mental como Uriel García, Luis Valcárcel, Pozo, J. Antonio Encinas, otros muchos de renombre internacional. _______ _______________

En *Cuadernos Literarios.* Suplemento del diario *Última Hora*. Año I, núm. 27, sábado 30 de julio, 1949. [Firma: Gamaliel Churata]

Mas esta proyección reducida, que adquiere un desarrollo inmenso, porque en la obra de los escritores cabe en verdad todo el problema de los pueblos, late la esencia del espíritu peruano, y con esto basta al objeto del homenaje.

Para darle un sentido integral a la interpretación un poco arbitraria, pero seguramente fragmentaria, de un aspecto de la psicología poética del Perú, deberíamos analizar la poesía pagana de Prada, el simbolismo de José María Eguren –con evidencia el más grande poeta post - modernista de la América–, la euforia de Federico More, en quienes ya no hay dolor, y sí protesta sistemática y hasta estratégica cuando no ludibrio político y embriaguez electoral. Ni el espacio lo permite ni el momento es oportuno. Si los poetas que hemos tomado para centralizar la representación estética del Perú: Vallejo y Peralta, indigenistas o trágicamente indios, no representaran una actitud perenne de la vitalidad de ese país, no hallaríamos cómo ubicarlos en el panorama americano. Pero, por donde se ahonde en su sentido humano, como en Vallejo; o se penetre en su sentido estético, como en Peralta, estos dos poetas muestran un pueblo en que la raíz india constituye el clímax del espíritu nacional. Y por esa razón representan al Perú de todos los tiempos, y sobre todo, del Porvenir...

VOILA L’ HOMME

El 28 de agosto de 1749 en la ruidosa ciudad de Francfort, Juan Wolfgang

Goethe abre los ojos a la primera realidad diaria, no obstante que –extraña circunstancia que quisiera objetivizar el alumbramiento de un genio– circunda la muerte el arrullo de la cuna de quien se pone a cotejar contra las sombras el derecho a distender los nervios. Y el niño Wolfgang se va formando lentamente para las pupilas del padre y de la humanidad. En la criatura no se inviste, empero , ningún signo extraordinario. En el registro cívico, el funcionario con poca voluntad inscribe el nombre. Un niño más en Francfort y todo está consumado. Y su horóscopo ¿Qué dice?... En "Poesía y Verdad" está inserto: "El sol estaba entonces –el día del nacimiento– en el signo zodiacal de la virgen; Júpiter y Venus mirábanse con buenos ojos; Mercurio no se mostraba adusto; Saturno y Marte, manteníanse neutrales". Si no existía, pues, la luz más alta para la anunciación del niño Goethe, le basta haber nacido –como dice uno de sus biógrafos– "en aquel momento crucial de la Historia, en aquel medio punto del siglo XVIII, en que la historia iba a empezar de nuevo".

Y vienen los primeros correteos. Viajes aquí y allá. La familia acomodada tributa todas sus inclinaciones económicas a favor del primogénito, quien moviliza su sensibilidad captando lo que le rodea. Francfort le inyecta toda la celeridad de su movimiento industrial y económico y el orgullo alemán le contagia su jerarquía desde la primera hasta la última de sus erupciones legendarias, históricas, culturales, artísticas.

Tras los tanteos, Goethe va dando formas a su capilla: La Naturaleza, fuente de sus más grandes recogimientos poéticos y luego, perfila la firmeza de sus pasos cuando al laboratorio le imprime una estancia de capilla.

La educación esmerada en un medio familiar culto y distinguido, sus viajes a varios países europeos, su ingreso a la Corte, cuando las Artes encuentran su flujo admirable, su predisposición espiritual tan directamente clavada en lo estético, en las profundidades de la vida, sus intromisiones a todos los círculos, sus amores con la pequeña Anita, contra quien carga sus iracundias, sus bostezos y su poder imaginativo en las noches alemanas, impulsan más y más la personalidad de Wolfgang y gradúan una temperatura alta sus posibilidades de genio.

En 1765, inicia sus estudios de Derecho en Leipzig, que luego abandona por la salud que le corta el tiempo. Pero no han quedado postergados los intentos literarios de la primera tentativa "El nuevo París" y "Melusina", donde ya se abre el cortinaje fantástico del poder creador asombroso de Goethe. Y así, pausa

tras pausa, tramo tras tramo, el inmortal autor de “Fausto” va “dando que hablar” en todos los distritos culturales de Alemania, que van al encuentro de él, facilitándole sus mejores personajes.

En 1775, su amigo, el duque de Weimar, le nombra Ministro y luego, asiste con el ejército prusiano a la campaña de Francia, hecho histórico que le sirve para apreciar el poderío espiritual de la época y el advenimiento de nuevas formas sociales que iban a irrumpir después violen - tamente, con el grito de Desmoulins, rompiendo la densidad sombría de la Bastilla.

Vale citar aquella anécdota que en Goethe admitió la virtud de una especie de profeti smo sin ampulosidades. Cuando la archiduquesa María Antonieta, cruzaba el Estrasburgo, Wolfgang espectó entre las alegorías una vieja leyenda que representaba el final sangriento de una noche de bodas: “Mal augurio” –dice el universitario que jugaba con otros compañeros. El augurio quedó cumplido. Mala boda la de la archiduquesa de Austria.

En 1749 tiene lugar la conjunción de los astros: comienza su íntima amistad con Schiller y que no concluye sino con la muerte de éste, acaecida once años después. Y la época es tan propicia para los genios que en Teplitz hace amistad con Beethoven; frente a frente dos cimas del siglo 18,

---

En *Cuadernos Literarios.* Suplemento del diario *Última Hora*. Año I, núm. 29, sábado 11 de agosto, 1949. [Firma: Gamaliel Churata]

augurante y eterno, a través del proceso histórico de la humanidad. Y es un día cualquiera, cuando invita a Guillermo Hegel, el más ilustre filósofo, que liquida una etapa del acontecer del pensamiento y registra, por primera y única vez, la universalidad de la filosofía. Y después, la profunda admiración de Goethe por Byron; el entrañable cariño. Entonces, también, el genio de Nietzche protagoniza lo que Zweig llama “la lucha contra el Demonio”.

De su fecunda creación dos obras nos impresionan más: la obra de su juventud y la obra de su vida.

Cualesquiera que fueran las cualidades del Werther; su encanto, su vehemencia

juvenil, o su pasión; lo que tiene de más impresionante es su amor por el pueblo, por los niños, comprensión un poco artística de todo aquello que es bello, tanto en la naturaleza como en el hombre.

Werther en cierto sentido representa al anarquista, en no acatar los cánones, en ponerse frente a la realidad pétrea del medio que refriega con demasiada crudeza su hosquedad frív ola, Werther desea el reinado de una libertad sin freno en todos los dominios; le produce bilis el color con que la vida ordinaria se refleja; no tiene la constitución del hombre de lucha para vencer esa barrera que imposibilita la realización de todo ideal. Porque en verdad la vida es, en cierto modo, el asesino del sueño, o por mejor decir, de todo hombre que sueña.

Nada hay más elocuente, ni nada más juvenil que el Werther en la obra monumental de Goethe, porque ella no es otra cosa que su propia confesión, confesión sincera echada al mundo por el joven genial que hay en él. En puridad, Werther no es sino el joven Goethe en un periodo de franca crisis moral y en un momento en que está al borde de arrojarse en el abismo de la desesperación y de la muerte, donde resbaló su héroe cargado de todas sus debilidades.

Goethe ha dicho con mucha razón de esta su obra: “Existe una edad en la vida donde todos creen íntimamente que Werther ha sido escrita solamente para ellos”.

Fausto no ha sido un personaje imaginario, sino que en la realidad ha existido; ha sido sujeto de innumerables crónicas, de leyendas, de obras para el teatro de las marionetas, y obras dramáticas. El doctor Fausto ha inspirado a músicos, pintores y escultores. Pero, a partir de Goethe no existe más que un solo Fausto: y ése es el suyo.

El pacto de sangre firmado con Mefistófeles no es otra cosa que el eterno drama del hombre; que es capaz de sacrificarlo todo en su afán de superar a lo divino. Siempre el hombre ha estado dispuesto a vender su alma al diablo, por amor o por odio, por dolor o por el placer. La importancia de la obra cumbre del ministro de Weimar, es la universalidad de su personaje central. Desilusionado el hombre con toda la sabiduría terrena quiere invadir los reinos de la sabidurí a divina o demoníaca. Y en este afán de vivir la vida con la intensidad de un dios, pierde no sólo alma, sino también el corazón, y esto es lo que más le duele. Margarita es la vida llana y simple, sin los vericuetos de la sabiduría; la sabiduría, dicen, mora en el espíritu, el amor en el corazón, y Margarita era un

corazón amando. Por eso lo que más le angustió al profesor Fausto fue perder el aliciente, el móvil de la vida que recién conoció: el amor.

Cuando el plazo fatal se cumple, Fausto que ha encontrado ya el sentido de la vida y la ha captado bella, se desespera a tal punto que, Mefistófeles, buen diablo, después de todo, cree de su deber el consolarle: “Tú estás condenado –le dice–, pero no eres solo, encontrarás allí numerosa compañía”.

La posteridad se admirará de que un hombre como Goethe haya existido, dijo algún escritor.

Y tal el resplandor del genio, tal su gloria, cruzando todas las fronteras y llegando a la vecindad con el infinito que el héroe de Marengo, el dios de Austerlitz, el guerrero frente a las pirámides de Egipto, Napoleón Bonaparte, había de decirle en la entrevista deslumbrante y fina: “Vous etes un homme, Monsieur Goethe”.

169

ROMANTICISMO GERMANO

La generación sobrerrealista buscó en Arnim o en Novalis una justificación a priori de sus propias audacias literarias: nosotros vemos en ellos otra cosa: la complacencia con la fatalidad, la cual surte agradables efectos estéticos pero conduce, en el plano moral, a la extraña fascinación de la muerte. El misticismo naturalista de Novalis, por ejemplo, conduce un siglo y medio más tarde a

los **Marmorcliffen** de Junger, en razón de un continuo empobrecimiento de la sustancia espiritual, de un lento desmoronamiento de las jerarquías que el hombre impone a la naturaleza para darle

forma y manifestarse en ella. Si los mistagogos del siglo XX dejaron lo trascendente a merced del arbitrario querer humano, es porque Novalis, imitando a los gnósticos, hizo del hombre la clave de

la analogía universal. Del mismo modo, el famoso ensayo de este autor, **Die Christenheit oder**

Europa, expresa el sueño de cierto mesianismo alemán que solo puede

concretarse apoderándose, en nombre del devenir histórico, de la trascendencia del Mesías cristiano...

Lo que hemos dicho de Novalis, puede decirse también de Kleist, de Arnim, de Holderlin. Este último, mejor que nadie, ha simbolizado la contradicción interna del genio europeo: la gran obra de su vida fue tratar de casar a las brumas del Norte con la luz mediterránea; imposible contubernio, porque las dos se excluyen recíprocamente. El héroe mediterráneo es el individuo que tiende hacia la más alta conciencia; el nórdico, es el hombre del destino, símbolo de la multitud anónima, Holderlin, como Nietzsche, fue ejemplar en el fracaso; uno y otro fueron grandes individuos pero dominados y finalmente vencidos por el alma colectiva que está en ellos. Es trágico ver a estos dos grandes solitarios, a estos dos místicos del individualismo absoluto, traducir tan perfectamente el orgullo instintivo de su raza, aun y sobre todo cuando, intentan librarse de él. Quieran o no, la razón universal les es extraña: su cultura se integra en sus mitos ancestrales, no los disipa.

A Goethe se lo puede amar o detestar; en todo caso, es un espíritu europeo, el último que tuvo Alemania, el único que, por un tiempo, la libró de la opresión de las brumas sin quitarle su poder de ensueño. Holderlin y Nietszche son quizás más grandes que él, pero son puramente alemanes; son incapaces de salirse de esa zona de ensueño, necesaria al pensamiento europeo como a todo pensamiento, pero sobre lo que el espíritu humano necesita elevarse sin dejar de hundir en ella sus raíces. Cuando el sueño sumerge a la razón, el hombre procede como un sonámbulo: la historia reciente nos muestra que el pueblo alemán entero acaba de pasar por una crisis de esta clase. Alemania sumergió a Europa; la dialéctica del ensueño contaminó hasta a los pueblos menos hechos a ella. Aun no nos damos cabal cuenta de todo el daño causado a Europa con es to.

En la introducción del libro colectivo que los ha ordenado, Alberto Beguin precisa nuestra comprensión actual del romanticismo alemán, después del nazismo, en el presente abandono total de Alemania, en un momento en que la infelicidad de Europa se muestra al vivo. Como cristiano que es, Beguin subraya que el Prometeo romántico, ladrón del fuego divino, es el símbolo literario de un satanismo que más tarde hará de la historia un caos sacrílego. Pero el robo del fuego no es sólo un sacrilegio; es también un error psicológico, porque ensombrece la razón universal, principio de equilibrio que la tradición occidental heredó de los griegos. Con el pretexto de profundizar el conocimiento del hombre, los románticos alemanes –y muchos otros tras ellos– se han lanzado a la

conquista de lo irracional. Desde hace más de cien años, los mitos se han multi - plicado, opacando el análisis de los hechos. Y en nada se parecen estos mitos colectivos a los mitos individuales de Grecia: el hombre, en ellos, se sujeta en masa a un destino con el que no puede medirse individualmente. El alma colectiva, que sueña consigo misma en voz alta y cada vez más

---

En *Cuadernos Literarios.* Suplemento del diario *Última Hora*., Año I, núm. 31, sábado, 27 de agosto, 1949. [Firma: Gamaliel Churata]

fuerte, acaba por obliterar toda vida personal; el hombre moderno ya no sabe distinguir el sueño de la vida. Un sonambulismo en masa hace al pensamiento incapaz de emitir un juicio de valor sobre sus actos y tendencias, impotente para organizarse y despojarse de aquello que lo embaraza o lo pone en peligro. Cualquier cosa se convierte para él en objeto de experiencia; es incapaz de limitarse, todo se le hace igual.

El análisis moral es uno de los dominios en que, durante tres siglos, sobresaltó el espíritu francés. De Montaigne a Stendhal, una clarividencia infalible diseca el comportamiento del individuo, ya sea en sociedad, ya solo. Basta leer a los moralistas franceses para darse cuenta de que nadie penetró más lejos que ellos en el conocimiento del hombre. El pseudo- conocimiento romántico no ha hecho sino oscurecer los datos inmediatos del corazón humano. Los moralistas supieron revelar nuestras más secretas motivaciones, sin nunca encubrir con imágenes aquellos que podían exponer claramente, que era la única parte del hombre que le parecía digna de interés. Tan poco familiarizados estaban con el ensueño –en apariencia– que se creería que sólo concebían al hombre despierto. Y no me atrevería a decir que no tuvieron razón, y que el futuro no les preparaba una revancha; revancha del sentido común contra el ensueño, y también, paradó - jicamente, de la identidad personal contra los mitos del instinto colectivo.

PERIODISMO Y BARBARIE

¡Oídme escuelas! **El Cid.**

Váleme Dios... ¿Qué podré decir del concurso "periodístico" de ese "Panorama Móvil" que inaugurara yo hace más de dos años en "Ultima Hora", no para rendir parias a la literatura ni a los entimemas filosóficos, sino para dar rienda suelta a la menuda y triste actualidad de todos los días, a esa actualidad descarnada y a veces grosera que los periodistas debemos interpretar obligatoriamente cada veinticuatro horas? Cuando hube después de revisar la columna (las veces que lo hice, pocas, muy pocas) sentí unos mareos como si fuera el solo responsable de tamaña desviación en el oficio. Mas luego consideraba que ese "Panorama Móvil", tan grato a José Carlos Mariátegui, había caído en manos bárbaras, a manos "bárbaras" lo entregué yo, mejor dicho, y que el diario mismo dentro de su tónica polémica y revisionista, había logrado mayor jerarquía literaria, no era ya una hoja —tal fue nuestro ideal mucho tiempo— para el público grueso y heterogéneo: bestia multicéfala, sino para la cofradía de aquellos diez o doce seres dilectos de Polimnia que degustarían sus metáforas o bucharían sus solecismos; ignorantes de que si la mejor manera de aprender a escribir es hacerse periodistas, también hacerlo muy atildada y elegantemente es la mejor manera de "matar" un periódico, no obstante lo cual es de todo rigor admitir que el vespertino paceño logra más alta categoría literaria al mismo tiempo que ve crecer el número de sus lectores. He ahí la razón para que yo considere este Concurso de "Panorama Móvil" sobre la triangulación boliviana por excelencia: trigo, mar y estaño, no un concurso periodístico, quizá más bien político en el sentido elevado, aunque más propiamente fue un certamen literario entre los talentosos muchachos de "Gesta Bárbara", quienes, por la afinidad que cultivan con Carlos Montaño Daza, "bárbaro" y subdirector del periódico, son ya un poco

redactores **honoris causa** del mismo. No me pondré a discutir si esto estuvo bien o mal, si en el Director debió haber más severidad para mantener la línea descarnadamente periodística —que el

ideal es éste, no hay que olvidarlo— o si hizo mejor atizando los fogones de la imaginación literaria hasta producir obras de lirismo indiscutible como las que se han producido, cuya eficacia polémica en muchos casos ha sido tremenda, ¡tremenda! Olvidaremos que escribir de manera tal que el lector culto no sienta vascas y el inculto o apenas avisado entienda lo que se quiso decir es la mayor problemática del oficio, para establecer que hay una auténtica retórica, y hasta una nueva forma idiomática —la de la prensa— que priva al escritor de muchas libertades verbales y le impone usura en el lenguaje, a trueque de que a la vuelta de años éste se le haya reducido a no más de doscientos vocablos.

—¡Hablistas a mí!

—¡Leoncitos a mí!

Dirá el director del periódico con el mismo derecho de Don Quijote en la fenomenal aventura de los leones.

*

Y es que no hay anticuerpo más pernicioso para un periódico que el "escritor" que maneja el idioma o lo domestica a su amaño, que posee legiones de vocablos, batallones de giros sintácticos, compañías y pelotones de tropos. Este sujeto podrá ser un erudito Cura de aldea, hasta Cardenal mitrado. Periodista no. Hay, sin embargo, periodistas que no son escritores de raza, una

———————————

En *Vida Universitaria.* Potosí, noviembre de 1950. [Firma: Gamaliel Churata] Reproducido en "Antología y valoración" (Ediciones Instituto de Cultura Puneña. Lima, 1971) con algunos párrafos menos. Aquí se consigna el texto íntegro.

especie de caballos de pura sangre, ¡pobres forzados! para quienes todo el problema se reduce a una labor de resta: restar su léxico y restar su imaginación, hasta conseguir que Joe entienda lo que dicen y Mamani se dé por satisfecho. Con el reducido menaje de quinientos vocablos lograrán el milagro de expresar millones de ideas. Maestros de este periodismo son los norteamericanos, a quienes, empero, don Juan Montalvo no vacilaría en llamar mesnada de cutres, aunque la buena de la Maritornes los pondría sobre el haz de sus gustos, pues que las razones del andante caballero "las entendía como si hablara en griego".

*

Y ahora que me ha venido a mientes este gran don Juan Montalvo, diré que también fue

periodiquero, al menos que se lo imaginaba él; pero quien lea las "Catilinarias",

los “Tratados” y esos áticos varapalos de la “Mercurial” —todo extraído de “El Cosmopolita”—, comprenderá que

aún hoy que se ha logrado bastante la democracia idiomática para entender a periodistas de este jaez hay que saber latines. Un tipo hay de escritor que es esencialmente periodista, y que siendo un perfecto hablista español asimiló la sobriedad británica en páginas que deleitan en el mismo grado que resultan instructivas. Es Sanín Cano. Las páginas de este maestro son ejemplares modelos periodísticos que pertenecen a la antología castellana. El ideal, tan difícil de lograr es, pues, exponer llana y sencillamente, con vocablos de uso común y en construcciones elementales, las más intrincadas y hasta abstrusas ideas. Arnaldo Mussolini, que fue seguramente un gran

periodista —lo contaba el pobre **Duce**—, solía vociferar desde Milán que el periodista debe huir de las metáforas y del hipérbaton lo mismo que el alma pura huye del Demonio. Ac onsejaba:

“exclusión de adjetivos altisonantes, estilo severo y claro, apego a la realidad, conclusiones en armonía con las premisas, la vida interpretada fielmente”. Y eran consejos sensatísimos, no cabe dudarlo.

*

Si así se juzga, convengamos que los jóvenes periodistas de “Gesta Bárbara” han tenido un bautismo deplorable, pues todos, sin excepción —y yo me atrevería apenas a excluir a Armando Soriano— han escrito para el Jurado, al menos para una minoría selecta, no para el pueblo, sin percatarse que la columna que utilizaban y el encargo que recibían, estaban destinados menos a los distinguidos intelectuales de ese tribunal que a la anónima masa popular. Esperemos, sin embargo, que en nueva oportunidad lo hagan mejor, es decir, se decidan apearse de las nubes en que sus esquifes navegan para descender a la arena del periodismo. La metáfora nunca fue más propia. ¡La arena! El periodismo es la arena del circo para el escritor —su campo de batalla—, donde, como los antiguos hoplitas, sin más coraza que la verdad, debe enfrentarse a la realidad de la vida y sus

problemas. No presumo que todos los **bárbaros** se hagan periodistas, pero algunos de ellos parecen tener este destino, y deber de ellos es iniciarse en el misterio órfico, donde se desarrolla la

capacidad óptica de penetrar las tinieblas, imitando en la sencillez a Jesús que no usaba de parábolas cuando se dirigía a los humildes, sino de una palabra viva, de manera —dicen sus apóstoles—que todos le entendían.

Me viene a la memoria una página del Padre Hiral, biógrafo de Francisco Solano — varón puro de corazón de ascua—, a quien han hecho su Santo los toreros y que los periodistas debieran también hacerlo. Dice que en cierta reducción catequística entre los guaraníes allá por el 1,500 y tantos, veinte o más tribus de antropófagos para proteger su libertad habían resuelto comerse a los blancos, y que no había manera de convencerles que no lo hicieran, supuesto las veinte tribus hablaban veinte dialectos distintos, y si entre los reductores se contaban quienes conocían dos o cinco lenguas de ésas las demás les eran completamente ignoradas. El Padre Solano (atravesó un

río caminando, como su Maestro, sobre las aguas; domó un toro furioso con sólo llamarle hermano, como Francisco) el P. Solano optó por lo mejor, y avanzó, solo, la cruz por delante, y encaró a las hambrientas fieras. Asegura el hagiógrafo que habló, lenta y suavemente, como Jesús a los pescadores, y que las veinte tribus entendieron lo que en español les dijo, que los corazones unciéronse delante suyo, que los caciques acabaron por besar sus sandalias y someterle sus tribus. ¡Yo lo creo! Es a este varón ferviente a quien pertenecen las siguientes palabras: nada hay más fuerte que lo débil. Me recuerda una de las psicologías de Dostoievski: ardía —dice— de una pasión malsana por la niña enfermiza y frágil: ¿era acaso su debilidad lo que me había dominado? Reflexionemos, ya sin paradojas, que el ideal del periodista es poseer una palabra que todos entiendan, es hacerse entender de todos, como el Sant o.

No conoció Unamuno esta anécdota que le habría servido para acotar su doctrina de que sólo la palabra vive; que escribir para el periódico es escribir para la vida; y que quien oficia en la prensa toma religión (uso el valor etimológico del vocablo); que allí ni las ideas tienen propiedad, no deben tenerla, ni el periódico en sí la tenga, pues merced a un cierto género de hipóstasis se ha consubstanciado con el pueblo, y es a él a quien pertenece, por más que Calibán reclame propiedad sobre los hierros o yerros de sus máquinas. Miren los hombres de prensa —que no de presa— la herejía que supone el periódico al servicio de un grupo de intereses, de intereses de un individuo o de una familia,

que son los más mezquinos intereses. Podemos colegir que el periodismo será estampadura de papel con tinta mágica, lodo, o con lo que el conde de Cambronne arrojó a los ingleses en Waterloo… Aquí, en La Paz, he conocido un periódico que venía sopado me parece que desde la cocina de la directora, y en el cual el hijo, la hija, el esposo, la sirvienta, tenían algo que ver siempre con sus informaciones y campañas. ¡Horror! Contribuyamos a cancelar este periodismo cuaternario allí donde se produzca o mantenga latente, porque constituye la negación de la cultura y de la libertad y es un signo de cristalización en los estratos sociales. Hagamos el periodismo del hombre de la calle, porque es el vehículo de los anhelos colectivos, la expresión de sus derechos, quien de sus mismos caprichos, pues si hay propietario intelectual de los periódicos

es ese personaje digno de Moliere: **El que habla en la calle**. El periodismo para los amigos, para los conmilitones, para los paniagudos, será lo que quieran, pero periodismo no es. Mantuve

durante años esta lucha esquiliana en los periódicos donde me tocó trabajar, pues mientras yo me apresuraba a instaurar todos los temas y sustentar la causa de mis “enemigos” —hasta una comadreja los tiene—, los jerarcas de la empresa vivían del infecundo odio de las personas en una labor sistemática de bloqueo de todo aquello que se relacionaba con los suyos. Cuando en la plana de un diario se dé cabida por austeridad profesional aún a opiniones adversas a las oficiales del diario, en verdad allá habrá periodismo y civilización. Habrá cumplídose este mandamiento: no vestir la palabra con la fiebre de los intestinos sino con la quijotesca locura de la verdad.

*

Si la misión de un periódico es servir tales inmateriales intereses una gran virtud ha tenido este Concurso: poner la poesía surrealista —que es de casi todos nuestros poetas de hoy, aún de los marxistas; y del existencialismo tan de moda, que es modosa forma de lucubrar para nuestros juveniles filósofos— en contacto con las cosas, y lo son ciertamente, de la realidad de Bolivia en una forma casi beligerante. No estuvo en el programa de estetas y filósofos toparse con el hediondo estaño —el “Metal del Diablo”—, no lo estuvo el ver con la producción y el contrabando del trigo, y más lejos estuvo aún de imaginar que el día del mar había llegado para este pueblo sin orillas. La invitación a este contacto con la realidad ha sido del periódico y por ello su actitud merece honores y alabanza. Yo sigo creyendo que los ergotistas de Chuquisaca flaco

servicio le prestaron a su tierra segregándole de la unidad geográfica que le deparaba amplio hinterland y todo el porvenir del horizonte marino, para encajarla dentro de las montañas con el destino de un embotellamiento

inevitable. Una sola patria fue la que nació en el epicentro incaico, una gran patria atomizada, y a la cual ya ni la geopolítica nazi puede devolver consistencia. En Venezuela se está agitando una bandera que abarca a Ecuador y a Bolivia. Bolivia que ha sufrido dentelladas por todas sus fronteras, esto es verídico; Ecuador y Venezuela también, juzgan, aquél del Perú y Colombia y ésta de Colombia y Brasil, y las razones de ese juicio son tan historicistas que flaquean ante la simple lógica. Lo único efectivo es que esta pobre América asfixiada en cada republiqueta no tiene otra salvación que la unidad grande del continente; y así lo sintió Santa Cruz al restablecer la unidad panperuana con la Confederación, tarde, cuando intereses de otros países veían en una posible gran potencia andina el peligro para sus propósitos, acaso justificables, de expansión. Así lo juzgó Bolívar también cuando el individualismo que heredamos de España nubiana no nos permitía sino vivir para nosotros y en nosotros. Y el que venga detrás que arree.

*

El grupo fué siempre astrólata, un poco **neo plus ultra**, y hasta **extraórbico**. Traerlo a compartir los reclamos del proceso vital de la Nación, hurtándole a la fecunda cosecha lírica de las

nebulosas, fue una obra de caridad. Yo recuerdo con nostalgia (y en estas líneas no me corresponde sino servir a esa memoria) aquel periodo fetal que viví en Potosí, y donde cúpome dar origen al grupo uniendo a hombres de tan bello talento como Carlos Medinaceli, de tan seria y eurítmica mentalidad como Alberto Saavedra Nogales, y no hago ahora sino nombrar a ese caballero templario que es Walter Dalence (como el suyo no hubo corazón más limpio y fraterno ni espíritu más digno de su estirpe, por eso mismo botarate de cuanto tuvo sigue dilapidando su talento sin que la recua de Panurgo lo advierta que no sea para herirlo). Muchas veces he sentido l a tentación de escribir estos renglones, mi Embajador Armando Alba. Yo no nací en tu Potosí, ciertamente, pero a él llegué en la adolescencia de Don Quijote, cuando no juntaba diez y nueve años y tú eras un botón de asfodelo en el más gentil de los pecíolos. No

olvidaré al poeta Fidel Rivas, que una noche maldita se seccionó la carótida en un cuartucho de mesón. No te olvido doctor Juan Sánchez, empolvado Juez en no sé qué cantón de tierra adentro, y cuya biografía novelada tocóme en suerte escribir con el título de “Los Ñatos”, para que el genial dibujante Víctor Valdivia la ilustrara, sólo en honor —perdónamelo si llegas a leer este cariñoso recuerdo — de tu atrofiado apéndice nasal. Están junto a mis afectos Celestino López y ese artista intenso y pulcro que es Alfredo Araujo Quesada, como impera en mis dilectas remembranzas el sardónico ironista Danielito Zambrana y Romero, a quien estoy seguro que a su tiempo apellidará la fama. Con él solíamos caminar hasta más de tres kilómetros por el camino a Sucre deglutiendo los cohombros de la estación, amén de que no hubo noche que no anduviéramos de parranda hasta caer en los entonces poco beatos refugios de totora, habitación del alba y del canto del gallo. Casi nació en mis

manos Waldo Medinaceli, pequeño y sesudo **khoncho** de los príncipes de Medinaceli que vinieron a América, y de cuyo ramaje familiar procede el Gral. don Carlos Medinaceli, el maravilloso

vencedor de Tumusla, ese general boliviano a quien tanto parecido tiene Ramón Medinaceli, parte egregia de aquella sangre ilustre no derramada en vano en este país virginal. ¿Y el **chupi-uchu** ?

En algún lugar —me parece que en un prólogo al libro de cocina boliviana del periodista orureño Téllez Herrero— recordé esta vianda. Ella está ligada en mis recuerdos al hoy reposado y prestigioso jurisconsulto Dr. Alejandro Vera Alvarez, que representaba a un grupo de gran valor, también mayor en años al nuestro, seguramente un muy cordial antagonista. Habíamos pasado la noche íntegra en mi celda (a ella me referiré luego), en pleno delirio filosófico de tremante (todos estos adjetivos no son filfa) inquietud mental, y como los diálogos se acompañaban de estimulantes tan poderosos como la uva de Camargo, había, al amanecer, fatiga y sueño que pedían refrigerio, y

Vera Alvarez tuvo la demonial idea de invitarnos con un **chupi-uchu**. ¡No lo hubiera hecho! El **chupi-uchu** es un chupe de ají con toda su naturaleza cápsica en estado salvaje, y si bien refocila,

sus efectos irritantes son tales que no hay bravucón que después de saborearlo no

caiga con los intestinos chamuscados. Pero a él, como al frío de la Villa, no hay sino que acostumbrarse. Este

chupi-uchu y las “tetitas de monja” (exquisitos bocados que vendían las monjitas de Santa Teresa),

son cosas tan potosinas como Omiste o el Arco de Cobija. Por aquéllas gustábamos un deleite casi sacrílego; por éste solíamos filtrarnos a invocar el espíritu del multimillonario Rocha que, dizque al filo de la media noche en el abandonado templo de San Benito, el radio urbano por medio, hacia los caseríos mineros de antaño, acolitado por frailes que cantaban letanías, mientras campanas inmateriales dejaban oír lúgubres tañidos, aparecía en el altar mayor y hacía entrega ceremoniosa de un legajo de papeles, que, según la leyenda, contenía el derrotero del socavón o tapado donde desapareció su inimaginable fortuna en doblones de oro y plata. Nunca vimos al millonario Rocha, pero más de una vez tuvimos que sacar en guanto algún compañero que decía haberlo visto y que en fe de veracidad caía sin conocimiento mientras manábale sangre de la nariz... ¡Juventud, divino tesoro!

*

Potosí no tenía entonces otro millonario que Soux, un francesito elegante de bigote albino, menudo, de andares nerviosos y distinguidos que paseaba por las calles de la Villa extrayendo del bolsillo metal fiduciario que entregaba a todos los mendigos que le alargaban la mano. Aclaro: hubo otro, español: don José de Mendieta, si la memoria no me traiciona; rico bueno, partía su hacienda con los menesterosos, según el santo testimonio de nuestro San José Zampa, el franciscano que creó las Escuelitas de Cristo para indios y mestizos, y que en cuanto yo supe, y sabía mucho de él, que fue mi amiguísimo, como el que más merece la canonización, magüer su fabla desenfadada, o precisamente por eso, que este Padre Zampa hacía el malo y regañón como aquella india que embadurnó su cuerpo con estiércol humano —en sus gloriosos Comentarios Reales lo refiere Garcilaso de la Vega Inca— sólo para que los españoles no le profanaren la virginidad. Zampa cubre un capítulo de la historia potosina, y el sello de su acción se encuentra por donde se dirija la mirada investigadora.

No me acuerdo cómo, entonces, y junto al Padre Zampa, trabé amistad con José Enrique Viaña, gran poeta y gran escritor, y cuán lejos estaba yo entonces de imaginar que en él brotaría el poeta de la mina y el rápsoda del Potosí de

leyenda, ese mayor milagro español de todos los tiempos. En la callecita “do” vivía Juan Salas, poeta que tan malos versos hizo a cambio de tan buenos hijos con que le favoreció la suerte, dije yo a Viaña: “Si hay santidad, héla aquí. He visto cómo los frailes vejan a Zampa, cómo le humillan y escarnecen con una soberbia que no justifica virtud alguna sobre él; y el fraile se reduce a bendecir su cruz”. Se me antoja que Viaña algo de esto recuerda en el poema que dedicó al Santo que hoy, sobre el pavés de las ingratitudes humanas, vive en un bronce al centro de la principal plaza de la Villa. Algo luminoso había en sus sermones, que la verdad es que el P. Zampa no era un sabio ni mucho menos. Pero ¡oírlo! Su elocuencia era tal y su dominio del idioma tanto (los liberalotes de entonces lo elogiaban sin recato), que yo que tan íntimamente le conocía, pues que en su misma celda solía detenerme a leer a Luis de Granada, en actitud búdica, sobre una alfombra de Cochabamba, como él que cuatro horas antes de subir al púlpito más que estudiar oraba sobre un incunable en latín, una vez tuve que acercarme al púlpito para comprobar si no me habían cambiado al predicador que, en medio a un raudal de armonías verbales, arrobaba los más endurecidos corazones. Si la santidad se mide por el amor, ¿qué fraile en esta América primitiva ha hecho lo que él con esas escuelitas sustentadas con las migajas que llevaba en las mangas de su sayal? Observo con muda admiración cómo ese santo laico que es Elizardo Pérez, tan vejado y escarnecido como el fraile, se une a los hijos de Zampa, y de hecho entrega sus escuelas indigenales a la provincia de San Francisco —y no es muy católico que se diga—pues sabe que para educar al indio no obstante tanto normalismo retórico como tenemos en

México, en Guatemala, en Ecuador, en Perú, nada hay ya que esperar de los sabios de este mundo. Leed, si no, a Tamayo.

*

Demos espaldas al facistol. Estoy escribiendo un testimonio que bien puede servir para una historia de un movimiento, y ningún valor estas líneas tendrán que no sea el de mera confesión de parte. “Gesta Bárbara” surgió como una contramarcha, como una contención, como un motín en las escuelas, si lo quiere el Cid. Nuestra época fue de embriaguez decadentista, de tumores verlainianos, de esquizofrenias alcohólicas. Hacer el bohemio poético en esos juveniles tiempos era lo más aristocrático y elegante que cabía a un mozo talentudo. Pues bien; eso había que frenarlo. Allí quisimos —pero no lo logramos sino en parte

— inyectar licores primitivos en la sangre intoxicada: barbarie, es decir transparencia y salud mental y física. La bohemia nos hizo muchos impactos. Ese gran muchacho Carlos Medinaceli no pudo redimirse de ella y Bolivia perdió a uno de sus más grandes hombres. Entre nosotros hay algunos que luchan todavía entre los delirios de Edgar Poe y quienes conservan el hábito que animaliza, extinto para siempre, el relampagueo de la genialidad. Si "Gesta Bárbara" fuese sólo una estación ubicada entre la edad juvenil y la de la varonía plena, ya su misión y su subsistencia estarían justificadas; estación de la cual parten los argonautas hacia la conquista del Vellocino de Oro, cumpliría un destino energético que la sociedad haría todo por institucionalizar. Acaso ese fenómeno se esté ya realizando. No tiene nada de falso pues que yo sienta en cuanto escriben y publican mis camaradas de Potosí un poco de mi vida y de mis mejores amoríos. "La Chaskañawi" de Medinaceli me late en los tuétanos. Corredores de orejas, forma anti-estética de la Celestina, mal de toda aldea, grande o chica, anduvieron propalando que el libro primigenio de Armando Alba lo había yo escrito, lo que habría sido imposible, pues "Voces Aulicas" era fruto del aula escolar y tiene la gracia tempranera de un adolescente inconfundible. Empero, no se equivocarían si dijesen que "La Chaskañawi", "Voces Aulicas", "Cuando vibraba la montaña de plata" son obras que incubaron en el clima bárbaro y dentro de él hicieron su destino. Armando Alba, talento brillante y verboso, ya entonces anunciaba su porvenir, el del escritor pulcro y documentado que siendo el Benjamín del grupo me atrevo a decir que se sentaba a la testera del banquete. Esos días llegó de Sucre y se incorporó al grupo el primer lírico boliviano de hoy, el poeta orquestal: Luis Felipe Lira Girón. Era un niño pálido de perfil aquilino, niño español, castizo y fanfarrón, como que se sentía el mayorazgo de un linaje ilustre, aquel que terminó con la cabeza en la pica de uno de los primeros autonomistas

americanos: Francisco Hernández de Girón, a quien los **cronistas** llamaban el tirano. También llegaron un libro y un nombre. El nombre Jaime Mendoza; el libro "Por las tierras del Pot osí".

Aquél descriptor efusivo, mentalidad luminosa y realista; éste, una sorprendente interpretación de la vida minera, del hombre de las minas y del complejo económico social creado por esta actividad. Casi siempre los "bárbaros" leíamos en seminario y discutíamos en mesa redonda, más fructíferamente porque nadie se daba humos, y era la nuestra una familiaridad juvenil y una comprensión deportiva. Debo acusarme de haber sido quien —sin éxito, para ser verídicos — arrastraba de las crinejas la cuestión social y divulgaba a los anarquistas Malato,

Bakunin, Reclus, Jean Grave, etc., tratando de inducir al grupo a “sentir” los problemas del pueblo. Vivíamos, bien que para el beneficio lírico sólo, sístole y diástole de la vida minera por las revelaciones puntua les que de ella hacían no sé si Enrique Viaña, o el querido (y llorado) “Flaco” Alurralde, que trabajaban en un ingenio o comenzaban a tomar contacto con la economía y el drama del socavón. Pero esto era pasajero. La dilascerante y despótica literatura se apropiaba de nuestros vésperos y era la dueña y señora de nuestras frecuentes noches de Santa Walpurgis, sometiéndonos a su malévolo dominio, que no en vano en nosotros obraba un lastre artificial y artificioso de

decadentismo **fin du siécle**, diluido, como una lejía, en la sangre.

17 7

*

De regreso a mi tierra yo me vengué —y de mí se vengó Oberón, espíritu risueño y asnal — escribiendo una novela de tesis socialista: “Los Alkamaris”; otra de intención vernácula, en que

pretendí escribir como nuestros **markamasis** hablan: “El Señor Cura”; y tesis, novelas e intenciones fueron a parar a los basureros de la Policía, pues ésta, en mi ausencia, asaltara mi flaca

biblioteca y diezmara sus arsenales, demostrando que lo que quieren las policías en estas patrias queridas y salvajes no lo evitan ni Dios ni sus ángeles. Fue en el gobierno del generalísimo Sánchez Cerro, a quien los limeños llamaban “el Mocho”; y ya descansa sofrenadas su corajina y sus trónicas. También por obra de este valentón volví a Bolivia en 1932, bien que rumbando a Buenos

Aires, sin pensar que los **Achachilas** del Illimani y del Illampu, ¡toda la gloria a los abuelos del hielo perpetuo!, me habrían de retener, acaso para siempre.

*

Reservábamos para la literatura el degusto espiritual. Sí. En mi celda habitación — hospedaje franciscano del P. Zampa—: pavimento de berruecos plutónicos; paredes de blanco de cal; tarima franciscana de trenzados lazos de buey, ninguna ventana, y, en frente, un patiezuelo de cuatro metros estrechos, cenobio abierto al

cielo y a las nebulosas, tal era, cuando no el apartamento de Armando Alba, el escenario elegido para las reuniones “bárbaras”, a las que faltaban pocos pero nunca los mejores: Saavedra, Medinaceli, Alba, Viaña, Rivas, Sánchez, López, Ríos Pagaza, y no me acuerdo ya quiénes más. Por esos días nos llegaron, editados en La Paz, “Castalia Bárbara” y “El Cofre de Psiquis”, lo que detuvo en un punto las misas negras en que solíamos despedazar a cuanto poeta de esos días topábamos —y llegó Luis C. López el burlesco y a veces genial burlador colombiano— y llenos de pagano temblor nos zambullíamos en las cisternas de Pharos bajo la acción del temblor dionisiaco. ¿Influyó algo “Castalia Bárbara” en el bautismo del grupo? En último análisis, sí. Lo cierto es que Reissig, Jaimes, Reynolds, no tuvieron catecúmenos que con más reverencia entregáranse a su culto. Aquel “Cafetín con gramófono”, de Reynolds; ese “Dios con los brazos abiertos”, de Jaimes; “la piedad humilde que lame como una vaca”, de Reissig, eran músicas que vibraban en nuestros cerebros como orbes sinfónicos.

*

Yo capiscaba algo del Simbolismo y me entretenía en los primeros signos del Vanguardismo español que muy esporádicamente nos llegaba; y sobre estos movimientos solía hacer soliloquios que algunos de los camaradas participaban; pero si en algo había definido un frente fue en el entusiasmo por la poesía mosaica y multitudinaria del viejo Whitman, que en fogosa traducción divulgara para la América Latina el poeta uruguayo Armando Vasseur. No debo ocultar que mi

actitud fue en ese entonces (y antes), quiero decir entre **bárbaros** y **orko-patas**, francamente revolucionaria, en literatura y en política, y esto me permite afirmar, pedancias aparte, que una

resolución tan personal y acaso aislante como ésta, era todo lo positivamente bárbaro de nuestra conducta, pues los poetas, como grupo, rendían —habían sido algunos de ellos educados por Claudio Peñaranda— parias a la tortura preceptual, cierto que con el talento de muchachos como Medinaceli, Saavedra y Viaña. Esto acaso explique para mí el por qué en los tres números iniciales de “Gesta Bárbara” no haya con mi firma más de un artículo, aquel dedicado a un maravilloso revolucionario peruano: Manuel González Prada, de la estirpe de Nataniel Aguirre, mientras nuestros poetas, principalmente Medinaceli y Saavedra, publicaban en sus páginas lo que ya podríamos llamar sus poesías completas. ¿De acá se ha de colegir que estos portaliras eran

humildosos catecúmenos? No, nunca. Dentro del realismo vernáculo Medinaceli era un insurgente. Saavedra ensayaba formas griegas de la consonancia. Viaña estaba a punto de eclosionar dentro de la literatura social. Pero, por sobre todo los bárbaros eran iconoclastas, y, además, ninguno llegaba a los veintiún años. Pruebas al canto: decretóse allí que ese momento (1919) que la literatura paceña no podía ser más pedestre, como se comprobara en una revista piloteada por ese cesáreo escritor que es Federico More, donde el intelecto, pese a su talentazo, sometido a una presión de mil atmósferas, brillaba por inocuidad... ¿Hay algo que se pueda suscribir ahora de ese juicio? No publicaba ya el maestro Sánchez Bustamante sus sesudas divulgaciones filosóficas; Tamayo no reeditaba la sorprendente hazaña humanista de su “Horacio y el Arte Lírico”; ningún gran poeta se anunciaba entre los jóvenes, y si algo vibraba cabe el Illimani era chuquisaqueño o cochabambino. Medinaceli y yo —no recuerdo si también Viaña — nos entregábamos en largas sesiones con lenta y cuidadosa ansiedad a estudiar “La Prometheida ”. Allí —fines del 19, creo que noviembre— descubrimos que el paramento clásico, o griego, mejor dicho, de este poema encubría un ferviente sentido de la tierra y que su espíritu era aymara, al menos que la naturaleza altiplánica no había sido por él traicionada. Además, ¿qué extraña — hay beocios que lo sustentan— este fenómeno de clasicismo en un cerebro de indígena tan reciamente configurado? La herencia que hemos recibido de toltecas, nazcas o tiawanakus no es por cierto romántica ni delicuescente, es herencia clásica, hierática, afirmativa. La figura del gran pensador abarcaba nuestros horizontes, como abarca los horizontes de la juventud surperuana donde se tiene por Tamayo una reverencia seguramente mayor que la que por su obra se cultiva acá. No lleg aban aún a nuestras manos sus “Proverbios”, donde campea un filósofo de la talla de Goethe o de Nietzche, ni las maravillas de “Los Nuevos Rubayats” habían sido editadas... Leíamos, analizábamos, diseccionábamos, y nos sentimos acrecer cada día un poco. Confieso que cuando nos separó el tiempo añoré la fraternidad de Carlos Medinaceli, fraternidad hecha de trabajo y de ambición de sabiduría. Él deletreaba entonces el francés, que llegó a dominar; yo husmeaba el

latín, y le sigo husmeando: **Arcades ambo**. ¡Ay, acaso también hice alguna falta a este niño grande que era todo cerebración con ausencia de voluntad sólo explicable en su naturaleza sutil! La

cuestión era no dedicarse solamente al “T” con “T”, néctar socarrón de efectos turbios; había que subir la montaña, trabajar, estudiar, aprender. Algún día con mucho bastimento informativo se tendrá que discutir una tesis que entonces sustentamos los bárbaros: la de que en Herrera Reissig, después de Góngora y Argote, quedaba el cetro de la lírica hispana, y que mal pese al melifluo Fray Luis de León, en cuyo verbo tan ricas tonalidades alcanza la lengua, y mal pese a ese hirsuto león de hoy, el Felipe —bíblico y caudaloso río español—en Reissig el habla hispana —la poética, se entiende—no obstante su acusada influencia francesa, adquiere sentidos inesperados y de hecho anuncia la lírica biológica de César Vallejo o Pablo Neruda, hitos del fenómeno español de una España americanizada. No me dejará ponderar Saavedra Nogales si guarda memoria de esos momentos en que, sin ofender su modestia, anunciábase en él un gran crítico literario, chafado en la diplomacia y el Digesto.

*

Yo he estado tentado de preguntarle a usted, mi genial camarada Carlos Medinaceli, hoy que desde una tumba cuasi anónima me oye y me presiente: ¿es que allí se detuvo esa generación? Cuando he regresado a Bolivia el hervor había cedido, el genio había amainado las alas.

*

¡Qué no hizo “Gesta Bárbara” en la Villa Imperial! Lo hizo todo: teatro, conferencias, veladas literarias, revista, revolución aristárquica, dialogaciones platónicas, amistad y ruido. Hoy

me doy cuenta que nada acredita los blasones y gentileza de la sociedad potosina cuanto la simpatía con que toleró a los trogloditas de nuestro grupo. ¿Qué era salir a vocear a media noche, convocando a somatén, para luego acribillar a pedradas puertas y ventanas, mientras Walter Dalence —ya su ilustre padre había rendido tributo a la muerte— dolíase de amores, y en prosa y verso, lo mismo que a pedradas, obligaba al Coro griego a sopesar su inenarrable tragedia? Armando Alba se iniciaba en los secretos de Eleusis y cataba de la viña próvida languideciendo con los romances de Reissig sobre la belleza de una ideal María Luisa, que se materializó, según creo, pues ahora es su esposa. Allí fue, en aquel punto, que Fidelito Rivas revertió la esencia de la poesía para

demostrar que los puños son también capaces de iluminar estrellas y se hombreó con más de un pintiparado mozallón de la Villa. Todos, aún en el escéptico y bonísimo Carlos Medinaceli, que negaba la negación, pasábamos, en la embriaguez del frenesí pánico, como las sombras de los Vicuñas por las callejas historiadas. ¿La sociedad? ¿La Policía? ¿El Clero? Ni una protesta y sí sonrisas de condescendencia y simpatía, que reafirmaban la impresión de que ese noble y generoso pueblo experimentaba en los excesos de su juventud uno como desquite de su perdida grandeza. Los sábados hervía Potosí con miles de trabajadores que bajaban de las minas, de manera que en las calles, lo mismo que en los figones, quien quería fisgonear, y nosotros lo queríamos, podía ver beduinos con kalmucos mimetizados; nobles árabes junto a nórdicos

plebeyos, cochabambinos con peruanos y chilenos con **chuquisos**, en un conglomerado internacional que ya habría querido para sí un puerto sobre el Báltico; y allí se podía comprobar,

así mismo, que en la reyerta por mujeres o por quítame aquesta paja, los antipaceñistas preferían

machucar a un **chucuta** antes que a un gaucho, pongamos por caso, que esa es la gelatina, en qu e, en todo tiempo, se cultivó el agrio localismo que estos pueblos heredaron de España con tanto

daño para su progreso, ¡Quiá! ¿Qué mundo sería ése si yo oí en una capillita de la Ollería acompañar los oficios religiosos con una cueca de la tierra? ¡Cómo sonarían los armonios en las chinganas de la Villa los sábados cuando los mineros echaban su plata a montones —y entonces sí que era buena— y se contoneaban y bebían y amaban como si allí en aquel punto, se acabara el universo! Babel en miniatura, tenía que inspirar esa gran novela que se titula: “Cuando vibraba la entraña de plata”, en la cual nada hay de ficticio, ni la trama, y en la que se siente vibrar el Potosí de antaño cuando por sus callejas toledanas se avanza bajo un cielo arrebolado que finge hor nallas donde la noche impera con su tiniebla de hielo... Allí maduró el genio “bárbaro”; de allí salieron escritores y poetas, sociólogos y luchadores, pintores y músicos, llámense éstos Víctor Valdivia, Armando Palmero, Rubinic de Vela, Eduardo Caba o Cecilio Guzmán de Rojas; allí comprendimos a España y descubrimos América.

¡Bagdad!

¡Potosí, puerto seco!

Sólo Martínez Vela en algunas de sus pobres anotaciones deja entrever su grandeza, pues ha conservado memoria de sus locos místicos, de sus cañas y de sus chismes de alcoba, tanto como transmitió estadísticas de la producción de piña y del infierno inenarrable y dantesco de la mita, todo digno de la añoranza de quienes, nos pese o no, somos retoño de aquellos hidalgos o pecheros que conquistaron el amor y la riqueza en este Nuevo Mundo a punta de espada y se dieron como sobre la tierra la fecunda lluvia de los veranos. Esa España que yo viví en Potosí me hizo comprender a Unamuno, a Ganivet, a Teresa; y ha sido allí que justifiqué desde mi corazón a aquél de mis antepasados que en la Isla del Gallo, haraposo y hambriento, se unió a la cuadrilla de forajidos sublimes que vinieron a conquistar el Sol en las tierras de su imperio.

*

La generación sucedánea de esta primeriza de “Gesta Bárbara” no fue ya poética, aunque contó con vigorosos escritores. Fue socialista, revolucionaria. Sabía yo que enjuiciaba a los

“bárbaros” por su estetismo intrascendente, y con razón, pues no hubo movimiento más desprovisto de enjundia política —juzgo que se me entiende en el alto sentido de la palabra— que el nuestro, pese, claro se ve, a los reclamos de los tiempos. Al viajar a Sucre en 1936, después de los calabozazos, secuestros y deportación que me propinó el gobierno del coronel Toro, injustificadamente, pues nadie le colaboró en sus hazañas socializantes como yo en la prensa; cuatro o seis muchachos de esta generación salieron a mi encuentro a la Estación del ferrocarril, y pude observar que aquella siembra de estrellas durante nueve meses de mi permanencia en Potosí había rendido fruto, que allí encontraba un mugrón promesa de copiosa vid. Oficialmente teníamos los bárbaros de la función intelectual o artística una idea platónica, y como buenos platónicos juzgábamos que el arte es bueno si es bello. Santayana, que es un platónico de medulación cuáquera, sostiene que el arte es bueno si es realidad, sobre todo si se hace artesanía, y que la mera condición de la belleza en sí no justifica la mentalidad artística. Nuestro tiempo fue estrecho y poco llegamos a profundizar en el pensamiento del maestro griego, curándonos menos de delimitar el radio de nuestra responsabilidad estética. Siendo el poeta un inspirado es un demiurgo y

cuanto aflora a sus labios constituye formas verbales del universo. La condición de vaticinar aquí está clara. Pero hay algo más interesante: el poeta dialéctico sin quererlo ni saberlo es también un irracionalista que trueca el concepto dios por el concepto hombre, no en el territorio místico sino en el fenomenológico, siendo, por tanto, su problema, análogo. Dios para el tomista es poder sin límites; hombre para el antropomorfismo dialéctico es poder de poder. Llegamos, pues, a la conclusión de que la poesía en sí es pura ebriedad vital, delirio y adivinación.

*

En obsequio a la verdad debemos reconocer que nuestra revista no fue digna de Potosí, por más que se la hubiese recibido con muestras inequívocas de entusiasmo y admiración; y tampoco tuvo nada de bárbara. Para conformarla me había inspirado en un selecto cuaderno literario que Froylán Turcios publicaba por esos años en Tegucigalpa; e hicimos todos, unos más y otros menos, literatura fina y decadente. Medinaceli, enamorado del cantor de Brujas, practicaba un tono nostalgioso que a mí siempre me pareció lo más auténticamente lírico que se había producido en Bolivia, opinión que muchos años después oí compartir a Gregorio Reynolds. Me pregunto ahora ¿adónde habría llegado Alberto Saavedra Nogales que se revelaba un sonetista maravilloso, flexible, y de una rara capacidad elegíaca? Viaña apenas dejaba barruntar la eclosión mental que le pone hoy a la cabeza de los novelistas de su patria, y fue la suya una poesía de síntesis lo menos japonesa posible, pero de una levedad lírica de la más auténtica prosapia. Dalence ratificó su calidad de caballero merovingio y publicó sonoros alejandrinos de aliento medieval ¿Prosistas? El grupo no los tuvo ni los perseguía, que la hora del mundo hispanoamericano era térmicamente poética. No embargante, poco después Saavedra Nogales publicó en prosa recia una crítica a la manera de Cejador y Balbuena en que descueró —volviéndolo por pasiva— a cierto critiquillo de la aldea que había enjuiciado un triunfo floral de Medinaceli. Y éste entró rectamente a las empresas novelísticas de “Adela” (aún no en libro) y “La Chaskañawi”, produciendo páginas de un sabor castizo que era lo más original en ese momento, y lo más sustantivo, que se había escrito en América; infortunadamente en las frecuentes cribas a que sometió su obra, muchas de esas páginas perdieron su fragancia.

Con este respecto séame permitida una digresión. Juan Montalvo (gran maestro hoy apenas conocido) dice en el “Buscapié” que el castellano que nosotros hispanoamericanos escribimos y hablamos no es sino un francés pervertido. He

aquí una verdad que barre, como escoba! Pero ¿es que la galiparla que en tanto grado quitó el sueño a Balart se ha consubstanciado con nuestro habla —y me refiero no a la dicción culta sino al habla popular— que expulsarla es hoy trabajo de romanos y escarmenarla en algunos escritores como suprimirlos en su totalidad con su fama y su

181

gloria? ¿Es que los hispanoamericanos tenemos que crear un romance propio asimilando influencias góticas, árabes, griegas, latinas, como en Castilla se hizo, a las cuales debemos agregar las voces de la tierra que son miríadas? Quien revise el “Diccionario de Americanismos” del mejicano Santamaría: ¡cuatro nutridos tomos en folio! tiene que espantarse porque un idioma que amalgame y amestice tan gigantesco tesoro de voces qué resultará? ¿Euskaro?

Yo, con pleno derecho terrígena, aunque sin medios capaces, pretendí cierta vez aymarizar al español, como Huamán Poma de Ayala lo había keshwisado en su “Coronica” y escribí hasta dos trabajos que publicara Mariátegui en “Amauta” y Guillermo Guevara en “La Sierra”, ambas revistas limeñas de intención indigenista; y si me dijeron que ese intento valía, y algunas de sus páginas se tradujeron —hasta donde esto era posible— a idiomas europeos, y más de un filólogo entusiasta entendió que la hazaña importaba el intento de creación de un nuevo idioma; yo no había procedido de manera distinta al sefardí que trujo (y el arcaísmo acá cuela) el desprecio por la lengua de Castilla, que un judío converso: Fernando de Roxas habría de llevar al ápice de “ La Celestina”. Convengamos que si bien tenemos el ejemplo de España, también nos está reservado el camino español, porque es el camino de la unidad con el mundo; a condición de no traicionar nuestra propia naturaleza, de impedir que el indio muera en nosotros, pues es él, con su atraso y abyección impuestos y deliberadamente consentidos, el amonama, el substrato de nuestro cosmos.

¿Infamaré el habla de Castilla porque me dirija en familiar entonación al **yarakaka**, ese compañero

de la solana?, ¿ofenderé a mi madre, por decirla **colimama**, que no es lo mismo que decirla mamaíta, o “mami”, como hoy, tan grotescamente, se usa? No. No. No pueden infamar al español

las voces americanas, no solamente porque España no es ya sino una parte de

América, cuanto porque un idioma colonizador no sólo impondrá sus raíces y sus modos, sino, al mismo tiempo, asimilará parte del legado que le brindan sus colonias, y aquí resulta, como ya se ha dicho, que el conquistador acaba conquistado. Estimo más bien, y a esto venía el cuento, que en Colegios y Liceos debe hacerse obligatoria la enseñanza del francés no solamente porque se trate de una de las lenguas sabias de la humanidad, sino porque la única manera de purificar de galicismos nuestro español americano (el enfermo es él, no el español de la Península) es conocer la lengua gala.

Nuestro Carlos Medinaceli, incorporando giros y vocablos del **runa-simi**, usaba el rancio y deleitoso castellano popular —que era el del “Fuero Juzgo” en suma — que los conquistadores

dejaron en el campo junto a su simiente, en la vecindad de sus osamentas, y que de tan rancio y ancestral que fue ya nos parece indio, más indio en cuanto el mismo indio americano resulta, en cierto modo, un fenómeno español. ¿En qué lengua tremuló el espíritu de Teresa la Santa? Fue en la más dúctil, viva, humana, antiacadémica y doméstica de las lenguas, la de las palabras que sacan el corazón del hombre sobre la mano de la verdad, pero que, así mismo, lo elevan hasta las formas sublimes del deliquio. Escritores ha tenido América dignos de Cervantes: Montalvo, el primero; cervantistas capaces, en cierto modo, de superar al manco; y si necesario es reconocer que en el triángulo quijotesco están Cervantes y Unamuno, también debe ubicarse a Juan Montalvo. No nombraremos ahora al genial gramático que fue Rufino Cuervo, al incomparable humanista que fue Andrés Bello. Más grande que ellos es un indio: el Inca Garcilaso de la Vega. Permitidme dar toda la razón a Giovanni Papini cuando dice que a no ser este indio la América no ofreciera nada original al intelecto humano. ¿Y qué hazaña fue la del Inca? Darnos la epopeya del Nuevo Mundo en un idioma elegíaco, lleno de ternura, de piedad humana, de tristeza y resignación. En una

palabra, haber infundido el espíritu **kheswa** en el más grande, copioso y solemne de los idiomas

universales. Agregaría a este nombre el de Ricardo Palma, no empece su **coloniatría** (palabreja de Dios que tengas buena suerte) el escritor americano que después del Inca conquista para el español

nuevo grado astronómico, y con él la gracia, la picardía limeñas, que no son

andaluzas ni hispánicas en rigor, y que, por ende, sólo se hospedan en sus páginas, y no en otras de allende ni aquende el charco. Lo genial ha de ser para nosotros indoamericanos escribir un español impecable (¡nuestros pecados nos sean perdonados!) con un impecable espíritu terrígena y cósmico. Qué gran

182

ejemplo nos da Unamuno el Mayor cuando escupe todo su griego y todo su árabe para enriquecer su léxico con las voces de los aldeanos de su patria, cuando nutre su español de Castilla con su español de Vasconia o de Murcia, un español integral y totalizante en que está ya toda el alma del universo hispánico. Él nos dirá: abrevad en labios del pueblo, saturaos en el aliento de vuestra tierra, haceos a la asadura de su alma.

*

¿Si "Gesta Bárbara" suscitó talentos como los que he nombrado puede considerar justificada su existencia? Creo que sí. Lo que entonces hicimos no está en la revista. Su primer cuaderno era de estetas puros; el segundo mostraba la reciedumbre de una producción ordenada; el tercero, siempre por debajo de los valores individuales, quería ser insurgente. En éste se dio a conocer un bello espíritu femenino, el de María Gutiérrez, maestra y poetisa, verdadero cordón umbilical entre nuestra generación y la de los nuevos bárbaros, pues es madre de Gustavo Medinaceli, animador del verbo poético, epígono del movimiento de hoy.

¿Hoy?

Sólo el Porvenir existe.

*

Estos renglones no pueden quedar aquí, por más que ya se han hecho latos y bastos. "Gesta Bárbara" de síntoma se convirtió en fenómeno y, luego, en crisis. Dentro de ella he yo vivido, cabriola acá, cabriola allá, so la maroma de los días. Y así me ví de nuevo en mi pasado, mi

presente, mi porvenir: en mi lar, mi fogón, mis dioses: **llaris**. La ciudad del Titicaca es un nidal del lago; le vigilan montes argentíferos que cargaron sus

vetas para no ceder ante el foráneo. Su bravía

hosquedad le cubre de cendales azules. Allí funcionó la Logia de las Tres Estrellas, en que Santa Cruz apoyaba su gesta de la Confederación. Allí vizcaínos y andaluces peleaban a quién derrumbaba al Papa. Allí crecía una idea de patria andina, idea faustuosa. Allí los "bárbaros" se llamaron "orkopatas": hombres de la cúspide. Y entre embriagueces de calor y color, un poco con alientos revolucionarios que nada tenían de poéticos, surgió un movimiento vanguardista de raíz india que constituyó un momento poético de la América. Un gran poeta nimbó esta gesta. Santos Chocano, desde la cárcel que sufría por la muerte de Edwin Elmore, le saludó como al Inca de la lírica peruana, el Inca redivivo. Fue en verdad la suya una poesía intensa, luminosa y saludable. Pero, no le nombraré, que es mi sangre, y ella me veda todo elogio. Nuestra emoción ya sin rebozos confesaba al pueblo, al indio, a la cholada. Waldo Frank, lo mismo que José Carlos Mariátegui, refirieron o valorizaron la importancia de esta labor que debió quedar y quedó detenida, pues el inevitable trancazo policial nos aventó a los cuatro puntos cardinales, y a mí de nuevo sobre esta hogareña playa del Titikaka, a manos de estos "bárbaros" y de sus nevadas cordilleras...

*

Tengo para mí que en la anécdota cierran este periplo la Montaña de Plata y el Laicacota,

vigía sólito de la ciudad lacustre y de los puneños **zurroncurrichis**, ambos dos los más recios nudos argentíferos que los españoles encontraron en tierras americanas, tanto que cabe el segundo el rey

de España pensó —y el largo expediente se halla en Simancas— crear un nuevo virreynato con capital no en Cuzco, Cochabamba, Arequipa ni La Paz, que sí en Puno, lanza capitana del Titikaka, punto de convergencia de caminos entre el Pacífico y el Atlántico y magnética equidistancia entre los quisquillosos virreynatos de Lima y La Plata, donde los antipapistas

vizcaínos (la pagaron en manos del Virrey de Lemos, que los ahorcó) de pelear pelearon con balas de plata; tengo para mí, digo, que la intuición juvenil estaba realizando entonces lo que el gran Santa Cruz no lograra anegado en la

mediocridad de sus contemporáneos, ni aprehendió nunca la consuetudinaria politiquería de nuestros gobiernos, pues de hecho entre Potosí y Puno se habían tendido manos fraternales. Y acá bien cabe que recuerde, más no sea que para anotarlo, ese 28 de julio de 1919 en que vi realizarse en Potosí un gran miting celebrando la efemérides peruana y en que pueblo y oradores, aquél con vítores, éstos con su elocuencia, confesaban la cardinal panperuanista de nuestra historia común, y aún más: asistí a un banquete —fruto del linajudo señorío potosino— con que la juventud en mi triste figura quiso honrar a mi patria. No debo olvidar el nombre de Gróver Zárate, adolescente entonces; ni los de Lucio Lanza Solares, Alejandro Vera Alvarez y José Manuel de la Quintana (me lo perdonen si la memoria me traiciona) que hacían cabeza en esa manifestación de fraternidad generosa.

Años después presencié en Puno un hecho análogo. El Municipio, representado entonces por obreros, fue a cumplimentar al Cónsul de Bolivia el 6 de Agosto de 1922 (creo que ésa fue la fecha); le llevaron en solemne comisión a su sala de sesiones, izaron bandera y celebraron con un champañazo, como peruana, la fiesta nacional de Bolivia. Las campanas tenían cívicos tañidos.

*

Volvamos al “Panorama Móvil”, y acabemos.

La invención de este Concurso se debe a Carlos Montaño Daza, pero que en él recayeran los premios, lo mismo que en ese gran periodista potencial que es Mario Guzmán Aspiazú y en el afirmativo poeta Julio de la Vega, no es ya de su responsabilidad.

Me privaré de colmarle de los elogios que merece este sutil “cazador de figuras”, pues, como es notorio, y su autoridad lo sanciona, bien que sólo en las relaciones platónicas del espíritu (os lo diré) Carlos Montaño Daza es mi hijo... Pidió a sus compañeros de “Gesta Bárbara” escribir un epicedio sobre el cadáver de ciertos trigueros argentinos con motivo de una infeliz equivocación diplomática de la que no hay para qué acordarse; y alentado con los resultados les indujo a exaltar el Cincuentenario del Estaño, lo que era como poner banderillas de fuego al toro de la minería, y

sobre todo probar a los toreros de las nuevas generaciones. **Aida mais**: les pidió atreverse, con Chile, y cantar al Mar! La cosecha está en las páginas que siguen

y ya otras plumas con autoridad

que yo no tengo han diseccionado su sentido y su misión. La tarea de probarlos en siete tiestos, mostrar el quimo del proceso extractivo, obtener el oro de que habló el Salmista, es de otros que saben más, y, acaso, de nuevos tiempos mejor ambientados. Diré sólo que há años mis oídos perciben la belicosa sinfonía: trigo, estaño y mar.

*

Este atuendo viene del 21 de julio de 1946. Cercanos a ese día indescriptible en los calabozos de la Policía de Villarroel estaban embutidos ciudadanos de pro y un oscuro periodista, esperando el destino que hubiera de caberles cuando, ¡aparición arcangélica!, se abrió la puerta y pasó, erguido y deportivo, este pequeño Carlos Montaño Daza, que a los doce años combatió en una trinchera del Chaco, a los catorce era personaje de atracción durante una semana de París, y a los veinte y cinco comandaba una huelga de maestros —él lo es, como es jurista y poeta— y arrinconó al régimen político y le puso al límite de la fuga. Después de los fusilamientos de Chuspipata y Challacollo (oficialmente eran tales) durante dos meses a salto de mata había agitado los espíritus sin que los sabuesos del mayor Escobar consiguieran echarle mano. Veréis cuánto sabía este condotiero de un metro veinte centímetros si dáis crédito a esta hazaña. Montaño no fue apresado por los sabuesos; se presentó voluntariamente en la Policía Central, pues estaba seguro

que la huelga, que ya enfriaba, tomaría nueva temperatura si los maestros podían informarse que su juvenil jefe se hallaba preso. Y así fue. La ciudad ardía por todos sus ángulos cívicos. Yo me conozco el funcionamiento de ese cerebro y dóile fé cuando me dice que durante la preparación de la huelga desde su escondite dejó librada al cura Medina, fallecido hace tres siglos, la tarea de redactar las proclamas insurgentes, que él empleábase con tierna solicitud a consolar las anémonas, campánulas y girándulas de su jardín sentimental. Y era verídico. La mañana del 20 de julio, un

día antes de la sangrienta **vendetta** popular, regresaba yo con un camarada de redacción a mi hogar; las balas rubricaban el cielo paceño en todas direcciones, y a nuestros oídos llegaban,

distantes y tétricos, los gruñidos de las metrallas, cuando un maestro nos detuvo para entregarnos un billete convenientemente doblado. Era la proclama de la Junta Tuitiva, obra, según los testimonios, del cura Medina, y con la cual se proclamó el 16 de Julio de 1809 la guerra peruana contra España. “Hemos tolerado hasta acá la esclavitud en el seno de nuestra misma patria”. Y lo que sigue. A la grupa de tres siglos esta vez también la dialéctica murillana encendía los espíritus, y mujeres, niños, pacíficos artesanos, humildes horteras, salieron de sus hogares para matar o morir. Este pequeño gran hombre es cochabambino, como en el universo mundo se sabe, no ignoraba, por tanto, que si los heroicos cholos de su tierra obran agitados por un buen cuesco de chicha, si se quiere incendiar los ánimos del pueblo paceño no hay más que hablarle con el lenguaje del Protomártir, que no impunemente La Paz es, y será en los tiempos venideros, tumba de tiranos! Días antes a éste, histórico, conversaba con un mi camarada que tenía papel preponderante en el Gobierno del Coronel Villarroel, y muy honradamente trató de persuadirme que los “fusilamientos” mencionados eran una necesidad revolucionaria. Le argüí que ello podría estar bien; y le dije que revolución no es atraco ni degollina, que hasta los “bárbaros” soviéticos en plena palingenesia como armar una carpa en la estepa se daban maña para organizar un tribunal revolucionario, y, allí, por la razón de la pólvora, ese tribunal con personería jurídica decidía el ahorcamiento, el fusilamiento, el descuartizamiento de sus enemigos. ¿No hemos visto que el bravucón de Mussolini peleó su causa ante un tribunal del pueblo antes de morir tan angustiada y románticamente junto a la dulce Petacci? Y cuenta que el mecanismo estadual del Duce había sido totalmente destruido y que en Italia en esos momentos no había gobierno, que el del Rey ya no era sino lastre inerte. Los chacales del incomprendido Villarroel (ya pagaron sus crímenes) no tenían la noción de espíritu público, no habían leído nunca “El Alcalde de Zalamea”; eran, orgánicamente, carniceros. ¿Quién creería que por anunciar en la sección “Notas Sociales” de “Ultima Hora” que el Ministro de Gobierno coronel Edmundo Nogales había ofrecido un cocktail a no me acuerdo qué personaje que salía del Gobierno (me parece que el coronel Quinteros) cuando sólo al día siguiente lo ofrecería, fuimos a parar a los calabozos policiales el Jefe de Redacción, los redac tores y reporteros del diario! Y digo mal que a los calabozos, que éstos estaban repletos, pues se nos dejó en el patio interno del edificio durante diez horas de invernal noche al relente. Admitamos —y soy de los que lo admiten— que hubo hombres como Víctor Paz Estenssoro que fueron ajenos a estas necias tropelías y a sus sangrientas consecuencias; pero es obligatorio también admitir que su acción represiva no tenía ya eficacia, que la tragedia avanzaba sin que fuerza humana hubiera capaz

de detenerla.

*

No obstante, también Villarroel, como Busch, como los estetas de “Gesta Bárbara”, pidió trigo, estaño y mar. Este planteamiento fue en todo tiempo perfecto; la resultante a la larga o la corta será fácil de descubrirse. Pero, entre tanto, los cálculos aritméticos fallan. Acaso aclare esta situación conocer el pensamiento chileno, expresado por su prensa. “El mar no se pide, señores del Altiplano —han dicho—: se toma”. Yo soy un admirador del pueblo chileno, de sus escritores y poetas, sobre todo de sus políticos conservadores. Constituyen un honor para la América, pues son

de aquellos que bajan de la silla presidencial como a ella subieron, sin mengua de la riqueza fiscal ni provecho ilícito de la propia, enfermedad consoladora de que nuestros políticos no pueden por infortunio contagiarse. ¡Imaginar de Alessandri que se enriqueciera en el Gobierno! ¡De un Balmaceda! ¡Ni de Portales, con sus estancos de cigarrillos y sus trusts, cabría imaginarlo: sería una herejía!

Fiso para laseria

Dios al hombre nascer.

Reza la letrilla de Sem Job, tan aplicable a nuestros infortunados países. Ergo: si se desea volver al mar hay que sembrar trigo y recuperar el estaño. Sembrar trigo equivale en el planteamiento algebraico a reemplazar la empleomanía burocrática por espíritu de trabajo, la literatura por el tractor, el militarismo por un auténtico y generalizado espíritu bélico, no revoltoso; de manera que los empleados vitalicios, y hasta hereditarios, los poetas y militares, se conviertan en hombres de acción, en productores de riqueza viva y no en los implacables usufructuarios de la riqueza impuestaria. En Bolivia —y que el ejemplo sea muy tenido en cuenta— ya se ha proyectado hacer del Ejército un organismo de trabajadores, como liquidación práctica del militarismo tradicional, y como este nuevo espíritu es conducido por militares jóvenes, no inficionados de politiquería, y ojalá nunca se inficionen, cabe esperar que pronto se incorporará a Bolivia una fuerza creadora provista de fulminante eficacia. ¿En países de una

riqueza tan varia y abrumadora como los nuestros, acaso los hombres buscan por ventura la aventura industrial? Los indoamericanos, pocos son industriales; el industrial es el europeo que se americaniza. Los nuestros buscan el empleo vegetativo. Conocí a un ciudadano peruano nacionalizado — su dignísima esposa y sus hijos son bolivianos— que durante tres gobiernos mendigó del Estado la oportunidad (para obtener la cual ofrecía estudios financieros de meridiana claridad) de un punto de partida para el establecimiento de refinerías de azúcar en Santa Cruz; y el Estado le respondió siempre que ese lenguaje no era de su competencia. Y la operación de transvasar divisas para importar azúcar nunca tuvo fin, hasta hoy. Como se ha comprobado aquello de que los molinos, no molieron trigo sino oro fiscal, se sigue que un industrialismo mal organizado es, igualmente, otro despeñadero para la economía de la Nación, si los métodos bobos hasta hoy usados no dejan el campo a una política vigorosa y viva de autoabastecimiento.

Fácil resultará deducir de estas experiencias lo que pasa con el estaño. Aunque no todas las que podría producir al menos él produce divisas y justifica en todo el aserto de que la economía nacional de Bolivia es hasta hoy sólo la economía estañífera. Se ha reprochado a los grandes mineros el que no hubiesen convertido en industrias agrícolas sus fabulosas utilidades; pero no se reprocha a los gobiernos el haber invertido las sumas más cuantiosas, más que en fomentar una burocracia acéfala y retardataria, pasto de vicios y de crímenes. Para ser justos digamos que unos son dignos de los otros. Yo me atrevo a creer que si Churchill, Bevan o Marshall fuesen bolivianos, y gobernantes, no vacilarían en nacionalizar las minas, supuesto son la única riqueza efectiva y en producción del país. Ca... que no se atreverían a ello sino a condición de que Dios cambiase el

corazón de los hombres, porque desde México al Perú **res-pública** no es sino **res-privada**; y los hombres con mando —excepciones puso la naturaleza a todo — asaltan al viandante el que mejor

con más gloria. Hiela la sangre descubrir que empleadillos que comisan entre negociantes, o administran pequeños servicios colectivos, ganan oficialmente para un yantar estrecho y a vuelta de unos años tienen hacienda y han construido casas por donde hay cómo. ¿La criminalidad está acaso legalizada en nuestros países? No, no. No somos neuróticos. No procederemos como el mal médico que se emplea en lucha contra el bacilo que origina la dolencia de su enfermo y lo ataca con tan fuerte ímpetu que acaba destruyendo los tejidos sanos y matándole.

La terapéutica moderna posee a manos terribles y maravillosos antibióticos a condición de no olvidar el sabio

principio de Hipócrates de esperar a que el enfermo sane antes de curarlo. Lo cual quiere decir que se debe —y allí vienen las sabias tectonías, las tizanas y los emplastos— estimular la presencia de las propias defensas sin dudar nunca de la bondad de ellas. ¡Cuidado con pretender curarlo a bala, como en Villa Victoria, en Mayo; como en Junio, en Arequipa! Las enfermedades así tratadas regresan.

*

Perdóneseme si tomo temas de estricta incumbencia del ciudadano boliviano, pero si se me ha pedido escribir estas páginas ha sido para ofrecer ideas y aprehensiones que beneficien a la formación de hombres a quienes yo amo: los de “Gesta Bárbara”, y, luego, porque se me sabe unido a la tierra boliviana por lo mismo que vivo en plena comunión con los intereses de la mía. Fernando Diez de Medina lo ha reconocido así en una de las páginas de su “Thunupa”, precisamente en aquellas en que instaura un momento de la universalidad del espíritu boliviano al proclamar la hora de la osadía y de la aventura.

No está fuera del marco de este trabajo el que dedique unos momentos a tan notable escritor.

*

Yo me he dicho si no será un signo de senilidad en la intelectualidad boliviana el silencio que se hace en torno de sus libros y de su prédica de energeta, cuando en el extranjero aquéllos son tenidos como seña de una realidad mental que valoriza a la intelectualidad boliviana y ésta ha sido comparada a la acción de Fitche en la vieja Alemania. El esteta puro que yo encontré en 1932, refractario a todo indigenismo, incubó en “Velero Matinal”, para aceptar al indio en su gran libro: “El Hechicero del Ande”, rendimiento sabeísta a la montaña. Diez de Medina se bolivianizó en contacto con la tierra, incorporóla a su sangre, tundióse sobre los surcos barbechados, hizo como el labrador aborigen: la besó entre sus dedos, la lloró, la invivió. Y la tierra, la gran madre, le dió

korekenques para su migración al seno del Olimpo, del Illampu, habría dicho

Villamil de Rada, de donde ha regresado nimbado de esplendor mítico. La América no había presenciado antes

semejante espectáculo. Leed cuidadosamente el "Nayjama" y llegaréis a la conclusión de que en él poco es lo imaginativo y todo es lo recordante (la imaginación no es más que una forma del recuerdo, ha dicho no sé qué psicólogo genial) y que estos trasgos funambulescos son los espíritus

de la naturaleza —los **gennis**—que hablan y sirven a quienes juzgan elegidos de la gracia. Diez de Medina dejó el tibio refugio burgués de su estudio, y subió a la montaña. Yo hice — perdonadme

tanto majadero yoísmo— el pensador a seis mil metros sobre el nivel del mar, y he sentido que lo que la medicina llama la erithremia andina no es sino un tremor de los vasos sanguíneos que sublimiza la realidad. Acá, sin metáforas, nos encontramos con Dios. Mejor aún: Dios se posa en el hombre, en sus nervios y su hueso y de hecho lo mineraliza y lo deifica. En contacto con las

nieves de los picachos, **Khunu**; en connubio con las cumbres, **Thunupa**; de fastigio en fastigio, **Thaya**. ¿Quién es, pues, éste que viene con tanto poder: el Hijo del Hombre, Cristo.

El Campeador fermoso sonrrisava,

grado a Dios e a las vertudes santas.

Dice el poema del Mío Cid. Sólo a precio de ser grato a la montaña y seguro de sus altas virtudes el fiero batallador se tornará hermoso y hermoseará el mundo. Si Diez de Medina no

hubiese irrumpido en las cumbres en diálogo monstruoso con los **achachilas** su conversión habría sido imposible, no se habría afinado su capacidad mística, no habría oído el clamor del mundo

dentro de sí mismo. Porque aquí se trata no de literatura más o menos poemática: se trata de theogonía y de ant ropogenia.

*

Alguna vez dije a un talentoso guía de “Gesta Bárbara”, leal como hay pocos a la causa del proletariado, que encontraba yo más aliento revolucionario en Diez de Medina que en Pablo Neruda. Justo. Se llenó de estupor. Neruda ha renegado de su poesía anterior a su actual

catalogación de poeta oficial de la Revolución Proletaria. ¿Qué era, entonces, el máximo **faber** de “Residencia en la Tierra” o de “Tentativa del hombre infinito”? La suya era una lengua biológica,

su poética del mismo valor de la cristalización de los minerales o de la violencia genésica de la semilla en el surco, como en el indio Vallejo (anterior éste en años), un expletivo elemento idiomático qué confería doncellez y pureza al español. Entonces no era marxista confesional, aunque lo fuera orgánico, como Diez de Medina que al inducir su poesía al seno del pueblo indio asume, sin quererlo él tal vez, una actitud rebelde y concusionaria. Adviértase que tras de la migración al campo de la leyenda aymara emerge en él el apóstol, y tras del apóstol, el profeta, ágrio y agonista. ¿Será León Felipe menos izquierdista que Neruda? No, ciertamente. No era. Pero Felipe no sugiere como Pablo la línea del batallón cuartelario, ¡Y qué voz insurgente la suya, qué canción soliviantadora! León Felipe escribe no como los poetas marxistas —y es marxista— sino como Isaías, como Joel, como Miqueas y Nahum. Escribe en profeta, en místico, no en acróbata, en presdigitador y menos en tono de agente aduanero. Pero, es que se calumnia a Marx con este disparatadero poético a que se da su nombre, porque él fue un admirador de la armonía griega y conocía los hexámetros de Parménides:

Y vosotros, Dioses,

apartad de la lengua

un maniático hablar de tales cosas;

haced brotar más bien la fuente pura de los labios santificados.

El genial Ilich que prefirió el Puschkin burgués al camarada Mayakowsky, no justificaría nunca la baraúnda de esta poesía oficial que tanto huele a burocracia y soldada.

En cambio, a quien trata de localizar a un pueblo como grupo tipo, “adivinando” su mistagogía, exaltando su primitiva lengua, revolviendo el humus de su estrato mental, le juzgaría digno de la Revolución Proletaria, ese hecho inevitable de la Historia.

*

Debo ya poner punto a estas líneas. No es la mía, como véis, queridos “bárbaros”, una actitud tibia frente a la conminatoria de vuestro pueblo. Si me lo exigís, yo os diré: ¡tomad el trigo!, ¡tomad el estaño!, ¡tomad el mar!

Pero, no olvidéis que al “capón que se hace gallo matadlo”, sabio consejo que para estos casos daban los cazurros aldeanos de Castilla.

¡Emplumad, pues, gallos!

LA GLORIA DE LOS MITAYOS

Lizandro Luna es un escritor ya caracterizado como uno de los representativos de una generación de puneños en cuanto constituye una actitud de revalorización indígena. Su obra, ya copiosa, puede ser tenida como una expresión indigenista, sobre todo en cuanto fija el anhelo de perennizar las gestas de la reconquista india, hecho ya casi exclusivamente mental. Su “Puma indomable” es un libro en que abundan las páginas elocuentes y a menudo los planteamientos severos del sociólogo. Ha venido a La Paz para editar un nuevo fascículo dedicado a insistir en su lucha. Y esta oportunidad me brinda la de rendirle un tributo de afecto y reconocimiento por todo cuanto ha hecho, hace y piensa hacer en beneficio de la justificación de nuestro pueblo. Tenerle cerca, compartir de su sencilla y ardiente bonhomía para mí constituye un placer, pues me retrotrae a la familiaridad de tío don José Albino Ruiz y de su excelente biblioteca, en la cual muchos de los hombres de mi generación tuvimos la suerte de abrevar una selecta sabiduría en orden a las cosas de la historia peruana. No es nada extraño, pues, que al insistir en la exégesis del caudillo indígena del 782, uno de los más valiosos lugartenientes de Tupaj Amaru, sacrificado en Azángaro en forma bárbara y heroica, de la mera literatura incursione a la realización de hechos concretos, y persiga no solamente un enjuiciamiento de su figura, sino la exaltación de su nombre mediante la erección de un monumento que recuerde a las generaciones

del porvenir el sacrificio del “Puma indomable”. En esta actitud no está solo. Le acompaña el magnífico espíritu de Manuel A. Quiroga, maravilloso líder del indigenismo, cuya vida y cuya obra tanto han contribuido a crear en la generación a que Luna pertenece el sentimiento de la indianidad. Otro tanto tengo que decir del querido poeta Dante Nava, del gran indio que es Inocencio Mamani, de Eustaquio Rodríguez Aweranqa, de Enrique Ancieta, de J. Alberto Cuentas Zavala, de Rómulo Díaz Dianderas, de Norman Luna, que se anuncia como un poeta de vigorosa textura espiritual, en fin, de todos los hombres que en nuestro pueblo piensan y trabajan en la empresa de mantener vivos los prestigios intelectuales de la tierra.

La figura de Pedro Vilca Apaza en el levantamiento de Condorcanqui es de aquellas que no se nublan por la comparación. Adoptó como muchos insurgentes de ese momento, el título –ya lo era– de Tupaj Khatari, título o remoquete de batalla que adoptaron Andrés de Tupaj Amaru (indohispano que se puso al lado del inca), de Andrés de Vilca Apaza, el Visorrey de Chayanta y de Tomás APAZA, sacristán de Ayoayo –el virrey Tupaj Katari–, que en 1871 puso el famoso cerco a la ciudad de La Paz frente a las huestes del gobernador Segurola. Y combatió en términos que salen de los marcos de la historia para cobrar la gloria de la leyenda. Un monumento que en su honra se levantara en el centro de dominación hispana del agro, que eso era Azángaro, importa el hecho singular por excelencia, pues extrae la figura recia del olvido para proyectarla en la memoria de los tiempos. El cronista del Cusco en sus Anales, que publicara Ricardo Palma, habla de él dándole otro remoquete de batalla: “Cauna Cunturi”, huevo de Cóndor: Tal era el valor y la bizarría del indio que el mismo español se inclina ante su reciedumbre y grandeza. La rebelión de Tupaj Amaru, si bien ha dado oportunidad para ese libro formidable de Boleslao Lewin: “Tupaj amaru, el rebelde”, presume que no ha sido acometido todavía en toda su magnitud literaria; y son obras como las que realiza Lizandro Luna un anticipo de lo que los escritores puneños tienen el deber de ofrecer. Las páginas del Inca Garcilazo están llenas de figuras de orejones que lucharon con flechas y macanas frente a arcabuces, cañones y caballería, asombrando por su desprecio a la muerte, al soldado español, que nunca fue pusilánime ni remiso en la batalla. Extraer la lanza d el pecho y con ella acometer al mismo enemigo era una especie de norma del combatiente indio. Resulta inolvidable la figura de aquel capitán inca que detuvo –solo– un avance hispano con su fle - ______________________

Prólogo al libro de Lizandro Luna: “Bronce conmemorativo”, homenaje a Pedro Vilcapaza. Puno, 1952. [Firma: Gamaliel Churata]

cha y que acribillado a perdigonazos luchó hasta que su cuerpo no era sino un cañamazo. Cuando los indios perdieron el miedo del caballo, y se explicaron el milagro del arcabuz, al que consideraban hijo del rayo, se enfrentaron al dominador en todo punto, en todo momento, no ya con la atónita estupidez del ejército de Atahuallpa en Cajamarca, sino con una temeridad que no tiene paralelo, o que la tiene en algunos hechos recientes de nuestra historia americana, cuando hombres sin armas han sido capaces de correr a escuadrones armados sólo con su osadía varonil y su desprecio por la vida…

Ojalá el generoso propósito de Lizandro Luna tenga el cumplido éxito que todo americano tiene que desear cuando puede constatar que las generaciones actuales persiguen actos de tanta justicia… Levantar en Azángaro, no ya solamente un obelisco que recuerde al viandante un hecho histórico, sino un grupo escultórico de riqueza dramática que inviva la figura del héroe, y con su gesto y su actitud recuerde que mientras en la heredad del inca no se impongan regímenes de justicia y compensación, mientras millones de indios vivan en un primitivismo lacerante, mientras todos los americanos no hayamos elevado al hermano del agro al nivel del habitante moderno del planeta, los Vilca Apaza tendrán que reproducirse con su mismo sentido heroico del sacrificio, con el mismo desprecio por la muerte y la misma fiebre sangrienta por la justicia.

Esa será la gloria de los mitayos.

CARTA DE GAMALIEL CHURATA A INOCENCIO MAMANI La Paz, 2 de marzo de 1955.

Señor

Inocencio Mamani

Puno, Perú.

Querido Chiski: Buen tiempo que ya nada sé de ti, si tú y nuestros comunes camaradas de Orkopata parece que me brindaron sus sankayus de olvido. Sé, no

obstante, que tú y Pacho, de allá en cuanto, dejan flores en la tumba de la Mamita Brunilda y del Khori-Challwa; y es todo lo que me hace comprender que está aún encendida la mechachuwa de Orkopata, y encendida por ustedes.

Dirás a todos los nuestros que tu Khori-Challwa está ya listo para el vuelo. A la vuelta de treinta años, que tú, lo mismo que Aweranka, que le tejieron tan lindas guirnaldas, EL PEZ DE ORO cumplirá su destino. Ojalá encuentre en todos ustedes vivo el sentimiento de su causa. Da esta noticia como cosa segura, que no bien tenga algunos ejemplares los enviaré para ti y los nuestros. En ese sentido querría que me digas quiénes quedan de nuestro grupo por allá; si el Dr. Butrón sigue con ustedes; si tu compañía dramática no se ha disuelto; en fin, necesito que me pongas al día de cuanto pasó desde ese ya lejano día cuando partí sobre el lago.

Naturalmente, conviene que escribas a todas las provincias donde tengamos amigos avisándoles de esta inminente sorpresa: EL PEZ DE ORO a la vista. A Benjamín Camacho, principalmente; y en Utawilaya, que entre Chucuito y Platería queda, según te acuerdas, pregunta si allí está aún alguno de los Allkas. EL PEZ DE ORO será un libro un poco voluminoso y tal vez caro, pues no bajará de una quinientas páginas en cuarto mayor; apenas le he agregado algo de cuanto ya conoces tú –si llegaste a conocer, que no recuerdo– pero él no es sino la crónica simbólica de nuestra vida.

Te recomiendo, querido Chiski, al profesor Elizardo Pérez, que, como ya sabes, es un viejo amigo mío y de cuyos méritos tú y todos los nuestros están ya informados.

¿Qué es de tu padre? No sé si me dijiste que vivía todavía; y si me avisaste que tomaste nueva mujer también. Dame tus noticias y abraza por mí a todos nuestros amigos, sobre todo a los cholos y a los indios, afirmándoles que les he olvidado en momento alguno y que de un momento a otro apareceré en Orkopata, que, entiendo, ya nadie me lo impedirá.

En la mamita Brunilda, querido Chiski y en tu Khori-Challwa, te abrazo estrechamente. Gamaliel.

Busca a Pacho y entrégale la carta que te adjunto. He recomendado al Sr. Pérez para que, si fuera posible, le brinde trabajo en las actividades que emprenderá.

En *El ultraorbicismo en el pensamiento de Gamaliel Churata* por Manuel Pantigoso (Edición de la Universidad Ricardo Palma. Lima, 1999).

191

FIGURAS DE LA REVOLUCIÓN:

PAZ ESTENSSORO – SILES SUAZO – LECHÍN

Acaso, por razones que la ciencia sociológica no ha explicado aún, desde las arcaicas edades de los Makuri y los Chipana, el territorio en que hoy se delimita la patria boliviana, fue teatro de una lucha secular entre los que dominan y los que son dominados. La leyenda, único vestigio que de ellas queda, permite descubrir que esa edad fue de una constante insurgencia y que el hombre vivió bajo la ley de la guerra. La historia de la República es, asimismo, historia de levantamientos populares, motines y revueltas por el predominio político, alimentado, si así puede decirse, en la oposición de los de arriba y de los de abajo. Una vez la nobleza frente a la plebe; otra, la plutocracia frente a los miserables. De hecho, la Revolución de Abril es una consecuencia, histórica y socialmente considerada, de esa naturaleza dramática. Un día, "Los de abajo", habían de lograr la posesión de los elementos que les permitieran liquidar el predominio de los de arriba, no ya sólo en la pugna de las armas ni en la reyerta electoral, sino en la hegemonía del Gobierno. Ese día fueron exaltados al poder hombres como Víctor Paz Estenssoro, Hernán Siles Suazo y Juan Lechín quienes, por el peso de su acción revolucionaria, encarnan los ideales de las clases mayoritarias que sufrieran, en todo tiempo, las consecuencias de la política de castas, de roscas y del capitalismo imperialista.

Su ascensión al poder importa, consecuentemente, la rectificación de la historia boliviana, y el desenlace de la secular beligerancia.

El esquema de este hecho queda planteado a través de las tres figuras en cuanto son representativas de las reivindicaciones del pueblo, no porque en ellas se vea lo que se conoce por hombres providenciales sino porque su personalidad y su acción responden a los objetivos de la Revolución Nacional.

Paz Estenssoro, el cerebro; Siles Suazo, la acción; Juan Lechín, la fuerza. En

manos del segundo quedó librado el destino del alzamiento popular, al tercero le allegó el peso de las masas; el primero aporta la astucia, la claridad y firmeza revolucionarias, imprescindibles dadas las finalidades constructivas sin las cuales el acontecimiento histórico carecería de trascendencia.

La trayectoria política de estas tres figuras posee la pureza y armonía necesarias para merecer el respeto del pueblo boliviano.

Bastaría compulsar la acción parlamentaria de Paz Estenssoro para darse cuenta que el Jefe del Estado deviene en líder de la Revolución después de haber debatido con profundidad y osadía todos los problemas del país desde el ángulo específicamente socialista en el que hoy realiza su gobierno. No hay desviación alguna en las líneas maestras de su ideología nacionalista y popular. No cedió ni a la seducción vagarosa del izquierdismo, de moda todavía, y menos a la tentación de las oligarquías; si combatió al izquierdismo teórico y fantasmagórico, fue el implacable demoledor de los privilegios de quienes envilecieron al pueblo y esquilmaron su heredad. Como Jefe de un partido de masas, todavía es más visible su irreductible lealtad a los principios que norman su acción, secreto, acaso, de su marcha ascendente y la invariable firmeza de la misma.

Cupo a Siles Suazo la Suprema Jefatura en la batalla del 9 de Abril, batalla que, si bien fue resultado de la acción del pueblo boliviano todo, constituye el aporte individual del pueblo paceño. Siles Suazo representó en la gesta del espíritu del pueblo que se erigiera en “patria de libres y tumba de tiranos”. Solamente midiendo las inestables y débiles posibilidades con que en esos momentos se contaba para asegurar el éxito del levantamiento, se columbra todo el valor de l a intervención del joven conductor que fue capaz de convertir, por el peso de su prestigio, su heroís – ______________________

En *La Nación*, abril 9 de 1955. Gamaliel Churata asumió en este diario del Gobierno del MNR la redacción de una columna de opinión con el pseudónimo de “El Hombre de la Calle”. En un primer tramo su colaboración se prolongó de abril a diciembre de 1955.

mo y serena capacidad de mando, tantos factores negativos, en la victoria de un pueblo sin armas frente a diez regimientos dispuestos a pulverizar sus viviendas

y diezmar a sus habitantes. Pero, es que Siles Suazo, se perfiló desde las primeras manifestaciones de su acción política como un revolucionario pleno de los atributos de la fe, el coraje y el espíritu de sacrificio. Ha sido por tales razones que el levantamiento del 9 de Abril adquirió la magnitud de una epopeya.

Fuerza impulsora de la Revolución Nacional fue el proletariado minero, precisamente porque sólo él consubstancia las condiciones sociales de la contradicción capitalista en Bolivia. Masacres, salarios de hambre, esclavización, todos aquellos elementos en que se manifiesta la tiranía plutocrática, fomentaron la resistencia popular, de la cual ha sido Juan Lechín, no sólo el verbo sino el hombre de acción apostólica y, en los momentos de lucha, el primero de los combatientes. El radio de su influencia sobrepasó los linderos de la mina, expandióse a las fábricas, llegó a los agros semifeudales, y hubo momento que su nombre fue la bandera del pueblo. Con ese prestigio y su decisión de luchador, consigue hacer del brote revolucionario circunscrito, el movimiento nacional que caracteriza la Revolución de Abril.

En Paz Estenssoro, Siles Suazo y Juan Lechín, se realiza el triángulo que define la Revolución y garantiza su destino.

ARTESANÍA INTELECTUAL:

EL CUMPLEAÑOS DEL PERIODISTA

Hemos celebrado hace dos días, uno más de nuestros onomásticos o, propiamente, el santo de nuestro cumpleaños; cosa así, poco definible; pero día consagrado a recordar a los viandantes del planeta que en esta ínclita ciudad de La Paz, y en el territorio de la República, los obreros de la prensa, y precisamente los proletarios de ella, han sido objeto de homenaje mudo, y el reconocimiento no menos mutable de la gente por la humilde y anónima labor que todos los días cumplimos elaborando las viandas de noticias de que se nutre el cerebro del público. No recuerdo si este día fue decretado por el Gobierno del General Busch, o lo fue por otro; lo efectivo es que hace ya buenos años todos los periodistas se reúnen con ese objetivo y se festejan, o se dejan festejar por sus admiradores, bailando a costilla de sus pobres centavos, y exaltando, pese a la pobreza de los mismos, la fulgurante gloria que viene de un trabajo tan

envidiable, aunque poco digno de envidia.

Bien. Los periodistas nos hemos abrazado hace dos días, en abrazo lleno de fraternidad y de consentida resignación, puesto que el premio es de los más tristes y abandonados del universal proletariado. Hacer de periodista en países como los de la feliz América no es, que se diga, nada del otro mundo. Se profesa su sagrado ministerio, se lo cumple con tenacidad, con silencioso heroísmo, y después…. nada. No hay explotado del mundo que más lo sea, si todas las glorias se le dan en la medida que todas las miserias le corresponden; no hay trabajador peor remunerado, ni en albañilería, ni en minería, ni en el oficio cultural; tampoco hay trabajo más obligado a los sentimientos generosos, a los sacrificios más ascéticos, a las penurias más risueñas. Y, sin embargo, no hay periodista que se cambie por un rey. Él es la voz del pueblo, el plectro de la viola de Mefisto, el freno del solípedo alado. De él parte el alimento del espíritu, el colirio de los ojos fatigados por el insomnio, encandilados por las lágrimas de la orfandad popular. Él es, en suma, el gran paladín de todas las causas nobles, pero por sobre todo, es el periodista el hombre que debe dar cuanto tiene: salud, sueño, hambre, sed, a fin de que la masa del público sienta la vida como justicia, como belleza o conciencia.

No es el periodista siquiera un intelectual, en el sentido en que lo es el poeta, el ensayista, el filósofo, el teólogo, el economista; es un intelectual sometido al rigor de la disciplina del hábito. Debe escribir no lo que piensa, sino lo que los lectores desean; debe percibir la comedia humana, no como él desearía percibirla, sino como entiende que más le agrade percibir al público. Trabajando todos los días, y siempre sobre los mismos temas manidos, ha llegado a automatizar su labor en forma tan completa que será ilusorio pretender que en sus papeles diarios se filtre la luz o se encaramen las sombras con un sentido de personal representación y beneficio. No. Todo lo que da el periodista tiene el cuño de la vulgaridad loable, y es a este precio que el pueblo le mira, no le compadece, mas pretende hacerle vivir en las esferas en donde guarda todos los mitos sociales, almacenados en 40 mil años de vida civilizada, o sea, de vida que superó el neolítico y llega ya al estrato atómico. No se espere que de la copiosa labor diaria del periodista, segregue mieles del Himeto, ni siquiera el azúcar de la abeja; lo que el periodista produce es chato, vulgar, reiteración de cuanto se dijo ayer y se dirá mañana…

Es el artesano, el simple menestral de la prensa, el servidor anónimo, silencioso, inmutable, que chorrea entre los engranajes de esa muela voraz que es el

capitalismo que lo explota como a animal de pelo comercial. Nada de lo que se conquista con su acción se refleja en su beneficio; y así pasa por la vida derramando –canéfora paradójica– las luces de su trabajo, alimentadas con el sudor de su frente y la sangre de su corazón.

Rindámosle nuestro tributo y hagámosle llegar el pésame por su cruz, por su lanza de Lon –

____

De *La Nación,* mayo 12 de 1955. [Firma: El Hombre de la Calle]

gino, por la esponja de vinagre con que todos los días lo banquetean los hombres.

La única compensación que espera, es morir viejo, reumático, famélico, y, así, saber que si todos le halagan, solamente los gusanos de la tumba le brindarán una fraternidad sincera y alimenticia.

–¡Ya has venido hermano –diránle– cuánto has tardado en desintegrarte! Duerme mientras yo como…

Eso es el periodista, el cardumen de los tiburones. Pero su gloria, la gloria del gusano. Amén.

LA REVOLUCIÓN EN MARCHA:

LA TIERRA PARA QUIENES LA AMAN

No hay que tener demasiada imaginación para darse cuenta que la Revolución Boliviana no solamente no sofrena el ritmo de su desarrollo, sino que su marcha es, bien que cauta, segura y ascendente. En días más, llegará hasta el centro de la República, la primera partida de acero chileno que, de acuerdo con el convenio firmado entre nuestro país y el gobierno del Mapocho, se nos envía a cambio de los aportes de petróleo boliviano; y esto, si quiere decir algo –es un caso aislado

no, sino característico– dice que Bolivia ha ingresado a la categoría de potencia exportadora de materias industrializadas. Pero, no solamente eso, sino que el hierro del Mutún, y grandes yacimientos de uranio entrarán muy pronto al torrente de los medios económicos que transforman revolucionariamente las estructuras nacionales. A ello agreguemos que la Reforma Agraria sigue su fatigosa y bien compleja organización, dota de tierras a los agricultores, habilita campos eriazos, y –su objeto principal fue ese– distribuye entre los hombres sin tierras las grandes propiedades de manos muertas, o latifundios semicoloniales improductivos. Todavía es posible hablar de las actividades preparatorias que harán de la Reforma Educativa una palanca para la renovación de la Naturaleza de aquello que los sociólogos materialistas llamaron las superestructuras sociales en sus manifestaciones de letradura y alfabeto; esto es: cultura universitaria y capacidad de leer para todos los ciudadanos y ciudadanas del país.

Si esto no es buena prueba de un ritmo ascendente en el proceso revolucionario, ignoramos signo de qué fenómeno sería. Nada cuenta que mientras tanto se padezcan los efectos de la crisis monetaria, y que, desvalorizado el billete, la vida adquiera condiciones penosas: es el precio qu e paga el pueblo de Bolivia para el logro de sus anhelos de liberación económica y de autonomía institucional.

Por otra parte, las informaciones periodísticas nos han revelado que el famoso fundo de Santa Clara, de Cochabamba, que fuera motivo de tan largas pugnas entre sus colonos y la institución monástica a que pertenecía, dejará ya de ser motivo de controversias, pues sus amplias y generosas tierras pasarán a propiedad de lo menos setecientas familias, las mismas que –es de lógica suponerlo– harán de ellas fuente de bienestar y producción en beneficio colectivo. No solamente esto, si ya se nos ha informado que innumerables campesinos han recibido títulos de propiedad sobre los terrazgos que les asigna la Reforma de Ocureña y que, de menestrales al servicio de los viejos amos retardatarios e ineficaces (personaje supérstite de la Colonia), pasan a propietarios pequeños con que se ratifica el sistema del minifundio como célula económica de la riqueza agraria de la República. Bastaría este hecho para reconocer que la Revolución de Abril cumple una función rectificadora en los destinos de Bolivia.

Pero, hay algo más; el reparto de tierras que los impugnadores de la revolución, sobre todo en el extranjero, exhiben como prueba de los sistemas comunistas implantados por el gobierno de Paz Estenssoro, nada tienen de comunistas si la

parcelación de la gleba en esas condiciones no importa sino la aplicación de principios del liberalismo clásico a la solución de los males que engendra el latifundio, la gran propiedad que, si produce el tipo del agricultor envilecido por el servilismo, hace de ella un organismo de productividad reducida o limitada a las ambiciones personales de sus propietarios. Es que el liberalismo (se entiende que el auténtico) no conjugó nunca con la coexistencia de la gran propiedad agraria y no por filantropía sino por una severa y cruda conciencia de utilidad pública, ya que, desde los luengos periodos clásicos, el latifundio fue la verdadera carcoma del progreso de los pueblos.

Dar la tierra a quienes la trabajan, y, en este caso, a los que la aman: el indio, es volver por la causa de la tierra y de la nacionalidad, que sólo pueden ser fecundados por el espíritu patricio,

———————————

De *La Nación,* mayo 14 de 1955. [Firma: El Hombre de la Calle]

animación de un destino histórico.

Revolución en este caso es, pues, volver a las formas naturales y primigenias de la razón en la ciencia de orientar la vitalidad nacional. Hay para felicitarse.

JUSTICIA SOCIAL:

RADIO, VACUNAS Y PAN PARA EL INDIO

¡Cien, doscientos mil receptores, distribuidos entre los cinco mil ayllus –o más– que forman el conjunto social de nuestras indiadas! ¡Qué promesa para el porvenir de nuestra cultura! La radio es el agente moderno más eficaz y seguro de divulgación cultural. La radio es el libro que puede leer hasta el analfabeto, puesto que no requiere de letras, ya que basta obturar sus llaves y ese libro habla... Alrededor de un receptor se reunirá la familia del indio, el vecino, el pariente, doscientas personas. Y ello quiere decir que si se distribuyen convenientemente cien mil receptores, esos cien mil receptores tendrán

asegurados dos millones de radioyentes. La vida de la familia india habrá experimentado una verdadera transformación. El indio se preocupará de los acontecimientos, en primer lugar, de Bolivia, luego de la vida en los países vecinos y acabará por interesarse cuanto ocurre en el mundo. Hoy día hay indiecitos centenarios que se van a la tumba ignorantes de lo q ue pasa más allá de los ribazos de su sayaña; nada les interesa; y cuando se produce el estallido de una revolución se muestran frente a los acontecimientos tan ajenos y desaprensivos que, realmente, permite observar que no cultivan relaciones de clase alguna con el resto del país, y, lógicamente impórtales muy poco pase lo que pase. Con la acción de la radio, poco a poco, irán creando un sentimiento público, se interesarán por lo que pasa en su distrito, en su provincia, en su departamento, en su país. Será pues el indio ya un ser sacudido por estímulos generales. Además, si esto pudiese ser un hecho –que será, no lo dudo– las estaciones radiales tendrán que ser conminadas a preparar programas bilingües, especialmente concebidos y realizados con un criterio, si puedo decir, pedagógico. Se brindarán consejos sobre higiene, sobre agricultura, sobre veterinaria, en fin, se suministrarán noticias útiles, amén de que tendrán que elaborar informativos en dos o tres idiomas: aymara, quechua, guaraní, con su correspondiente en español, y, lógicamente por este medio se irá educando al niño indígena, al viejito que nunca deja su solar, a l a abuelita. Y los indios irán familiarizándose tanto con la acción de la Radio que acabarán por ver en ella su defensa y su maestro. Su defensa, puesto que podrán escribir al director de la estación, presentando sus quejas, inquiriendo por conocimientos, ofreciendo iniciativas.

Solamente quien vea estas posibilidades con un estratificado escepticismo dudará de los beneficios que con ella se puede lograr.

Han entendido tan perfectamente tan magno deber los representantes del Estado que en los actuales momentos, el Ministerio de Economía, estudia la importación de las piezas que no pudieran fabricarse en el país, que son pocas, a fin de entregar a una entidad industrial capaz de realizar ventajosamente, y a no muy alto costo, la fabricación de receptores. Quiero decir que no solamente nos dirigiremos a intensificar este capítulo de nuestros deberes nacionales, sino que nos proponemos hacerlo con nuestros recursos propios, en cuanto esto es, o sea, posible. Yo no conozco mucho, si poco, de terminología radial, pero las informaciones que he obtenido, me permiten llegar a esta somera y consoladora conclusión: los cien o doscientos mil receptores de radio que se piensa distribuir entre los indios de nuestros ayllus, serán trabajados, o poco menos, en Bolivia,

por mecánicos bolivianos y empleando en un noventa por ciento materiales bolivianos. Que esto es posible, se descubre del entusiasmo con que se han entregado a su realización entidades como la Subsecretaría de Prensa, Informaciones y Cultura, el Ministerio de Ec onomía, entiendo que el de Asuntos Indigenales; en suma: el Estado.

¿No les parece que era tiempo? Por más que doremos la píldora, hay que tener la honradez de declarar que el indio, hasta el 9 de abril, estuvo preterido de todos los beneficios de lo que llamamos civilización occidental, la que, si llegó hasta su triste choza, fue sólo para magullarle la carne con el látigo y entristecerle el corazón con el desprecio ruin y la explotación más inhumana.

De *La Nación*, sábado 23 de julio, 1955. [Firma: El Hombre de la Calle]

198

No basta, en efecto, haberle dado tierras –como se ha hecho y sigue haciéndose– si con las tierras no se le da herramienta mecánica moderna, no se le familiariza con el motor a explosión y, por tanto, no se le induce a reemplazar la tracción de sangre por la tracción a petróleo, y si en la soledad de su vivencia no se le lleva radio, cinematógrafos, cultura, en una palabra, entregarle la tierra es, casi, no haber modificado en nada la realidad estacionaria de su exist encia.

Las cosas, como se ve, son, ahora, diferentes; se las concibe de otra manera y se las realiza con una sensibilidad revolucionaria que penetra en el meollo de la realidad nacional, la sacude y modifica. ¡Ojalá tan bellos propósitos no confronten obstáculos insalvables!

199

EDUCACIÓN NACIONAL:

“OJOTAS” EN LA UNIVERSIDAD

Los universitarios de derecha creen que la intervención de la Central Obrera Boliviana en las orientaciones del aula universitaria constituye una amenaza contra la autonomía que disfrutan y han disfrutado sin atajo durante tantos años; o es que piensan que esa intervención vendría a establecer una cierta tutela

obrera a que, naturalmente, no se sienten muy dispuestos, si, para los universitarios de linaje oligárquico los estudios superiores constituyen una especie de privilegio de casta. Realmente, por lo que a mí se hace, no me creo muy inclinado a decidir si se trata de una o de la otra cosa, pero como fuera, ya rechacen esa intervención por temor de que con ella quede liquidada la autonomía, o sea que porque temen que bajo su amparo las aulas se llenen de indios y proletarios, lo evidente es que nos hallamos ante una de las manifestaciones más claras y definidas de los resabios colonialistas que constituyen, aun ahora, lo que podría llamarse el fundamento de la sociedad criolla, adinerada y... de sangre azul. Digo que tenemos que echar mano de razones comunes como ésta para explicarnos el fenómeno extraño que Bolivia toda contempla llena de desconcierto y asombro, pues, si las versiones que se propalan por iniciativa de voceros espontáneos y callejeros, los universitarios que propugnan la resistencia contra la Central Obrera Boliviana, habrían argumentado que la pérdida de autonomía no significaría más que abrir las universidades a una invasión de “ojotas” de indio, lo que, lógicamente, miran con explicable terror. ¡Cómo en las universidades los indios mugrientos, cuando las universidades fueron siempre pocilga de niños elegantes! Hay que sofrenar los nervios para no explotar ante una actitud de ésta índole. ¿No son indios mugrientos el alma de la nacionalidad, no constituyen su mayoría demográfica, no son ellos los representantes ancestrales de nuestra cultura, de nuestra vivencia en el cosmos? Sí; la ciencia sociológica –que seguramente los estudiantes de derecho estudian también– nos demuestra que pese a minorías criollas o mestizas, la sociedad auténticamente americana –y la de Bolivia entre ellas se cuenta– es la sociedad india, la cual bien puede hallarse en el limo del álveo lacustre, ignara y despojada de toda ventaja superior, mas no por ella deja de ser la base angular de la nacionalidad. Que las universidades se llenen de “ojotas” no sería algo consolador, sino la realización de un hecho decisivo para nuestro progreso. Hay ideólogos que sustentan la extraña doctrina de que el indio americano, no sabemos por cuales condiciones endocrinas, es el animal bípedo, implume y erecto, que carece de capacidad mental para los estudios superiores. No piensan así los cafres y hoy, la ultra cultísima Francia, se precia de haber suscitado verdaderos ingenios entre los “jetones” de las junglas que dominan y explotan. Los universitarios de derecha y los ideólogos derechistas cultivan el siniestro principio de que aun pudiendo el indio no debe macular el claustro con su piojo ni su “ojota”. Y he ahí la razón para que admitan cualquier despotismo en la universidad, menos el despotismo del indio o del bisunto de la máquina.

Confieso que no doy crédito –me resisto a darlo– a tales versiones que

mostrarían a los universitarios de derecha en un grado de infantilidad mental lindera de la imbecilidad. Por si lo ignoren, sepan que lo más rico de la sangre del creador de la universidad paceña fue india; y él, ciertamente, se preciaba de esa herencia. Indio fue el hombre que saludó a Bolívar en cláusulas pentélicas cuando avanzaba a coronar su frente con el laurel de la gloria inmarcesible en la cumbre del Potosí; indio ha sido el primer polemista boliviano que obtuvo renombre continental: Pazos Kanki. Y si rastreamos la historia de nuestro devenir republicano, y en sus tristes episodios históricos, veremos que ha sido sangre de indios en gran medida la sangre que festonó nuestra gloria con laureles homéricos. Indio fue el hombre que suministró a Pedro Domingo Murillo los pesos de plata con que organizó la Revolución de julio. Y fue indio el único poeta original, con a – ______________________

De *La Nación*, domingo 24 de julio, 1955. [Firma: El Hombre de la Calle]

liento creador que dio Bolivia en su largo y ripioso ciclo académico romántico: Huallparrimachi... Y el indio no debe inundar con sus “ojotas” los diamantines claustros de los señoritos de sangre azul. No; me resisto a creer que esa versión sea verídica; En Bolivia no se han dado todavía especímenes de esa fauna.

La Central Obrera Boliviana, ignoro si persiguiendo liquidar la autonomía universitaria – que es autonomía de casta– o resuelta a acabar con el periodo colonialista de los estudios superiores en Bolivia, hace bien en influir por su renovación ideológica, abriendo las puertas de la universidad y brindándole oportunidades al obrero y al indio para llegar a ellas y munirse de preparación adecuada a las funciones a que todo hombre o mujer con capacidad tiene derecho en una democracia. ¡Ojalá las universidades se llenen de “ojotas” y de hombres de capacidad mental superior, como de desear es que los campos agrarios se llenen de señoritos que mejor están de labradores de la simiente que de labradores de los infortunios de esta patria! Cuando se revisa la historia de la intelectualidad humana, se topa el más escéptico con esta verdad de roca: el noventa por ciento de hombres superiores ha salido de la hez de las sociedades, de los campos y de sus ruines habitáculos. Y es por esta causa, y no por otra, que la humanidad se acrecienta y supera, que el hombre de la gleba porta en su sangre la salud de la tierra fecunda, libre.

201

HERMANDAD AMERICANA:

PUNO, CAPITAL DEL KOLLASUYO

Dos razones poderosas hay para que los bolivianos dirijamos el pensamiento al hermano pueblo del Perú: celebra el 134 aniversario de su independencia y, luego, en los actuales momentos el presidente de Bolivia, accediendo a una invitación del General Odría, mandatario de ese país, se halla en Lima, compartiendo con el pueblo y gobierno peruanos las justificadas alegrías que provocan en todas las naciones americanas las efemérides que marcan el tránsito de la opresión colonialista a la republicana libertad. Con este mismo sentido para celebrar el 6 de agosto, tendremos en nuestro seno al General Ibáñez del Campo, presidente de Chile, quien, deferente con una invitación de nuestro Gobierno, participará del júbilo boliviano por la efemérides, no de la independencia de Bolivia, sino de su creación como entidad política soberana.

En verdad, nuestra independencia se consagró en tierras peruanas con la célebre batalla de Ayacucho. La espada que rubricó esa victoria sublime fue la misma que rubricó nuestra constitución como nación soberana. Tuvimos, entonces, como ahora, la certidumbre de que Bolivia, para erigirse en país independiente, dejaba la fraternidad hogareña de la patria peruana. Hasta el glorioso Pedro Domingo Murillo, cuando el 16 de julio de 1809, se alzó contra la corona española en La Paz, se alzó en nombre de las esclavizadas tierras del Perú, como reza la Proclama de la Junta Tuitiva. Nada nos separa; y la misma frontera del Titikaka, lejos de aislar a dos pueblos, los une en un abrazo de leyenda y de belleza. ..

La vecindad con el Perú, es, sobre todo vecindad de paceños y puneños. Tanto la capital de Puno, como sus provincias, están ligadas por intereses con La Paz y sus provincias, fuera de hallarse, no digo ligadas, sino emulsionadas familiarmente. Precisamente por eso y porque el Perú celebra su aniversario cívico, es que voy a dedicar algunos pensamientos a este departamento peruano, el cual, como resultado de los convenios últimamente ajustados entre las cancillerías de La Paz y de Lima, se unirá a nosotros con un ferrocarril, y se beneficiará, en la medida de los paceños, con el aprovechamiento de las aguas del Titikaka, para el riego de las pampas del altiplano y para la producción de energía destinada a fines en extremo beneficiosos.

Puno es un departamento de suma importancia en el Perú; su población, según los últimos censos –ya en otra oportunidad me he referido a este aspecto– se acerca al millón de habitantes. Los pueblos indios son aymaras y kheswas; es asiento de Juli, la gran capital colonial, desde la que los jesuitas ejercitaban un verdadero dominio. Hatun Kolla, hoy una aldehuela sin importancia, fue el asiento del Gobierno de la República Kolla, a la cual obedecían todos los pueblos de esta estirpe. Además, sus famosos minerales argentíferos de Laykakota fueron tan importantes, o pocos menos, que los de Potosí; si ya se estudiaba en España, la creación de un Virreynato, entre el de Lima y El Plata, cuya capital elegida era nada menos que Puno. Su importancia ha sido, pues, de mucha monta en todo tiempo.

Su pueblo y su juventud son famosos por su radicalismo. Cuenten ustedes que ha sido en Puno la única población donde en América vio producirse verdaderas guerras de carácter religioso, antipapal. Leyenda confirmada por testimonios fehacientes es aquella de que los puneños atacaron a sus adversarios católicos durante una procesión de viernes santo, y, para esto, empleaban balas de plata.

Sus hombres fueron en todo tiempo de mentalidad insurgente y, diré de paso, que se cuentan entre los más ilustres de la intelectualidad peruana. Corre por esos trigos un axioma que dice: “No hay cuzqueño cobarde, como no hay puneño bruto”. En los albores de la conquista llegó por allí Hernando Pizarro; y refieren las crónicas que ya encontraron una aldehuela de indio s levantiscos, y, asimismo, de indias hermosas, tanto que los pecheros españoles se daban de puñaladas por la posesión de las más codiciadas. Si el mestizo mexicano Gutiérrez de Santa Clara ______________________

De *La Nación*, jueves 28 de julio, 1955. [Firma: El Hombre de la Calle]

anota que se tuvo que ahorcar a varias de estas inocentes por el delito de su hermosura… Cosas de la conquista y de sus brutales novedades. ¿No les parece que lo justo habría sido ahorcar a los tenorios hispanos? Cómo hacerlo: eran tan pocos que había que ahorcarlos como en esos tiempos se ahorraba la suela para monturas y botas. De allí, del seno del Hatun Kolla, salieron durante la lucha por la independencia, paladines del pueblo de una bravura increíble, como el paucarcoleño Pablo Monroy que, hecho preso, y conducido ante las autoridades, se destrozó el cráneo en una roca antes de caer en manos de las autoridades españolas: sangre aymara, con toda evidencia.

Sus intelectuales son de lo más interesante y valioso del Perú. Un gran orador ha dado el parlamento limeño, y diré el más grande sociólogo hasta hoy, de América: Mariano H. Cornejo. Su Sociología General es texto universitario en varias naciones europeas. Escritores de la talla de Federico More, honran a Puno: maestros de prestigio continental como José Antonio Encinas; músicos como Teodoro Valcárcel. Un poeta y escritor brillante de la escuela de González Prada: Adrián Solórzano, es puneño. Gran polemista y talento de kilates fue José Manuel Armaza, de raíz boliviana. El precursor del indigenismo constructivo del Perú ha nacido en Puno: Telésforo Catacora. En Puno hasta los curas son de espíritu revolucionario y acaudillan indios y levantan la bandera social: el cura Paniagua, aymara, como aquél. Semillero de mentalidades pujantes , Manuel Quiroga, Eduardo Pineda Arce, Alberto Aguirre, Ernesto y Juan Jiménez. Manuel M. Morales, José Cabrera, y muchos otros. Un puneño de corte clásico –el último talvez– es don Manuel Montesinos. Una gran figura de indio: Manuel Camacho, apóstol de lineamientos de epopeya. Un sacerdote de gran mentalidad, doctor en Roma: Enrique Gallardo; un médico brillante: Francisco Paniagua,

muerto en La Paz. Figuras de hoy, con crédito en tres continentes: Emilio Romero, acaso el más serio estudioso de la sociología peruana; histólogo de prestigio europeo: Enrique Encinas. Allí en Puno, surgió el movimiento poético más notable del Perú: el del grupo Titikaka, que ha dado en Alejandro Peralta un gran poeta lo mismo que a Luis Rodríguez, Aurelio Martínez, Dante Nava. En fin...

Puno, finalmente fue el refugio de los políticos bolivianos en la edad de Melgarejo, y su sociedad está constituida por Aspiazus, Ballivianes, Buenos, Belzús, Quevedos. Es, en muchos aspectos, un pedazo del corazón paceño.

¡Saludemos al gran pueblo hermano del Perú en el gran pueblo de Puno!

TEMAS DEL TRÁGICO COTIDIANO :

LOS JUECES Y LOS INQUILINOS

Un nuevo caso de violencia ejercitada con los inquilinos trae a flote este socorrido tema de “El Hombre de la Calle”. Una señorita –creo que huérfana– posee un despacho de dulces, salteñas (ya saben a qué salteñas me refiero), refrescos, cigarrillos, etc. y, como además de su afabilidad brinda a sus parroquianos productos de calidad, ha logrado un envidiable prestigio; por lo que su tiendita se halla concurrida siempre y, lógicamente, sus utilidades son apreciables. Nada habría acá de extraordinario y yo, ni comentarista alguno, habría tenido que verse en el trance de revelar para el público la intimidad sencilla de esta laboriosa y ejemplar muchacha. Les diré, antes de entrar a la cuestión, que esta señorita, trabaja en la tenducha referida no sólo para tener de qué ocuparse sino para atender al sostenimiento de sus hermanitos, tan huérfanos como ella, pero cerca de los cuales hace de madre. Es, por tanto, digna de admiración, de cariño y de respeto.

En una de las tienditas de la Avenida 16 de julio (donde se halla establecido su negocio) permanece ya, creo que algo así como un año; y su casera siempre se mostró satisfecha puesto que la laboriosa joven es, primordialmente, una inquilina puntual en el pago de los alquileres y, sobre todo, una vecina honorable. Nunca tuvo la referida casera quejas contra ella, ni motivo para pensar en desalojarla.

Pero he aquí que un día las malas lenguas –que nunca faltan– hicieron advertir a la susodicha dueña de la tienda, que esa niña se estaba enriqueciendo más de la cuenta, y todo debido, no a sus buenas salteñas, los artículos nobles que ofrece al público, sino a la ubicación estratégica para los negocios del establecimiento. Y allí comenzó la vía crucis para la pobre señorita; porque no fue notificada con aumento del canon de conducción, sino, perentoriamente con desahucio, mediante el conocido papeleo de los tribunales...

Ahora bien, las disposiciones legales de la materia parece que no amparan al inquilino en estas circunstancias, sino contra el recargo de alquileres; pero cuando el propietario desea echarlo, el inquilino no tiene determinación alguna que le favorezca; y el desalojo se produce inevitablemente. Parece que tal ha ocurrido en el presente caso; pues el Juez de Instrucción ha dado la razón al casero, poniendo, al inquilino en media calle.

¿Qué debe hacer éste? Apelar al fallo del Juez, si éste le admite tal derecho, que debe admitirle, pues se hace de lógica; y, además, está determinado por los preceptos codificados. Supongamos que la autoridad inmediata ratifique la decisión del Juez. ¡La laboriosa muchacha, no tiene otro recurso que someterse y salir a la calle!. Un hogar, de niños huérfanos, quedará sin medios de subsistencia, ya que es de presumir que otro local como el del que es echada esta ejemplar señorita, no es fácil de hallarse en las actuales condiciones de escasez de viviendas y de tiendas de que tan ostensiblemente se sufre en La Paz.

La ley se ha cumplido, fría, ciegamente; con frialdad tal que resulta amparando un atentado contra los más elementales sentimientos de humanidad. Parece que un principio jurídico establece que la rigidez de la letra en que se contiene la norma jurídica debe ser ablandada, si tal puede decirse, por el criterio de justicia del Juez, y en casos como éste su aplicación ciega y fría, está seriamente contraindicada. La casera debe ser advertida de estos acontecimientos o precedent es, que no tienen por qué no pensar en la conciencia del Juez, y evitarse, de esa manera, el atropello y la injusticia.

No ya sólo el inquilino de viviendas sino el trabajador humilde, con capital reducido, merecen iguales consideraciones puesto que si es inhumano echar a una madre con tres hijos a la calle, validos de disposiciones iguales, no es menos inhumano arrojar de su local de trabajo a una niña que lucha heroicamente por cumplir su deber.

———————————

De *La Nación*, lunes 29 de agosto, 1955. [Firma: El Hombre de la Calle]

204

La señorita que parece víctima ya de las maquinaciones de su casera es doña Mercedes Aguirre, a quien "El Hombre de la Calle", apenas si conoce. No sale a la vera pública en defensa de sus amistades, que para él no cuentan cuando se trata de problemas de naturaleza social. Toma partido en esta causa, no por encausado o causante, sino por el hecho en sí. Cree que toda persona que trabaja en las condiciones de la señorita Aguirre, sobre merecer respeto de la sociedad, debe merecer protección.

205

PROBLEMAS NACIONALES:

EL CAMPESINO Y LA POLÍTICA

La localidad de Aygachi, puerto sobre el lago sagrado de los Inkas, ha sido, el sábado 27 del presente mes de agosto, teatro de un suceso, no raro, pero si extraordinario. Dos mil quinientos indios, de los cuales mil quinientos se hallaban armados con fusiles auténticos y los mil restantes llevaban "fusiles" labrados en tal forma por ellos mismos.

Se constituyeron en nuevo regimiento revolucionario de agricultores, adoptando para ello el nombre de un luchador joven, todo ardentía y sinceridad, Egberto Ergueta Quiroga; al acto de este bautizo cívico y revolucionario, asistieron el señor Ergueta, desde luego, y entre periodistas y el Hombre de la Calle, el señor Jorge Smith, en representación del señor alcalde Juan Luis Gutierrez Granier; no se trataba, ciertamente, de un suceso nuevo, si más bien de un hecho frecuente hoy. El campesino de la República se halla organizado en regimientos a lo largo del territorio nacional y ya llevan el nombre del jefe de la Revolución, del doctor Siles Suazo o el de dirigentes movimentistas que se han destacado por altos títulos, mereciendo el respeto del pueblo indio. Muchos de esos regimientos enarbolan los nombres del presidente Villarroel, del mayor Eguino, de Roberto Hinojosa, es decir, de los mártires de la causa revolucionaria. El de Kenakawa

coloca en su estandarte el de Roberto Ergueta Quiroga. Quienes conocemos en su intimidad al señor Ergueta hemos encontrado justificado por muchos títulos tal reconocimiento a sus valores; Ergueta luchó bien joven por la causa nacionalista; perdió su carrera de abogado; perdió situaciones comerciales; perdió la libertad, y estuvo a punto de perder la vida más de una vez por su lealtad a los principios revolucionarios que se impusieron el 9 de abril. No hay que decir que conoce todos los calabozos, las cárceles, los campos de concentración, el destierro, en fin se trata de uno de los soldados del pueblo, más leal, más apasionado, más austero. El Hombre de la Calle le conoce desde niño, y sabe en qué grado hay en él uno de los hombres dignos de confianza revolucionaria, por su constancia, su pasión, su sentido heroico del deber; baste saber, que, establecido el gobierno de Paz Estenssoro, su primer cuidado fue salir de Bolivia y viajar más allá de la cortina de hierro, no para hacerse delegado de la política soviética, sino para comprobar en qué grado la Revolución de octubre, constituía una realidad proletaria al lado de la Revolución de abril. Con experiencias, así asimiladas, es hoy uno de los elementos dignos de mayor respeto por su eficiencia, su serenidad y energía.

Veinticinco mil personas se reunieron en una explanada de Aygachi el sábado 27 para asistir al solemne bautismo de esta nueva unidad de indios que se adiestran en el empleo de las armas, manera de hallarse aptos para asumir la defensa de las conquistas revolucionarias en el terreno de las conquistas bélicas.

Al cambiarse discursos, uno de los indios que comanda esta unidad, dijo, entre otras cosas aleccionadoras, lo siguiente: “Los indios no somos políticos; pero ya estamos enterándonos qué cosa es la política, para intervenir en ella”.

Bien, se me ocurre que esas palabras son algo así como el toque de clarín en medio de un pueblo aletargado o poseído de terror: del terror mestizo, o digo, del látigo. El indio busca para organizarse, más que el sindicato, la unidad militar; es ella la célula biológica dentro de la cual siente que está su naturaleza ancestral. El Inca le educó para soldado, un soldado que tenga por cuartel su Hata, su Ayllu, su Sayaña; el cultivo de las armas es algo que está en el secreto de su médula vital. Un fusil para él implica una bendición del cielo; siente que es un pedazo de la Providencia. Es, pues, militar, soldado, por ancestro; la guerra, su hogar placentero. Claro que cuando solo sabe qué debe defender con la vida, y lo que el hombre defiende con su vida es su hogar, su terrazgo de panllevar, la carne de su libertad. Los sociólogos o psiquiatras, de la Gue –

De *La Nación,* viernes 2 de setiembre, 1955. [Firma: El Hombre de la Calle]

206

rra del Chaco, nos han dicho, que el indio fue una calamidad en esa campaña, pues si no se echó a correr, se dejó matar con estoicismo bobo. ¡Cómo no! Nadie se hace matar alegremente por defender a su negrero, a su torturador. Y allí, sabía bien que no defendía a Bolivia sino a los cuatro ricachos que han hecho en todo tiempo estropajo de la heredad nacional; cuando el indio vuelva a sentir que ésta tierra es suya, ninguna invasión extranjera logrará morder un centímetro de su polvo. Asimismo, cuando el indio sepa qué cosa es eso de la política, es seguro que se habrá acabado la politiquería y se habrán hundido los politiqueros.

Lo importante es eso, si no fuera algo más, de la Revolución: hacer revivir en él la conciencia, el sentimiento de su dignidad de hombre y darle noción plena de sus derechos de ciudadano. Hay que vivir la santidad política de la Ulaka, para comprender qué significa para el indio, o en el indio, el sentido del derecho público. Su ejercicio para él no es una técnica, no una expresión de dignidad social; es un culto de naturaleza mística, culto que se ejercita como un instinto: en tal grado no es ya una idea colectiva, sino un sentido de colectividad. He ahí porqué en las expresiones del orador a que me refiero, y de otros que le siguieron, es dable descubrir una preocupación en la que no pensaron los intelectuales que estudian el fenómeno indio. Tras de la refriega social, surge en el indio el combatiente político. Ascenderá los escaños del ágora, no debemos dudarlo; pero al ascender impondrá el sello de su cultura, cultura india, americana, desinfectando las pústulas criollas y mestizas, para hacer de la defunción política instrumento de progreso, de ratificación de valores históricos, de gérmenes patricios. Y eso es todo lo que la Revolución tiene que perseguir ahora, después de haber devuelto la tierra a sus dueños y a la patria, libres de sus cadenas, a sus verdaderos hijos.

207

PROBLEMAS LOCALES :

SINDICATO DE INQUILINOS

Entre los pequeños grandes problemas de esta ilustre ciudad de La Paz, tenemos

uno que nos es particularmente grato traer a la atención del público. El problema de los inquilinos y de su lucha. Confieso ante el tribunal de la justicia divina que soy el responsable de la organización de esos sindicatos agrupados ya en una Federación combativa y dinámica, digna de todo encomio. Defender al inquilino no es cosa de horchatas. Hay que pelear y pelear con una masa cristalizada de prejuicios e intereses. Pues –me digo yo– ¿Quién no es propietario de algún zaquimzaqui, y lo dispone para embutir arrenderos y sacarles el kilo? Muchos son. Esos muchos también son fuerza social, y pelean –con todo su derecho– porque sus ganancias no mermen. Debo declarar que contra el propietario que ampara su derecho nunca se enfilaron mis lanzas; combatí al casero desalmado, brutal, que juzga de su inquilino como de un calandrajo digno de los cenizales. Ese que se allega a la puerta de la habitación alquilada y suelta la sin hueso y vomita todos los horrores, sólo porque o desea que el arrendero se marche o porque busca sacarle mayores ganancias al arrendamiento. Contra el abuso del casero es que prediqué durante un año, pidiendo a los inquilinos que se organizaran, o, en caso contrario, se dispusiesen a llevar sus trastos a las márgenes del Choqueyapu. Que se me oyó, lo compruebo. Los inquilinos están ya organizados y organizados en forma vigorosa, tanto que –según advierto– los problemas vienen ahora del otro lado: ahora es el inquilino el que ajusta los clavijes al casero, tanto que se pone en trance de mandarse a mudar a la calle. Lo que –con la mano en el pecho– tampoco es justo. Si hemos salido de un abuso no será para caer en otro; que si malo es el casero grosero y salvaje no menos malo es el inquilino grosero y salvaje. Los sindicatos de inquilinos deben actuar con una elevada noción ética de su misión, y no porque se trate de amparar al inquilino se lo ampare inclusive allí donde debiera ser abandonado. Esto es en el abuso, la tropella, la maledicencia, el insulto y los palos. Sólo a ese precio los Sindicatos de inquilinos adquirirán autoridad y, manteniendo el aprecio de las autoridades y de la colectividad toda, su acción será fecunda. Ya que la Central Obrera Boliviana, le haya dado su reconocimiento, le preste su apoyo e inclusive intervenga en la fiscalía de sus actos, es un buen signo de su eficacia y oportunidad.

Por mí no cejaré en brindarles mi apoyo, pues como tengo dicho, me reconozco alguna responsabilidad en su creación; mas sólo ha de ser en tanto se mantengan en un plano justo, decoroso, y no se conviertan en instrumentos del abuso y de los excesos. Se está diciendo que los Sindicatos se rebelan contra los fallos de la judiciatura, y, de hecho burlan sus determinaciones. No sé yo hasta qué punto sea esto aceptable. No ignoro, y nadie ignora, que los caseros para obtener esos fallos son capaces de coimear a las estrellas y que, por tanto, en buen número el

pronunciamiento de los jueces está lejos de ser justo. Pero, ¡Es el juez! Y no queda otra actitud que respetarle. Los Sindicatos deben actuar antes que los jueces se pronuncien, precisamente deben actuar cerca de ellos para que su criterio de justicia tenga motivos en que apoyar el veredicto de la ley. Una vez pronunciado el veredicto del juez no puede burlárselo sin agraviar a la majestad del régimen jurídico dentro del cual vivimos.

Mas, al mismo tiempo, creo yo que los jueces deben tomar nota de la existencia de los Sindicatos de Inquilinos, sabiendo que constituyen una fuerza social en defensa de sus componentes, y que en todo caso sus intervenciones deben merecer atención, si no fueran dignos de crédito. Sólo de esta manera la institución será realmente útil, protegerá al inquilino y cooperará a la recta otorgación de justicia. Han llegado a mi conocimiento algunos casos poco gratos por los cuales se ve que los Sindicatos actúan en forma violenta, sin discriminación de motivos, y hacen recaer sobre los caseros sanciones en ningún caso aceptables. Repito que la validez de la conquista

____

De *La Nación*, sábado 17 de septiembre, 1955. [Firma: El Hombre de la Calle]

sólo podrá alcanzar el apoyo público si sabe mantenerse en un marco de corrección, y del más elevado sentimiento de justicia.

CONMEMORACIONES :

EL PAN, CARA DE LA MISERIA

Hagamos el elogio del pan y de los panaderos. Nada más justo y congruente, puesto que de pan vive el hombre y los panaderos de pan que consumen los hombres. No me cuento entre los que suponen que no sólo de pan vive el hombre, sino de otras cositas más. Pueda que, por otras cositas viva, pero de lo que vive es del pan. Por eso, quien inventó la frase famosa de que el pan es la cara de Dios. ¿Se querrá decir que el pan alimenta a pobres y ricos como la cara de Dios consuela tanto a ricos como pobres? Pero eso es negar a Dios, porque Dios no puede consolar lo mismo al que tiene de más que aquél que sólo tiene

pan. Para que la frase fuese exacta tendríamos que decir el pan es la cara de Dios para los ricos, pero es el único alimento de los pobres. Los panaderos no saben, sin embargo, si el pan que elaboran irá a parar a manos del que tiene mucho o del que tiene poco. Y en eso no el pan, sino los panaderos, parecen no el rostro, pero sí la mano de la providencia, que reparte el pan sin fijarse a quien. No se juzgue ofensivo esto, pero la realidad demuestra que si la mano del panadero tuviese alguna conciencia de la misión que cumple, el pan no faltaría a los pobres, en la medida en que todos los días les falta. Pero, el pobre panadero no es un dios; es, más bien, un forzador de la masa depauperizada que vive de hambre de pan, aunque sea el amasador del pan de cada día. Por eso son panaderos los primeros trabajadores que se ha organizado sindicalmente y los que mayores ventajas obtuvieron en todo momento. Hay que felicitarse y felicitarlos, sobre todo estos días en que celebraron su santo o cumpleaños.

Pero.. vamos a ver ¿Porqué es que tras de cualquier fiesta o celebración local o nacional, tras de toda celebración religiosa de cierto bulto, ya no hay pan? Los lunes no se encuentra pan por parte alguna. Y la Carnestolendas, por Carnestolendas; si la Exaltación por Exaltación; si viernes santo por viernes santo... ¿Es que nuestros fraternales hermanos creen que porque están de fiesta los pobres dejamos de buscar el pan de cada día? Les pasa lo mismo que a los fraternales hermanos choferes. ¿Qué son las trece del día? Bueno, hace parar usted un taxi; se detiene, pide que se le lleve a donde le urge como no hay más. Pero... el fraternal hermano dice: “No puedo, estoy yendo a almorzar”. ¡Zambomba! Que conste, esto pasa solamente en La Paz. En otras urbes como La Paz el fraternal hermano chofer tiene la obligación de servir al público con almuerzo o sin él. Aquí nadie le conmina. No há mucho pasaba lo mismo con los colectivos que suspendían el servicio porque... el chofer estaba sirviéndose las salteñas o el fricasé. Creo que se han superado estos pequeños vicios de individualismo tan marcadamente hispano-castizo de nuestros países. A mí me han dicho que ni los panaderos ni los choferes proceden así en Gran Bretaña; donde el que sirve al público, sea el premier o el panadero, sabe que el público está antes que el fricasé o las salteñas.

Son males del aire; y contra el aire nadie que no esté loco se abre en quinta, como dicen nuestros gualaychos.

Sin embargo, concedería que dentro del uso irrestricto de su horario, los compañeros panaderos adoptasen ciertas normas prudentes; y buscaran la forma de cumplir con las fiestas sin dejar de cumplir con el pan de cada día. No sé yo

cual sería esa norma, porque no estoy interiorizado de las condiciones de acuerdo con las que se contratan; les corresponde estudiarlas a los sindicatos; de manera que si unos se van a los toros no se vayan todos; y algunos queden haciendo pan en beneficio de quienes sólo pan tenemos para aliviar las hambres crónicas de la miseria. Y, luego que ése sea pan. Y no harina con un poco de agua. Y qué harina...

Con la más profunda emoción me he ocupado de panaderías y panaderos, con emoción y afecto, porque no soy de los que deteste a un gremio que en tanto grado cumple con el mandamiento de la Providencia de dar pan a los que tienen hambre de justicia. ______________________

De *La Nación*, lunes 19 de septiembre, 1955. [Firma: El Hombre de la Calle]

TEMAS DE LA PRIMAVERA :

ELOGIO DE LA VIRGEN DESNUDA

¿Aún nos será lícito hablar de tus gracias, Primavera, doncella de tentadoras languideces, la que amanece en flor y muere en perfume, la que no debiera faltarnos nunca, si cuando ella falta hasta de ser nos sentimos cansados? Y no es que yo pretenda halagar a esta púdica niña; no. Le hablo con la humilde ternura de quien sabe que ya no le podrá bendecir con sus sonrisas y pagarle sus penas con un beso. Le hablo de rodillas porque es ella que nos ilumina en la cerrazón de las diarias tinieblas; ella que nos pone un temblor de bértolas en la garganta, cuando, viejos ya, queremos imitar a los pajarillos por no imitarnos a nosotros mismos y ponernos a recaudo de sus tentaciones, llorando, acaso.

JUVENTUD,

DIVINO TESORO...

¡Divino tesoro! Tiene que ser divino para ser tesoro; porque los tesoros que atesoramos, acá en la gleba sublunar, no son tesoros ni pecunia, de esa que los romanos usaban por no haber descubierto el billete bancario. El tesoro es ella; porque ella es la luz y nosotros la sombra, ella la agilidad y nosotros el reumatismo; ella la gracia en los labios y nosotros los labios en la hiel... sólo ella

es el tesoro, tesoro precisamente porque ya no tiene tesorero en nosotros, que estamos horros como dejó horros las botijas de vino de la Venése amojamado primaveral que fue don Quijo te, desfacedor de tuertos y de primaveras, que si vivió con los flacos ojos prendidos del cielo de Castilla en quien floreaba la gracia principesca de doña Dulcinea del Toboso, murió como un chusco castellano arrepentido de su Primavera, enterrador de esperanzas y de sueños, loco descorazonado que no llegó al cielo porque bajo su piel de penitente y domador de leones, ocultaba un Torquemada capaz de quemar a Venus Cíteres sólo porque era la Primavera.

Ella, la que nos pisa los talones, nos ahínca y nos tienta, y no con palabras ni con besos, sino con su aire de flor; y eso no al pimpollo que despierta con ella pegado a la almohada, o con el varonzuelo a quien con uña felina araña en el riñón más tierno; ese aire de flor de esta novia deslumbrante es sólo para nosotros, a los que dice: “Bueno, huele”; y olemos; y ella ya no está...

De aquí viene la vieja autoridad del dicho baturro de que **camote de viejo es amargo**... ¿Y qué es primavera para el viejo sino un amor harinoso, secante, astringente, que con cada confite nos deja

escoriado el paladar? Yo no le deseo a ninguno de mis congéneres el amor de esta niña de veste rosa y de ojos de un azul que tira a sangre; porque la delicada figulina cuando llega a abrazar la

carne momia de don Quijote no puede menos que incendiarla hasta la misma locura, o la **mesma** , les diré en los modos de Sancho.

Fíjense los hermanos de Matusalén y nietos de Japeto; la Primavera tiene una virtud. Y es la que por poco vestida que se ofrezca, cuando se ofrece se priva aun de sus ligeros tules y se muestra en la gracia de cera tierna y palpitante que tiene la mujer cuando frisa en la edad de los tulipanes. Desnuda tiene que venir ella, desnuda, como esa Primavera que dibujó Sandro, caballera de puntillas en una concha de nácar rosa, y a quien el gordito de Eolo volcaba sus odres por ver si lograba vestirla con su viento. Desnuda, como debe venir todo lo bello, sin tules, cachemiras y menos con hipócritas holanes. Desnuda en esta diosa del primer día de la Creación. Desnuda la vio Júpiter, o digo, Zeus, para ser más cabales; y como desnuda la viera y él nunca se vio en trapos menores, saben ya las cosas que no hizo por ella; tornóse cisne, o ya urraca, o ya águila, o ya oro en lámina, o se metió en la giba de un toro con cuernos de conchaperla... Todo por hacerse

gra - to a aquélla que vence solamente cuanto se ofrece como el niño que sale de las vulvas de perla de la ______________________

De *La Nación*, domingo 25 de setiembre, 1955. [Firma: El Hombre de la Calle]

211

madre…

¡Desnuda! Desnuda es la Primavera, mas como viene desnuda, hijos de Matusalén, nietos de Japeto, volved los ojos hacia adentro; que ella no viene por vosotros, sino por aquél que tiene la edad del Sol todas las mañanas!

Juventud, divino tesoro;

ya te vas para no volver...

212

ANTICIPOS DE TODOS SANTOS :

¿LOS MUERTOS ESTÁN EN NUESTRO CORAZÓN?

¿No habrá un poco de hipocresía social en el culto a los muertos? La verdad es que pocas personas conservan el recuerdo del que fue más allá de los consabidos ocho días y de la misa de cuerpo presente. Por eso mismo, la fiesta de Todos Santos, es algo que conturba a quien observa sus misteriosas significaciones. ¿Dejar sin flores el nicho del deudo? ¡Cómo! Qué dirán las gentes… ¿Y si las gentes nada dijeran, no sería una falta de lealtad olvidar al muerto querido? El amor suele durar lo que la humedad de la tierra que se extrajo para sepultar el cadáver. Les referiré un cuento chino, y cuento de filósofos. Los hombres no hacen al caso, que no los retengo. Pero el filósofo Mi - Tal, de bastante edad, tenía una joven y hermosa mujer, la cual no perdía oportunidad de jurarle que jamás le reemplazaría si muriese antes que ella, porque era de tal índole ardiente el amor que le profesaba que la vida sin el filósofo no merecía vivirse. Mi-Tal, como buen filósofo, agradeció a su bella esposa tales protestas de tierna pasión; mas le pidió que no hiciese sacrificio semejante, que al fin era joven y hermosa y tenía derecho al amor de otro hombre. Eso sí, le dijo: no te cases antes que seque la tierra de mi tumba… Mi-Tal, se murió: ¡era tan viejo! y, al día siguiente del

sepelio, su hermosa viuda se dirigió al panteón y con un amplio abanico de seda se dedicó a hacer viento en la humedecida tierra de la tumba de su marido… para que secara y habilitarse así para un nuevo matrimonio. Así la encontró el discípulo amado de Mi-Tal que no fue a secar la tierra de la tumba de su maestro sino a humedecerla con sus lágrimas.

Ya ven ustedes, lo que dura el juramento de amor que se pronuncia sobre un cadáver. Ni siquiera lo que la humedad de la tierra. En cambio, el discípulo que no había jurado amor eterno a su maestro, le lloraba, y mantuvo húmeda la tierra, impidiendo que la casquivana mujer pudiese casarse, sin violar su promesa. Valen algo para un cadáver las flores de hembra de tal linaje? Digan ustedes.

¿Pero, es, al último, rigurosamente necesario que cultivemos lealtad a los muertos? ¿Necesitan ellos de nuestro recuerdo? Y si lo necesitan, ¿por qué tiene esa necesidad? Tendrían que no haber muerto para tener necesidades. Entonces, acaso, el culto de los muertos para nosotros los vivos, no es sino otro más de los cultos de nuestra vanidad. Porque, para que el culto tenga alg una validez es preciso que sepamos a ciencia cierta que los muertos aprecian esas manifestaciones, y que con ellas les vamos a llevar algún motivo de agrado algo así como una piadosa gota de agua para sus gargantas resecas, en alivio del abandono que viven. ¿Verdad? Pero, al menos por lo que se juzga aparentemente, nadie puede garantizar que tal cosa ocurra. Las flores que se llevan a la tumba, si se las lleva sin ostentación, en el silencio de las horas vacías, cuando en el Cementerio no se oye sino el zumbido de las abejas o el doliente trino de las aves, constituyen un tributo de amor sin intereses dedicado a quienes –según creemos– ni sienten ni oyen ni hablan… Pero, cuando se elige el día de feria, y lo que perseguimos es que las gentes no censuren nuestro olvido, y por eso y no por otra causa vamos por los muertos, la verdad es que –al menos a mí me parece eso– maldita la gracia que tendrá el presente.

Convengamos que el muerto necesita de nosotros; entonces el problema es muy grave, porque nosotros ignoramos lo forma cómo debemos cumplir con ellos: y los verdaderamente desgraciados somos los vivos, pues sabemos que nuestra adorada madre sufre de sed y no le alcanzamos un vaso de agua: tiene hambre y no le partimos nuestro pan; está de frío y le dejamos tiritar en la tumba.

Pongamos el corazón junto a nuestros muertos, que acaso sea esta la única forma de que logremos saber que somos vivos. Y digo el corazón, porque si ponemos

la mente para llegar a ellos, la respuesta será el silencio y el dolor que vienen sin saber de dónde…

____

De *La Nación*, miércoles 28 de septiembre, 1955. [Firma: El Hombre de la Calle]

213

FILOSOFÍA DEL CHULLPA-TULLU :

¿MUERE LA PATRIA EN LOS MUERTOS?

Habrá –no lo dudo– quienes tomen mi ardimiento como efectos naturales del cumplimiento de un deber, por el cual se me retribuye. No. Yo he adquirido el compromiso de trazar estos comentarios, pero no de sujetarme a un temario previamente dispuesto y acomodado. Mi juicio es libre. Y así como me dirijo a los muertos, podría dirigirme a los agonizantes: y nadie tendría que reprochármelo. Me he dirigido a los muertos, porque yo sé que los muertos, en bastantes casos, entienden más que los vivos. Y, además, si estas noticias nos confortan y alegran, ¿por qué no partiremos la satisfacción con los bolivianos que ya no están en el teatro de operaciones como soldados, pero siguen el curso de las operaciones dentro de los soldados? Hasta la tierra de una nación posee, al último, una parte del sentimiento de sus habitantes; y a ella le resultan tristes nuestros descalabros, como le llenan de alegría nuestros triunfos. Imaginen ustedes si lo mismo no pasara con los bolivianos que murieron en el Chaco, que murieron en Manuripe, que murieron en San Francisco, en el Alto de la Alianza; imagínense si estas noticias no sacudirán de emoción a los mineros que fueron masacrados en Catavi, en Potosí, los fabriles de Villa Victoria, los caídos del 9 de abril, en todas aquellas sesiones en que la voluntad de vivir de un pueblo exige víctimas que ofrendaron su sangre y su existencia…

Esas noticias sólo pueden ser indiferentes a quienes no amaron su patria boliviana, y vivieron de esquilmar sus riquezas y acogotar y expoliar a sus trab ajadores.

A los vivos me dirijo ahora que hablo de los muertos. Pues bien se ve de cuanto llevo dicho hasta acá que no hay problemas que angustien a los hijos vivos que

no causen dolor a los padres muertos. Nada hay más allá de la tumba. Todo está más acá de ella. Y es porque ya sabemos esto que cuando todos se afanan por llenar de coronas y tarjetones enlutados los nichos del cementerio y convertir esa Urbe del Silencio y Fermento en un paradisíaco retazo de la Primavera, retazo efímero, si durara lo que las flores condenadas a marchitarse por falta de riego y raíces, es un deber nuestro declarar, que mejor homenaje a los muertos es trabajar por la felicidad de los vivos . Hermosear nuestras ciudades; acabar con la miseria de los pobres, hacer que nuestras gentes se traten mejor; que en todo se vea que llevamos nuestra patria y su destino en marcha ascendente. Este es el mejor homenaje que se puede rendir a los hombres que trabajan con los brazos, con la mente, con la espada, con el corazón, por la grandeza de Bolivia. Y, también les digo a ustedes, que el único castigo que cabe para quienes miraron a su propio egoísmo sin cuidar del gran egoísmo de la patria: esos obtendrán el mejor castigo, al ver que la patria libre de cadenas y de castas explotadoras, se redime por el trabajo de sus nobles y esforzados hijos…

En suma, es preciso que al prepararnos a rendir el anual tributo de recuerdo y lealtad a nuestros muertos, hagamos por oír sus voces en el corazón, que ellos no esperan más que el momento en que la gran tiniebla que ha ofuscado a la humanidad desde que es tal, caiga derribada, y se sepa que el gran misterio de la muerte no es sino el gran misterio de la vida. Y que lo que se ama no puede morir, si hasta lo que no se ama, no muere. Que enterrar un cadáver es acto piadoso, necesario, que no puede menos de cumplirse. Pero que si hacemos del cadáver el final de la existencia de los hombres estamos cometiendo el más horrendo delito que sólo se disculpa por nuestra ignorancia: porque los muertos no se entierran si viven en nosotros, ¿Comprenden ustedes ahora qué quiso decir el Cristo, el Cristo humano, cuando le instaron a concurrir al sepelio de los restos de un amigo? Pues dijo a sus discípulos “dejar a los muertos”. Y con esto quiso decir que sólo está muerto quien cree en la muerte y hace de ella el principio y fin de la tragedia humana. No. No hay muertos. Los muertos viven; viven en nosotros. Así lo he leído en un libro misterioso que deseo llegue a las manos de todos ustedes.

De *La Nación,* sábado 22 de octubre, 1955. [Firma: El Hombre de la Calle]

CRÓNICAS DE ULTRATUMBA :

¡MUERTOS: MUERTE A LA ESPECULACIÓN!

¡Los precios, otra vez por la nubes! Hay que ser no poco lunáticos para que así sea. Tanto hemos hablado todos de la especulación, que ya ni los que especulan creen en ella; hasta nuestro resignado pueblo cree en la proporción que antes en sus maléficos y efectivos efectos. Y es que acá hay una cuestión que tenemos anotar, muy importante y hasta capital para explicar las formas psicológicas que adopta tan anormal estado de cosas. La economía del pueblo no advierte los efectos de la especulación, porque el previsor gobierno del doctor Paz Estensoro, previsor y consciente, no ha permitido que todo inevitable aumento de precios por razones de orden internacional relacionados con nuestra moneda y el desequilibrio del comercio de exportación se produzca sin autorizar e imponer un reajuste de sueldos y salarios. Entonces el pueblo que tiene un poco más de billetes para realizar sus adquisiciones advierte poco los efectos del encarecimiento. Este es un fenómeno normal, y no debiera dar origen a otros de orden patológico, o morboso, como son los que se conocen por la especulación. Sin embargo, como dicen algunos economistas, cuando los salarios suben por la escalera del rascacielos, los precios del mercado lo hacen por ascensor. Estos llegan primero, y allí su fiesta. ¡Nunca habrá un estado de cosas de ésta índole, medio de evitar que el comerciante especule!. Parece que ésa es una de las leyes que le impuso el destino de su propia naturaleza. El comerciante gana sin límite, y ganar sin límite, es ya no ganar; es algo que no me atrevo a decir por respeto a algunos comerciantes honestos que deben esperar con simpatía estos comentarios. De ahí que cuando El hombre de la Calle se propone la dilucidación de este tema su conciencia le dice luego: ¿Estás, acaso, loco? ¿O, ya eres un lunático? En verdad hay que ser un poco lunático para insistir en hechos como éste que parecen de aquellos que no tienen remedio.

¿Que no tienen remedio? Lo tienen. Todo tiene remedio en la vida, hasta la muerte. Me dirán ustedes que eso es lo más lunático de cuanto he escrito hasta ahora. No, de ninguna manera. La muerte tiene, también, un gran remedio: cancelarla. Es como la especulación, pues sus daños son tan graves que parecen mortales, y, sin embargo bastaría con suprimirla para que sus efectos desaparecieran. ¿No lo creen?. Lo afirmo en base de la sabiduría de un gran filósofo: el doctor Pero Grullo. Hay que tener el valor de afirmar que con la especulación no cabe otro remedio que suprimirla. Es algo así como lo que ocurre con la muerte, que nos hace bajas todos los días, sólo porque no hay

quien se atreva a darle el puntillazo final. Les digo yo a ustedes que s i preguntáramos a los muertos que si creen que podemos acabar con la muerte, serían de los primeros en afirmar que sí. Claro; se explica. A nadie hieren más las ideas de la muerte que a los muertos; precisamente porque no están muertos; pero como la idea de la muerte corre como pan del día, y no hay quien no crea en ella, no los que viven, sino los muertos, son los paganos.

Ustedes pregúntense a sí mismos o pregunten a sus muertos, si están muertos. Ustedes y los muertos responderán que no hay muertos. ¡Que no hay muertos! Hay un sueño por el cual el hombre deja de respirar, pierde las facultades digestivas, de movimiento, y finalmente queda yerto en un ataúd de cuatro planchas, como dijo el poeta bogotano. Pero, ¿eso es porque se está muerto? No, de ninguna manera. Se está más vivo que nunca; porque se está vivo en el corazón, en los oídos, en el paladar, en el hígado, en el cerebro, de las personas que, realmente, nos amaron. Sin embargo, todos creemos que los muertos están muertos. No, señores, todos creemos que los muertos están muertos. No, señores; no están. Sino preguntémoslo a los muertos...

Por eso mismo digo de la especulación, que no está muerta. Está viva en el bolsillo de los pobres. ¿No lo creen?

De *La Nación*, martes 25 de octubre, 1955. [Firma: El Hombre de la Calle]

215

TEMAS DE TODOS SANTOS :

¡HORRIBLE! ¡HORRIBLE!

¡La muerte es horrible! Si nada hay más horrible. Refieren los Evangelios apócrifos (los que así se llaman, y para mí son los verdaderamente auténticos) que cuando José, el padre de Jesús, agonizaba, éste, que le asistía, y vio venir la muerte por su padre, la echó con las acaso (fuera, eso sí, de los chasquidos de su azote en el vientre de los mercaderes del templo) únicas palabras coléricas que brotaron de sus labios: ¡Vete! ¡Intruso!... Y el Cristo murió clavado en una cruz. Murió de sed, la garganta seca como el desierto de que había venido a predicar a los hombres. ¡Sicio!. Eso es morir...

Yo querría preguntar ahora al refinado Petronio, al cínico Petronio, que se abrió las venas y en un recipiente con agua tibia dejó que se vaciaran. ¿Es elegante y dulce la muerte, Petronio?... La muerte es horrible. Pero es horrible porque ignoramos lo que tras de ella venga. Si transpuesto el cancel de la conciencia nos daremos de bruces con una fosa de ardiente azufre o nos ahogaremos en un mar de agua perfumada.

Porque la muerte es la gran incógnita, los hombres han tratado de descorrer la incógnita con el recurso del misterio. No siempre lo que se desconoce ha de ser misterioso: puede no ser y, de hecho, no es. Porque lo que realmente no es misterioso, pero insondable, es la vida. Debiera dar miedo vivir; y de lo que se tiene miedo es de perder la vida.

Si algún muerto se atreviese a volver a la conciencia de los hombres, y les dijese: "Bueno, a las últimas, nos hemos chasqueado, hermanos: no hay muerte. Eso que allá llamamos muerte, puede ser cualquier cosa, pero no es la muerte. La muerte –lo creímos así– es el paso de un estado del hombre a otro estado; de la vida en el cuerpo a la vida en la sustancia divina; el triunfo del alma sobre la carne; la transfiguración del individuo por la posesión de la divinidad. El paso sublime que nos lleva al seno de Dios, a gozar de él, de su paternal misericordia, de sus delicias paradisíacas. Pero, eso no es la muerte. Debe ser otra cosa que no conocemos. Los que allá, entre ustedes, mueren, están vivos entre ustedes. Y si a alguno de los muertos se le preguntara: ¿Y, cómo es eso? Respondería: no sé. Sólo sé lo que tú sabes".

Bien, vivir es todo. Pero, saber, ya, que la muerte es un mito, no ha de quitarnos las ganas de profundizar en lo que no es mito: la vida. Son ellos, los muertos, los que descorren el velo de nuestras ignorancias, tristes o ridículas; y porque de ellos parte el conocimiento de que lo que llamamos muerte es sólo una forma de la vida, nos corresponde el deber de vivir en plenitud de gracia vital, amando esta carne traposa que nos trae niños y nos devuelve niños a la vida, amándola y respetándola, aún en sus calvarios repugnantes o en sus charcas; porque ella es la materia en que se electriza el hombre.

¡En verdad, eso es todo lo que los muertos que no están muertos, saben de todos santos!

De *La Nación*, lunes 31 de octubre, 1955. [Firma: El Hombre de la Calle]

216

TEMAS DE TODOS SANTOS :

YA LOS MUERTOS HABLAN

¿Que no me entienden? Seguramente. Pero, que no me entiendan porque no sepa dejarme entender, justo, explicable, y digno de que compadezcan mi falta de elocuencia. Que no me crea n, ya es grave. Si no me creen, pues, pregúntenlo a los muertos, que acaso se animen a decir la verdad. Y les digan: ¡Ese es el primero de los hombres que nos ha oído! ¿Entienden, ahora? Sé que se espantan a la idea de que les oigamos y nos enteremos que el cementerio de los muertos, no es el panteón donde se entierra la carroña, sino los que andan, los sepulcros ambulantes, los osarios que bailan, ríen, asesinan, cantan, lloran: ahí está el Cementerio..

¿Que no hay cielo? No, no; herejía sin atenuante. ¿Que no hay infierno? ¡Estupidez de estupideces! Pero el cielo y el infierno están en el Cementerio, en el verdadero Cementerio: nosotros los vivos. ¿Piensan ustedes que el bellacón que burló a la muchacha apasionada y a quien ésta acribilló a balazos, quedará sin castigo? No, en manera alguna. Ese tiene que sufrir purgatorio e infierno; pues irá a vivir allí, en el corazón que destrozó, en la virginidad que ofendió, en los nervios que trizó sin piedad. Y ese será su purgatorio. Porque el infierno viene luego, cuando la niña olvida al malcastado y vuelve a amar. Tendrá que sufrir sus besos, tendrá que aguantar los arrumacos en que arrulla a su nuevo prometido, y será el infierno de plomo hirviente en que se cocinen a diario su crimen, su falta de bondad, su desprecio por el dolor y la ternura de una mujer que no supo sino amarle. Ya ven ustedes: el infierno existe; pero no en el Infierno del Diablo, sino en el corazón de la indefensa víctima...

¿Increíble, verdad? Ya les digo, si mis palabras no merecen crédito, pues, a preguntarlo . ¡Contestarán! Porque ha llegado el tiempo de que los muertos... ¡hablen!

¡Hablarán; y temblaremos todos! Porque el hombre delinque, la mujer burla la lealtad del hombre y se prostituye, porque hombre y mujer creen que morirán, y

tras de la muerte, misas, responsos, y, luego... el Paraíso al lado de la Beatitud celeste. No. El infierno, el verdadero Satanás, el hediondo Lucifer, es esta verdad: ¡nadie muere! Jesús dijo a las hermanas de Lázaro: ¡Lázaro duerme! Y, ni siquiera la muerte es un sueño, ni el sueño es imagen de la muerte. Al contrario, dos ojos que no pueden dormir sería la mejor imagen que de la muerte podemos darnos. ¡Hay muertos que inspiran tanta lástima como los vivos! Se envenenan por pesar a sí mismos sin pensar que el triste destino del hombre es la inmortalidad...

Una inmortalidad de serpientes que se enroscan en el recuerdo, que empozoñan todos los minutos. ¡Qué horrendo destino! Afortunadamente, la vida inmortal es siempre pura y dulce como los ojos de un niño. Y no digo más, por ahora...

¿Que no hay Paraíso, cielo de deliquios sublimes? Lo hay, hay un cielo, pero, también en el corazón del hombre. Aquella mujer casta, madre dulce y abnegada, amante tierna y bondadosa, hermana toda devoción y pureza, si muere, no va al infierno; va al corazón que la adora, que la sublimiza, que la baña en diluvios de ternura... ¡Cómo no será feliz esa muerte en tan constante ablución de afectos y leales tributos de amor! Hay un paraíso, un paraíso que también viven los vivos cuando saben dar a la vida tributos de generosidad, de bien, de lealtad y de belleza... ¡Cuando se maldice a un muerto, llora! ¡Cuando se le bendice, vive la gloria de una vida sublime!

He ahí todo el Infierno y todo el Paraíso.. .

Hagamos que se oigan siempre las melodías que nos dejaron los músicos muertos; que las estrofas del poeta que murió no mueran en nuestros labios; que los cuadros que plasmó el pintor que se fue, estén, siempre, en nuestro delante. Toda vez que se exalta la obra generosa de un muerto, se le eleva a las esferas de la plenitud del gozo; pero toda vez que se castiga sus pecad os

---

De *La Nación*, martes 1 de noviembre, 1955. [Firma: El Hombre de la Calle]

y se escarnece sus faltas, se le hunde en los báratros de la vergüenza y de la angustia.

He referido un cuento de Todos Santos. Que no les haya indigestado, es mi deseo. 218

ATARDECERES MELANCÓLICOS:

ESENCIAS VOLATILIZADAS

Del nombre de una anciana a quien pretenden heredar en vida herederos que ningún vínculo sanguíneo con ella tienen, nada sabemos, pero, para el caso, con nombre, o sin él, de todas maneras el hecho produce repugnancia. Llegar a las lindas de los ochenta años, con la razón enturbiada, el corazón desfalleciente, los músculos trémulos, y no tener cerca un pariente, un amigo de verdad, que no solamente vele por ese crepúsculo doloroso que convierte al adulto en una criatura de pechos, pues necesita de quien le socorra en sus más elementales necesidades, debe ser algo de lo más pavoroso que cabe en el destino de las personas. Ese es el caso de esa anciana que habiendo sido extremadamente rica, llega a tal postración con poco ya, pero ese poco siempre se eleva sobre los sesenta o cien millones de bolivianos. Dícenme personas que la conocen, que es tal su estado de infantilidad, que si alguien se le allega para pedirle que firme un documento, un escrito –que bien puede ser la transferencia de su fortuna– la anciana no vacila, y lo hace con alegre responsabilidad. Se trata, pues, de aquel estado en que las personas, cumplida la curva de existencia consciente, llegan a la dulce inconsciencia de la infancia, y aún a una mayor, porque el niño pueda bien que carezca de medios para servirse a sí mismo, no quiere decir ello que se halle en estado de inconsciencia, si es una naturaleza en vibración acelerada de vida y de crecimiento. La ancianidad es algo peor: es la caída radical de las energías y el ingreso automático a la materia sin gobierno y sin juicio.

No sé si llegue a hacerme comprender; pero el tema es tan importante que bien daría para largas disquisiciones psicológicas, propias de quienes saben más que yo. He aquí que a esa pobre anciana se le allegan dos sujetos que llamamos todos capitanes de industria, industriosos de la maquinación, y por artes no muy complejas, acaban haciéndola firmar documentos por los cuales aparece haber recibido crecidas sumas de dinero, en pago de las cuales pretenden, o pensaron, cerrar con los últimos inmuebles de la infortunada. No faltaron personas honorables y compasivas que denunciaron el hecho a las autoridades, y estas, de conformidad con las leyes de la materia, han procedido a aplicarle el patronato –o cosa así que no soy legista– y toman, en nombre del Estado, la posesión de ellos, aunque dejando, hasta sus días, a la anciana, el derecho de usufructo.

Como no tiene herederos, cuando la llama de la velita se haya consumido, porque se consumió el sebo o espelma, esos bienes quedarán consolidados a favor del Estado y a disposición de alguna obra de bien social.

De todas maneras, la pobre ha tenido que legar en vida, en vida, digo, por decir, porque quien llega a esa edad, y en las condiciones de la anciana, vive por no caerse muerta.

¡Triste espectáculo! Triste espectáculo que sólo al hombre le está reservado, no hay árbol que sufra ese destino, porque el árbol antes de morir, se ha reproducido en millares de árboles, y ya puede caer si persiste en pie en su enorme y saludable proliferación. Esta anciana no tiene un hijo, una nieta, un bisnieto. Nadie que continúe en la vida en nombre de su sangre. Eso sería morir de verdad. Afortunadamente cuando el organismo se funde como en este caso, hay dentro de él alguien que sufre la ruina, a esperar de renacer en una naturaleza acaso menos infecunda. Tengo para mí que esa inconciencia que acomete a ciertos ancianos –pues muchos hay que llegan a los cien años en uso de sus facultades– es más que ese estado. El estado de la chispa vital que tremula por escapar atraída por el calor de otra existencia. Entonces lo que anda en la anciana es un compuesto de huesos más infértil que el cadáver tirado en la sepultura. Diría yo, por esto, que ninguna mujer debe temer perder la belleza como temer perder el derecho a la maternidad.

Sólo cuando se tiene un hijo, la muerte nada puede contra la vida, pues en él volveremos a vivir...

____

De *La Nación*, sábado 3 de diciembre, 1955. [Firma: El Hombre de la Calle]

CARTA DE GAMALIEL CHURATA A INOCENCIO MAMANI

La Paz, 15 de setiembre de 1957 .

Señor

Inocencio Mamani

Puno, Orko- pata

Querido Chiski: A no ser una noche que logramos pillar la onda de radio Altipampa, o como se llame, de esa ciudad, hace medio siglo que nada sé de ti. Me dicen que eres el mismo inquieto muchacho de siempre, si bien estás calvo y no poco arrugado. Tampoco sé nada de los nuestros, quienes, es muy natural, me han echado a total olvido. Pues bien, ahora romperemos la separación de tantos años. Ignoro si estás informado que tu Chío-Khori ha volado, y ha volado en su naturaleza de Khori-Challwa. Jano, el hijo de Ernestina Sánchez, que está acá con nosotros, mandó a uno de los amigos chuquiwankas propaganda del libro, lo mismo que a otro amigo suyo que trabaja en la Municipalidad; y ninguno de ellos le ha hecho saber si recibieron carta y volantes. Uno de ellos te mando adjunto. Deseo me escribas tan luego ésta llegue a tus manos, primero, para enviarte un ejemplar; luego para que veas si va a ser posible vender allá algunos ejemplares.

El libro es de formato mayor y tiene cerca de seiscientas páginas, seiscientas páginas en que se condensan el drama y la sinfonía de Orko-pata. Allí verás a tu Khori-Challwa ya en su rol de General en jefe con la gran Guerra por el hombre. Ve si no tendré ansiedad porque los nuestros puedan leerle. Acá, lo juzgarás por el volante, ha causado impresión favorable, cierto es que inspirada en el bondadoso afecto con que me honran escritores y hombres. Los obreros gráficos pidieron se me otorgara el Premio Nacional de Literatura, que he declinado por obvias razones. Espero, pues, tus noticias, y entre tanto, en EL PEZ DE ORO y la mamita Brunilda, te abrazo, y en ti a todos los tuyos, tu mujer, tus hijos. Ojalá hagas conocer esta noticia al mundo todo de Orko-pata, anunciándoles que, de momento a otro, me filtraré por la carretera para visi - tarles, así sea sólo por unos días. Busca a mi hermana Juanita, y dale estas noticias, lo mismo que a sus hijas. A Carlos Ávila, a Aweranka, a Pacho, a todos nuestros buenos orkopatas, a Mateo Jaika, salúdales en mi nombre.

Tu padrino y camarada

Gamal iel.

En *El ultraorbicismo en el pensamiento de Gamaliel Churata* por Manuel

Pantigoso (Edición de la Universidad Ricardo Palma. Lima, 1999).

LOS COLORES POLÍTICOS DEL RÉGIMEN

La anécdota. Hallábame en amical tenida callejera con grupo de jóvenes camaradas de mi artesanía, periodistas, cuando se alzó discusión como gigantesca ola embravecida en torno a cuál era el color político del régimen que preside el Dr. Hernán Siles Suazo, y, como es de suponer, aquello vino a parecerse a la paleta del más loco de los impresionistas, pues salieron chisguetes de pinturas de todos los tonos. Quien, púrpura; quien, verde vangoghiano; quien, veronés; quien, requista; quien, de negro, rojo, azul, blanco, amarillo… faltaban colores.

Y he aquí que tras oírles menos asombrado que plácido, pues a los viejos nos gusta oírnos en los jóvenes, cuando me caían miradas inquisitivas e inquisidoras, como para constreñirme a zanjar el atrenzo, hube de lanzar las expresiones más apostólicas de que en mi larga desgracia creíme capaz nunca.

–Bien, díjeles, mis queridos chicos. No se desgañiten a ese extremo. Voy a poner punto final a los entreveros coloristas. El color de este Gobierno del Dr. Siles y del Gobierno Nacionalista, en general, por lo que de él sé, y sé bastante, puesto que le conozco desde sus pañales. No es uno sino tres colores: rojo, amarillo y verde… Me parece que ése es el color de la bandera boliviana. ¿No? Nadie oirá que la bandera boliviana no tiene color: tiene tres, mas tres que son uno… ¿entendido?

Aquello lo despatarrante. Los chicos enmudecieron, y más de uno se dijo:

– Realmente el diablo sabe más por viejo que por diablo.

Pero, allí quedó todo.

– ¿Me autoriza usted, sin mentarlo –me dijo un redactor del diario radial “Crónica”– usar esta maravillosa solución que acaba usted de dar a la tremolina de estos “ekhek os”?

– Vaya mi amigo, repuse, haga usted con ella lo que le venga y pueda.

Ignoro lo que podrá o le vendrá a la gana.

Mas por eso no dejaré de decir ahora que lo único que exige la conciencia política a los partidos sociales o confesionales hoy –y esto en la Roma papal o en la Roma romanista– es que tengan el color de la bandera nacional; que sean, en primer lugar, de su patria. Por lo que, quienes discuten de colorismos políticos sin partir del principio que no cabe en un país otro color político que los colores nacionales, es, no solamente un cretino, sino un elemento peligroso para su familia, puesto que bien puede acabar mascoteando a su madre si le "siente" que no tiene color. Esto es, si no es "roja", "blanca" o "amarilla". Un deber de consecuencia impone mantenerse en ese plano, que es el plano de la congruencia y la sensatez. A partir de ese hecho ya se pueden elucubrar las doctrinas y tendencias que a la "gana" vengan.

En *La Nación*, martes 7 de enero, 1958. Gamaliel Churata tuvo a su cargo la columna de opinión denominada "Los días en la escena", escribió con el pseudónimo: "El Hombre de la Calle". Su colaboración fue ininterrumpida de enero a marzo de 1958.

221

¿QUÉ ES UNA REVOLUCIÓN AL ÚLTIMO?

Las cosechas de la batalla periodística no siempre se truecan en laurel o, por lo menos, en el gesto de aprobación de los lectores. Muchas veces –las más– se vuelven espinas sordas y ponzoñosas. Acabo de recibir carta que, agridulce, me impone el deber de respuesta sin ambigüedades. No podré hacerlo en estas líneas, pero quiero demostrarle a mi corresponsal, y gratuito aguijón, que estoy sobre el haz de sus descompuestos humores. Con la lectura de los párrafos que copio de esa carta, el lector formará concepto y, así, podrá juzgar mejor de mi respuesta, que habrá de ir –salvo error u omisión– en la entrega del martes de LA NACIÓN.

"Se ha hecho usted –me dice– abogado gratuito de los "revolucionarios" de Abril, y no deja ocasión de zaherir a quienes combatimos asediados por la policía secreta tras un poco de libertad y menos miseria. ¿En qué consiste esta

revolución que pretende usted defender?... estará seguramente entre los que ganan diez sueldos y tienen bodas de Camacho diariamente, sin considerar –si es u sted honrado– en quienes vivimos a media ración.

Asegura usted que sus escritos están destinados a informar a gentes del exterior que confían, seguramente, en su honradez para conocer la verdad de cuanto pasa en Bolivia. Por eso mismo su responsabilidad es mayor y sus crónicas (que son a veces destinadas a reiterar) deberán reflejar honrada - mente lo que es cierto y lo que no es.

¿En qué consiste la Revolución que usted defiende? Nosotros que sufrimos en nuestra tierra no lo sabemos, como no lo saben afuera, y usted no tiene empaque de hablar como lo está haciendo. Díganos, pues, por qué y en qué sentido esta Revolución puede ser tal. Quizás estamos errados por falta de luces…"

Voy a contestar el martes a este agriado lector de LA NACIÓN, lo haré, por cierto, con el mayor comedimiento, puesto que al cumplir mi trabajo de obrero de la prensa no sirvo otros intereses que los del pueblo de Bolivia, así como yo los entiendo; y si adelanto juicios e informes en favor de la causa revolucionaria es porque entiendo que tras ella se halla ese pueblo.

He suprimido los insultos de esa carta, no porque me hieran, sino por su probado mal gusto. Cuando se trabaja en la prensa, y se lo ha hecho a lo largo de muchos años, se adquiere una segunda personalidad, de la que se hallan despojados los estímulos personales y todo se mira y se juzga a través de estímulos colectivos. Por lo demás, que proceda así no le autoriza a quien me hizo llegar esas líneas a tomarme como el fácil turiferario a quien se alimenta bien para que muerda bien. Le invito a preguntar en la Gerencia de este diario si por mi trabajo cotidiano se me asigna salario siquiera análogo al portero de la casa. Y entonces podrá "suponer" lo que dice haber supuesto. Y esto hasta el martes.

En *La Nación*, domingo 12 de enero, 1958. [Firma: El Hombre de la Calle]

¿QUIÉN ES UN REVOLUCIONARIO?

No es un revolucionario quien no siente la fractura de una política con referencia a los derechos e intereses de un pueblo; no puede ser revolucionario quien no se sepa parte integrante de ese pueblo; no es revolucionario quien, siendo parte integrante de ese pueblo, subsiste y se beneficia con los fenómenos de esa fractura. Por tanto, es revolucionario quien es ciudadano de un país, y comprende y siente que la fractura impuesta por la política de los intereses minoritarios afecta a la mayoría de la nación, mayoría de que él, por ese hecho, y más no fuera, forma parte.

Esto no quita que otros, dentro y fuera del país, puedan hacerse amigos o enemigos de quienes forman los cuadros revolucionarios. Estos también influyen, y se deben a esa causa, en cuanto les ligan principios doctrinales o simples imperativos del juicio.

Así, yo pude simpatizar con la Revolución de la Resistencia Pasiva del Mahatma Gandhi, lo que en lo menor supondrá que fuese un revolucionario hindú; sin embargo, actúo en su línea anímica, y cuando se hace necesario tomo el arma y combato por sus banderas. De esta manera una revolución es nacional, mas ello excluye sentidos y reflejos no nacionales, ya que lo nacional es en tanto humano. Bien, pues, si no es revolución sino lo que persigue ligar la fractura impuesta por los intereses minoritarios a la marcha del fenómeno político con perjuicio de las mayorías, revolucionario será quien al saberse parte de esas mayorías, o solidario con sus fueros, enmarque su acción con total desasimiento de lo que pudiera estimarse sus personales intereses, para entregarse a la satisfacción de los intereses mayoritarios, entendido que los intereses mayoritarios son los intereses de la Nación, y no los de las minorías, ya que, en buena semántica, Nación quiere decir totalidad demográfica, y en buena hermenéutica política, Nación es mayoría ciudadana.

Alinean, pues, en la Revolución Boliviana, los revolucionarios de línea, y con ellos están, dentro y fuera del país, cuantos hombres sienten la justicia de su causa. Y éstos, ni aquéllos, al asumir la responsabilidad de esa beligerancia persiguen beneficiarse, sino restablecer la unidad orgánica de ese cuerpo nacional fracturado por los intereses de las minorías. Más explicable este hecho seguramente en Bolivia y en países como Bolivia que vienen del fermento colonial y rigen su destino bajo el imperio de las minorías coloniales, que mantuvieron, y mantienen así, la ley de sus intereses, opuestos, siempre, a los intereses de la Nación.

Parece que del fondo de estas pocas líneas se desprende que es revolucionario quien siente en la carne de su alma el repudio de una injusticia secular aplastando a un pueblo, noble y humillado, que exige de sus hombres valor y justicia para acabar con los estamentos de la opresión.

Con esto está dicho que, a mi juicio, es revolucionario en Bolivia, o fuera de ella, quien está por la causa del indio boliviano.

———————————————

En *La Nación*, martes 14 de enero, 1958. [Firma: El Hombre de la Calle]

223

UNIDAD EN LA BATALLA

El valor que tenga el sentimiento de unidad de una fuerza combatiente frente al enemigo, es, con toda evidencia, uno de los factores indispensables para la unidad de la acción bélica y posibilidades de su triunfo. No sabemos de estratega alguno que haya podido obtener resultados favorables si en los cuadros que le obedecen no existe infracturable sentimiento de unidad y si ese sentimiento no se inspira en ciego y apasionado sentimiento de patria. El que combate siente que lo hace menos que por él, por su madre, por su hijo, sus hermanos, sus amigos, por todos cuantos quedaron en retaguardia, y que si ofrenda su vida es para que los suyos disfruten después de libertad y confianza. Así la vida de un hombre para él vale menos que la vida de su tierra, de su patria, de sus afectos. No traicionará esa causa, ni se dará a la zambra de la anarquía, si sabe que toda debilidad en tales momentos está dirigida a tonificar la acción del enemigo que, frente a él, le amenaza, a la espera del primer resquicio por donde filtrarse y destruirlo.

No hay comparación más cabal que la del Arte Bélico y el Arte de la Política. Los cuadros de una fuerza política combaten en ciertos momentos con toda la responsabilidad y peligro de un batallón en el campo de batalla, pues frente a su acción se halla otra fuerza dispuesta a copar la suya y anularle. En tales momentos será suicida si se presentan disensiones internas, si ambicionzuelas llegan a sembrar la anarquía en los cuadros de su Partido. El enemigo lo sabrá valorizar y se dispondría a mover sus cuadros de conformidad con esos hechos para él favorables, de manera que en cierto momento copará las líneas de defensa, aplastándolas irremediablemente.

No hará EL HOMBRE DE LA CALLE de un Pablo el Ermitaño; mas tampoco hará el bobo si de los anteriores planteamientos no obtiene moraleja de aplicación inmediata en favor de la causa de quienes estiman que la Revolución Boliviana debe ser mantenida en sus planos congruentes, y ser tan honesta, productiva, como vivaz y vigilante. Observo que las fuerzas que sustentan esta causa han perdido noción clara de esa realidad bélica. Una lucha política en nada se diferencia de una lucha en el campo de batalla. Y el gran político, es, necesariamente, un eficaz estratega, como, en el fondo, el buen estratega no resulta manco para concebir la política. Napoleón fue estratega; no sabremos nunca si por gran político, o fue político por gran estratega.

Cuando las balas silban es necio ponerse a patear en la trinchera, y entre hermanos, citados para el gran duelo de la muerte. La guerra tiene un fin: matar o… morir.

No hay sino que escoger entre ambos extremos.

En *La Nación*, jueves 16 de enero, 1958. [Firma: El Hombre de la Calle]

LA BELIGERANCIA OBRERA

No es necesario poseer muy aguzados sentidos de la observación para darse cuenta que, de una o de otra manera, la clase obrera de Bolivia, por la naturaleza de su acción política, se halla entre las vanguardias audaces de este Continente, si, ni en países de mayor desarrollo industrial, y por tanto con proletariado numeroso y orgánico, se han dado acciones de la naturaleza de las que suscitó y reeditó el trabajador boliviano.

Esto se pudo observar con escepticismo no ha muchos años; hoy se lo debe reconocer en forma terminante y ejemplar.

Por eso mismo, cabe preguntarse: ¿cuáles los hitos que persigue la acción obrera en función revolucionaria? Se dirá que los de la Revolución Nacional. No cabe dudarlo. Pero, de ser así no surgirían las discrepancias que han por poco

fracturado la unidad de sus cuadros. Lo que observa una mente imparcial es que en las masas obreras no hay aún la capacidad teórica suficiente para juzgar de los hechos en forma directa, y que son unidades intelectualizadas –o de intelectuales– que ejercitan influencias a veces anárquicas y no poco peligrosas, dado que la clase obrera se halla comprometida en la responsabilidad de un ciclo histórico.

No todos los intelectuales proletarizados serán propicios al cubileteo y al trampolín demagógico; pero que por naturaleza muchos actúan con esas miras, es hecho incuestionable y que se puede comprobar a lo largo de la Historia Social de la beligerancia obrera. Y eso no tiene otro medio de ser bloqueado que el ascenso sistemático pero firme de la capacidad ideológica del trabajador. Los obreros deben darse cuenta que el apotegma de Marx: “La liberación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos”, debe entenderse, antes que todo, como una conminatoria a la culturización del trabajador. Esto es, que el obrero debe confiar menos en los abogados de su causa y asumir él la conducción de sus destinos, pues eso es lo clasista. Y la clase es algo así como el sexo: no puede ser cambiada sino volviendo al seno de la madre.

Esta modesta opinión frente a la realidad obrera que vive Bolivia responde a pedido de compañeros a quienes me liga amistad… de clase.

En *La Nación*, viernes 17 de enero, 1958. [Firma: El Hombre de la Calle]

225

¿DEFENSA DEL SEÑOR ALCALDE?

Presento vivo agradecimiento a quienes –lectores de LA NACIÓN– han juzgado bondado - samente mis recientes noticias sobre temas doctrinales en política, lo mismo a quienes los han leído con desagrado; que, al último, el periodista requiere de más, si lo realmente oneroso para él es que no se le censure, que eso es más que demostración que no se le lee. Como no tomo el tema político desde un plano de político, sino, todo lo contrario, desde la tribuna impersonal del espectador del “gallinero”, no dejaré de reincidir en esos ejercicios, toda vez que ello sea útil al país.

Vuelvo por mis rutas, que son el trato con los problemas subalternos del “trágico cotidiano”, que dijera del poeta bel ga.

Se habla con intención pánica de una suspensión de la ayuda americana, de cuyo resultado nos veríamos privados pronto de azúcar, arroz, harina, grasas… Ignoro en base a qué informaciones se formulan tales temores en los que no creo, para ser sinceros; pero al tiempo de hacérmelos oír se me ha dicho:

– Estos, los problemas que debe absorber el cuidado de los hombres públicos… En vez de gastar pesos en pintar postes y atusar sardineles, como hace el Alcalde, se debiera concentrar todo el poder adquisitivo del país en el sentido de solucionar definitivamente el abastecimiento que, al hacerse irregular, nos tiene con el ánimo en suspenso… Comeremos mañana, no comeremos, habrá arroz, tendremos harina…

Desde luego, pongamos énfasis en manifestar que esos temores no pueden ser propalados sin perjuicio, ya que, como muy bien lo dejan entrever nuestros confidentes, hacen más que suspender el ánimo y privarnos de buena respiración. Habrá pan, queso y manteca. No quepa duda alguna.

Vamos a lo otro. El señor Alcalde a mi manera de ver hace muy bien en cuidarse de pintarle las mejillas a la ciudad. Una ciudad es una dama –no lo olvidemos–, y por vejuca que la dama sea, exige prudente y estético maquillaje, so pena de entristecer a quienes la visitan y de avergonzar a quienes junto a su lar habitan. He yo admirado durante estos días el aspecto cuidado del camino a Calacoto, a partir que no sea más que del Óvalo, y si los jardineles se les ve con sus rejillas blanquitas, el pasto atusado, los macizos y ribazos lo mismo, los postes todos se ven pintados, ofreciendo aspecto de salud y de gracia juvenil. Nunca se comprenderá bien en qué medida debe éste ser uno de los preferentes cuidados de la H. Alcaldía Municipal, si, conforme, a buenos principios de paleología urbanística, las poblaciones son alegres o tristes, dinámicas o negligentes, en la medida que sus calles, plazas, espacios verdes, jardines, avenidas, caminos, lo sean. Y si La Paz hoy brinda aspecto de MOZA BIEN FERMOSA, para recordar al gran poeta castellano que fue el Marqués de Santillana, es, precisamente, porque el señor Alcalde ha comprendido que no basta llenar el abdomen de la ciudad, hay que pulirle la piel también, y engreírse un poco con la inmarcesible juventud de esta buena madre que será alegre o triste como sus hijos quieran.

Creo que nadie podrá, después de esto, sostener que el Alcalde Ríos Gamarra, no

hizo bien en disponer se alegrara la faz de esta ciudad de Murillo y de Khatari… Y ésta, como se ve, menos es una defensa del Alcalde, cuanto defensa de los fueros de La Paz.

———————————

En *La Nación*, domingo 19 de enero, 1958. [Firma: El Hombre de la Calle]

226

OJOS MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS

Para el que mira las cosas sin intenciones especiales, la realidad política revolucionaria lejos de entrar en planos de estabilidad anímica tiende a hacerse cada vez más conversa y lacerante. Cierto es que el ánimo se siente deprimido cuando comprueba que las pasiones enconadas ya no se consienten límite y que van tomando aspectos tan individuales que acabarán por ser mera expresión de enconos. Es una lástima. La Revolución, infortunadamente, no se puede considerar como asunto personal, que mire sino a intereses o pasiones del individuo. Ella exige impersonalidad de miras aunque voliciones personales. La actitud que ha caracterizado al Dr. Paz Estenssoro, en declaraciones que transmitió a la prensa el brillante escritor y revolucionario Augusto Céspedes, tras haberle visitado en Londres, viene a esclarecer la realidad psicológica de este momento. Sostiene el líder movimientista que hay un deber primordial en éste como en cualquier otro momento de la beligerancia de esa fuerza, que si gobierna hoy con el Dr. Siles Suazo, tiene como jefe al Dr. Paz. Y es el de mantener la unidad de acciones no frente, sino junto al Gobierno; que, combatirlo, por tanto, es labrar la desintegración de sus unidades ideológicas y de combate..

Es cuanto se obtiene de las declaraciones formuladas por el notable conductor.

Lo que no dice el doctor Paz es que mientras en casa las fuerzas movimientistas se fraccionan y pugnan por discrepancias adjetivas, más allá de las fronteras hay ojos que miran, unos con ansiedad simpática, otros con el anheloso respiro de quienes no desean otra cosa que el derrumbe interno de las condiciones económicas y políticas del régimen.

Los segundos obran de conformidad con sus saneados derechos de guerra, pues

son enemigos doctrinales y políticos de la Revolución Movimientista. Los primeros son amigos de la Revolución; le han cantado en poemas de aliento didascálico; le han dedicado ensayos; le prodigan elogios; le sustentan con el afecto y la pasión americanista insurgente… Estos tienen el derecho de no ser defraudados. Ellos deben ver que la Revolución marcha, si no festonando con triunfos ostentosos su destino histórico, con unidad infracturable, con virtud y patriotismo. Y nada de eso se descubre del espectáculo de guerrilla intestina que se pretende hacer vivir a la Revolución. Ella no fracasará, pues no se trata de movimiento artificial, fruto de elaboraciones dialécticas y académicas, sino de un hecho de la biología social del pueblo boliviano. Mas, es necesario comprender que esta seguridad en lo menor justifica la zarabanda que hoy tiene tendencia manifiesta a salir de las calles y convertirse en somatén y algarada…

Basta recordar a los revolucionarios que, mientras ellos se agreden entre revolucionarios, ojos espían más allá de las fronteras, con dolor, unos, con urgencia, otros…

———————————

En *La Nación*, martes 21 de enero, 1958. [Firma: El Hombre de la Calle]

227

MURILLO EN LA PICOTA

Se han enfrentado dos tipos de hombres nacidos en América; de hombre occidental, Goyeneche y Pedro Domingo Murillo. Admitiendo que don Pedro llevase en la sangre fuerte porcentaje de materias indígenas, del otro tiene que decirse que era más que materia hispana en estado lustral, al menos superficialmente estimado. Venció éste y debía morir aquél; más aquél moría no ya como hijo segundón de Occidente sino representativo de la sangre del Inka, cuyo fantasma trajinaba entonces por las calles de las ciudades neohispanas cargado de harapos y lastimado por los puntapiés y cilicios que para domesticarle se le aplicaba. Dice la crónica histórica que el 27 de enero de 1810, a hrs. 1, o sea a las trece horas, se leyeron las sentencias que habrían de llevar a don Pedro y a sus garridos cómplices a la horca frente al famoso Loreto. Dicen también que al siguiente se cumplieron y que el mestizo simbólico antes de morir profirió esas palabras que le han inmortalizado entre los héroes de la humanidad: “La tea que dejo encendida nadie la apagará”. Verdad esto o no, que

nadie lo prueba, no habrá nadie quien pueda no probarla, lo efectivo es que la vida de este hombre se agostó en la horca como se agosta el pabilo a quien le falta el aceite carburante…

Hélo allí ya, en los pies, su cuerpo se “mece” al amor de la brisa y si muchos cholos embravecidos le miran desde abajo, hay quienes dentro lloran, pues esa piltrafa humana es más que el testimonio de que en la tierra de los indomables aymaras cayó la “escurama” en la antorcha de la libertad, y que ella no volvería a fulgir sino cuando hubiese osado con riñones indígenas capaz de avivarla. Tenía que ser otro Pedro Domingo Murillo, dado que don Pedro hubiese dejado de respirar en indio y no en occidental. Es muy presumible lo segundo. Y es ya cosa averiguada que los muertos y de manera particular los asesinados “mueren” si hacen más que infundirse en la sangre de los vivos para cumplir su destino de represalia y bendecía. Fue, entonces, que don Pedro y los suyos pasaron a fecundar la sangre de quienes con el andar de años como siglos, que habían de tiempo en tiempo, al alzar la antorcha y agitarla, apagada unas veces, otras a medio arder, concitando a la guerra contra el opresor, que, como él, tampoco se fue de América, ni aún muerto, sino que permanece en América en su afán tozudo acogotando indios y ahorcándolos como ahorcara a don Pedro. Esta es la ley que permite considerar cómo en toda actitud levantista y altiva de los hombres de la gleba flamea la antorcha del héroe y cómo el héroe resuella en cada uno de los hombres que son capaces de pelear por la libertad con desprecio de la vida.

En verdad, no hay otra forma de saberse inmortales.

En *La Nación*, jueves 30 de enero, 1958. [Firma: El Hombre de la Calle]

REVOLUCIÓN POR LA TÉCNICA

Quienes deseen mirar más allá de los superficial de los hechos podrán darse cuenta que lo característico del espíritu revolucionario del siglo XX es la conquista de la técnica. Ya lo perseguido no son objetivos intelectuales o doctrinarios, filosóficos ni morales. Lo que desean los hombres y los pueblos es superar sus primitivismos técnicos por adopción cada vez más consciente de la

téc nica moderna. Pero ¿qué es la técnica? He aquí pregunta de respuesta poco fácil. Técnica es más que la sistematización de los medios con que, o cómo, se realizan determinados trabajos. Técnica primitiva es la que deriva del empleo de la azada en tareas agrícolas, o el “wiru” americano, mas es técnica también el reemplazo del “wiru” por el motor de tracción automotriz. La sembradora motorizada, el avión que pulveriza asépticos contra infecciones vegetales, todo eso es técnica. Pero lo que se desea reemplazar es la técnica de operación individual por otra desindividualizada, esto es, la máquina por el hombre. Para esto el hombre, que no es excluido, debe ser un trabajador preparado, y preparado técnicamente; debe poseer conocimientos seguros y científicos de su tarea. Si agricultor, poseer la ciencia agrológica en todos sus aspectos, desde el biológico al genético, de suerte que sus tareas se cumplan no ya por tradición empírica sino por consciente dominio de la ciencia.

Generalizar, pues, un estado de conciencia técnica en un país de desarrollo retardado o embrionario, como son los países de la América –Bolivia entre ellos– es, acaso, la única verdadera revolución que cabe. Cuando de los tres millones de habitantes de Bolivia, pueda Bolivia contar con un millón y medio de trabajadores tecnificados, es seguro que su ascenso en el plano industrial será incuestionablemente seguro. Los mismos medios hoy renuentes del capital se harán factibles pues el inversor no vacila en entregarse allí donde encuentra ámbito técnicamente capaz.

Merece por esto el más franco aplauso la decisión de los rectores de la Escuela “Pedro Domingo Murillo”, de abrir sus aulas al trabajador común, facilitándole horas y medios de tecnificar sus artesanías, para lo que ofrecerá cursos nocturnos, vespertinos, dominicales, de suerte que el trabajador sin otra condición que serlo pueda seguir cursos rápidos y prácticos que le permitirán, inclusive, obtener un título de eficiencia. En países que en este momento conmueven al mundo por su irrumpiente desarrollo científico se procedió así con la sola diferencia de que esos cursos eran más bien de experimentación que permitió al pedagogo descubrir capacidades superiores para luego, a cargo del Estado, llevarlas a más altas disciplinas dentro su vocación .

De todas maneras es un síntoma que se debe apoyar y fecundar con ardimiento, pues no hay manera de hacer revolución en esta época sino transformando la mentalidad del hombre que emplea las manos para revolucionar los estamentos estratificados del trabajo .

En *La Nación*, sábado, 8 de febrero, 1958. [Firma: El Hombre de la Calle]

229

EL MENSAJE DEL PRESIDENTE SILE S

Que un mandatario se dirija a su pueblo para hablarle el lenguaje directo de la verdad desnuda, no es hábito en estos americanos países, mas suele ser expresión de grandes méritos en el viejo mundo. Generalmente los jerarcas del Estado hablan para las muchedumbres en lenguaje parabólico indirecto, que encubre de las maneras más floridas la realidad paupérrima o bochornosa de la verdad. Parece que el Presidente Siles ha sentado cátedra en este sentido, pues toda vez que debe explicar su conducta ante el pueblo lo hace sin velar las más crudas realidades. Esto lo que ha sucedido una vez más con su reciente mensaje. La explicación que de los hechos hizo no puede ser más clara. La situación de Bolivia, del año vencido, al que avanza, ha variado en forma dolorosamente apreciable; y si no hay sentido heroico del patriotismo y lejos de fomentar la anarquía, los ciudadanos se entregan al trabajo productivo y la vida sobria, el Porvenir no es halagüeño. Sin embargo, las providencias asequibles han sido tomadas por el Gobierno, y la marcha a la diversificación se halla sustanciada en planos realistas y dinámicos.

Todo lo que se requiere es la comprensión entre los opositores y lealtad real, práctica, en las fuerzas que sustentan el régimen, las que no tolerarán tampoco dictadura de clase alguna; el Gobierno se desenvuelve entre normas constitucionales y democráticas y la democracia funcionará sin mistifi - caciones mientras él, el Presidente, retenga el control de la vida nacional. He aquí que debiendo realizarse elecciones para cubrir bancas parlamentarias, declara que ellas serán efectivamente libres, libres en la realidad de los hechos, sin los ciudadanos de papel ni votaciones dirigidas por caballerías, que eran estilo y canon en el luctuoso pasado de la farsa democrática. No son esas sus palabras, mas eso lo que se entiende de ellas. Y así como ha dicho a los opositores fascistas que si su obcecación se torna locura y violentan el ritmo y condiciones honorables de todas lucha política lícita, saldrá el pueblo nacionalista, y saldrá el Presidente a pelear en las calles en defensa de la libertad de las mayorías, a éstas, a las mayorías que alinean en el Partido de Gobierno, les ha hecho ver que las elecciones que se avecinan son la oportunidad en que habrá de manifestarse el

grado de solidez de sus cuadros, pues su Partido debe vencer en las justas, voto por voto, sin otra arma que el voto mayoritario.

Bien visto, el desafío tiene dos fases igualmente significativas: a los opositores hacerles saber que si su envite es a muerte, se peleará por la vida, sin temor a la muerte. Y a los suyos, a los hombres que le llevaron al poder, en esas justas libérrimas, sin restricciones inmorales y groseras, su destino está señalado.

Gravísima amonestación para todos.

En *La Nación*, martes 11 de febrero, 1958. [Firma: El Hombre de la Calle]

230

EL MAL GOBIERNO

Sí, el mal gobierno suele ser el mejor gobierno precisamente porque gobierna contra los malos en favor de los buenos, que son muchos. He aquí que, no obstante haber sido congelados los alquileres por Decreto Supremo, en el actual momento hay casero que no haya decuplicado los cánones congelados. Lo efectivo es que los salarios y sueldos no se descongelan mientras que los precios suben en ebullición volcánica.

–Este, éste el peor gobierno…

…Decíale a su inquilino el casero sátrapa a tiempo que le cortaba el resuello y le estrangulaba, pues le imponía pagar el doble del alquiler que había pagado el mes finado, alquiler que ya fuera quintuplicado en anteriores meses.

No; el Gobierno no es el malo. El Gobierno es bueno porque mira por los más, que son los inquilinos sin casa, por eso dará de todo a los menos, que son los caseros, a quienes concede ganancias prudentes, con las cuales sin embargo, no se hallan sino en franco desacuerdo, ya que el casero desea no deducir utilidad honesta sino sacar del ojo del inquilino el jugo lacrimal y la sangre.

Así, pues, esto se halla sometido a la ley de la más humana relatividad. Es bonísimo este gobierno porque se esfuerza por proteger a los numerosos, los

pobres, y para ellos cabe ya otro. Malo es para quien no solamente desea ganar sino secar el caldo hepático del pobre.

No se me diga que estoy hablando por la herida. Mis heridas no tienen importancia, para nadie, ni para mí: si a ellas estoy habituado. Lo que interesa aquí son las heridas de los pobres. Vanamente se empeña el Estado en llevar al país a la estabilización, que debe determinar el declive de los volúmenes hidrópicos de la inflación, cuando el casero, o capitalista, ignora (contra sus propios intereses), violenta la medida y se infla con la miseria de los necesitados. Este no el mal gobierno, el mal tácito de todos los gobiernos y que viene a justificar en cierto modo el arma ciega de la desesperación para los pueblos.

No es que yo desee sahumar al Gobierno del doctor Siles; pero creo justo invitar a las person as que sean aun capaces de reflexión a meditar en qué posibilidades se fundaría cualquier otro gobierno que viniese por los caseros contra los inquilinos. Cuando los inquilinos se sientan desamparados de toda protección, hipotética, o simplemente verbal, no tomarán el camino de la disputa verbal, tomarán el camino de los hechos. Y eso apareja las masacres, el incendio y el caos.

No es el Gobierno en este caso quien está creando condiciones catastróficas al Porvenir de Bolivia, son los mal gobernados con poder económico que, ciegos y torpes, no advierten que con su resistencia ignara están abriendo su propia sepultura, si, como es de lógica, si un gobierno transigente, sereno, realista, es depuesto, no subirá otro capaz de gobernar con cinco regimientos de so ldados atómicos; subirá el Soviet. Entonces…

Que la pasen bien.

En *La Nación*, miércoles 12 de febrero, 1958. [Firma: El Hombre de la Calle]

LA MUJER POR LA CAUSA DE LA MUJER

Estadígrafos que no ceden ante sus cada vez más complejas tareas, han establecido que el siglo venidero será el siglo de la mujer. La mujer habrá

invadido todas las áreas de la actividad social; ya, hoy mismo, están en proporción mucho más elevada que los hombres en los Estados Unidos, en cuanto empleadas comerciales y oficinistas. El número de profesionales es cada vez mayor, y en todos los ramos: ingeniería, medicina, abogacía, pedagogía, flebotomía. Y esto acusa capacidad intelectual sorprendente, si se considera que no há un siglo los filósofos estimaban que la inferioridad mental era su característica. No. La mujer puede pensar tan bien, o con más perfección que el hombre, tanto que si entre ellas se han dado pintoras, músicas, científicas, técnicas, hasta este momento no hay un ser humano con polleras que se atreviera a firmar un tratado de Metafísica. La mujer es orgánicamente incapaz de metafisiquear, usando el término del poeta. ¿Por qué? Vaya usted a investigarlo. ¿Porque "piensa" más que el hombre acaso?

Pues bien, en La Paz las mujeres profesionales se hallan reunidas en una entidad societaria, respetabilísima y cordial, aquella fundada por la simpatiquísima doctora Panoso y que hoy preside la doctora Elsa Paredes de Salazar, odontóloga, también. Desde luego, las doctoras se reúnen no solamente para charlar; están sometidas a competencias intelectuales, discusiones técnicas y, finalmente, se proponen una misión por más allá de sus curvas intelectuales. En este caso la Asociación de Mujeres Universitarias, se ha lanzado a organizar servicios gratuitos en los ramos médico y jurídico, en favor de sus hermanas pobres. Mientras se agencian local aparente, tienen asilo en las oficinas del colega decano, y allí, cuanta mujer se haya munido de tarjeta, que la Asociaciones encarga de franquear, obtendrá asistencia de médico o abogado. Pero, médico ni abogado serán del sexo fuerte, o feo, sino del bello y tierno. Serán mujeres. Esto quiere decir que la mujer sale, al fin, por la mujer, todo lo contrario de cuanto antes ocurría: que el mal abogado para la mujer era la mujer misma.

Mucho tendremos que equivocarnos o son estos signos de un cambio de frente en los sentidos de la vida, cambio radical, que bien podría considerársele como la inversión de la naturaleza cerebral de la humanidad. Esto es, que al aproximarnos al siglo XXI, la mujer vuelve a tomar asiento en el gobierno de los pueblos, como, según se afirma, ocurrió en lejanísimas edades que el sociólogo llama del Matriarcado. Esto es, del gobierno de las madres…

En *La Nación*, sábado 22 de febrero, 1958. [Firma: El Hombre de la Calle]

LOS INDIOS PATEAN A LOS INDIOS

No hay animal más ofensivo para el indio que el indio refinado… He aquí axioma que tiene la antigüedad del descubrimiento y conquista de América; pues esto lo que sostenían conquistadores de almas. Somos de los que alcanzaron a ver, y en esta misma ciudad de La Paz, espectáculos como ese del soldadito que hacía su servicio militar y a quien su oficial mandaba a llevar la olla de comida por las calles, y el soldadito agarraba al primer indio que en la calle topaba, obligándole, a las buenas y a los pies, a llevarla él… Espectáculos tristes de la realidad de nuestra cristiana sociedad, tributo obligado a la Civilización que nos trajo la Cruz y el lábaro del Rey.

Ya no hemos vuelto a presenciar cuadros así, es también de justicia reconocerlo… Pero, no há días publicó LA NACIÓN caso de un grupo de campesinos a quienes los dirigentes cooperativistas les

habían sometido a trato vil, golpeándolos sin asco, hasta echarlos poco menos que convertidos en **Ecce**

Homos. Se tuvo el magnífico acierto de fotografiar a esas víctimas del cooperativismo y exhibir así una de las expresiones del absurdo que estos –los nuestros– tiempos no justifican por manera alguna.

Que el indio hubiese sido objeto de trato inhumano y bestial bajo regímenes pluto - aristocráticos, bien o explicable; pero que hoy, que gobierna el doctor Siles Suazo en nombre de las mayorías nacionales, y esas mayorías están formadas por indios, se permita que los dirigentes cooperativistas hagan de gamonales con sus propios hermanos de raza, de patria y de infortunio, rebasa todas las posibilidades de lógica.

Cuando un indio que adquiere autoridad y preeminencia hace eso con otro, es buena señal de que ese indio no es indio; es un gamonal que se mimetiza tras el cuerpo del hijo abatido de la Bolivia terrígena. Y, en ese caso, el deber de las autoridades es echarlo del seno de la sociedad indígena y prohibirle contacto alguno con ella, pues nunca será sino elemento de corrupción.

Mayormente si, como también LA NACIÓN ha denunciado, en plena Oficina del Ministerio de Asuntos Campesinos, un diputado o funcionario de no sabemos qué jerarquía se ha permitido abofetear a indefensos bolivianos cobrizos de la campaña. A ese diputado, o lo que sea, se le debe echar también de las áreas de la naturaleza social indígena, pues sobre ser un absurdo que desprestigia al régimen, constituye espectáculo repugnante que envilece a la Revolución y a todos los americanos honorables que en Bolivia viven, ejercen en su causa reivindicatoria, y la viven directa o indirectamente.

En *La Nación*, martes 25 de febrero, 1958. [Firma: El Hombre de la Calle]

233

EL BILINGÜISMO EN LA ENSEÑANZA

Contrariamente a lo que pudiera pensarse, en países como México, Ecuador, Perú, se ha prestado esmerada atención a las recomendaciones del Congreso Interamericano Indigenista último, uno de las que, como afincada instancia, pide a los Gobiernos prestar cuidadosa vigilancia al bilingüismo en las escuelas fundamentales, o campesinas, en el hábitat de las mayorías indígenas de América. Y en esos tres países, a los que habrá que agregar a Guatemala, se están lanzado textos de enseñanza en hispano y los idiomas nativos de los distintos distritos lexicales que forman el modelo lingüístico americano.

¿Menos en Bolivia? Y es en el congreso realizado en La Paz, donde se adoptaron esas importantes recomendaciones. ¿Por qué? La población de Bolivia está constituida por dos y más millones de indios, e indios principalmente quechuas y aymaras, siendo lo natural y lógico que se atendiese a que los niños de esos grupos idiomáticos aprendiesen castellano más a tiempo de estudiar su propio idioma. En visita que no hace mucho hicimos a la Escuela de Warisata pudimos comprobar que el bilingüismo, que allí se practicaba con gran resultado, fue proscrito de manera radical y taxativa. Los niños indios hoy no deben aprender a leer sino en español y estudiar en español, echando al olvido por tanto sus idiomas "patricios".

Más extraño es esto si se considera, por ejemplo, que en Perú o Ecuador, o Guatemala, se vive periodo revolucionario que alimenta la beligerancia de las

mayorías demográficas, como en Bolivia ocurre, y allí se cuiden los gobiernos de acatar las recomendaciones del Congreso Interamericano Indigenista (concebido en Bolivia; no debe olvidárselo), como dejamos anotado.

Desearíamos sinceramente que nuestras informaciones fuesen deficientes.

El bilingüismo debe practicarse no solamente en las escuelas de criollos –si los hay aún– y mestizos, esto es, en las escuelas de ciudades y aldeas; puesto que retener el idioma de la tierra es retener las expresiones con raíces históricas de una Nación. Si no hay intelectuales capaces –como un Mistral de Provenza– de elevar los idiomas nacionales a categoría de lenguas con valor universal, por lo menos debe ser condición estricta para bolivianos, ecuatorianos, peruanos, guatemaltecos, mexicanos, hablar, además del hispano, con la corrección posible, los idiomas nativos, patricios, con médula y nacionalidad.

Ese es el valor del bilingüismo en países que nacen del impacto de una conquista y que en el proceso colonial pueden perder su fisonomía histórica si no saben conservar las expresiones de su naturaleza anímica…

En *La Nación*, viernes 28 de febrero, 1958. [Firma: El Hombre de la Calle]

234

SUSTANCIAS INDIAS

Cuatro son, y no más, los países que pueden ser considerados como representativos demográ - ficamente de una América vernácula: México, Perú, Ecuador, Guatemala, a los cuales debe agregarse en lugar eminente a Bolivia, si es Bolivia aquél en donde la proporción de habitantes indios alcanza índice mayor. Ninguno de los países que indicamos tiene mayor cantidad de aborígenes que la patria de Tupaj Katari. Y –es algo ilógico, por no decir nada más grave– que sea Bolivia el país donde se halle proscrita –como hemos en repetidas oportunidades señalado– la enseñanza bilingüe y donde se carezca de publicación alguna que acredite para la opinión del continente que se cultiva el sentimiento ancestr al de una patria aborigen. No há mucho tiempo se editaba una revista, modesta en su forma, mas vivamente dinámica: “Karka”, cuya orientación era franca y radicalmente indigenista. Allí colaboraban juristas,

sociólogos, literatos, todos con definida orientación castiza.

“Karka” ya no se publica más. Y es lástima. Bolivia tiene que poseer una revista de esta índole aunque más no fuera que para exhibir muestra de esta realidad. De los pueblos que hemos mencionado llegan publicaciones de esa índole, todas ellas de viva característica, que las hace inconfundibles, pero que se dirigen a finalidad maestra: la de vivificar los elementos de una personalidad terrígena, histó rica, por tanto, arrancando de los fundamentos telúricos de su demografía.

Hubo un momento que Bolivia estuvo a la cabeza de las naciones americanas en este orden: fue cuando se erigía la Escuela de Warisata, y su obra de irradiación sobrevolaba las fronteras proyec - tándose inclusive a Europa y el Asia. Estamos seguros de que entonces se perseguía imitar los métodos de esa escuela y que estudiosos anglosajones, latinos y asiáticos llegaron atraídos por su originalidad y vigor.

Debemos aceptar honradamente que hoy esa importancia ha sido liquidada. Algo más, si el Congreso Interamericano Indigenista, concebido y organizado en Warisata, pasó a creación ya tan ceñidamente mexicana, hoy estamos impelidos por la necesidad, no a proyectar enseñanzas sino a recogerlas del exterior.

No sabemos a quién se deba instar sobre el particular; pero que Bolivia, como país con dos o más millones de indios, requiere de una publicación indigenista de categoría, es cuestión que no se puede poner en duda. Acaso hoy corresponda la tarea al Ministerio de Asuntos Campesinos, puesto que su misma acción reflejada en sus páginas importaría para Bolivia ejecutoria de lealtad con sus principios revolucionarios.

____

En *La Nación*, domingo 2 de marzo, 1958. [Firma: El Hombre de la Calle]

EN DEFENSA DE LA REFORMA AGRARIA

Parece ocioso anotar que si algo despierta el interés y la curiosidad de los países americanos respecto de la Revolución Boliviana, es el proceso de la Reforma Agraria. No hay nación con problema “indígena”, en que no se digan qué

rumbos toma, qué éxitos obtiene, cuáles sus mayores obstáculos. Y si hay quienes tratan de atribuirle levadura comunista, los más se inclinan al desconcierto. Sea ésta oportunidad para hacer entender que la Reforma Agraria no tiene de comunista nada; si se dirige sólo a realizar el afán del Libertador de hacer de los indios pequeños terratenientes. Es, pues, una revolución tan de tipo liberal como fue la de Inglaterra; fue la de Bélgica. No tiene concomitancias ni con la reforma Rusa, húngara, checoeslovaca, donde se perseguía colectivizar en granjas las pequeñas propiedades; mientras en Bolivia se hace de las grandes propiedades, parcelación de tipo individual. Por eso el cooperativismo es un instrumento económico y el cooperativismo no es Institución comunista a menos estemos en la luna de Valencia.

Es a causa de que la Reforma Agraria importa esta transmutación de la grande en pequeña propiedad que ha surgido un sindicalismo poco congruente, que asume características y al adquirir preeminencia en cierto modo acapara el ejercicio de la autoridad. En la práctica son estas entidades quienes influyen en la elección de aquella. El método es bueno más puede ser también malo. Llegan hasta nosotros versiones que nos merecen toda “fe”, en el sentido de que las “autoridades” que surgen del nuevo estado de cosas, generalmente ejercidas por mestizos o indígenas evolucionados, váse trocando en azote más impiadoso que el azote del gamonalismo clásico.

No es valerse de groseras aserciones cuando decimos que acá, en la redacción de LA NACIÓN, ha venido un indio de Warisata a decirnos:

–¡Ojalá regresaran los gamonales: con ellos no éramos tan miserables que con las autoridades indias que ahora tenemos! Las multas se imponen sin piedad, y pasan de treinta mil bolivianos, los servicios personales gratuitos se prestan ahora con mayor rigor a los nuevos amos…!

No vacilamos en acoger la demanda dolorosa; porque es preciso que las autoridades superiores comprendan que apañar brotes de tal índole es labrar la tumba de una causa histórica que debe merecer celoso respecto de todos los bolivianos. El señor Ministro de Asuntos Campesinos está en el deber de ordenar investigaciones responsables y severas que aclaren la realidad tremenda que revelan esas declaraciones provenientes de campesinos respetables por muchísimos conceptos.

En *La Nación*, viernes 14 de marzo, 1958. [Firma: El Hombre de la Calle]

236

NATURALEZA DE LA PROPIEDAD MINERA

Tiene sede en La Paz importante Conferencia, o Congreso, de mineros Chicos, y en la actualidad se aboca a considerar agenda por demás importante, pues ella mira a los intereses de la minería con pequeño capital, al problema del minero y, consecuentemente, al de los mercados que comprar sus productos. Era natural que entre los tópicos primordiales se dieran el relativo a la forma como debe entender la situación, ahora desfavorable, de la minería por los poderosos compradores, esto es, los Estados Unidos, quienes, estiman hoy que desfallece la industria y deben sustentarla con ventajas efectivas, como otrora la minería boliviana asistió a sus necesidades bélicas apremiantes sin mirar su conveniencia comercial, cuando el problema de la solidaridad americana…

El asunto es complejo y grave, bien lo sabemos todos. Por lo que la argumentación de los mineros chicos es de rigurosa lógica si, sobre todo, se le mira desde un punto de vista orgánicamente lógico. Sólo que las relaciones comerciales carecen de lógica, o la suya es de naturaleza fatal y determinista, y se rige tanto por la oferta y la demanda como por la ley implacable de mayores utilidades con el menor esfuerzo posible. Tiene que reformarse algo en la entraña de la humana naturaleza para que esto no sea así.

Mas no es, con serlo, esto el más importante de los puntos hasta ahora tratados. Nos parece que el más agudo es la voluntad expresada por alguno de sus miembros sobre la necesidad de suspensión de efectos de la ley que establece, dentro de ciertas condiciones, la caducidad de peticiones mineras inactivas. El cateador de minas, tras labor fatigosa, paciente, sacrificada, logra, en efecto, localizar veneros importantes, mas, como no posee capitales para ponerlos en actividad, los denuncia a espera de que condiciones favorables le permitan negociarlos o trabajarlos. Bastarále cubrir el pago de patentes dentro de términos fijados para que cualquier petición quede al cubierto de nueva denuncia. Entienden lo mineros chicos que suprimir esta seguridad es como cortar de tajo toda iniciativa para el buscador de minas, ya que su única garantía queda suprimida..

Así es. Pero también es cierto que la propiedad minera es un venero, esto es, fuente de riqueza, y quien por razones equis se ampare en la seguridad mencionada, menos cautela su derecho que dilapida el derecho de la colectividad a usufructuar de las riquezas de su suelo. Entonces en ningún plano se aplica mejor el principio liberal –liberal, tómese nota– de que la propiedad privada responde como tal a una función eminentemente social. Cuando esta condición le falta, pierde virtud y derecho. Es problema, realmente, digno de ser considerado con serenidad y patriotismo.

______ ________________

En *La Nación*, lunes 24 de marzo, 1958. [Firma: El Hombre de la Calle]

237

LA MEDICINA DEL INDIO

La doctora doña Josefa Saavedra ha dictado, o dictará, conferencia académica del tema del rubro. Entendemos que será pieza erudita y brillante, como todo lo que produce la preclara intelectual paceña. Nos ha tentado como sugerencia. ¿Es que todavía puédese hablar de una "medicina" del indio? Sí, desde luego, desde puntos de vista etnológicos. Como aborda el tema la doctora Saavedra es cosa que sabremos cuando la Universidad dé a la estampa –como debe– tan tentadora disertación.

El indio tiene –y tuvo– una medicina; y esa medicina en un gran porcentaje es lo que llamamos la medicina popular en los países indocoloniales de raíz hispánica. Su medicina es mágica, y decir mágica, es decir vegetal, herbolaria. El gran médico de la raza es el KHOLLIRI; y hay especie de santón de ella: el KHAMILI, de la zona fuertemente palúdica de Muñecas. Llamábasele en la América, el "KOLLA"; y es que este médico indio no sólo había transfundido su ciencia a los burgos del radio altiplánico del Tawantinsuyu, esto es, a Bolivia y Perú, sino que invadió países limítrofes como Chile, Argentina, Brasil. Y es fama que "Khamilis" bolivianos se ven mercar por la Vía Appia.

Es una especie de Judío Errante de la medicina mágica. Aplica sus menjurges con método y ciencia ancestrales, mas siempre bajo la inspiración de la coca. En realidad esta medicina es como una proyección de lo que los etnógrafos –algunos– llaman la COCAROMANC IA.

Que los americanos tenemos el deber de por lo menos anotar y estudiar sus ingenuo s procedimientos curativos, parece que podrá nadie discutirlo. Como ciencia, la ciencia está obligada a darle la importancia que se da a toda raíz etnológica en materias médicas. No es peyorativo decir que de esa medicina salvaje y de brujos, han obtenido los farmácopos modernos algunas de las drogas más extraordinarias para el tratamiento de enfermedades crueles y reacias. Comenzando por la Quina, que los indios del Amazonas usaban para su CHUKCHUCHUKCHU, ya es de todos sabido que la ciencia de hoy ha obtenido el acaso único tratamiento seguro del paludismo. Y así, por el estilo, numerables pócimas del salvaje americano son hoy preciosas posologías de la medicina.

Merece todo encomio la acucia con que la doctora Saavedra lleva a la cátedra tema tan importante; si bien, suponemos, que tratándose de intelectual dedicada al Derecho, habrá de juzgar el fenómeno médico del indio desde los puntos de vista del delito o su clandestinidad. Es un suponer. Cuando los profesionales, filósofos, ensayistas, hagan como ella, muchas fases de la personalidad auténticamente americana habrán de ser reveladas con resultados insólitos.

En *La Nación*, domingo 30 de marzo, 1958. [Firma: El Hombre de la Calle]

AMÉRICA Y SU HABLA

Si América es una realidad genéticamente mestiza, la literatura americana debe ser idiomá - ticamente híbrida.

Si se busca acentuar una radical americana en la Literatura de América, tiene que comenzarse por acentuar menos el paisaje que la valoración antr opológica.

La verdadera capacidad estética de América está en la sangre del indio, y por tanto la forma de hacer estética americana es hacer de América un mundo indio; que será indio siempre, si la genésica de la cultura la suministra el habitante en cuanto naturaleza y fruto. Si no conciliamos las prerrogativas del criollo con las mayores del indio, y de éste creemos que sirve más que menestral, covachuela,

portero de hotel, pillastre electorero, alcahuetista, mientras para aquél reservamos los dones de la evangelidad, nunca tendremos un poeta indio, como en cuatrocientos años no hemos metido un santo cuprífero a las hornacinas ortodoxas, que no se escatimaron para negros ni amarillos.

El indio no es un subhumano, si ya sabemos que las imbecilidades de Sepúlveda fueron aniquiladas en su mismo vitriolo, es sí un subnutrido a causa de los sobrenutridos que lo apalearon y lo apaleamos todavía en prosa y en verso.

El gran poeta "indio" que es don Franz Tamayo, decreta que de él se haga artesano, mecánico, tal vez práctico en ingeniería. Mas no, ni se procure filósofo o esteta, que todo lo que ve con las elaboraciones de la imaginación le está negado. Realmente, por mucho que se medite en tesis tan insólita se penetra en sus razones. ¿Es que el indio es un animal detenido en las subestructuras de la volición instintiva? ¿Por qué constituiría ese estrato inmoble, si todos los pueblos, y los más típicamente manuales, como el sajón, han sido fecundos en poetas y filósofos? Dígase que es más útil en pongo, y se comprenderá quien lo dice.

Es indio lo mejor del pensamiento de Tamayo (como yo lo sé); aunque sus vituallas mentales sean humanísticas y grecolatinas, no lo más valorizable en él, puesto que de valores de esa índole está abarrotado el "templum" mestizo. Vale lo que en él se explica como presencia de un sentimiento telúrico, por tanto indio: que no es mucho en cantidad.

Se explica el "yaraviísmo" mestizo como predominio de la sensibilidad lacrimosa e inferior del indio, lo que es falso de la más tremenda falsedad. Las inhibiciones del indio se las señalan y estudian en los burgos, si se las buscan en su mundo no existen. El "harawi" en sus fuentes es un canto sacudido por sentidos pánicos de la vida, es agrológico y nupcial, posee más calidad erótica que sensiblera. El padre del "yaraviísmo" es el cholo de ojos lemúricos que no cabe en las ventoleras heráldicas. Ese encarpeta a su madre si es india y sólo llama a su corazón cuando siéntese poseído del pavor de la muerte.

El indio sólo sabe tres cosas claras: Cuando callar, cuando llorar y cuando matar… ¡Y no tiene imaginación! ¿Qué son la volición y la imaginación filosófica entonces? ¿Hay algo más en la tragedia griega?

Al diablo con la porra. No hay Literatura Americana porque no hay americanos.

El mito griego es el “alma mater” del mundo occidental. El mito inkásico debe serlo de una América del Sur con “ego”.

Patria no es la tierra del camino, es el camino de la tierra.

Y para ser “americanos”, la Literatura Americana tiene que comenzar por mostrarnos en sí el tumulto del pueblo de que es fruto y el punto lácteo del hombre.

En *NOVA. Revista de información y cultura*, N° 7, La Paz, 7 de febrero de 1963. [Firma: Gamaliel Churata] Es un fragmento de la “Homilía del Khori-Challwa” de “El Pez de Oro” (La Paz, 1957).

HABLAN LOS ESCRITORES :

CON GAMALIEL CHURATA

1.- ¿Cuándo y por qué vino a Bolivia?

2.- ¿Cuáles son sus obras inéditas?

3.- ¿Cree Ud. que el genio indomestizo dará su impronta a la nueva cultura americana?

4.- ¿Cabe un paralelo entre el Mallku Kaphaj kolla y el Manco Cápac quechua?

1.- Llegué a La Paz en 1932, de paso, pues pensaba rumbar a Buenos Aires. Salí de Orko - Pata, área del Tawantinsuyu, sobre el Titikaka, porque el aire se me había rarificado y quería buena perspectiva para columbrar el deber patrio, el deber del Tawantinsuyu, con alguna distancia saludable. Me detuvo la fascinación del Illimani, y a su sombra he permanecido tres décadas, que llegan finalmente a hito, pues ya me dispongo a desprenderme de la protección de su majestad eviterna.

2.- “EL PEZ DE ORO” –publicado– implica una arquitectura megalítica. Editado el primer volumen réstame dar a estampa “RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS”, dialéctica de su estructura en forma dramática; “LOS PUEBLOS RESUCITAN”, asimismo con sentido cinemático o alegato de actualidad del Tawantinsuyu; tras esto, “KHOSKO-WARA” el arribo del hombre a planta biológica apta para germinar; “PLATÓN Y EL PUMA”, co-locución y teorética de concepciones estéticas desde la tesitura animal del hombre. En las canciones que le siguen hay un intento de sustanciar en el romance hispano un sentimiento y cierta morfología de expresión aborigen. Por tanto aquí se discurre en términos relacionados con una teoría organológica del ritmo y se plantea el problema de América-Idioma. Siguen cinco libros de poemas: “KHIRKHILAS DE LA SIRENA”, “MAYÉUTICA”, “BALALAS”, “HAYLLI INKÁSIKO” y “BIORRITMIAS DEL TAWAN”. Termina la ópera con la “BATALLA DEL DIABLO”, una como anatomía del alma humana, libro de guerra. EL PEZ DE ORO –que así se llama la obra en su totalidad– no pertenece restrictamente a intento retórico, sino que es descripción objetiva de un realismo psíquico y que, cuando se entienda su dialéctica, se comprenderá que el vuelo de ultratumba háse raído finalmente, porque la muerte fue un mito de la patología del alma humana y los muertos viven con los vivos.

3.- No creo en un genio mestizo. El “gene” humano es refractario a toda acción o ácido y, como lo ha demostrado el laboratorio, posee condición de inmortalidad; es en él que radica el “ego”, la personalidad histórica y estructural del hombre, término que fue admitido por Aristóteles y que confirmó el genio de Tomás de Aquino. El mestizaje no alcanza sino a la materia mitológica , al tegumento dérmico. La impronta americana tendrá, pues, que ser expresión de un ego indígena para ser americana; de lo contrario será griega ya que hispana no lo será a causa de la naturaleza poli-híbrida de Eurasia. Esquilo en griego o en inglés será siempre Esquilo, y griego, o mejor dicho: sumerio, ya que Grecia es sólo fetación de migraciones acadias. Somos indios o no somos americanos, como se postuló ya en “El Pez de Oro”.

4.- “Mallku Khapak” es nominativo aymara, o lupaka, y “Manko Khapak”, sólo su forma kheswa. Manko-Khapak es un hijo del Sol, esto es un “Lupi-Hake”, individuo de la “gens” del Sol, o “hata”, que tuvo asiento en el área que hoy conocemos por Juli, donde Bertonio labró su famos o

---

En *NOVA Revista de información y cultura*, N° 15, La Paz, octubre de 1963.

240

“VOCABULARIO”. El problema está en decidir, no con objetivos chovinistas, si los Inkas son aymaras o kheswas, puesto que la “Runa-Simi”, dentro de una hesitante analogía egipcia, fue lengua general, nacional, popular, del Tawantinsuyu, autorizando la versión que se admite en historiología del Inkario, que poseyeron lengua esotérica de uso familiar. No olvidemos que voces aymaras se desperdigan a lo largo del Continente; y que el área aymara de lo que hoy es “Virú”, cuenta cerca de un millón de individuos.

241

HA VUELTO GAMALIEL CHURATA

Por Víctor Loza Paredes

Oportunamente hizo llegar Radio “La voz del Altiplano” el saludo del pueblo de Puno al conocido periodista y escritor puneño Gamaliel Churata, que vuelve al país al cabo de treinta años de voluntario exilio.

Durante este tiempo ha trabajado principalmente en la acreditada tarea del pensamiento periodístico, ya en sus formas radiales, hebdomarias y diarísticas. No tenemos que acentuar aún más sus méritos. Su nombre que fue anónimo hace treinta y dos años cuando partió al extranjero, hoy ese valor se ha extendido por lo menos en el mundo hispanoamericano, ya que le han distinguido con título de maestro destacados intelectuales de Bolivia, Argentina y hasta Puerto Rico. Su obra es calificada como de un pensador profundo y original, y su literatura de expresion es indio-parlantes. En todo caso, podemos de él decir que ha consolidado los valores de aquél famoso grupo Titikaka, con cuya labor ingresó el nombre de Puno a la geografía internacional del intelecto humano.

Después de su saludo al pueblo de Puno, y habiendo solicitado de él algunas declaraciones, obtuvimos el siguiente brevísimo diálogo:

– ¿Cuál es su opinión, después de los 32 años de su ausencia, al retorno a la tierra de su progenie?

– De profunda emoción, sobre todo porque he encontrado un Puno que es una

usina de voluntad creadora. He oído en labios de mi entrañable contemporáneo el Dr. Hermógenes Vera esta frase

digna del acero: Los puneños no queremos por ahora sino trabajo y progreso. Puno es hoy un dardo dirigido a las cumbres más altas de superación física y moral. Y como se trata de un pueblo del cual dijo el inmortal tunante, Gamarra: No hay un solo puneño bruto…, es de esperar que a no muy corto plazo nuestra ciudad se aúne entre las más cultas ciudades andinas del conglomerado humano. Al menos, eso es cuanto alienta mi fe y amor por la ciudad golondrina que dijo un poeta de Bolivia, y yo he llamarla ciudad Capitana del Lago del Pez de Oro, el khori-challwa, Titikaka emperador.

– ¿Qué nos dice de su generación de escritores, poetas y ar tistas?

– Mucho diría de cómo es poco lo que podré decir cuando la oportunidad y mi salud me lo permita. Un pueblo que ha producido hombres como Mariano H. Cornejo, Santiago Giraldo, los

Cáceres Olazo, y ha producido poetas como Peralta, Nava, Alberto Cuentas Zavala, Rodrigo, Oquendo, Vásquez; escritores como Emilio Romero; pedagogos de la envergadura de José Antonio Encinas, Julián Palacios, etc., no puede ser sino un pueblo ilustre y de entraña fecunda, de mentalidad digna del laurel de Apolo como diríamos empleando la buena simbología de la Hélade. Ustedes saben que tenemos ya que plasmar un concepto radical por el hilo sabio de Abelardo Gamarra: será siempre un cerebro puneño quien marque en el viejo Tawantinsuyu, o el Virú de los peruanos de hoy, la nota más rica de originalidad y medulares valores en el debate de la cultura de nuestro país.

– ¿Desea agregar algo más en el orden político?

En *Los Andes.* Puno, 4 de noviembre de 1964.

– Muy poco. No es verídico que me alíe en ninguna corriente comunistoide o filo comunista. Mi posición se halla exenta de compromisos políticos. Estaré junto a quienes sostengan que la única

manera de engrandecer la patria es devolverle la gloriosa prestancia de su era inkásika y que, por tanto, el deber de los peruanos es conducir el nombre de la patria a la altura de la gloria inmortal de los inkas, los creadores del cósmos americano de los Andes. Nada más.

DIALÉCTICA DEL REALISMO PSÍQUICO

Dos cuestiones previas. Mis buenos camaradas de Orko-pata me manifestaron ayer, después de mi primera conferencia, que a ellos más les habría complacido oírme discurrir sobre el tema de la Dialéctica del realismo psíquico, Alfabeto del incognoscible, que dar lectura de las treinta páginas de ella. Ciertamente, eso habría sido inclusive más placentero. Pero yo soy devoto contrito de toda norma disciplinaria. Y los Chaskis tienen establecido que toda conferencia en su seno debe ser previamente conocida por sus miembros directivos; sin que esto importe limitar la libertad de expresión del conferenciante. Esa es la razón por la que en esta misma operación de exégesis, yo me someto con agrado a la norma. Y otra, la más importante. Una dama hermosa y gentil se me allegó ayer y me dijo que, lamentablemente, ella no estuvo a la altura de los temas tratados, y que de la conferencia había entendido poco. Es necesario que yo exprese con todo afincamiento que reconozco tales temas abstrusos, y que darles expresión asequible al demos mayoritario, no es tarea propia y menos factible. Pero, es que aquí estamos frente a otra cuestión grave en suma medida. Los hechos –y yo pretendo discurrir con ellos y en su materia– no son discutibles: tienen que poseer la rotunda verticalidad de la vida y cuando no se entiende la fraseología dialéctica, el hombre que oye debe buscar si oye con el sentimiento. Es decir, si en la conciencia se le hace sensible la materia de la exposición.

Cuando digo los muertos no están muertos, he, reciamente, lanzado una proposición insólita. Y cómo lo demuestra usted, se me dice. La palabra humana no da para estas demostraciones. Entonces respondo: tienen que responder ellos –los muertos– ¿Y cómo? ¿Cómo? Hablando. Si están vivos pueden y deben hablar. Oímosles pero no con los oídos de la inteligencia, sino con los de la entraña. Si están en parte alguna, digo yo que es en nosotros donde están, porque es en nosotros que los sentimos. ¿Dónde nos duelen? ¿Dónde lloramos lo que fue nuestra adoración? En el corazón. ¿O no es en el corazón que sentimos la ausencia de nuestros muertos? Sí, en él es. Entonces, digo yo a la dignísima

señora que me honró con su amable confidencia: de qué le serviría, señora, haberme entendido, si siente usted que es como yo afirmo, que es en su noble entraña donde los muertos se hacen manifiestos. Ya estamos acá frente a un problema gnoseológico subitáneo. El verdadero conocimiento de la realidad no puede venir de la inteligencia, sino del sentimiento, es decir de la capacidad sensorial de la naturaleza humana. Transportémonos a Alejandría, ese foco del África de donde parten las irradiaciones del misticismo cristiano, y vemos en los desiertos la tragedia del místico. Él se recluye en una cueva y en ella sufre las torturas del Demonio que le asedia en la figura del Súcubo, el alma torturada por las psicosis genitales, y ya es la hurí de floral epidermis, la niña desnuda que se le ofrece. Y el asceta concibe que son formas demoníacas del enemigo del alma que trata de sumirlo en los vertiginosos abismos del mal… Pero, allí hay un filósofo que siente el mismo asedio, y ve las mismas figuras infernales que ya le arrastran al delirio de la locura. Pero tiene la suficiente serenidad y objetivismo para comprender que esas naturalezas son individuos de un orden genético, y se aplica la medicina más grotesca, si se quiere, pero la única acorde con la realidad sensorial: se yugula. Y las visiones y tormentos desaparecen. Esto entiendo yo por la Dialéctica del realismo psíquico. Proclo se llama ese filósofo, como el de la Tesalia se llama el famoso Antonio de Como. Si San Antonio hubiese poseído el sentido realista del teólogo que fue Proclo habría curado de su mal como este lo logró. Este hecho de la realidad está señalando que el verdadero conocimiento de la realidad íntima del mundo interior de la conciencia humana no puede ser abarcado por los inteligibles pues - ______________________

Conferencia escrita por Gamaliel Churata en febrero de 1965 tras de haber leído en el Cine Puno de esa ciudad su larga y conocida exposición: “El Pez de Oro o Dialéctica del realismo psíquico, alfabeto del incognoscible”. Este texto fue recuperado de entre los inéditos por Riccardo Badini e n un folleto denominado: “Simbologías de El Pez de Oro” (Editorial San Marcos, Lima, 2006).

to que estos son el idioma de entes enfermos que crean en la naturaleza conciencial del hombre, un mundo ficticio del cual se valen para dominar a prójimos ya como Súcubos o Incubes, y es lo mismo decir Demiurgos o Daimones. Revisar esto en centón de las teodiceas de todos los pueblos es encontrar en los símbolos de la demonología arábiga o helénica la confirmación de que la realidad del mundo interior humano está constituida por la presencia de los muertos en la sangre y la naturaleza medular de los vivos. Cuando tenga yo

la suerte de lanzar al conocimiento de mis amigos el texto del libro *Resurrección de los muertos*, estoy seguro de que estas breves anticipaciones serán definitivamente comprendidas.

Pero, no sólo la hagiografía, esto es la biografía de los santos, nos revelará la realidad, sino el análisis de la Metafísica, y el análisis metafísico de la poesía de los hombres demostrará que los muertos no sólo existen en nosotros, sino que se han estado expresando a través de los milenios sin que se llegase a entenderlos por no saber sentirlos. Entre esas expresiones recientes, tenemos que tomar en cuenta unas del filósofo francés Sartre, quien en su biografía, de la cual ha entregado ya una primera parte, manifiesta que él no morirá; mas permanecerá entre los hombres convertido en un corpúsculo magnético, un estallido microscópico de estrella, viviendo con ellos, dueño de una conciencia viva, actual, filosófica y política. Así es en efecto. Pero es que el ateo Sartre, materialista de cátedra, juzga que su Yo, su ego, es la forma en esencia de su materia, y no obstante repudiar las especulaciones místicas, que son de la misma índole, ignora que ese Yo, es sólo el genes, la semilla del hombre, como reveló Proclo sin haberlo entendido.

Es, pues, la simbología de *El Pez de Oro* nada más que la dramatización de ese individuo genital al que se ha dado el nombre de alma, y es el principio dinamogénico de la naturaleza germinal del Universo, y es su naturaleza de conciencia, de eternidad de fruto. El Pez de Oro es el genes del Hombre del Tawantinsuyu; la Sirena, su madre, el símbolo de la naturaleza germinal del agua; su padre, el Khori-Puma, la raíz animal del hombre. Y ya tengo que decir a ustedes que la abuela de El Pez de Oro es la Pacha–Mama, que nosotros los orkopatas llamamos, la Mama – Khamak, la tierra fecunda que constituye la gleba universal de la vida. Entonces se verá fácilmente que, desde los versículos del primer capítulo hasta las puntualizaciones de los restantes, hay sólo la dramática de la raíz animal del hombre que lucha por recuperar la semilla de su hijo, El Pez de Oro, a quien la muerte intelectual le había amputado de la carne. Y si ese decurso se refiere no ya al problema universal e histórico del hombre, sino a los episodios del homicidio del Tawantinsuyu, se comprenderá que la batalla del Puma se dirige a levantar de la tumba el alma de la patria.

Es claro que las imágenes de los retablos del Laykhakuy no todas infieren a morfologías zoóticas, y algunos vemos que son meramente esqueletos hómines; pero para la buena comprensión de sus formas se debe entender que allí donde aparece el hombre es porque está viviendo su naturaleza humana, y allí donde

aparece humano está viviendo su naturaleza animal. ¿Esto se dirigirá, pues, a deprimir la dignidad del hombre? Nunca. No puede deprimir al hombre su realidad; porque es su realidad cuanto puede suministrarle salud orgánica y acuidad de conciencia; ya que pretender que el hombre sea sólo posible en una proposición silogística es borrarle del orden de la vida, la cual es en lo que es y no en lo que el alma enloquecida de los espíritus sostiene que sea.

Creo que con las puntualizaciones que he brindado ayer y las de ahora, ya el lector de El Pez de Oro se hallará en condiciones de entender las simbologías de su dramática. Mas, debo responder a la observación que se me ha formulado con mucha sindéresis. ¿Por qué –me dijeron nuevos amigos– pudiendo usted exponer en la trama de su libro las cosas como ahora plantea, optó por dejar el acertijo para la fatiga de quienes se interesan por su obra?

Mi respuesta es simple, y creo que honesta. Porque El Pez de Oro es para mí también una experiencia, La experiencia de encontrar una escritura en el momento que está diciendo Yo, en el momento que está expresando su ego. Los temas que él trata no son nuevos, aunque sí muy viejos. Y su presentación simplemente dialéctica y sus conclusiones no habrían arribado sino a conclu -

siones silogísticas, felices en el mejor de los casos. Y hoy no se trata de la fortuna de un libro literariamente juzgado, sino de buscar demostraciones en la experiencia. No es esta una hazaña proselitista, ni vengo a buscar la formación de una capilla teúrgica; vengo a decirle al hombre, a descubrir en él la realidad de su conciencia, y conocer allí si los hechos pueden determinar la realidad de su naturaleza, o las ideas, esa creación espirita de la filosofía que acabó haciendo del hombre un ente de razón sin raíces en la biología y con un infierno en el corazón, en el cual fermentan todas las pasiones abyectas, lacerando la carne humana actual y ahogando en detrimento y vaciedad y odios a las conciencias nobles de nuestros muertos que sufren ese infierno. Pero, hágaseme el honor de entenderme que esta planificación empírica de la realidad del subconsciente, que llamaba el psicólogo Jung, no se dirige a sectarismo alguno, ni pretende ponerse frente a las religiones y la fe de las gentes. Es un llamado, sin apostolado alguno, al hombre para que, por su cuenta, sin valerse ya de agentes condicionados, se resuelva a su conciencia, no responda a dinamogénicas teúrgicas, sino a leyes propias a todos los seres de la Naturaleza. Y enfrentado a ese problema responderán los hechos, aunque el Verbo de los inteligibles enmudezca para

siempre…

Y ahora, soy todo oídos para responder al compromiso de la mesa redonda que inaugurará el señor secretario de los Chaskis, a quienes rindo mi más profundo agradecimiento por la oportunidad que me brindaron de hablar desde este altoplano del Titikaka, a los míos y al hombre, al hombre que vemos y al que no vemos, aquel que desde nuestros ojos está mirando el decurso de este carromato desvencijado, que conduce el Diablo, y que se llama la Historia del Homb re.

246

EL PHUNY, SEGÚN MATEO JAIKA

Refiere Gutiérrez de Santa Clara, el mestizo mexicano, que hizo con los Pizarro parte de la incursión a la conquista del Arauco, que al llegar a cierto lugar, de la pampa del Titikaka, se toparon con un poblacho indígena al que le dieron el nombre de Puno, a causa de haberles dicho

los aborígenes **Phuñuy**; y que allí tuvieron la revelación de mujeres bellísimas por cuya posesión los pecheros de Hernando se daban de espadazos, resultando que los amaneceres puneños eran

para el Jefe el descubrimiento de uno o varios soldados caídos en la refriega de las disputas. El remedio más adecuado al geritalfe fue ahorcar a nuestras hermosas paisanas, cortando el mal por lo sano. De allí, y no del lugar donde se ahorcó a Salcedo viene el barrio de Orca- pata,

transmutación también del nominativo aymara **Orkho-Pata**; esquina hoy sobre la calle Arequipa de la Cárcel Pública.

Es, pues, de nuestro reducto telúrico, que surgió un día el novelador del **Khara-putas** , Mateo Jaika, quien hoy reúne en este fascículo dos relatos del quehacer legendario y pintoricista de

nuestro mundo puneño. Tras de las décadas que dejé su fraternal compañía, tiene que serme particularmente grato escribir las breves líneas con que se abre la entrega. Temas del carnaval puneño, tratados por él con la sencillez que es su mayor mérito y con el amor de hijo su virtud para el paisaje que modeló su mentalidad. Yo espero que al reunir su vasta producción dáranos la grata

sorpresa, pues los cuadros que describe, y todos ellos poseen la frescura de acuarela de visiones nativas, ricas de contenido emocional, revelando cada vez mayor maestría en el dominio de la técnica. Realmente el tema puneño –y debemos confesarlo nosotros mismos– es un venero virgen que no ha producido aún el gran novelador que merece. Pista cinegética de los empellones del

viento y del coraje del hombre que, caballero en el caballejo árabe embutido en el **sunicho** peludo, acá se ve el hombre agigantándose con la naturaleza. Jaika de vale de tipos femeninos para exaltar

nuestro mundo. La chola es de la mixtión del señoritingo hispano y la india, del pechero y de la princesa Khoskho; y para quien la amamos resulta un tipo superior. Es la mujer-hombre, la madre -

padre. Y si se la justa en los planos del erotismo, es la mujer **Khespiña**, esto es, la mujer propietaria del hombre, resabio de nuestros viejos matriarcados. Ella detesta los trajes de la señorita porque

sólo las polleras la facultan para trabajar y sustentar el hogar mientras el marido se embriaga y

envilece. En el Cusco, y no en las calendas griegas, al saberse ofendida por su amante **khara**, en l os transportes del orgasmo sorbióle la lengua y, luego, la seccionó de una dentellada, para esputarla

con el orgullo de su casta…

– ¡Cochino, eso mereces…!

Los relatos de Jaika carecen de intenciones trascendentales; más puede él tener la evidencia de que ha enfocado audaz y certeramente los pródromos de la psicología de esa india que viste, veces, piel blanca, y es siempre aborigen del Tawantinsuyu.

Cuando él quiera, Jaika nos dará la novela de Puno en sus estratos raigales; y allí veremos destacarse un pueblo de mentalidad vibrante, de reciedumbre volitiva sin paralelo. La tierra que produjo a Mankho Khapak, a ese Monroy de Paucarcolla, que se restregó el cráneo en una peñolería a cargar las cadenas de la conquista; hombres como el capitán Khauna-Khunturi, de las huestes de Tupak

Amaru, del formidable Willka-Apaza, y entre tales estamentos de gloria de las mujeres ahorcadas sólo por el pecado de ser bellas, y a quienes los puneños debemos monumento eminente en Orkho-Pata, como es ya deber nuestro reemplazar la humilde y bien intencionada talla de Mankho que nuestros orkhopatas erigieron en Waksapata, por soberbio bronce que señale

———————————————

Prólogo al libro: "Cuentos cholos" del escritor puneño Mateo Jaika. Editorial Los Andes, Puno - Perú, 1965. [Firma: Gamaliel Churata]

el punto de partida del Tawantinsuyu de ayer y de hoy.

No tuvo colegio Orkho-Pata, propósitos estéticos sólo; quería hacer la revolución de la Patria raigal, y va cumpliendo su designio cuando vemos que indios del ayllu, como nosotros de la

marka, alinean en la causa a que sirve este nervudo escritor que es el noble Mateo Jaika.

PRÓLOGO A "ARTE DE LA LENGUA AYMARA"

MARIO FRANCO INOJOSA, que es ya un viejo trabajador de la cultura en el altoplano del Titikaka, háse hecho acreedor al mayor de los lauros cuando, con esfuerzo propio del hombre de la devoción y del cientista de laboratorio, se dio un día a la tarea ingente de poner al día en castellano de uso corriente, el ex castellano arcayco que empleó un sabio jesuita español allá por los años augurales del dominio occidental en su notable libro: "Arte de la lengua aymara. Gramática i vocabulario". Desde luego, ha sido tanta la fama del listón semántico de la lengua

Lupaka (aymara) del padre Bertonio, que esta obra cimera de Torres Rubio, cimera no obstante su brevedad, o por sus mismos valores didácticos, no alcanzó el predicamento y autoridad que hoy va

a disfrutar al asumirse en la dinámica, o el compromiso, de la actualidad.

Digamos antes que el libro del indigenista español, editado en la famosa

imprenta de Francisco del Canto en 1616 acá, en Lima, sobre ser obra de curiosidad lo es de método y amor. Los jesuitas tienen el saneado derecho, en cuanto a la cultura aborigen del Titikaka mira, el no haber subalternizado el estudio de la etnología de los grupos sobre los cuales difundían su activa catequesis con resultados que todos conocemos; que si ellos no fuesen mirados como realización eudítica –y al hacer esta inferencia no se aminora entre muchos otros el P. Ramos Gavilán, autor de sorprendente historia del santuario de Copacabana, y en sus páginas la más insólita revelación de mitos lacustres– habrá que mirarlo desde obra como ésta de Torres Rubio y la de Bertonio, y la de Murúa en la zona kheswa del lago, para no acotar nombres tan esotéricos como el del famoso poeta español P. Salas, agustino que es el primer sonetista hispano que emplea idioma en que se entremezclan las mitologías y lenguas de la provincia parroquial sobre quien ejercía autoridad la Compañía de Jesús. Y, a falta de esto, habrá que invocar el milagro de la imprenta juleña, labrada en dura madera andina, la olivácea kheñwa; y los templos, las fábricas en que se perennizan los métodos sociológicos del trabajo de índole inkásikos, como se patentiza al mismo tiempo por el devenir del barroco en la expresión tectónica de un cristianismo de Colonia.

MARIO FRANCO INOJOSA ha llevado, pues, a cabo una tarea de tanto valor que no creemos estar equivocados cuando afirmamos que ella dará origen a una nueva eclosión del aymarismo, latente en los países del régimen lacustre, demostrando que ha llegado la hora de que los gobiernos del Perú y Bolivia asuman responsabilidades trascendentes en cuanto mira a su destino, estatuyendo cátedra para la enseñanza en las universidades de su dominio, siempre desde luego, junto al keshwa, que es la lengua nacional e histórica de los americanos de América.

La tarea que ha realizado este aymarólogo vocacional y de raza es tan ingente, que no sólo el libro que el lector tiene en manos ya, le servirá para compulsar los valores de una de las lenguas más ricas y expresivas del mundo americano, sino que al haberle enriquecido con el rastro de vocablos que acaso de otra manera se hallaban condenados a desaparecer en el maremágnum del caos hibridal que supone el colonialismo en que se licúan los estamentos patricios del Inkario, nos muestra un deber inaplazable: admitir que es nuestra la nacionalidad del aymara, lengua de los Hijos del Sol, los Lupi-Haqes de Xuli.

Há 350 años se lanzó en esta ciudad de los Visorreyes hispanos la obra de Torres Rubio, y es a esa distancia que, en servicio de la cultura de América se somete la

reedición del opúsculo con toda la buena voluntad técnica que la empresa requería. FRANCO INOJOSA, su autor, no es un novato en las lides de la literatura. I siendo uno de los hombres jóvenes que asistió a las fenoménicas de la insurgencia del Orqo-pata, no ciertamente há 350 años, sí cerca de medio siglo, nos correspondía trazar estas líneas preliminares de su trabajo, deseándole toda suerte a él, y al país, en quien aún subsiste el deber del Tawantinsuyu, como a la América toda, aprovechar el con – _______________ _______

"Arte de la lengua aymara" de Diego de Torres Rubio (1616), actualizada y publicada por Mario Franco Inojosa en 1966. [Firma: Gamaliel Churata]

curso eminente que presta a la cultura. Cierto es que cuando los gobiernos americanos palpitan desde una entraña patricia, obreros como él, merecen todo apoyo, y su majestad servirá para elevar las condiciones jerárquicas que la conciencia histórica nos impone reconocer y cultivar como herederos del mundo inkásiko en las perspectivas de la cultura y el destino humanos.

PATRIAS CHICAS EN LA PATRIA GRANDE

Se estima que la ciudad de los Visorreyes, esta Lima, turbulenta colmena no poco cartaginés hoy, ofrece ya la síntesis de lo que podría entenderse por la emulsión étnica del pueblo del Tawantinsuyu y de las cargas hibridales que le suministra la Colonia.

Y es que en esta Lima realmente, para quienes a ella acudimos con la excitación de un descubrimiento, tiene ya muy poco de los gérmenes genéticos de su hispanización. Esto es, que,

Lima la Horrible, sería laboratorio donde se precipita la mixtión del mosaico étnico que fuimos y acaso seguiremos siendo por mucho tiempo. De ahí que estudiar la fenoménica del mestizaje - cosa

que inició hombre severo, don Aurelio Miró Quesada, constituya una de las tareas iniciales de más trascendencia que pudieron acometerse en tal terreno dilucidatorio. ¿Somos indios? No. ¿Somos hispanos? No. ¿Entonces seremos del

acuerdo de dos naturalezas un día dialécticas y hoy camino de la unidad necesaria para hacer patria y crear poder?

Si el mestizaje determinase realmente un nuevo tipo humano, esta Lima, que es una hornalla, un día ofrecerá espécimen de lo que se tendrá por el hombre del Perú. Sin embargo, el tema y su proceso son arduos y sus conclusiones muy aleatorias. Se explica así que en Lima funcionen centros sociales o de cultura que se erigen en el nombre de la patria chica, la del terruño, y tengamos la Casa de Piura, Lambayeque, Arequipa, Matucana, etc. Precisamente hemos asistido a la posesión de nuevo directorio de la Casa Departamental de Puno, presidida hoy por un poeta, Luis de Rodrigo –Premio Nacional de Poesía–; y es allí que hemos columbrado en qué medida es de necesidad perentoria que la patria grande lo sea porque hubiese homologado las patrias chicas, las patrias del campanario nativo. En esas casas se cultiva el amor de la tierra natal y se la añora en la medida en que se procura su grandeza. Es decir, allí se siente que el hombre es un poco extranjero, algo meteco, en la Patria Grande, por lo que es de su necesidad hacer que la tierra ausente palpite en el sistema arterial de la patria de la unicidad. Decía Soiza Reilly, el viejo cronista uruguayo, que eso que entendemos por patria es sino el sentimiento de la tierra ausente, de la "patria-tierra" que invocaban los griegos homéricos. Y, así, sólo se sabe lo que la patria vale para uno cuando se la mira desde lindes foráneas, cosa que predijo el dramático Sófocles. Y es que la patria es desierto de arena hecho de moléculas sílicas que un día formarán el bloque de granito. Hacer que el diapasón del latido gobierne la multitud del arenal humano, es cuanto fecunda en el sentimiento de la conciencia, el sentimiento erótico de la vida y el sentimiento histórico de la patria. Hemos dicho en otra oportunidad, que la patria no es la tierra del camino que huellan nues - tros pasos: es el único camino de la tierra para el hombre... El hombre, aunque no lo parezca, po - see raíces como el roble o la araucaria.

Ver a un poeta terrígeno en la jefatura de entidad social que se aboca al problema de mantener la unicidad del LAR hogareño en nombre de la tierra puneña es cuanto nos inspiró esta notícula hecha de las efusiones de esa patria grande –el Tawantinsuyu– y de los latidos de una naturaleza biológica.

¿Es que en esta Casa de Puno, nidal de gentiles damas y de bizarros ciudadanos, se habrá logrado el milagro de unir a los pumas y los cóndores de los Andes que se cohesionan al amor de los oleajes sinfónicos del Lago de los Inkas, el Titikaka? Bien, pueda que sí. En todo caso, creemos que no hay verdadero sentimiento de una patria política si ésta no está hecha del latido de la pa tria de

la víscera. Y en ese caso se puede concluir que el sentimiento de patria es el SUMMUN del sentimiento cordial porque es del sentimiento de la Vida.

——————————— –

En *Expreso*. Lima, 1 de marzo de 1966. [Firma: Gamaliel Churata]

251

ANEXO

252

EL SIMBOLISMO MÁGICO EN LA OBRA DE FERNANDO DIEZ DE MEDINA

Gamaliel Churata



253

PRESENTACIÓN

La amistad entre Gamaliel Churata y el escritor boliviano Fernando Diez de Medina1 se forjó en la discusión ideológica previa a la revolución nacionalista del 52, cuando se debatían los tópicos en torno al indio y su cultura, el dilema del mestizaje, la idea de nación, etc. En 1947 Diez

de Medina publica su libro de ensayos “Thunupa”, recibido con entusiasmo por Churata2; la fama del escritor paceño se acrecienta con “Nayjama” (1950) por el cual se le otorga el Premio Nacional de Literatura. “Literatura boliviana” (1953) y “Sariri” (1954) acaban por consagrar a Diez de Medina como escritor y pensador de vocación indigenista. Churata le dedica extensas páginas en la prensa de La Paz, especialmente en el diario La Nación donde fue columnista

dada su afinidad

al M.N.R.[3] En 1957 se publica el esperado libro de Gamaliel Churata: El Pez de Oro. Los responsables de la edición adjuntan al libro un folleto firmado por Diez de Medina donde se leen

párrafos elogiosos acerca del libro y de la figura del escritor puneño[4]. El impacto que suscita El Pez de Oro en Diez de Medina –a la sazón Ministro de Educación– es tal que decide concederle el Premio Nacional de Literatura. Sin embargo, Churata rehúsa dicha premiación alegando que no le correspondía por ser él peruano de nacimiento. A principios de los años sesenta, ya desencantado del M.N.R., Gamaliel Churata se halla empecinado en la escritura de su obra. Sus colaboraciones

en la prensa son escasas, apenas se conoce uno que otro artículo publicado en la revista NOVA [5]

que dirigía Diez de Medina quien había sido apartado del gobierno. En noviembre de 1964 Churata retorna al Perú, días después cae el M.N.R., un golpe de estado encumbra al general René Barrientos en el poder, el cual designa a Diez de Medina asesor y posteriormente ministro. Es de suponer que aquí se tuerce el vínculo entre el escritor puneño y el flamante colaborador del gobierno militar del general Barrientos. No se ha hallado ninguna alusión a Diez de Medina en los escritos de Churata de 1964 a 1969, año de su fallecimiento. En 1970 aparece un folleto con cuatro

ensayos –“críticas literarias” dice el título– sobre la obra de Diez de Medina[6], uno de ellos lleva la firma de Gamaliel Churata, pero sin especificar la fecha de su redacción; aunque es muy probable que haya sido escrito a finales de los años cincuenta ya que las referencias bibliográficas sólo llegan hasta “Sariri”.

La influencia de Gamaliel Churata fue decisiva en Diez de Medina. Éste abandona pronto sus primeros escarceos poéticos para orientarse hacia el ensayo de corte indigenista, en esto tiene mucho que ver la prédica “telúrica” que ejercía Churata desde la prensa. Las páginas de “Thunupa” así lo evidencian. Churata encuentra en este libro el atisbo de una revivificación mítica pues por vez primera el mito aymara de Thunupa –el cristo andino– es extraído de los viejos folios coloniales para ser divulgado en toda su belleza moral. Esta exploración por los senderos de la mitología andina es alentada por Churata. De “Sariri” dirá

que viene a ser la rectificación de “Ariel” en cuanto representa el ideal auténticamente americano que no se halla en la obra de Rodó la cual está saturada de helenismo delicuescente. Hasta aquí el entusiasmo de Churata por la osadía del escritor boliviano cuya obra posterior se torna repetitiva a fuerza de explorar los mitos andinos, donde la visión neo-mágica es desplazada por una especie de metafísica católica. Cabe mencionar que Fernando Diez de Medina perteneció a una de las tradicionales familias que conformaron la élite criolla de La Paz. Políticamente fue un conservador. Si bien obtuvo relevancia y fama (incluso estuvo nominado al premio Nobel) también encontró mucha resistencia en la emergente intelectualidad india, siendo el caso más sonado la requisitoria que le lanzara

Fausto Reinaga7 .

Wilmer Skepsis / Tacna, febrero 2014. 254

NOTAS:

1 Fernando Diez de Medina (La Paz, 1908 – 1990). Escritor prolífico. Obras más relevantes: “El velero matinal” (1935), “Franz Tamayo, hechicero del Ande” (1942), “Thunupa” (1947), “Nayjama” (1950), “Literatura boliviana” (1953), “Sariri” (1954), “Mateo Montemayor” (1969), “Teogonía andina” (1973), etc.

2 Churata dedica al libro el artículo: “Thunupa en el vértice del humanismo indoamericano” (La Razón, junio de 1947).

3 Se conocen dos artículos firmados por Churata: “Un gran poema paceño: Nayjama” (Última Hora, mayo de 1951) y “Sariri y el simbolismo mágico en la obra de Diez de Medina” (en El Nacional de Caracas y en Cuadernos Americanos de México, nov. y dic. de 1954). Además, en el diario La Nación, Churata tuvo a su cargo una columna de opinión con el pseudónimo “El Hombre de la Calle”. Escribió durante 1955 y 1958. Algunos artículos dedicados a Diez de Medina: “Actualidad editorial: Literatura boliviana” (21 de agosto, 1955), “El romanticismo mágico de Diez de Medina” (29 de noviembre, 1955), “Valoraciones: Diez de Medina, novelista” (1 de diciembre, 1955).

4 “Gamaliel Churata y El Pez de Oro” por Fernando Diez de Medina, el mismo autor reproduce este texto en su libro “Fantasía coral” (1958). Aquí algunas líneas del artículo: “En EL PEZ DE ORO, un amauta redivivo hace de Zaratustra

andino. Aquí está Churata entero, sociólogo y hechicero, taumaturgo y profetista. Tábano que hiere y acicatea. Vate en el sentido profundo del término, traspasado de dolor, de ternura, de presencias y esencias indias (…) Qué modo de hablar, de inventar, de recordar, de animar materias muertas y vivas. Si Guamán Poma de Ayala es el mestizo nuclear para entender históricamente lo inka, yo diré que Gamaliel Churata dicta en EL PEZ DE ORO una biblia de americanidad poética y viviente (…) Un sabio espantable en la pluma. En el pecho un niño. Y por encima de ciencias y retóricas infusas, el poeta arroja su carga de relámpago. Morir de América que es un vivir del indio. ¿Para entenderlo? Aprender la fabla antigua y novísima, clara y enigmática, simple y complicada de este gigante quechua que vació en solo un libro la oscuridad y magia de siglos".

5 En la Revista NOVA colabora con los artículos: "América y su habla" (febrero, 1963) y "Apetencias de la poesía incásica" (junio, 1963). Además, Diez de Medina le hace una entrevista en la sección "Hablan los escritores" (octubre, 1963).

6 "CUATRO CRÍTICAS LITERARIAS y otros datos bibliográficos sobre la obra del escritor Fernando Diez de Medina", La Paz, 1970. Publicado en forma de folleto, contiene, además del de Gamaliel Churata, ensayos de Víctor Delhez, Hugo Bohorquez y Antonio Alborta.

7 Fausto Reinaga (Potosí, 1906 – La Paz, 1994) fue un escritor indianista. En su obra "El indio y el cholaje boliviano. Proceso a Fernando Diez de Medina" (1964) acusa al autor de "Thunupa" de ser anti-indio. "Enjuiciamos –escribe Reinaga– hoy a Fernando Diez de Medina, porque introspectivamente en él se revelan los genuinos rasgos somáticos y se acusan con singularidad inequívoca las características morales y psíquicas del cholaje boliviano de nuestro tiempo. Y porque es el escritor más prolífero y político más activista, pero sobre todo porque, gracias a la propaganda tarifada, ha devenido como el "escritor indigenista" de "reputación universal" (…) Los indigenistas de cualquier ángulo y latitud ideológica se sitúan en un punto de vista PROINDIO; y sólo Fernando Diez de Medina, no; porque el suyo es un punto de vista ANTI -

INDIO. Y "su" indigenista reputación es una aberración". Gamaliel Churata fue de los escasos intelectuales que comentaron este polémico libro, tal se aprecia en

una nota publicada en el diario La Nación –el 16 de julio de 1964–, y reproducida en la solapa del siguiente libro de Reinaga, "La Intelligentsia del cholaje boliviano" (1967): "El último libro de Reinaga es una sorprendente explosión de materias volcánicas que llevan pólvora obtenida de las médulas de Tupak Amaru. Es un requerimiento vigoroso a las radicales de una naturaleza aborigen para el americano de América. Es el alegato indio más granítico que se dio nunca en este país. Y es que el deber de los escritores por su línea, es extraer la beligerancia del plano meramente retórico, para llevarle al de las realizaciones políticas, claro que evitando, con suma pulcritud, que este movimiento no deflagre en otra expresión de la morbosa politiquería mestiza. La mentalidad política del Inka debe caracterizarse por una radical realista intransigente. Y la realidad nos enseña que no hay obrero que pueda modelar arcilla alguna si lo hace con los ojos cerrados: la problemática de Fausto Reinaga en este libro –que supera en forma vertical toda su anterior obra– está señalando la erección de un Partido Político Indio, cuya única magnética se inspira en la remodelación del Tahuantinsuyu. Y es que ha sido para nosotros sorprendente enterarnos que el autor de "EL INDIO Y EL CHOLAJE BOLIVIANO", es nada menos que un esporo del Visorey de Chayanta Tomás Tupak Khatari, aquel indio de Macha, que se alzó sobre el pavés de la humillación colonial para enarbolar la Wiphala del Inka. Este es Reinaga, indio de raíz racial y social, y como fruto anímico de la dinamogenia americana, de reciedumbre cimera. Cuando ejercita acción el nombre que se siente Inka, y cuando suyo el derecho, usa armas de la batalla de quien se sabe noble por raíz patricia. Saludo en Reinaga a un digno sucedáneo del Visorey de Chayanta."

EL SIMBOLISMO MÁGICO EN LA OBRA DE

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

Nuestro porvenir no debe preocuparnos menos que nuestro pasado. ¿No estábamos muertos antes de nacer?... Y la eternidad pasada nos deja indiferentes cuando es el espejo donde la naturaleza nos permite ver la eternidad futura. LUC RECIO

I

El decurso de Fernando Diez de Medina como escritor representativo de una

Bolivia literariamente india, ha sido para mí una de las experiencias más instructivas y desconcertantes. No obstante, cuando publicó THUNUPA, mi asombro –y las espesas columnas que le dediqué no lo contradicen– tuvo la prudencia de mantener un compás de espera, puesto que si en THUNUPA se había aprehendido el gran mito del Santo racial, éste estaba acondicionado a una ataujía de técnica católica que, de hecho, fue ley para todos los conversores coloniales, quienes, a trueque de hacerse ininteligibles a la mentalidad mágica del indio, no vacilaron en estigmatizar el barro totémico con el fuego de la transfixión mariana; resultando que si no llegaron a infundirle sus teológicas sutilezas, al menos extirparon su candidez animista, de manera que en lo sucesivo el indio vería en el Sol al Cristo y en la Luna a la madre-virgen; en Thunupa rupestre a Bartolomé o Tomás, discípulos de Jesús que, según es fama, salieran de Judea a sembrar en las lindes del Oriente fabuloso.

Era importante comprobar de qué raíz procedía esta insólita emergencia mitológica, si de renovar el sistema eclesiástico con simples finalidades éticas o estéticas se trataba, o si realmente nos hallábamos en presencia de un deliberado retorno al paganismo indio, posibilidad inquietante que encandiló a más de un propincuo.

El paso de extraño misionero de vestido talar y flabeladas barbas que en bronco báculo aliviaba el cansancio de sus caminos, fue hallado lo mismo en México que entre los botocudos, siempre en misión de buenas nuevas y de evangelios de reforma. Nada extraño que apareciese también en las llanuras del Titikaka, unas veces corporizado el ideal abstracto del bien, otras los atributos del caudillo, poderoso y sabio, erguido frente a la felonía de los curacas –especie de señorotes de horca y cuchillo; reyezuelos les llama Simmel– que tiranizaban en las behetrías de esa edad, en que creció, o se disolvió el imperio TIWANAKOTA. Salta a la vista que la frecuencia con que el mito se reproduce al paso del misionero, sea el célico Francisco Solano, o el iracundo Villagómez, su transmutación responde a un sistemático propósito catequista, a menos que nos resolviésemos a admitir que en remotas edades anduvieron por estos altozanos andinos, fenicios, babilonios o egipcios, y que el mito conservara la huella de su paso, si, inclusive, el P. Salas sostiene haber encontrado escritura en Copacabana.

Entiendo que el mérito de Fernando Diez de Medina sería el de haber levantado las losas de la tradición pre-europea para hurgar en el humus nativo. Su leyenda de Thunupa aparece nueva, fresca, original, como brotada de la tierra india por

imperio de una ley de reviviscencia vegetal. Por primera vez el mito aymara adquiere categoría estética, e infiere los valores de una gran obra de arte de entraña nativa que nada tiene que ver con los capilares católicos y flavos de Tomás, cuanto con el bronce del indio y su primitividad mosaica. De tal tiempo, cronológicamente inlocalizable, cargado de sustancias germinales, procede Manko Khapak, no mito él, pero sí transido de mito, cocinado en fuegos mágicos, si para transportarlo al Kosko se movilizaron escuadrones de KENAYAS, y desde el TITIKAKA fue conducido con su esposa y hermana hasta la patria prometida, donde, al hundirse su barretilla de oro, identificaría la tierra a esa extraordinaria substanciación destinada.

257

Cuando se estudie la palingenesia americana con otros métodos que los empleados hasta hoy, se verá que en esta zona acaba nuestra prehistoria de los Inkas; es decir, nuestra historia. Lógicamente el estrato mítico del Inka tenía que tentar a la etnología moderna, y el mito acabar debelado por los métodos de la arqueología alemana (Max Uhle, Cunow) o los de la etnología anglosajona (Morgan) quedando reducido a proceso social en el que concurren el sedimento punalúa, la HUASINTIN, las migraciones asiáticas o las fantasmales Atlántidas, todo, en verdad, tan enigmático como el mito mismo. Pero el Inka da fin a una edad mítica, de animismo o sabeísmo sistemáticos; y el Sol, para devenir punto de partida de la endolatría de los Orejones, abandona el centro de la teogonía heliolátrica. El Sol ya no fulgirá en el mito, sino en la medida que sirva a la planificación del Estado, pues su divinidad se transfunde en la naturaleza del gobernante y de su casta. Es decir, el mito se había politizado.

II

En Diez de Medina, poeta y pensador, y en los escritores, artistas y filósofos como él – si algunos se han dado– el fenómeno se repite: se adueñaron del mito, pues así se apropiaban de la sustancia del único valor mental que cabe a los americanos, y al hacerlo lo sustanciaron en las corrientes de la mentalidad contemporánea.

Hay que admitir que el escritor recibió un mensaje, y que su mente, poco ha embriagada con destilaciones occidentales, manó perfume indígena de KHARWAS, tan súbita e inesperada que algunos callaron atónitos, si su palabra tremulaba con acentos arcanos. ¿Cómo fue eso posible? Los que saben que al

viajero sin ánimo prevenido puede alcanzarle el trueno de Damas co, comprenderán que Diez de Medina oyó el trueno de la única madre que puede alumbrar poetas y políticos en América: la tierra.

Y es que no debe perderse de vista a este mito de la tierra cuando ha tomado personalidad humana y dio origen a una cultura. En el Inka se fracturan los días formativos del Génesis: todo lo que detrás de él queda es panteón, lo que lleva por delante es el panteón que avanza. Ni los hebreos, y menos los romanos, pese a éstos su perspicacia política, lograron fundir en el epígono del ancestro, el centro del poder, el dardo de la guerra y el turíbulo del numen. El Inka en su persona demonial amalgama sacerdote, gobernador y estratega, y su sola presencia fue capaz – según la tradición mítica del Imperio lo proclama– de modificar los fenómenos de la Naturaleza. Sólo así se explica que algún orejón deslizase cierta vez –escéptico filósofo– la observación de que el Sol no era un dios completo, si cualquier frágil nubecilla velaba su esplendor. Acaso únicamente entre los chinos y los egipcios se observan estos vestigios de los poderes del rey sobre la vida misma.

Por lo demás, una arquitectura política de tal magnitud del Tawantinsuyu, ni hoy, ni mañana, podrá sustentarse sin un eje mitológico, sólido y ordenado, sea cualquiera de su linaje. Y los Orejones para cohonestar los derechos de la prole monárquica, además del Sol, tenían a mano del caos mágico, heredado de sus antepasados, los espíritus de montañas y fuentes, lagos, ríos y cascadas; por sobre todo el genio del agua, pues sentían que ésta, como la sangre para el hombre, es promotora de vida en la tierra. En la vasta catedral animada por los rumores primigenios, junto a la Pachamama, veneraban la deidad de la Mama-kocha.

El segundo libro, importante para este análisis, de Fernando Diez de Medina, “Nayjama”, está animado por espíritus totémicos; el aliento de Hesíodo sacude el cosmos inkaiko; tradiciones y leyendas se animan adquiriendo corporeidad; la naturaleza aymara es de pánica reciedumbre. El ámbito mitológico rige la creación artística, y aun siendo creatura con actualidad histórica, se nutre de sustancias prehistóricas. Sugiere, por eso, la idea de un poema cíclico y didascálico, propio de culturas que amanecen.

Afrontar, para una temática indianista, las surgencias propiamente inkaikas, y

hacer de ellas realizaciones estéticas, equivale a localizar el arte americano en planos ya no legendarios sino históricos, por tanto, positivos y hasta pragmáticos. El señorío aymara del Kosko –y Atlanta fue a mi entender– es un constante efluvio de valores mentales y es preciso reconocer su co- existencia, vigente aún, en las creaciones del espíritu que responden a un sentido estrictamente americano. Traducir al Inka y estudiarlo, equivaldrá a traducir el cosmos americano y a estudiar su nat uraleza.

III

¿Se trata, pues, en escritores de la garra de Diez de Medina, de una explícita invitación al Inka, o sólo se busca sustituir los mitos griegos por los mitos aymaras, esto es, cambiar la metáfora internacional por la metáfora patricia? Si así fuera, estaríamos en el dintel de un nuevo disparate latinoamericano, de esos a que alude Ortega y Gasset. Afortunadamente, no se trata de sustituir los MOTIVOS DE PROTEO con los MOTIVOS DE NAYJAMA; trocar al dios heleno con el LLUCHU aymara. Se trata más bien de cancelar a Proteo, espíritu de la ola cambiante, símbolo del alma griega, armoniosa y versátil, para erigir el dominio enterizo y grávido de la PACHA - MAMA, base angular del edificio de nuestro pueblo, su raza y su cultura; de su economía biológica, para decirlo de una vez. Para esto hay que revivir al Thunupa rupestre, atenernos a la sabiduría de Quetzalcóalt, pues ellos son más que símbolos en que se manifiesta la espiritualidad americana, en cuanto deviene patria y cultura.

Esto es lo que hace Diez de Medina en sus libros y polémicas, anunciando la presencia de una sensibilidad neomágica en la ideología del boliviano de hoy, el cual se orienta a la tierra, a sus derechos y potencialidades. De aquí el poder de impulsión de sus escritos, manifiesto, más que en el de la letra, en su espíritu.

El diagrama de su evolución indigenista puede hacerse considerando su facundia y apremio productivos. En efecto, no pasó un año de habernos dado THUNUPA, anuncio, si se quiere larvárico, aunque rico en intuiciones esenciales del suelo y de la raza, cuando ya estuvo entre nosotros NAYJAMA, armado de arco y flecha. Mas sobre arco y flecha de NAYJAMA irrumpió LITERATURA BOLIVIANA, libro en el cual el mito adquiere valores de entelequia, pues del mito hace proceder la parábola histórica de la República. No hay modo más audaz de comprender la historia, ni forma más penetrante de vaticinar el pasado. Las grandes montañas –el ILLIMANI, el HUAYNA POTOSÍ, el ILLAMPU, el DESCABEZADO– lo mismo que los reyes aymaras, adquieren la naturaleza

numinosa que conviene a los epónimos. Para discurrir por los canales de la inteligencia contemporánea, el mito se torna filosofía y pedagogía bolivianas, y a la cabeza del fenómeno cultural aparece la gesta telúrica. Así, Fernando Diez de Medina, por un cada vez mayor ahincamiento en las zonas mágicas del espíritu boliviano, se ha convertido en un profundo intérprete de suelo y raza bolivianos.

Dediqué, tanto a THUNUPA como a NAYJAMA, dilatadas columnas periodísticas, menos extensas cuanto apresuradamente trazadas, si, sobre todo al último, le rumiaba un silencio muy parecido a la bobería; y era urgente señalar la extraña anécdota que se producía en el pensamiento boliviano, criollista hasta entonces y en cierto modo anti- indígena.

IV

Es decir la más somera verdad que ninguno de los libros de Diez de Medina ha obtenido la crítica, favorable o desfavorable, que, compulsados desde este ángulo, merecen. En su proficua producción se ha justopreciado sólo al escritor de temple hispanista, de ágil y terso estilo. De

LITERATURA BOLIVIANA dijo Renán Entenssoro (si me informan bien fue él) que su esquema crítico era audaz; Luis Alberto Sánchez se limitó a señalar que era personal. Y yo creo que si LITERATURA BOLIVIANA es audaz y personal, es porque edifica la tesis mental en la antítesis telúrica, y, valiéndose de inducciones genéticas, estima que la Literatura de Bolivia –toda historia y toda literatura, digo yo– será boliviana en cuanto Bolivia, como entidad cultural, es hija de la mitología boliviana, o –lo que es lo mismo– de la biología de su tierra. O responde a la ecolalia de ecolalias; única particularidad de la literatura hispanoamericana.

Hay en NAYJAMA labor de profecía. Se mira el conocimiento del presente desde un pasado legendario, y antes de que el tiempo instantáneo derrote al pasado, se pretende extraer en sus perennes contenidos. En ellos está cristalizada la AJAYU, que es una para todo pueblo y para todo hombre.

Posición semejante sostuve en un artículo publicado en “Amauta” (Perú), hace la friolera de treinta años: “Filosofía de la CHUJLLA”, al cual se refiere Diez de Medina en su LITERATURA BOLIVIANA, con bondad THUNUPIANA, que

tanto le honra, como antes ese gran maestro que fue Carlos Medinaceli, adscribiéndome a la familia boliviana de escritores indigenistas. Dije allí que para nosotros, los indoamericanos, en la tierra estaba representado el cielo, que los valores de la cultura indígena, eran los únicos valores perennes de que podemos disponer, y que en nada como en esto se evidencia el monismo americano, para el cual el alma es también tierra, vibración sutil de la materia, y que en cuanto retengamos esa vibración poseeremos la perennidad del tiempo. Entiendo que no de otra naturaleza es lo que debemos estimar por cultura pat ricia.

He aquí el mérito de THUNUPA, NAYJAMA y LITERATURA BOLIVIANA: sorprender la peripecia de América no en el triángulo teológico, sino en la "gana", esa mónada india que con genial penetración descubrió Keyserling en páginas profundas, cenitales, como otras de mayor profundidad no se han escrito sobre América – problema.

V

En SARIRI, el profetismo de THUNUPA se torna iracundia y se destina a expulsar todo ídolo extranjero de la patria americana. Y metecos son para Indoamérica, tanto el imperialismo cartaginés, con su escuela de hipócritas humanismos, como el espíritu pseudogriego de Rodó. El de SARIRI es un profetismo antirodoniano, de contra pelo, eutrapélicamente hereje, y, lógicamente, antiimperialista y popular. La realidad de América está constituida por la magia de ayer y la miseria de hoy. En tres palabras: por el indio. Filosofía, arte, polémica, que deformen esta realidad deben ser severamente revisados. "Sariri", que es sólo el primer ensayo del libro – y cuán rico en sustancia polémica es en sus restantes capítulos–, trae este mensaje, oratorial e implacable, pues tunde sobre la tragedia continental desde sus zahúrdas plutocráticas, hasta los emponzoñados ganglios gamonalistas, desde el cubil de raposas de Wall Street, a la cuaternaria demagogia de nuestras republiquetas. En SARIRI hay apostólicas siembras y la osadía del arúspice que descubre, en el fermento del pantano, la fecunda belleza de la verdad y la germinal belleza de la justicia.

El malletazo era oportuno. Los americanos, habituados a pensar y vivir pisoteando nuestro escapulario de llagas, hemos asimilado –muchas veces con gracia deleitosa– todos los esporos de la excrecencia occidental, hemos rendido homenaje de esclavos a la codicia que inspiran la bolsa y la daga de los poderosos, pero no hemos cambiado el arado hispano, cuatro siglos ha tirado con

sangre india y seguimos sacrificando millones de miserables a la voraz democracia de los patrones; aunque, por fortuna, ya no en Bolivia, porque la acción revolucionaria que caracteriza y orienta Víctor Paz Estenssoro, –y así lo reconoce el mismo Diez de Medina en SARIRI– se dirige a

260

rectificar las desviaciones de la política imperialista, estableciendo la soberanía económica de la Nación boliviana y elevando las masas ciudadanas a niveles de dignidad que antes no conocieron. SARIRI, sin embargo, no es la obra de caudillo o polemista político especializado; es obra de

arte, y nos deja ver que en esta tierra del Inka, órfica y destemplada, la literatura no es ya un mero pasatiempo, sino instrumento de purificación en la cruz (no supone esto un sentido católico, por si convenga decirlo), y es a tal título que el mito THUNUPIANO, con su contenido sustantivo americano, viene a cancelar la vigencia del helenismo que tuviera en Rodó un armonioso exégeta. Diez de Medina hace un nuevo Rodó, un Rodó vernáculo, que busca la unidad en los contrarios, no en la tolerancia puritana ni en el hedonismo esteticista, sino en el vigor de la pelea del circo y de la calle, entre las turbas de indios y proletarios esclavizados.

Y esto significa que en Fernando Diez de Medina hay un escritor de virtuosismo rodoniano, tocado, empero, del temblor terrígena, que al uruguayo faltó hasta convertirlo en humanista, no por seductor y eurítmico menos estéril.

Quien dijo que en Diez de Medina se anunciaba un Rodó, en cuanto éste tuvo un destino apostolar, cargado de calvario y por el dolor del indio redimido de toda tentación pentélica, puede ya sosegar, pues SARIRI es la rectificación de ARIEL, no sólo por la carga de razones humanas con que despluma al andarín del aire, sino porque enseña que el arielismo bien está si no olvida que el espíritu es hijo de la tierra que lo nutre, como lo es el prodigio de la HAWASA o el perfume, hondo y beato, de la MAMITA – THOSANKEYO…

V I

¿Es, pues, Diez de Medina, el escritor prototípico del indigenismo boliviano?

Sostengo que siendo, por otros méritos, uno de los escritores bolivianos más

universalmente difundidos, en cuanto representativo indigenista, no ha hecho más que comenzar su camino; y que con anterioridad a su obra se tuvo del indigenismo nociones costumbristas, pintoresquistas y hasta guiñolescas, sólo sus libros venideros –y persistir es ser– nos darán respuesta definitiva. Él, en plena juventud, ha llegado a mitad del acérrimo sendero, mientras otros, otoñando ya, apenas alcanzamos los labios de la colina.

La gran lección que mana de la obra de este escritor es que el pathos indio constituye deber y destino para América.

Pero, el indio hay que vivirlo, y pensarlo, con los huesos, el corazón, los cartílagos, el hígado y el alma, lo mismo que con la pólvora y la metáfora. Como lo hace el pueblo boliviano en este momento, como deben hacerlo escritores, artistas y políticos; que no hay manera de acreditar que vivimos la vida sino muriendo por ella y su nutritivo dolor. Si el indio nos duele es prueba de que vive, allí donde duele: América, y que en el espacio-tiempo indio se contiene el nuestro. O somos cadáveres que andan, cadáveres que no conocerán el espasmo de la muerte, eso que Uriel García llama “nuevos indios”, si el indio no es una novedad, menos en nosotros: los mestizos, de la misma manera que el Nuevo Mundo fue nuevo sólo para la pupila del argonauta. El indio que llevamos dentro, doliente y caótico, es tan viejo como el dolor humano.

VII

Encontrar mestizos que persiguen arrancar a la zampoña aymara, no sólo vibraciones intelectivas, sino apasionados arpegios, bien demuestra que el indio pelea, padece y muere en ellos, y porque en ellos muere, resucita también, mientras algo se le hace ausente, se difumina y borra: España.

¡España! Nada hay más somáticamente parecido a la MAMAKUNA que la dama hispano - fenicia del Elche… Es que hay que insumirse en el habitual indígena para comprender cómo

España se volcó en torrente seminal, si en los más ariscos peldaños del Ande encontramos indios barbudos, retenidos por el yodo ventisquero, que no adivinan ya una sílaba del romance, y degustan el zumo de la coca, y de ella obtienen la insensibilidad hierática con que el indio encubrió su miseria, cuatro veces

centenaria. Esos indios a quienes Uriel llama “los nuevos”, son tartesios retrasados… Sin embargo, si España alguna vez muere –y pueblo alguno poseyó nunca más carga de relámpago– será porque la mató su tartesio esclavo; es decir, América. Sólo de mucha vida se muere.

Nada de esto entrevió el Virrey Toledo cuando permitió que Areche descuartizara al Inka. Su amo sí que lo vio.

–¡No te mandé, don Francisco de Toledo y Figueres, Clavero de Alcántara y Virrey del Perú, follón; no te mandé a descuartizar reyes, sino a servirlos!

Y el inmundo lacayo bajó los ojos para siempre, él que por tantos títulos bruñidor de la dignidad de España en las Indias pudo ser llamado.

Pero el descuartizado de Tinta no ha muerto; aún late y duele. Todavía manda en nosotros, y nosotros le obedecemos. Es que el Inka es la tierra y el cielo, indescuartizables y perennes. ¿No veis si manda? Manda con tanta autoridad que con la misma sangre y en la propia lengua de España se le obedece.

VIII

Basta añadir que Rodó, en tanto que representativo literario de América, español siempre, pese a sus grecas y marmóreas volutas, no es lo que, por ejemplo, sería Tamayo, un helenista, acaso, tan esquiliano como TIWANAKOTA; si el espíritu clásico es uno a través de todas las razas y las lenguas (“voluptua” de lo clásico, no es lo mismo que amaño clasicista); sino, más bien, trasunto del ambidextro siglo XIX –el siglo sin estilo, que dijo Weidlé– bellamente concluido en el preciosismo coruscante del árabe (sea entendido sin agravio de Rodó ni mengua del genio arábico), que tanto tuvo que ver con nuestra sangre y nuestros jeroglíficos en cuanto somos filamentos de España. Y que si algo efectivo señala en América, es la falta de un estilo patricio, la ausencia de un pulso sanguíneo en la palabra…

Tras ese estilo patricio y ese pulso sanguíneo, marcha el autor de SIRIPAKA, THUNUPA, NAYJAMA, LLIWLLIJIS de la tempestad solar que se avecina.

Confieso no haber hecho más que una incisión en el contenido de la obra de Diez de Medina, en lo que mira a los valores mágicos de su diálogo. Ni el tiempo ni la vida me permiten más; pero si tiempo y vida me lo permitieran un

día, intentaré abarcar su profundidad.

ÍNDICE